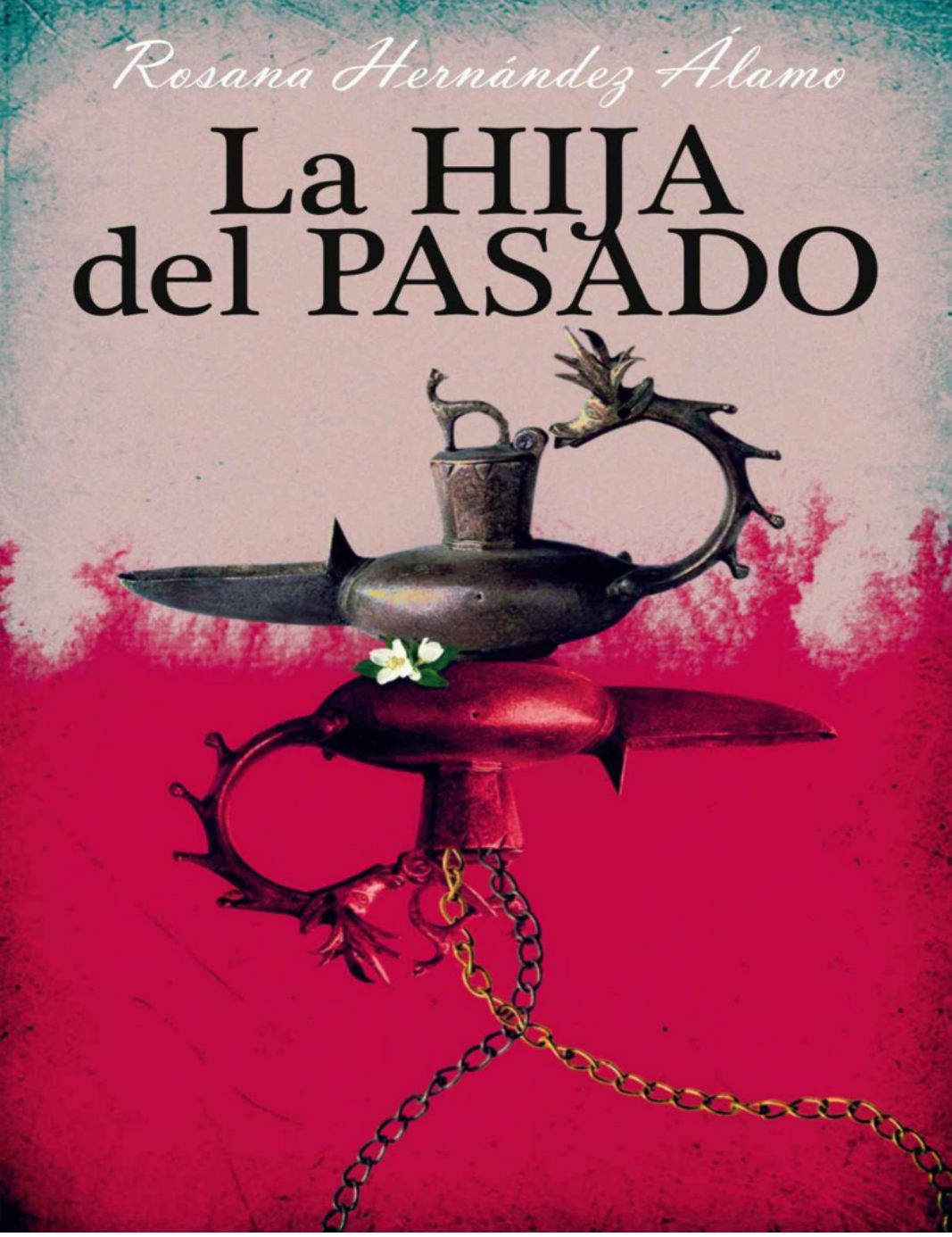
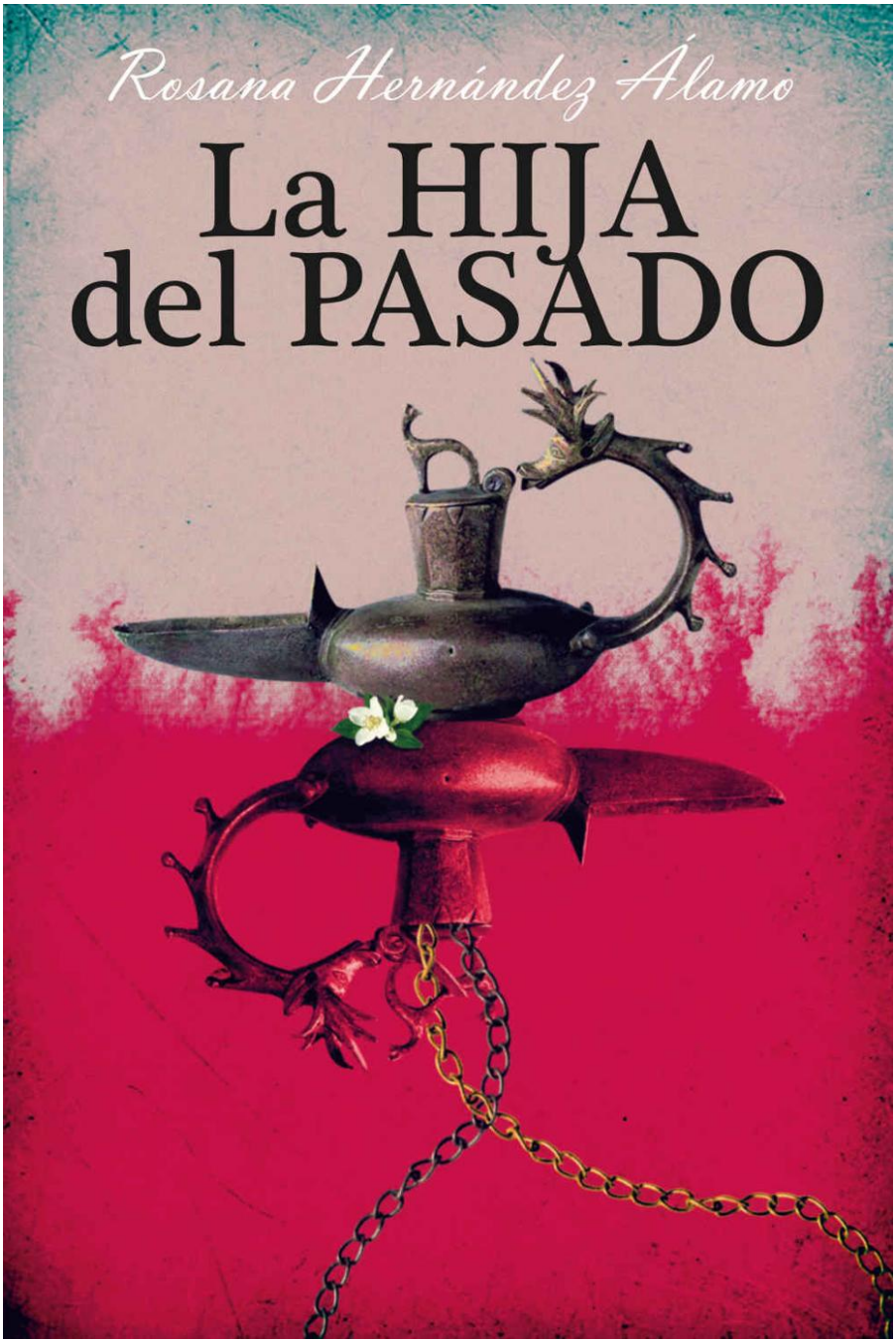
Rosana Hernández Álamo

La HIJA del PASADO



Rosana Hernández Álamo

La HIJA del PASADO



LA HIJA DEL PASADO

Rosana Hernández Álamo

Copyright © 2021 Rosana Hernández Álamo
Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
37
38
39
40
41
EPÍLOGO
NOTA DEL AUTOR
AGRADECIMIENTOS
BIOGRAFÍA

A mis padres, Octaviano y Teo, por llenar mi infancia de libros.

1

Salíamos de viaje, aunque yo tenía la cabeza en otro sitio. Sabía que algo no iba bien o realmente ya nada iba bien, no estaba segura.

Lo planeé semanas antes, para estar juntos, para hablar de todo aquello que a diario posponíamos. No tenía claro si serviría de algo o sería malgastar el tiempo, pero por intentarlo no perdíamos nada. Era la última oportunidad, eso sí que lo tenía claro, al menos por mi parte.

Una llamada antes de salir me había dejado preocupada, pero como siempre, Ricardo le quitaba importancia, me decía que tenía demasiada imaginación, que le daba demasiadas vueltas a las cosas. Lo cierto es que en eso tenía razón, pero no por ello era una persona que viviera en las nubes, al contrario, siempre he tenido los pies en la tierra, aunque con mis historias me pasara la vida en otros mundos. Eso él nunca lo entendería, lo suyo eran las ciencias.

Ricardo es investigador en una empresa pionera en avances científicos de algunas enfermedades que aún se llevan a mucha gente. No es muy conversador, siempre tiene la cabeza en sus progresos, vamos lo que viene siendo una rata de laboratorio.

Luego estoy yo, lo mío son las letras, trabajo de bibliotecaria. Es uno de mis sueños de niñez cumplido. Me gusta leer desde que tengo uso de razón y en el tiempo libre escribo novelas juveniles.

No podemos ser más diferentes. Todos nos decían cuando empezamos a salir aquella manida frase de “los polos opuestos se atraen”, pero he comprobado de primera mano lo incierta que es, porque atraerse, puede que sí, pero en lo demás tiene que haber intereses y aficiones afines, otra cosa no tiene sentido. Con el tiempo los polos que se atraen, se distancian de nuevo.

Todo el viaje fui dando vueltas a lo mismo, cuando no pensaba en nosotros, lo hacía en la llamada, hasta que llegamos a nuestro destino, Granada. Delante teníamos un hotelito precioso, Al Basit. Me quedé contemplándolo mientras aparcábamos. Veníamos a pasar el puente, a conocer un sitio nuevo, a descansar, a recorrer esta maravillosa ciudad y a encontrarnos, si aquello podía ser posible. En las cuatro horas y media de viaje, no habíamos intercambiado más que cuatro frases acompañadas de monosílabos, ahora me daba cuenta de que siempre solía ser así.

—¡Dalia!, que hemos llegado y ya he sacado el equipaje ¿a qué esperas? —oí que me decía con una voz demasiado alta—. Me fijé en su rostro crispado y en su mandíbula apretada y respondí en tono conciliador.

—Perdona, estaba despistada. En el viaje he tenido un sueño raro.

—Como siempre. Voy yendo a recepción.

Salió disparado, menos mal que era un viaje de relax. Aunque no me había gustado ni el tono, ni las formas, decidí dejarlo pasar. De lo contrario, estaríamos con la sombra de la discusión sobre nuestras cabezas y me apetecía mucho disfrutar del sitio donde estábamos y del alojamiento, que por supuesto había sido cosa mía.

El hotel era estupendo. Me senté en unos sofás que había en recepción y fui mirando todo con detenimiento. En el centro, una mesa de madera con unos complicados dibujos arabescos llamó mi atención. Del techo, colgaban varias lámparas plateadas con pequeños agujeros por donde se colaba la luz. Había varias ventanas en el piso de arriba con forma de herradura, rodeada de pequeños azulejos con formas geométricas. Todo precioso, con unos colores que invitaban a sentarte y contemplarlos, eran tan relajantes.

—Dalia, ya tengo la llave de la habitación. Es solo una planta, ¿subimos andando? —preguntó ya más calmado.

—Claro, son unas pocas escaleras —respondí en son de paz.

Me adelanté a coger mi pequeña maleta, para eso los dos éramos bastante prácticos, eran pocos días, no tenía sentido llevar un montón de ropa.

Observaba todo a nuestro paso con mirada curiosa. El pasillo estaba pintado en colores terrosos, había una luz tenue proveniente de unas pequeñas lámparas de pared, recubiertas de tejas de barro. Tenían agujeros de distintas formas que hacía que la luz se filtrara como pequeños rayos de sol. Al final, un espejo de ventana ojival revelaba nuestro reflejo mientras caminábamos hacía él, nos observé. Ricardo unos pasos por delante de mí, pendiente de algún mensaje que le había llegado al móvil, no se daba cuenta ni por donde pasábamos, parecíamos dos desconocidos que habían coincidido en el mismo pasillo.

—Ricardo ¿no es la habitación ciento quince?

—Sí claro, te lo dije antes.

—Pues acabamos de pasarnos la puerta —respondí sonriente—. Por una vez no era yo la despistada, a Don Perfecto también le pasaba.

La habitación era muy bonita, con una gran cama blanca, varias lámparas plateadas como las de recepción y un solo cuadro encima del cabecero de la cama, con un precioso amanecer. La puerta del baño era corredera, de cristal con dibujos grabados en colores, una mezcla entre lámpara de tiffany's y vidriera de iglesia. Era preciosa, gracias a los distintos tonos otorgaba la privacidad que requería la estancia. El resto era como en otros hoteles. Me asomé al balcón que había, daba a una pequeña plaza peatonal enmarcada por naranjos, varios bancos y

un antiguo quiosco. Se respiraba tranquilidad, por lo que el ruido parecía que no nos molestaría.

—Ya he colocado mis cosas y tú sigues mirando por el balcón. Se nos va a pasar la hora de comer —increpó llamando mi atención con su tono.

—Voy, voy, no tenemos prisa, Ricardo, relájate —le miré dulcemente levantando las manos en son de paz.

Diez minutos más tarde ya estábamos en busca del restaurante que habíamos visto recomendado en la aplicación de *Tripadvisor*, en el barrio del Albaicín; después, iríamos al barrio del Sacromonte, a ver las cuevas museo.

Comimos estupendamente, unas berenjenas con miel, un lomo mozárabe y aunque no éramos ninguno muy de dulces, no pudimos resistirnos a probar los piononos. La conversación no fue muy fluida, nos limitamos a hablar de los platos que íbamos probando. Después del café, té en mi caso, iniciamos el camino hacia el Sacromonte. No había mejor manera de bajar la comida que ir subiendo la empinada cuesta que nos llevaba hasta allí. Algún que otro árbol nos amparaba de un sol justiciero mientras contemplábamos la blancura de las casas, las cuevas que albergaban aquellos espectáculos de flamenco y, finalmente, unas inigualables vistas de La Alhambra. Paseábamos tranquilos, sin prisa, en silencio. Esas calles invitaban a pensar, no a hablar, y me decidí a coger la mano de Ricardo, gesto que le cogió desprevenido.

Después de pasar toda la tarde recorriendo esa zona, decidimos tomar algo en una de las terrazas de la Plaza de San Nicolás. Estábamos cansados y no pudimos escoger mejor sitio, las vistas eran inmejorables y el ambiente también. Se oía el bullicio de la gente, las risas, el ruido de los vasos y platos de los comensales. Pedimos varias raciones de lo que veíamos por las otras mesas, que suponíamos era lo típico de por allí.

—Ricardo, estás muy callado, ¿en qué estás pensando? —le pregunté.

—En nada, contemplaba La Alhambra, ahora que hay menos gente.

—Sigo preocupada por la llamada del laboratorio donde me hicieron los análisis —me atreví a comentar.

—Pero ¿otra vez con lo mismo? No le des más vueltas, seguro que no tiene ninguna importancia, siempre hay torpes a los que se les cae algo o pierden información o la mezclan; eso será todo —soltó exasperado.

—Bueno, pues nada, me repetiré la analítica y ya está —dije apesadumbrada, volviendo a mis cavilaciones.

No le quería dar más vueltas, sin embargo, no lo podía evitar,

yo presentía que algo no iba bien. Habría que tener paciencia y esperar los resultados, pero era más fácil decirlo que hacerlo.

—Este es un sitio precioso, tiene un color y una luz increíble ¿no te lo parece? —pregunté soñadora, intentando aparcar mi preocupación.

—Sí, es muy bonito, pero hay muchos turistas, además ahora que se va ocultando el sol, aún sube más gente —respondió.

—¿Quién dijo que era uno de los sitios más bonitos para ver el atardecer? ¿No fue Clinton?

—No lo sé, ya sabes que yo nunca presto atención a esas cosas —respondió con desgana.

Permanecimos callados, viendo caer el sol. No teníamos claro quién lo había dicho, pero tenía toda la razón, era precioso.

Volvimos al hotel caminando despacio, sumidos de nuevo en nuestros pensamientos. Al llegar nos duchamos por turnos y nos sentamos en el balcón a petición mía.

—Ricardo, te noto raro, ausente.

—Pero si llevamos juntos todo el día visitando todo lo que tenías previsto.

—¿Tú no querías visitarlo?, parece que me estás haciendo un favor —mi paciencia se estaba agotando.

—No he querido decir eso, Dalia, estoy cansado, eso es todo.

—Esa es tu frase favorita, pero en parte hemos hecho este viaje para resolver nuestros problemas, esto no va bien. Estás cada vez más distante, menos hablador.

—Siempre me dices lo mismo, pero estoy liado con el trabajo, estamos en algo importante. No va a ser como al principio, ya no somos aquellos jóvenes, tenemos otros problemas, otras responsabilidades. Estoy agotado, creo que me voy a acostar.

—Ricardo, no te vayas aún —insistí.

—No seas pesada, Dalia, quédate tú si quieres.

—Me quedo un rato, sí —estaba dolida, dos lágrimas silenciosas resbalaron por mis mejillas—. Me negué a romper a llorar, había sido un día estupendo, aunque la compañía no parecía ser lo mismo. No lo sacaba de lo de siempre y ya estaba harta, esto era el principio del fin, algo en mi interior, me lo decía.

Entré y me acosté, Ricardo ya dormía profundamente. Menudo fin de semana romántico, no me había dado ni un beso de buenas noches. Esperaba que al día siguiente mejorara. Me dormí y soñé con una mujer morena de ojos negros, menuda. Se escondía de algo, notaba el miedo en su mirada. Llevaba un bonito pañuelo azul cubriendo su pelo y parte de su cara. Oía gritos en un idioma que no entendía y me desperté sobresaltada.

2

El ruido de los pájaros hizo que me tranquilizara. No sabía quién era la persona que se colaba en mi sueño, pero era la segunda vez que me pasaba. Me di la vuelta y vi que Ricardo aún dormía. Me acurruqué junto a él, pero no se movió. Sí que debía estar cansado, porque siempre estaba levantado antes que yo. Empecé a acariciar su espalda, metí la mano por debajo de la camiseta del pijama, pero solo oí un gruñido. Insistí, pero no se movía, por la hora que era no podía dormir tan profundamente.

—Ricardo, despierta —le susurré melosa al oído.

Le iba dando pequeños besos por el cuello, mi mano seguía acariciando su abdomen en espera que le permitiera seguir bajando.

—Dalia, estate quieta, me haces cosquillas.

—Ricardo, no seas aguafiestas, no es posible que no te apetezca, llevamos meses sin tener relaciones.

—Pues no me apetece —se levantó airado y se metió en el baño sin volverse siquiera a mirarme.

Mi cara debía ser un poema cuando volvió a salir, me había quedado helada, no esperaba semejante brusquedad.

—Perdona, no quería ser tan hosco, pero andamos con el tiempo justo. Anda, entra a ducharte mientras yo me cambio, y nos vamos a ver La Alhambra.

No me molesté en responder nada, hice lo que se esperaba y en diez minutos bajábamos a desayunar. Seguía molesta y ahora era yo la que no tenía ganas de hablar. No quería dejar que el mal humor me estropeara el día, pero a estas alturas ya no sabía si lo iba a conseguir.

Camino de La Alhambra, fue Ricardo el que me cogió de la mano en un vano intento de enmendarse, yo no dije nada.

Me estaba encantando la visita, como era de esperar, había mucha gente. Aun así, me parecía un sitio mágico, de una belleza espectacular, con sus jardines maravillosos, con la música de sus fuentes, solo pensar en las personas que habían vivido aquí hacía tantos años me ponía los pelos de punta. Un guía nos explicaba la función de las estancias, si eran de índole administrativa, de la corte o privada; según íbamos pasando por la alcazaba, el generalife y el mexuar, que era la sala de audiencias y justicia, que tenía una cámara elevada donde el sultán podía escuchar sin ser visto. Eso hubiera querido yo hacer alguna vez, escuchar sin ser vista. Podría estar horas disfrutando de los complicados detalles que adornaban fachadas, paredes y arcos; de los pequeños azulejos llenos de dibujos y colores,

de la caligrafía árabe de trazos tan románticos. Mi cabeza parecía imaginar mil historias, no así la de Ricardo, que llevaba media hora de conversación telefónica y se estaba perdiendo la mitad de las explicaciones, peor para él. Yo seguí con el grupo hasta el patio de arrayanes. Podía verme allí entre cojines, libro en mano, sin que nadie me molestara… Llegamos al Patio de los Leones, ahí es donde el espejo del agua me devolvió a la realidad, mostrándome un único reflejo, el mío. Estaba igual de sola que como me había sentido en las últimas semanas, quizá meses. Ricardo había desaparecido, ya me llamaría cuando quisiera encontrarme, pensé, yo seguiría disfrutando. Después de casi cinco horas podía dar por acabada mi visita, así que ya en la calle decidí llamar a Ricardo, del que seguía sin saber nada.

—Dalia, ¿dónde estás? Llevo más de media hora buscándote y no te encuentro —me soltó sin dejarme ni hablar.

—Hola a ti también, estoy en la calle.

—Pero, ¿por qué no me has avisado?

—Ricardo, llevas comunicando todo el tiempo, y no estaba dispuesta a perderme la visita que teníamos programada. Me estoy cansando de que grites cada vez más —respondí todo lo tranquila que pude—. Ricardo, ¿sigues ahí? —pregunté.

—Sí, perdona. De nuevo tienes razón, justo acabo de colgar el teléfono, no me daba cuenta ni de lo que te estaba diciendo. Dime dónde estás, salgo a buscarte y nos vamos a comer algo.

Colgué y me senté a esperarle en una piedra que encontré un poco más alejada. Estaba cansada de sacar fotos de recuerdo a parejas enamoradas, estaba molesta y poco dispuesta a aguantarle más desplantes. Pensaba si a Ricardo le pasaría como a Boabdil, si lloraría mi perdida cuando no me tuviera a su lado, como a este le pasó cuando contempló La Alhambra suspirando, y su madre le recriminó avergonzada: “Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre”. O, por el contrario, Ricardo ni se daría cuenta.

Su voz me hizo volver la cabeza y aparcar mis pensamientos. Se dio cuenta de mi humor e intentó mantener una conversación, a la que yo solo respondía con monosílabos. Llegamos a una terraza cercana al hotel, pedimos un par de cervezas y la comida.

—¿No me vas a contar qué tal ha estado la visita?

—No, Ricardo, si te la has perdido, lo siento por ti —contesté tajante.

—Ya te he dicho que era importante que cogiera el teléfono, no pensaba que iba a tardar tanto —se justificó.

—Ese es tu problema, que no sabes cuáles son tus prioridades.

—Dalia, no seas así.

—No soy de ninguna manera. Este viaje estaba pensado para que tuviéramos más tiempo para estar juntos, para solucionar lo que

está pasando, ¿no te das cuenta de que nuestra relación está cayendo en picado?

La cara de Ricardo era para verla, se había quedado callado, le molestaba discutir.

—Sabes que tengo razón, así que este es el momento de poner las cartas sobre la mesa. Estoy cansada de tirar yo sola de esta relación.

Él, como siempre, seguía sin decir palabra. Nos trajeron los platos y comimos en silencio. Al acabar nos levantamos y emprendimos el regreso al hotel.

—Ricardo, sé que teníamos el hotel hasta mañana a las doce, pero yo me voy ahora para Madrid —le solté sin esperar.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —se volvió atónito.

—Lo que has oído, estoy cansada de estar sola, incluso en tu compañía. Cuando llegue al hotel, recojo las cosas y me voy al tren.

—Bueno, pues nos volvemos juntos y hablamos —respondió nervioso.

—No, yo me voy sola. Estoy segura de que nos vendrá bien hacer el viaje de vuelta cada uno por su lado. Nos dará tiempo para pensar si merece la pena seguir así.

Ricardo me miraba cabizbajo, sabía que tenía razón. Éramos jóvenes y estábamos a tiempo de rehacer nuestra vida si lo nuestro no tenía otra solución.

Había cogido el billete del Ave, pero tenía un margen de tres horas para ir a la estación. Lo había hecho así a propósito, después de todo, no me iba a perder ir de compras por la calle Zacatín con todo lo que había oído hablar de ella. Eso sí, me lo reservaba para mí sola. Dejé la maleta preparada, bajé a recepción para avisarles que nos íbamos antes de lo esperado por un problema personal, y dejé todo pagado. El paseo me vino genial para mi estado de ánimo. Hice un par de compras: unas especias, un bonito mantel lleno de pequeños espejos que me recordaba a las Mil y una noches y unos dulces típicos para el café con las chicas, y emprendí el camino de vuelta para coger la maleta. Para sorpresa mía, Ricardo ya se había ido, me había dejado una nota en recepción. La recogí y subí a por mi maleta. Ya la leería en el viaje.

El taxi esperaba a la puerta del hotel para llevarme a la estación. No tardamos nada en llegar. Subí y me instalé en el vagón, no iba mucha gente, eso mejoró más mi ánimo. Me fui a coger un café y me senté cómodamente, entonces recordé la nota y me dispuse a leerla:

SIENTO QUE EL FIN DE SEMANA
HAYA ACABADO DE ESTA MANERA,
NO NEGARÉ QUE ES CULPA MÍA.

El viaje me sirvió para repasar nuestra vida, para enfadarme y tranquilizarme por lo tonta que había sido. Había tomado una decisión. Primero solucionaría lo de la analítica, que no se me iba de la cabeza y luego ya hablaría con Ricardo.

3

Al llegar a Madrid el tiempo era un poco menos apacible, presentía que se estaba gestando una tormenta, curiosamente también en mi interior.

Fui directa a casa, estaba vacía y lo agradecí. Deshice la maleta, puse la lavadora y mientras, me comí un sándwich de pie en la cocina. Decidí preparar la cama de la habitación de invitados, necesitaba espacio, no quería hablar ni discutir, solo descansar. Cuando la ropa estuvo tendida, me acosté con el último libro que estaba leyendo, pero no pasé de la primera página. Entre sueños me pareció que se abría mi puerta y noté que me besaban en la mejilla, pero no sé si ocurrió realmente o mi subconsciente me jugaba una mala pasada.

Me levanté a primera hora para ir a repetir la analítica, estaba sola en casa, aunque Ricardo había pasado por allí porque vi su maleta aún sin deshacer. No sabía si por falta de tiempo o porque fuera a irse de nuevo a algún sitio. Descubrí que no me importaba mucho la razón y eso hizo que me invadiera la tristeza, realmente ¿ya no quedaba nada de lo que teníamos?

Sería mejor que me centrara en lo que tenía que hacer, porque dar más vueltas a lo mismo no me iba a llevar a ningún sitio.

Después de darme una ducha rápida y de vestirme, fui a la clínica. Me esperaban. Al decir mi nombre me hicieron pasar. Me pareció raro porque había más gente esperando para hacerse análisis y estarían antes que yo.

—¿Por qué me los tengo que repetir? ¿Qué pasa? —pregunté extrañada.

—No sabemos, solo nos avisaron del laboratorio que teníamos que repetirlo —respondió esquivando mi mirada—. Te pasas en un par de días y el médico te cuenta —informó.

—Muy bien, gracias.

Salí y me fui a desayunar a una cafetería cercana a casa, después pensé en dar un paseo por el parque, total, aún disponía de un día de vacaciones para mí.

Cuando estaba a punto de empezar con mi desayuno, sonó el teléfono, pensé en no cogerlo, no quería que se me enfriara, pero al ver que era Ricardo respondí sorprendida. No solía llamarme nunca desde el trabajo.

—Dime, Ricardo.

— Hola, llamaba para ver si te habías hecho ya la analítica, si te habían dicho algo —contestó aparentemente abatido.

—Sí, ya está, pero no me han dicho nada, que me pase en un par de días.

—Está bien, entonces no te entretengo, ¿te veo luego en casa? —preguntó expectante.

—Sí, luego nos vemos. Te dejo —dije colgando el teléfono sin esperar contestación.

Mi familia siempre me había dicho que la diplomacia no era lo mío; pensé que tenían mucha razón, mientras me reía al recordar las veces que habían hecho esa afirmación.

El desayuno me sentó genial y el paseo me iba alegrando la mañana, hacía sol, se oían los pájaros y los patos nadaban en el nuevo lago que había en el parque. Todo rezumaba vida, el otoño se había iniciado tímidamente. Pensé en sentarme en un banco a leer un rato cuando de nuevo sonó el teléfono. Era un número desconocido, no solía contestar si no conocía quien llamaba, pero me pudo más la curiosidad y descolgué.

—¿Quién es?

—¿Dalia Valdivia? —preguntó la voz desconocida.

—Soy yo, dígame.

—Le llamamos de la clínica, ya tiene los resultados, por si le viene bien pasarse a por ellos.

—¿Tan pronto? —pregunté.

—Sí, el laboratorio hoy tenía menos volumen de trabajo.

—Bien, tardaré media hora en llegar.

—No se preocupe, no hay problema. Hasta ahora —respondió y colgó.

Nada más entrar, recogí los análisis y me senté, sería la siguiente en pasar. Mientras, decidí abrir el sobre para ver qué estaba pasando, posiblemente no lo entendería, pero no podía esperar sin saber que escondía.

Toda la serie blanca, los glóbulos blancos, estaba alterada, llena de asteriscos, unos por tener cifras elevadas, otros por estar por debajo de lo que se considera normal. No sabía qué pasaba, pero mis sospechas de que algo no iba bien se confirmaban. Esperé sin saber que pasaba dentro de mí. No dejé de mirar el papel, como si me fuera a susurrar lo que sucedía hasta que oí mi nombre. Pasé a la consulta, el médico me saludó y sacó enseguida la analítica, me miró, pero no dijo nada.

—¿Qué es lo que pasa? —le pregunté preocupada.

—Pues la serie blanca está alterada y…

—Eso ya lo he visto —le corté de repente—. Pero ¿qué es lo tengo?

—Es Leucemia —respondió sin rodeos.

Le miré sin verle. Cáncer, tenía cáncer. Una vocecita dentro de

mí me lo dijo alto y claro, ¡te mueres!

Parecía que esa vocecita también se había llevado mi alma y ambas contemplaban la escena desde fuera, como si no fuera con ellas, como si le pasara a otra persona. Me veía a mí misma escuchando las explicaciones del médico, me aconsejaba pedir cita enseguida con el hematólogo, en el centro más cercano a mi domicilio, ya que tendría que ir a menudo en los próximos días. Me obligué a concentrarme en lo que me estaba diciendo, no quería oír esa voz interior, no me gustaba lo que se empeñaba en susurrarme, te vas, es el fin.

Por fin, me atreví a preguntar:

—¿Cuánto me tengo que preocupar?

—De momento no sabemos, hasta que el hematólogo no te haga más pruebas, vamos a esperar. Mira, si quieres llamamos desde aquí y ya dejamos la cita concertada.

—Está bien —afirmé moviendo la cabeza a la vez.

—Voy a salir un momento a por el otro teléfono, este no tiene batería —dijo abandonando la consulta.

Rompí a llorar quedamente, me avergonzaba llorar allí, pero no podía pararlo. Reuní fuerzas para controlarme y llamé a Ricardo.

—Dime, Dalia.

—¿Puedes venir a buscarme a la clínica?

—¿Qué haces de nuevo allí?, ¿tienes los resultados?, ¿qué te ha dicho el médico?

—Ahora te cuento, ven —colgué sin esperar.

El médico había entrado de nuevo. Me tendía un papel con el nombre del hematólogo y la hora de la consulta, para el día siguiente.

—Siento llorar —me disculpé.

—No te preocupes, no pasa nada. Mañana ya sabremos algo más. Sé que es difícil lo que te voy a decir, pero procura no pensarlo mucho, hay muchos tipos de Leucemia y un porcentaje muy elevado de cura. En la actualidad, el diagnóstico de cáncer no implica que sea el final de la vida.

Le miré sin decir nada, en una cosa llevaba razón, era fácil decirlo cuando no te tocaba a ti. Agradecí sus palabras mientras me limpiaba los ojos con el dorso de la mano. Me puse las gafas de sol, no quería que el resto de personas que esperaban en la consulta me vieran así, aunque no me conocieran.

Salí a la calle, Ricardo no estaba, regresaría a casa caminando. Todo volvía a mi cabeza de nuevo, no me podía creer que esto me estuviera pasando. De pronto escuché que me llamaban.

—Dalia, Dalia, espera.

Me volví y vi a Ricardo, me decía algo de que el aparcamiento estaba imposible. Calló al ver mi cara.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho? —preguntó alerta.

—Tengo Leucemia —solté de golpe.

—¿Qué? —dijo incrédulo.

—Leucemia, cáncer, pero yo no me quiero morir —respondí agachando la cabeza, mis lágrimas volvían de nuevo.

Me llevó hacia el coche de la mano, como si fuera una niña pequeña que estuviera perdida. Una vez dentro, sin movernos del aparcamiento, le conté lo que me había dicho el médico, mientras lloraba desconsoladamente. Vi en su cara que no sabía qué decir, me dejaba llorar, intuía que necesitaba desahogarme. Noté que él tampoco esperaba que esto nos estuviera pasando.

Al llegar estaba un poco más calmada, nada más entrar reparé de nuevo en su maleta.

—¿Por qué está aquí tu equipaje? —pregunté parándome en seco.

—Ayer no me dio tiempo a sacarlo —respondió.

Tenía la sensación de que me ocultaba algo, pero no había un hueco en mi mente para él. Tenía cáncer, yo, tenía cáncer. De nuevo las lágrimas hacían acto de presencia, no solía llorar, pero hoy presentía que mi día iba a trascurrir entre lágrimas la mayor parte.

—Siéntate aquí conmigo —Ricardo me miraba con la mano extendida.

Hice lo que me pedía, me dejaba llevar.

—Escúchame, Dalia, mañana vamos a ir juntos y vamos a salir de esto, lo vamos a superar.

—De momento no quiero decir nada a nadie hasta no saber qué me dicen mañana —expliqué.

—Me parece bien, ¿quieres que te prepare algo?

—No, gracias, solo quiero estar aquí sentada.

—Está bien, voy a deshacer el equipaje.

Me levanté a por un vaso de agua. Al entrar en la cocina, vi su ropa tendida. Entonces reparé en que la ropa de la maleta no era la que había llevado a Granada. ¿Qué me ocultaba?

—Ricardo, ¿qué está pasando?

—Nada.

—¿Qué equipaje estas deshaciendo? ¿De verdad me crees tan estúpida? —chillé—. De nuevo rompí a llorar, mi vida se desmoronaba por todos los costados.

—Dalia, cálmate — me pidió.

Me apoyé en la pared y me fui resbalando hasta quedar sentada en el suelo. No paraba de llorar. Un sudor frío me recorría la espalda, tenía las manos entrelazadas y apoyé la cabeza en ellas.

—Cielo, no llores más —pidió—, escúchame.

Levanté la cabeza, ya nunca me llamaba así, me limpié la cara y le miré.

—Verás, pensaba irme unos días a casa de mi amigo Gerardo, aprovechando que él está fuera todo el mes. Me siento un poco agobiado contigo y quería poner un poco de distancia, para pensar en nuestra vida en común. Pero ahora…

—Ahora nada —respondí malhumorada— no quiero que te quedes conmigo por compasión, no lo quiero, ¿me oyes? No te necesito a mi lado si no quieres estar.

—Espera, espera, por favor —suplicó.

—Es lo que estoy haciendo, pero no me gusta lo que oigo. No quiero un enfermero, quiero un marido. Soy capaz de pasar por lo que sea sin tu ayuda. Soy más fuerte de lo que crees.

—Dalia, por favor, no me alejes ahora —susurró—. Su cara reflejaba el dolor y el abatimiento.

—Ricardo, óyeme bien. Si quieres venir conmigo, no te lo voy a impedir, pero sé que lo haces porque te sentirías culpable si no vinieras. Tu conciencia te impide dejarme en este momento. No quiero saber nada más. Me voy a mi cuarto, mañana a las ocho salimos para el hospital.

El resto del día lo pasé en la habitación, comí algo que encontré preparado en la cocina acompañado de una nota que indicaba que era para mí. Esto empezaba a ser una costumbre. No logré concentrarme en nada, tan pronto lloraba como me calmaba. Cuando esto sucedía, acudía a mi mente la misma pregunta, ¿qué va a pasar ahora?

No pegué ojo en toda la noche, cada vez que me iba a quedar dormida oía la vocecita interior diciendo: Leucemia, tienes leucemia.

A las ocho en punto ambos salimos para el hospital, Ricardo intentaba ser amable, pero por primera vez era él el del monólogo. Sabría cómo se siente uno cuando nadie le contesta.

Aparcamos y fuimos a buscar la sala de las analíticas. La enfermera leyó el volante y me dijo que no era allí, que tenía que ir al edificio contiguo, al CIOC, el Centro Integral Oncológico. Me lo explicó señalándolo, por si no lo habíamos entendido.

Me quedé blanca. Me tenía que enfrentar a la realidad, aunque no quisiera. Atravesar la puerta hizo que un nuevo nudo se formara en mi estómago. Se me cayó el alma a los pies, todas las personas que ocupaban aquellas sillas de la sala de espera tenían cáncer, como yo.

Enseguida me hicieron la analítica, me dijeron que ya podía ir a desayunar, que tenían cafetería en el edificio donde había estado antes, que los pacientes del CIOC teníamos descuento.

—En dos horas tiene que estar de vuelta, el doctor ya tendrá sus resultados —sonrió amablemente.

—Bien, gracias —contesté.

No tenía apetito, pero en el camino hasta la cafetería asumí que para luchar contra lo que fuera, tenía que estar fuerte.

Desayunamos en silencio e hicimos tiempo dando un paseo dentro del hospital, si iba a ir con regularidad, me convenía saber por dónde me movía. Un poco antes de las dos horas estábamos esperando que me llamaran. Aunque no se me notaba, por dentro los nervios me tenían atenazada. Tanto es así, que cuando dijeron mi nombre no me enteré hasta que Ricardo me dijo:

—Dalia, tenemos que pasar a la consulta dos.

Me levanté como si tuviera un resorte y entramos.

4

El médico levantó la vista del ordenador al vernos, nos estrechó la mano y nos pidió que nos sentáramos. Volvió de nuevo a mirar su ordenador.

—Dalia Valdivia, ¿verdad?

—Sí, soy yo.

—Estoy viendo tus análisis y todo apunta a que es una Leucemia Mieloide Crónica, seguramente por cromosoma Filadelfia.

Lo miraba como si viera por primera vez un extraterrestre y este hablara conmigo. No entendía nada de lo que me decía. Supongo que se dio cuenta, porque sin esperar a que yo le dijera algo, volvió a su explicación.

—En este tipo de leucemia hay dos cromosomas, el nueve y el veintidós, que intercambian por error parte de su material genético. Ese defecto es conocido como translocación y da lugar a un nuevo gen de fusión llamado BCR-ABL. Eso hace que se produzca una proteína anómala llamada tirosincinasa que hace que haya una proliferación celular descontrolada. Intuyo que estás en la fase inicial, por lo tanto, se podría controlar con medicación, de ahí que sea crónica. Te vamos a hacer una punción de médula ósea para confirmarlo. La enfermera te acompañará y luego te veré de nuevo.

—Bien —eso es todo lo que pude decir.

Mi cabeza seguía procesando toda la información que me había dado. Me volví para ver si Ricardo seguía a mi lado, en todo el tiempo no había abierto la boca. Y sí, allí estaba como un autómata.

La enfermera que nos acompañó me fue explicando el proceso. Me indicó que era algo doloroso, que me pondrían anestesia, pero aun así…me miró y sonrió.

Le devolví la sonrisa, por su cara noté que sería algo más doloroso de lo que decía, pero no me quedaba otra. Ella estaba acostumbrada a tratar con pacientes de cáncer, te hablaba serena, con un tono dulce. Me gustó que fuera así, te tranquilizaba sin ocultar la verdad. Ya era más de lo que hacía Ricardo, él solo caminaba a mi lado y parecía más decaído que yo. Casi me dieron ganas de reír, menuda compañía había traído, a este paso tendría que consolarlo yo a él.

Pasamos a una sala donde me esperaba una doctora, la enfermera que nos había acompañado estaría en la prueba.

—Hola, soy la doctora Ana García, encargada de realizar la punción. Marga, la enfermera que te ha traído hasta aquí, me ayudará

—me explicó—. Después te acompañará de nuevo con el doctor.

Asentí, no sabía qué decir, me gustaba que ambas fueran tan amables, que me trataran con tanta dulzura.

—Quítate el pantalón y túmbate boca abajo en la camilla.

Noté como me cubría con lo que me pareció que era una sábana pequeña.

—Primero te pondré la anestesia y después procederé a hacer la punción. Lo hacemos en la cresta iliaca —me tocó con su dedo para mostrarme dónde sería mientras me lo decía— sé que es doloroso, pero no puedes moverte, si quieres gritar o apretar la camilla puedes hacerlo, pero no te muevas ¿de acuerdo? —preguntó.

—Sí —contesté— mientras me hacía la fuerte.

—Vamos allá, notarás que la anestesia está fría.

Y así era, lo estaba. Para distraerme pensé en lo joven que era la doctora, pero que sabía muy bien lo que hacía y la sentí cercana.

—Ahora voy a extraer la médula. Es doloroso y no muy agradable, tengo que hacer fuerza, por favor, trata de no moverte. No será mucho tiempo.

Sentí como entraba la aguja, y luego iba girando como si fuera un sacacorchos y hubiera que descorchar una gran botella. Un sudor frío empezó a recorrerme la espalda, mientras aguantaba apretando la camilla.

—Falta poco —decía la doctora— aguanta.

Noté una succión dentro de mí, como si me arrancaran algo, y en un momento ya no sentía nada.

—Hemos terminado, lo has hecho muy bien. Ahora Marga te va a poner un apósito, es un poco molesto, pero lo tienes que llevar hoy todo el día. Puedes hacer vida normal, pero sin coger peso, ni hacer esfuerzos. Si te duele, puedes tomar un analgésico. Te dejo con ella. Tienes que esperar aquí un poquito tumbada boca arriba, que vaya todo bien —dijo sonriendo.

Sentí que de verdad quería que todo me fuera bien, me animaba a ser fuerte. Se lo agradecí con la mirada.

No sabía cuánto había durado todo, había perdido la noción del tiempo, pero me alegraba haber terminado.

Marga me indicó que me levantara despacio para no marearme. Me ayudó a ponerme el pantalón de nuevo y a calzarme.

—Ahora te llevaré con el doctor, seguramente tendrás que volver a repetírtela más adelante.

Ricardo estaba fuera esperando. Cuando nos vio salir, se acercó y cogió mi mano.

—¿Estás bien? — susurró.

—He tenido días mejores, pero sí.

Marga sonrió mirándonos.

— No pierdas el sentido del humor, es importante ser positivo. Acuérdate, hoy con tranquilidad. Te llamarán en un ratito. Nos vemos otro día, seguro que todo va bien. Cuídate —se despidió dejándonos en la misma sala de antes.

—Gracias, Marga —respondí agradecida.

Daba gusto encontrar profesionales amables cuando te pasaba algo así. Con las emociones a flor de piel, sin saber muy bien qué iba a pasar, unas palabras de ánimo significaban tanto.

—¿Te duele? — Ricardo me miraba esperando mi respuesta.

—Ahora molesta, cuando se pase el efecto de la anestesia, pues ya veremos — respondí mirándole como si la pregunta la hiciera cualquiera de las personas que estaban en la sala.

Me di cuenta de que él no sabía qué decir, de qué hablar. Parecíamos desconocidos. Opté por observar a la gente que tenía a mi alrededor hasta que de nuevo tuve que pasar a la consulta.

El doctor miraba de nuevo la pantalla del ordenador, movió su cabeza cuando entramos y esperó que nos sentáramos de nuevo.

—Bueno, los resultados de la punción tardarán unos días, pero vamos a empezar por normalizar todos los valores que tienes alterados, para ello tienes que tomarte lo que te voy a recetar y en el orden pautado. Con uno de los medicamentos necesito que bebas tres litros de agua, no se te puede olvidar. Pero no te preocupes, te lo daré todo por escrito. Son varios y al principio es un poco caótico.

Asentí de nuevo.

—Ahora bien, hay varios asuntos que te tengo que explicar. Este tipo de leucemia es genética, pero no hereditaria. No sé si tienes hijos, o si los quieres tener.

—No los tengo y no sé si deseo tenerlos —no sabía que tenía que ver eso.

—Verás, con la medicación que te vas a tomar no podrás quedarte embarazada, porque podría causar malformaciones al feto. Por ello, tienes que pensarlo y tenerlo claro, porque si respondes bien al tratamiento, será para toda la vida.

Le miré pensativa sin saber qué decir.

—De momento, vamos a empezar con lo que tienes que tomar, en diez días te veo de nuevo y ya lo comentamos. Ya tendremos los resultados de la punción y, si es como te he dicho, empezarías con la otra medicación. A primera hora te harás una nueva analítica y lo vemos todo en la consulta después.

—Gracias, doctor, hasta el próximo día —me despedí saliendo.

Bajamos al parking a por el coche, pararíamos en la farmacia y luego a casa. Estaba cansada, no había dormido bien y el estar en tensión me agotaba. Estaba esperanzada, si lo podíamos controlar con medicación…mejor no pensaba más. Me volví y observé a Ricardo

mientras conducía, no había abierto la boca.

—Ricardo, ¿qué te pasa?

—Nada.

Daba la sensación que salvo porque era él quien conducía, me habría dado igual ir yo sola. En la consulta no había dicho nada, ni mientras esperábamos, ni en ningún momento. Menuda compañía más entretenida.

Llamé al trabajo y expliqué que Ricardo les acercaría mi baja. Sonia, mi jefa y amiga, me dijo que se pasaría por casa a verme y ya le contaría con tranquilidad lo que me pasaba. Así que no era necesario que llevásemos la baja, ella la recogería cuando viniera por la tarde.

Al llegar, decidí tumbarme un rato, estaba cansada. Pero antes quería hablar con Ricardo sobre lo que nos había dicho el médico. Me tumbé cómodamente, había cogido un vaso de agua y un analgésico por si lo necesitaba, que todo apuntaba que sería así, cada vez dolía un poquito más. Ricardo entró a verme.

—¿Te encuentras bien? — Quería acercarme al laboratorio, pero si me necesitas, me quedo.

—No, no. Estoy bien, vete tranquilo.

Me quedé pensativa, el tema de la maternidad vino a mi mente de nuevo. Tenía que reconocer que para mí nunca había sido una prioridad. Y llegados a este punto, pensándolo fríamente, ahora tampoco era el momento. Ricardo y yo no estábamos bien, y no sabía a fondo a lo que me enfrentaba. Eran dos razones con la suficiente fuerza para aparcar la maternidad. ¿Sería para siempre? —pensé dubitativa.

Era una decisión difícil, pero siempre podía tener en cuenta la adopción. Más adelante cuando todo estuviera controlado, si me veía capaz de cuidar de mí misma, podía plantearme cuidar y querer a otra persona. Me acordé en ese momento de una conversación que había tenido con mi abuela. Hablábamos de otra cosa, pero ella, sabiamente, me había aconsejado que lo primero en la vida era cuidarse uno, para así poder dar a los demás lo mejor de sí mismo.

Estaba tumbada, pero no me había dormido, seguía dando vueltas a la cabeza. Ricardo aún no había vuelto y la verdad, no lo echaba de menos. Eso no era buena señal, él tampoco se había extrañado cuando me había quedado de nuevo en la habitación de invitados.

Me sentía sola, aún no había llamado a los míos para contárselo, iba a esperar a tener todos los resultados. O mejor, me presentaba allí a verlos y se lo contaba en persona.

Al final me quedé dormida. Soñé que iba de viaje al pueblo de mis abuelos paternos, siendo una niña. Qué bonitos recuerdos tenía de aquellos veranos de infancia. Estaba jugando con las amigas, pero

había una a la que no reconocía, no la podía ver bien. Me acercaba, pero no lo lograba, y en ese punto abrí los ojos. Me giré para ver el reloj que había dejado sobre la improvisada mesilla. Eran casi las diez, no podía creer que hubiera dormido seis horas seguidas. Me había despertado descansada, de buen ánimo, pero el sueño seguía dando vueltas en mi cabeza.

Salí al comedor, todo estaba en silencio. Fui a la cocina, tenía hambre. Ahora recordaba que no había comido nada desde esa mañana. Encontré un plato de lasaña, con una nota al lado, que decía: *para cuando despiertes*. Pero no oía a Ricardo ¿dónde estaba? Entonces, escuché la llave en la cerradura y lo vi entrar.

—Hola, Ricardo.

—Hola, ¿cómo te encuentras?

—Bien, iba a cenar.

—Volví a mediodía y vi que estabas dormida, no quise despertarte. ¿Tomaste la medicación?

—Sí, no te preocupes. No tengo dos años.

—Por cierto, vino Sonia cuando estaba a punto de salir, le expliqué por encima lo que pasaba y le di tu baja. Espero que no te importe. Ella tampoco quiso que te despertara. Dijo que ya hablaríais.

—Ya la llamaré yo, gracias.

— Estoy cansado, si no necesitas nada, me voy a dormir.

—No, no, puedes irte.

De nuevo estaba sola. Cené con la televisión puesta, más por oír ruido que porque me interesara lo que decían.

Durante esa semana, solo vi a Ricardo por las noches, cuando venía a cenar. Seguía sin estar muy hablador, solo preguntaba si había tomado las medicinas y si me encontraba bien. Ya era oficial, había pasado de ser mi marido a ser mi enfermero.

Menos mal que tenía a Sonia. Hablábamos todos los días y estaba al tanto de todo. De momento ella y Luisa, las chicas de los jueves, eran las únicas que lo sabían.

Llegó el día de volver a la consulta nuevamente. El médico nos confirmó lo que ya sabíamos y me mandó la nueva medicación. Glivet 400gr. Solo con ver el prospecto de los efectos secundarios te daban ganas de no tomarlo, pero no había elección. Dijo que seguramente, al menos al principio, tendría el estómago revuelto, y del resto de efectos iríamos viendo de qué forma me afectaban y cómo se podían minimizar.

Sentía que todo giraba en torno al cáncer, estaba adaptando mi vida a ese nuevo ritmo. Los efectos secundarios pronto hicieron acto de presencia. Cuando esto sucedía me decía a mí misma, es soportarlo o estar muerta, y la elección era clara. La semana pasó sin darme cuenta, quitando el ratito del desayuno, el resto del día me encontraba

bien, así que decidí que el fin de semana visitaría a mi familia.

Lo primero que todos preguntaron cuándo llegué fue si no venía Ricardo. Les dije que estaba muy ocupado y no me había podido acompañar.

Mi madre había organizado una comida con mis dos hermanos, Abel y Raúl, y mi tía Soledad, que era la única tía que nos quedaba. Era viuda y su única hija vivía en Roma, por lo tanto, mi madre y ella pasaban bastante tiempo juntas.

Durante la comida hablamos de temas sin importancia, nos pusimos al día de cómo nos iba a todos y decidí esperar a la hora del café para soltarles la noticia. Mis dos sobrinos habían salido a jugar al patio, era el mejor momento.

—Os quiero contar algo —les dije.

—Estás embarazada —respondió mi cuñada Mayte— ya decía yo que pasaba algo, para que tú vinieras por sorpresa.

—No, no es eso. No os asustéis —dije haciendo una pausa, antes de soltar la bomba— pero tengo Leucemia.

Mi madre rompió a llorar, mi padre se levantó y vino a mi lado, no sabía qué hacer. Mis hermanos y mi cuñada me miraban expectantes.

—Dejadme que os explique. No quiero que lloréis porque estoy bien, de momento está controlado —miré a mi madre, que se enjugaba las lágrimas con un pañuelo y le cogí la mano— y no quiero acabar llorando yo también.

Les conté todo, habían pasado poco más de quince días, pero me parecía que era media vida.

Mi padre fue el primero en preguntar:

—¿Cómo es que Ricardo te ha dejado venir sola a darnos esta noticia?

—Papá, se lo he pedido yo. Antes de esto no estábamos en nuestro mejor momento.

—¿Te vas a separar? —intervino mi madre de golpe—. Perdona que sea tan brusca, pero ya sabes que siempre te he dicho que no estabais hechos el uno para el otro, no podéis ser más diferentes. Cuando estáis juntos nunca os veo felices, pareces apagada.

—Aún no se lo que voy a hacer, no lo tengo claro. La vida me está dando una segunda oportunidad y no la quiero desperdiciar.

5

Cuando todos se fueron, mi madre se sentó a mi lado.

—Cuéntame qué es lo que te pasa.

—¡Ay, mamá! La vida se ha vuelto muy complicada.

—¿Necesitas que vaya a Madrid contigo? —preguntó discretamente.

—No, no te preocupes. Es que todo ha cambiado, he tenido que tomar decisiones importantes con las que no contaba y todo ha sido tan rápido, tan de golpe… A veces sigo pensando que esto no me está pasando a mí, sino a otra persona.

—Hija, la vida tiene estas cosas. Pero nosotros estamos para lo que necesites, no estás sola, no lo olvides.

—Lo sé. No quería preocuparos, quería saber a qué me enfrentaba antes de decir nada.

—Para tu padre y para mí, los tres seréis siempre lo más importante. Da igual la edad que tengáis —respiró resignada—. Dime ¿qué os está pasando a Ricardo y a ti? Si has llegado a plantearte la separación es porque ya llevas tiempo pensando que algo no está bien. No me preguntes porqué, pero sabía yo que tantos días sin llamarnos… había algo raro.

—Nada está bien desde hace demasiado tiempo. A ambos los trabajos nos quitan muchas horas, pero lo de Ricardo ya es preocupante. Pasa casi todo el tiempo del que dispone en el laboratorio. Yo creo que está más cómodo que en casa.

—¿Le has dicho a él cómo te sientes con todo esto?

—Lo he intentado de todas las formas posibles, incluso planeé un viaje a Granada, pero fue otro desastre. De hecho, pensaba haberme ido de casa cuando volvimos.

—Pero te dijeron lo de la enfermedad.

—Sí.

—¿Cómo reaccionó Ricardo?

—En principio pensé que el enfrentarnos a algo así lo cambiaría todo, pero con el paso de los días veo que no. Ejerce de enfermero, algo me dice que está conmigo porque es lo que se espera de él. Cuando más tiempo pasamos juntos es para acudir a las visitas médicas.

—¿Qué dijo sobre el tema de la maternidad?

—No lo hablé con él. Si antes de esto no tenía claro si seguiríamos juntos, no tiene sentido planteármelo ahora.

—Entonces ¿qué te ha hecho tomar a ti la decisión?

—Sabes que nunca he sido especialmente maternal, pero está claro que renunciar a ella para siempre te hace pensarlo en serio. Llegué a la conclusión de que lo mejor era dejar las cosas como estaban. No tengo nada claro por donde va a continuar mi vida.

—Nos has dicho que está cogido a tiempo, ¿no es así hija?

—Sí, mamá. Pero ¿y si cambia? Lo estuve pensando mucho tiempo. Realmente, no me veo capaz de afrontar tantas cosas a la vez.

—La vida ha decidido por ti —suspiró y me cogió la mano.

—Eso parece.

—Aunque tus hermanos no te hayan dicho nada, te apoyan igual que tu padre y yo. Nos ha cogido a todos por sorpresa, sabes que ellos tardan más en reaccionar, seguro que luego te llaman para hablar contigo.

—Antes de que se fueran, he hablado con los dos. Mayte también se ha ofrecido a venir a Madrid conmigo si la necesito unos días —sollocé— son estupendos.

—Somos tu familia.

—Mamá —dije entre lágrimas— me ha hecho tanto bien hablar contigo.

—Llora si lo necesitas, no es bueno guardarse todo dentro. Déjalo salir —susurró Natalia mientras le acariciaba el pelo.

Mi padre se había levantado y nos contemplaba a ambas desde el marco de la puerta de la cocina. El té se había enfriado. Se acercó y me dio un beso en la cabeza mientras apoyaba la mano en mi hombro. Besó a mi madre en la mejilla y nos deseó buenas noches.

Nosotras permanecimos sentadas, en silencio, cada una absorta en sus pensamientos. Más tarde subimos agarradas hasta mi habitación, me metí en la cama y dejé que mi madre me arropara como cuando era niña. Estaba rendida.

El día amaneció claro, durante la noche había despejado las dudas de mi cabeza, bajé a desayunar y encontré a mi madre liada con la comida. De nuevo comeríamos todos juntos. Me senté a desayunar con ella.

—¿Cómo has pasado la noche?

—Hacía mucho que no dormía tan profundamente —respondí con alegría. Mi madre asintió con la cabeza mostrando una media sonrisa. No preguntó más, el tiempo pondría cada cosa en su lugar.

—Mamá, he estado soñando varios días con el pueblo de los abuelos, cuando íbamos a pasar allí los veranos. Veía a una chica que corría como si se escondiera de alguien.

— ¿En serio? Pero si no hemos vuelto desde que eras una niña. Sería alguna de tus amigas de entonces.

—No lo creo, parecía árabe.

—Pues no sé hija, será esa imaginación tuya. Alguno de esos

personajes de tus novelas. Han pasado muchos.

— Vendisteis la casa ¿verdad?

—Pues sí. No teníamos tiempo de ir por el trabajo de tu padre y la casa era otro gasto añadido. Se iba deteriorando poco a poco, cada vez que íbamos era para hacer arreglos, los pocos ahorros que teníamos se los llevaba la casa y decidimos que no podíamos seguir así.

—Es una lástima, con lo bien que lo pasábamos allí —dije pensativa.

—Dalia, ya no te acordarás, pero cuando os hicisteis mayores ya no queríais ir. Os gustaban más los planes que teníais aquí con vuestros amigos. De todas formas —dijo volviendo la cabeza hacía mí —, ¿todo esto viene por el sueño que has tenido?

—¡Ay, mamá! Cómo me conoces —dije riéndome.

—Sé que algo está pasando por esa cabecita tuya. No sé qué es, pero algo me dice que todo tiene que ver.

— Estoy pensando en cogerme una excedencia, no sé por cuanto tiempo.

—¿Por la enfermedad? —preguntó preocupada.

—No es por eso, lo llevo bien. Mi cuerpo se está adaptando a la medicación y el médico me ha dicho que, en vez de ir todas las semanas, ya me va a ver una vez al mes.

—Esa es una buena noticia hija. ¿Entonces?... —dejó la pregunta en el aire.

—Necesito poner orden. No quiero llevar una vida vacía donde me siento sola y cada día sea igual al anterior, donde no tenga sueños, ni ilusiones. Donde solo yo luche por un nosotros.

—Hablas de Ricardo —sentenció mi madre.

—Quiero a mi lado a un compañero, a un amigo, a un amante.

—La vida te acaba de enseñar lo efímera que puede ser, te ha hecho ver que hay que disfrutarla y sobre todo vivirla. Llenarla de experiencias gratificantes, rodeada de personas que te quieran y a las que tú quieras. Hay que intentar ser lo más feliz posible.

La miré, parecía que me estaba leyendo los pensamientos. Siempre me había ayudado mucho hablar con ella. Consulté la hora y me di cuenta de que se nos había pasado media mañana, mi madre había terminado la comida y se sentó conmigo.

—Mamá, ¿te apetece que demos un paseo?

—Claro, dejaremos a tu padre encargado de poner la mesa. Seguro que no le importa. Díselo tú, mientras subo a ponerme los zapatos.

Encontré a mi padre con el periódico en el salón, le gustaba leer todas las noticias. Siempre nos decía que había que estar informado. Levantó la cabeza al oírme entrar.

—Qué buena cara tienes esta mañana, te ha sentado bien venir a casa.

—Eso siempre. Me voy a dar un paseo con mamá, ¿te importa que te dejemos solo?

—No, hija, qué me va a importar.

—Otra cosa, te dejamos encargado de poner la mesa —le dije besándole en la mejilla y dándole un abrazo desde detrás del sillón.

—Anda, zalamera, marchaos tranquilas. Yo me encargo.

Salimos de casa, agarré del brazo a mi madre y fuimos bajando la calle que nos conducía al sendero al que queríamos llegar. Nos llevaría a un pequeño río que ahora apenas tenía caudal. Los chopos iban delimitando el camino, cruzamos el puente de piedra y nos quedamos viendo la vegetación que nos rodeaba.

Sentí una paz inmensa. No necesitábamos hablar, nos limitábamos a escuchar los ruidos que nos rodeaban. La algarabía de los pájaros, el susurro de las hojas que se mecían con el escaso viento, el agua que se arrastraba entre los guijarros. Todo junto conformaba la mejor música para el alma.

Pasado un rato, emprendimos el camino de regreso. Mi madre me fue poniendo al día de los típicos chascarrillos vecinales, y sin darnos cuenta llegamos de nuevo a casa. Se oían risas en el interior, eso indicaba que mis hermanos y mis sobrinos ya habían llegado.

—Menudo paseo —nos sorprendió mi padre saliendo de la cocina—. Venga, a la mesa, que ya está todo listo y estábamos esperando a que llegarais para comer. Pensábamos que teníamos que ir a buscaros.

—Papá, eres un sol. La verdad, se nos fue el tiempo sin darnos cuenta.

Fuimos con los demás. Entre risas nos regañaron por haberles hecho esperar. La comida pasó entre anécdotas de los pequeños, conversaciones de hermanos…, hasta mi tía Sole nos contó que tenía unos nuevos vecinos muy ruidosos y no tenía claro cómo se iban a llevar. Alargamos la sobremesa con un licorcito y buena conversación. Pasamos una tarde estupenda. No me había dado cuenta hasta esa tarde de lo que había echado de menos estas reuniones. No dejaría pasar tanto tiempo para volver.

Antes de que se fueran a su casa, me despedí de todos. Volvería a Madrid a la mañana siguiente y ya no nos veríamos.

Cuando nos quedamos solos, ayudé a mis padres a recoger, esta vez había liberado a mis hermanos y a mi cuñada de tan ardua tarea. Pasé el resto de la tarde tranquila en casa, sentada en el sillón de mi habitación leyendo. Me sentía renovada, con fuerza, con ganas de hacer muchas cosas. Después picamos algo de las sobras de la comida. Cuando acabamos los dejé viendo su programa favorito y me subí a la

habitación de nuevo. Preparé todo para salir al día siguiente cuando me levantara. No tenía una prisa excesiva, no iba a madrugar, pero quería llegar a comer a Madrid.

Antes de emprender el viaje, prometí que no tardaría mucho en regresar. Después de muchos besos y achuchones que me dejé dar, porque los necesitaba, emprendí la vuelta a casa con muy pocas ganas.

No había sabido nada de Ricardo en todo el fin de semana, ni yo le había llamado ni él tampoco lo había hecho.

Al llegar no estaba en casa, tampoco lo esperaba. Estaría en el trabajo, como siempre últimamente. Le mandé un WhatsApp diciéndole que había regresado y que le esperaba para cenar. Tardó en contestar cerca de dos horas, que yo aproveché para guardar todo. Me di una ducha y bajé a hacer la compra, el frigorífico estaba prácticamente vacío, no sabía qué habría comido Ricardo estos días. A la vuelta, al pasar por el quiosco de prensa, algo llamó mi atención. En letras rojas se anunciaba una nueva inmobiliaria, me pareció una señal, por lo que decidí llevarme uno de los ejemplares gratuitos con sus ofertas.

Preparé una cena sencilla, un par de filetes de ternera a la plancha y una ensalada. Ricardo no tardaría mucho en llegar.

Justo entraba por la puerta cuando llevaba lo último a la mesa, me saludó con un beso en la mejilla.

—Vuelvo enseguida, dame un minuto.

—No tardes Ricardo o se enfriará.

Me fui sentando, en un momento él hacía lo mismo.

—Cuéntame, ¿cómo te ha ido en tu casa?

—Estupendamente, como siempre.

—¿Cómo están tus padres?

—Todos están bien. ¿Me has echado de menos? —solté indecisa.

—Qué cosas tienes, pues claro.

—No lo parece, porque no he sabido nada de ti en estos días.

—Solo han sido tres y yo he aprovechado en el trabajo, porque ya sabes…

—Que estáis muy liados, sí —respondí irritada.

—Pensé que vendrías de mejor humor, ¿se puede saber qué te pasa?

—Venía, pero se me ha agriado de nuevo.

—¿Quieres decir que soy yo el causante?

—No, no quiero decir nada.

—¿Qué querías comentarme?

—Voy a irme de viaje, aún no sé cuántos días, tendría que hablar con Sonia. Incluso estoy pensando en cogerme una excedencia.

—¿Un viaje? ¿Y qué pasará con las visitas médicas?

—Volveré cuando tenga la consulta. No me voy lejos.

—No te entiendo, la verdad. No sé lo que te ha dado ahora.

—Es muy fácil, me he dado cuenta de que está bien trabajar, pero también hay que vivir y eso es lo que quiero.

—Lo dices como si no lo estuvieras haciendo.

—No de la forma que yo tenía pensado. Ya me había olvidado, hasta que la vida me lo ha vuelto a recordar.

—No sé qué decirte, no acabo de comprenderlo.

—Lo sé, pero no importa, estoy decidida a hacerlo igualmente. Hay una cosa más.

—Tú dirás, pero desde ahora ya te digo, que yo no voy a poder acompañarte.

—No es eso, no contaba con ello.

—Dalia —reprochó.

Levanté la mano para hacerlo callar.

—He pensado en buscarme un piso para mí. Necesitamos estar un tiempo distanciados, tener cada uno su espacio y pensar que camino debemos escoger, si seguimos juntos o nos separamos. No quiero vivir contigo como si fuéramos compañeros de piso.

Ricardo me miraba, pero no era capaz a decir nada.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, pero —respondió confuso— no es tan fácil buscar piso, además si coges una excedencia, ¿cómo lo vas a pagar? Yo no sé a qué viene esto ahora.

—Escúchame. Si aún no sabes a qué viene esto, tienes un problema mayor de lo que esperaba —le dije resuelta—. Por otro lado, tengo mis ahorros, igual que tú tienes los tuyos. En cuanto al piso, mañana empiezo a visitar los que tengo señalados en rojo en la propaganda de la inmobiliaria nueva. Me levanté, cogí la revista y la dejé encima de la mesa.

Sin decir nada más, abandoné la habitación, dejando la cena a medias. Ricardo continuó sentado mirando como salía.

6

Era extraño, pero sentía una liberación increíble. Por fin había decidido hacer algo, salir de mi zona de confort, perder el miedo para cambiar esa vida. Era la que yo había elegido hace tiempo, pero ya no me gustaba.

No podía creer que toda su preocupación fuera si podía pagar el piso. Nada de “no te vayas”, “vamos a intentarlo”, “no puedo vivir sin ti”. En su cabeza, el romanticismo era inexistente.

Me tumbé en la cama y me dije a mí misma que se acabó volver a pensar en lo mismo de siempre. Por la mañana a primera hora hablaría con Sonia, para resolver el tema del trabajo, después llamaría a la inmobiliaria y luego, luego ya veríamos.

Estuve mirando la habitación, la veía fría, desprovista de recuerdos y me di cuenta de que toda la casa era así. Decoración práctica, en tonos neutros, sin fotos, sin recuerdos, sin vida. Estuve dando vueltas a lo mismo hasta que me venció el sueño.

Desperté sobresaltada, no sabía qué hora era, no recordaba cuando me había dormido. Alcancé el reloj, marcaba las ocho y media. Buena hora para empezar a cambiar de vida.

Al levantarme me dolía la cabeza, tanto pensar no era bueno, me dije sonriendo.

Recordé que había vuelto a soñar otra vez con la misma chica, me preguntaba quién sería y por qué volvía a verla en mis sueños. Parece que quería llamar mi atención.

Me duché, me cambié y decidí que desayunaría fuera. Aunque refrescaba, lucía un sol estupendo que te hacía sentir de buen humor.

Al llegar a la puerta de entrada volví la vista y observé que la que había sido mi casa, ya no la sentía como tal.

Caminé un rato y me senté en una terraza de la Plaza de Santa Ana, estaba llena, unos turistas, otros “gatos”. Madrid siempre tenía gente y cosas que hacer, era una ciudad que no te permitía caer en la tristeza. Daba gusto empezar así la semana.

Desayuné un té con tostadas a las que añadí aceite y la medicación. El tomate ya no me sentaba bien por la mañana.

Observé a la gente sentada a mi alrededor, el bullicio, el trasiego de los camareros que traían las comandas, el ir y venir de los transeúntes, la vida.

Al acabar me fui directa a hablar con Sonia, habíamos quedado a las diez. Nada más entrar, la encontré agachada colocando unos libros que habían llegado nuevos, de una donación altruista y

anónima. Me sonaba a herencia de la que les sobra a los herederos. Solía pasar. A nosotras nos encantaban esos hallazgos inesperados, donde siempre encontrábamos pequeños tesoros escondidos para los amantes de la buena lectura.

—Hola, Sonia —susurré a su lado para no molestar.

—Hola —respondió sobresaltada— me has asustado ¿Ya son las diez?

—Sí.

—Se me ha pasado el tiempo volando.

—Como siempre.

—Sí, es verdad. Trabajar en lo que a uno le gusta es lo que tiene, que el reloj pasa más rápido de lo que quisiera.

—Tienes razón —reí divertida— eso es lo que más echaré de menos.

—¿Cómo? —preguntó extrañada—. Ahora me vas a explicar más tranquilamente qué andas tramando. Vamos a la sala de reuniones, que aquí acabaremos molestando por muy bajito que hablemos.

La seguí hacia la sala, me había cogido del brazo y lo iba frotando cariñosamente.

—Te veo estupenda —me susurró.

Nada más entrar, me dio un abrazo reconfortante, de esos que necesitas, aunque no lo sepas. Le devolví el abrazo agradecida.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo va todo? Cuéntame. Llevamos sin vernos un montón, ya ni quedábamos los jueves.

—Bien, todo vuelve a estar controlado, me voy haciendo con la medicación y sus efectos poco a poco.

—¿De qué querías hablarme? ¿No será que ya te quieres incorporar?

—No, quiero pedir una excedencia por varios meses.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Todo y nada.

—Me estás asustando.

—No, no, déjame que te explique.

Le hablé de la relación con Ricardo, de la búsqueda de casa nueva y de la posibilidad de hacer un viaje al pueblo de mis abuelos, donde iba de pequeña. Me escuchó sin abrir la boca, tratándose de Sonia, ya era muy difícil. Esperó hasta que conté todo, hasta que vacié mi alma. Y nada más acabar, me dijo:

—Si lo necesitas, lo tienes. Ya me encargaré del papeleo.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—No tienes que agradecerme nada, pero dime algo, ¿por qué no me has comentado nada antes? ¿Por qué has batallado con todo sola?

—No quería preocuparte, sentí que tenía que hacerlo así. Pensar y empezar a tomar decisiones, no dejar que otros lo hagan por mí, como siento que ha pasado hasta ahora en muchas cosas.

—Entonces, me alegro que lo hayas conseguido. De todas formas, sabes que puedes contar conmigo.

—Sí, claro que lo sé. Por eso eres la primera a la que se lo cuento desde que anoche tomé la decisión.

—Hay algo en lo que te puedo ayudar.

—¿En qué? —pregunté curiosa.

—En la búsqueda de casa.

—No te preocupes, te voy a ahorrar que me acompañes por las distintas inmobiliarias. De todo el proceso, ese el que menos me gusta.

—No es eso, es algo mucho mejor.

—Te escucho.

—Armando, un amigo de mi hermano Manuel, tiene un ático precioso, aquí al lado, en la plaza Santa Ana.

—¿Y? —pregunté expectante.

—Él se va a Alemania por trabajo, de momento por un año. Va a dejar la casa cerrada, ya que no encontraba ningún inquilino de confianza. El sábado estuvo comiendo con mi hermano y conmigo y precisamente nos lo contó.

—¿En serio? ¿Y crees que estaría dispuesto a que yo estuviera en ella sin conocerme?

—Él no te conoce, pero mi familia y yo, sí. Déjame que le llame y le pregunte, incluso podemos quedar con él si tiene tiempo y os conocéis personalmente.

—Eso sería estupendo. Bueno, no sé las condiciones que pide, ni el precio de alquiler al mes.

—Salimos de dudas enseguida, verás cómo llegáis a un acuerdo.

—Para mí sería estupendo, esa zona me encanta —respondí— ¿Cuándo se va? —pregunté esperanzada.

—En una semana creo que me dijo. Tiene ya casi todo recogido, se lleva solo sus efectos personales. Incluso tiene una plaza de garaje.

—No me quiero hacer muchas ilusiones, porque suena demasiado bien.

—Le llamo en un momento, a ver si me lo coge y salimos de dudas.

—Te estoy muy agradecida.

Sonia se fue a hacer la llamada y volvió enseguida.

—Me ha dicho Armando que si quieres comemos los tres hoy, si te viene bien. Él dispone de una hora y así os conocéis. Aunque no creo que haya ningún problema, porque yo le he dicho que eras una muy buena amiga mía, por eso ha accedido tan pronto.

—Eres un sol, si me quedo en el ático estaré muy cerca de la

biblioteca, para cuando me incorpore de nuevo.

—Si te parece, quedamos a las dos allí mismo, en la plaza. Comemos y nos acercamos a verlo.

—Perfecto, nos vemos en un rato. Ahora te dejo que sigas trabajando, que ya te he robado demasiado tiempo.

Salí de allí esperanzada, parecía que por una vez la suerte se ponía de mi lado o eso esperaba. Decidí volver a casa, para empezar a organizar lo que me tendría que llevar.

No había nadie cuando llegué. Vi la revista de las inmobiliarias encima de la mesa donde la había dejado la noche anterior, la cogí y la tiré a la basura. No sabía si estaba confiando demasiado en la suerte, pero quería creer que esta vez saldría bien.

Fui a la habitación que había compartido con Ricardo estos años, vacié los armarios de ropa, metiéndola en las maletas. Dejé unas pocas prendas para los días que me restaban de estar allí.

Una vez se iban llenando, las bajaba a la que ahora era mi habitación. Me di cuenta que necesitaría unas cajas, para los libros, sería lo que más ocuparía. No pensaba llevarme mucho más. El menaje del hogar lo dejaba allí, pasaba página y empezaba de cero con casi todo.

Las dos horas que empleé antes de volver a salir a comer, me cundieron mucho, ya poco más tenía que recoger. A la vuelta podía pasar a coger las cajas en el estanco. Cruzaba los dedos para que todo saliera bien.

Llegué puntual al lugar donde había quedado con Sonia. Justo le estaba diciendo hola de nuevo, cuando unas manos grandes y cuidadas le taparon los ojos.

—¿Quién soy? —preguntó el desconocido.

—Menuda sorpresa Armando, ya habíamos quedado— respondió Sonia—. Yo miraba divertida y curiosa a quién suponía que sería Armando.

—Error —contestó Manuel quitándole las manos de los ojos.

—Pero bueno, ¿qué haces tú aquí?

Se dieron un abrazo y me presentaron a Armando. Después me volví.

—Manuel —saludé correspondiendo a su abrazo—, cuánto tiempo sin verte.

—Demasiado, ahora nos ponemos al día —me dijo volviéndose hacia Sonia.

—Hermanita, estaba con Armando cuando le has llamado. Él me ha dicho de quién le hablabas y me he ofrecido a acompañaros.

Armando y yo permanecíamos callados, observándonos, sin saber muy bien qué decir hasta que acabaron los hermanos de hablar.

—¿Dónde queréis comer? —preguntó Armando—. Os recuerdo

que solo dispongo de una hora.

Fuimos a un japonés que había en la esquina de la plaza. Armando me dijo que ya no esperaba encontrar a nadie que quisiera cuidar de su ático en su ausencia.

Nos sentamos y pedimos la comida. Mientras esperábamos que nos la trajeran, me explicó las condiciones, que me resultaron más que favorables, mucho mejor de lo que esperaba. Yo le miraba, tenía como una especie de imán que hacía que no pudiera dejar de hacerlo.

¿Qué me estaba pasando?, parecía una quinceañera en plena adolescencia. Armando era moreno, sobre metro noventa, con unos bonitos ojos verdes, que parecían mirar dentro de la persona con la que hablaba. Te daba confianza, aunque no le conocieras. Siempre sonreía… y qué sonrisa.

La comida fue rápida. Me ofreció enseñarme la casa para que al menos me hiciera una idea de si era lo que estaba buscando, aunque él esperaba que así fuera. Yo, aunque no dije nada, también. Hacía mucho tiempo que no había estado tan a gusto.

Llegamos enseguida. Era un edificio antiguo, pero totalmente remodelado por dentro. Subimos los cuatro en el ascensor, Armando me pidió disculpas porque, según él, lo tenía todo por medio. Abrió la puerta y nos invitó a pasar.

Me quedé parada, era todo lo que estaba buscando y más. Cumplía mis expectativas sobradamente.

—Dalia, dinos qué te parece —oí que me decía Armando, mientras Sonia y Manuel me observaban.

7

No había pasado de la entrada, observaba todo incrédula. El ático era totalmente diáfano, con una luminosidad increíble. Las paredes tenían unas ventanas enormes. El techo intercalaba grandes vigas de madera con tragaluces. Todo él estaba pintado de blanco, una alfombra enorme de color azul cubría buena parte de la estancia. Desde donde estaba veía un sofá blanco, que me hacía recordar a los algodones de azúcar de las ferias, cubierto de cojines en tonos verdes y azules.

Mi vista no paraba de recorrer cada rincón al que tenía acceso desde allí, las ventanas estaban rodeadas de repisas pequeñas, donde se veía una amplia variedad de libros. Al final había una cama, cubierta por una colcha azul oscura y cojines en distintos tonos de azul.

No sabía que decir, tenía calidez de hogar. Vislumbré una puerta corredera que suponía que daría a alguna pequeña terraza o balcón. En un lateral debía estar la cocina, en el otro el baño, pero desde allí no lo veía.

—Dalia, ¿te encuentras bien? —preguntó Sonia.

—Perdonad, es que no lo esperaba así —respondí avergonzada.

—¿No te gusta? —dijo Armando.

—Sí, sí, por favor. Me encanta —contesté.

Parecía una niña, que impresión se iba a llevar de mí, si me quedaba mirándolo embobada, luego me quedaba callada y cuando por fin decía algo casi tartamudeaba. No me reconocía, y por la cara de Sonia, ella tampoco.

—Mira, hoy no me puedo entretener mucho más, pero si quieres, podemos quedar el viernes, cenamos juntos o lo que te venga mejor, te hago un juego de llaves para que puedas empezar a traer tus cosas y concretamos todo. —Armando me explicaba todo de forma apresurada—. Bueno, si sigues interesada, claro. No te veas comprometida porque Sonia sea amiga mía.

—Claro que estoy interesada, ¿estás loco? Me chifla — grité entusiasmada.

—Pues nada, entonces, los dos conformes. Déjame tu número de teléfono y hablamos a lo largo de la semana, para ponernos de acuerdo.

—Claro, claro —respondí de nuevo atolondrada.

Lo anotó y bajamos los cuatro, se despidió de todos y salió disparado. Ni siquiera me había dado cuenta de lo que había dicho,

seguía pensando en el beso que me había dado en la mejilla para despedirse y en la exquisita fragancia que seguía flotando en el aire.

—Dalia, despierta.

—Perdona, ¿qué me decías?

—¿Se puede saber en qué mundo estás?

—Me había distraído.

Manuel se reía y yo no sabía de qué.

—No te preocupes, causa esa reacción en todas las mujeres —dijo socarrón.

—No, no es eso. Es que no me puedo creer que haya encontrado algo tan perfecto en tan poco tiempo, es una zona que me encanta —respondí sonriente.

—Bueno, chicas, yo también me voy —avisó Manuel—. No sabes cuánto me alegra que nos hayamos visto —respondió pícaro guiñándome un ojo—. Si necesitas ayuda para el traslado, avísame y te echo una mano.

Se despidió de nosotras dándonos un abrazo, y allí nos quedamos Sonia y yo, plantadas en el mismo sitio.

—¿Se puede saber qué te pasa que no reaccionas? —preguntó Sonia haciéndome regresar.

—Tienes razón, parezco tonta.

—No es eso mujer, pero empiezas a preocuparme. No te he visto nunca tan obnubilada y tan parca en palabras.

—Yo creo que son estos días, me tienen como loca. Estoy de altibajos continuos, tengo los nervios y las emociones a flor de piel en todo momento.

—Ten en cuenta que estás afrontando muchos cambios en poco tiempo. En algún momento tienen que pasar factura.

—Es cierto, Sonia, pero, aunque te parezca una contradicción, tenía que pasar algo así para despertar, para darme cuenta de que dejaba pasar la vida, no la vivía, no tenía ninguna ilusión. Cada día igual al anterior —suspiré.

—Me alegro entonces de ayudarte en este cambio. Tómatelo con calma y cuenta conmigo para lo que necesites. Tengo que volver al trabajo. Te llamo en cuanto sepa algo de tu excedencia. Ya me contarás que tal la próxima reunión con Armando —sonrió socarrona.

Nos despedimos con un abrazo y cada una emprendió su camino.

Me fijé en la estatua de Calderón de la Barca, que contemplaba la plaza en todo su esplendor. De frente estaba el teatro que llevaba su nombre. Decidí sentarme un momento en uno de los bancos que había, a contemplar el paso de la gente. Miré la fachada de la que sería mi nueva casa, su pequeña puerta, flanqueada por diferentes bares de tapas, de los tantos que habitaban esa zona.

Me sentía feliz, aún no podía creer que fuera a vivir allí.

Decidí volver a casa, recogería las cajas que necesitaba y volvería para empaquetar lo que me faltaba, así cuando me llamara Armando tendría todo listo para empezar con la mudanza.

Pasé por el estanco de Luisa, el que había en la misma acera de mi calle. Ella siempre guardaba cajas, nuestra amistad venía desde la primera vez que entré a comprar sellos. Me dijo que era de las pocas personas que escribía cartas. Me hizo reír cuando me llamó especie en extinción, con aquel acento suyo de canariona. Siempre me alegraba el día. Había venido al barrio tras separarse. Me contó que vino a Madrid años atrás por amor, pero que ella viniendo de una tierra muy cálida, había ido a dar con un iceberg. Como volver a su casa habría sido dar la razón a su madre, escuchar aquello de: "te lo dije, mi niña, que allí no se te perdió nada", decidió quedarse. Abrió su estanco y admitió que volvería a su tierra cuando ella lo decidiera, no antes. Se había hecho fiel lectora de mis novelas juveniles, había tardes que me bajaba a su trastienda y entre cliente y cliente, yo escribía, ella leía y me daba su opinión. Resultó una crítica estupenda, sus ideas siempre resultaban acertadas.

Era una de las primeras personas, junto a Sonia, a quienes había contado lo de mi leucemia. Además, estaban al tanto de mis altibajos con Ricardo. Ahora que sabía que me iba a ir de casa, que entre Ricardo y yo las cosas no tenían arreglo, me sorprendió lo que ella me dijo.

—Niña, no era hombre para ti. No tenía sangre en las venas.

—Nunca me dijiste nada, Luisa —le reprendí.

—Uno se tiene que dar cuenta solo, ¿de qué serviría que yo te lo hubiera dicho?

Me quedé pensativa, tenía razón. No le hubiera hecho caso.

—¿Tú sabes la pena que me da que me dejes sola y te vayas de aquí?, pero iba siendo hora de que despertaras.

—No digas eso, sabes que voy a venir aquí a verte muy a menudo.

—Eso espero, mi niña, o te iré a buscar yo.

—Ahora dame esas cajas, que no te quiero entretener más.

—Pasa y coge tú las que te vengan mejor.

Cargué con las que pude, ya bajaría a por más después si las necesitaba.

Aprovechando que salía el cliente que había atendido, me despedí con un beso y salí por la puerta que Luisa sujetaba para que pudiera pasar. Me embargaba la tristeza de nuevo y no quería que ella se diera cuenta.

—Hablamos y muchas gracias —le dije.

—Nada, mi niña, ya sabes dónde estoy.

Llegué al portal y cuando iba a sacar las llaves para abrir, Ricardo me sorprendió por detrás.

—Deja que abra yo.

—Pensé que no estarías aquí.

—Pues ya ves, veo que tienes prisa por irte.

—Ya ninguno está cómodo. He encontrado una casa y a finales de semana me iré.

—Vaya, no contaba que fuera todo tan rápido.

—Para qué alargarlo más.

—Ya —contestó derrotado.

Le miré, noté el cansancio en su cara, para él tampoco iba a ser fácil.

Me senté a su lado, parecía un niño desvalido.

—Ricardo, a veces las cosas son así de simples. Uno despierta un día y se da cuenta de que lo que tiene no es lo que esperaba. Yo quiero más y espero haberme dado cuenta a tiempo.

—Así de simple —respondió mirando al suelo—. Sus hombros estaban caídos, se le notaba derrotado.

—Sí. He querido que lo entendieras, pero no lo he logrado. Y llegados a este punto, creo que es el momento de que cada uno siga su camino y busque su felicidad.

—¿No has sido feliz conmigo? —preguntó mirándome a los ojos.

—No todo lo que debería, pero hasta ahora no lo sabía.

—Yo te quiero, Dalia —dijo lastimero.

—También yo a ti, Ricardo, te he querido mucho, no lo dudes.

—¿Ya no? Lo dices en pasado.

—Porque ya no te quiero como se debe querer. Te quiero como un amigo, como la persona con la que he convivido años. Pero ya no queda el otro amor, tú lo has ido apagando, has hecho que se pierda y ya no tiene solución.

—Dalia… —pronunció rompiendo a llorar.

Le abracé y le besé en la mejilla. Debía llorar su pena si así lo sentía, pero no iba a arrastrarme con él. Ya no.

Subí y fui colocando los libros de forma ordenada en las cajas, las había elegido pequeñas, porque si no luego no podría con ellas. Mientras, pensé que lo mejor sería irme a un hotel hasta que me mudara a casa de Armando. Eso haría las cosas más fáciles para los dos.

Estaba pensando bajar a decírselo a Ricardo, cuando llegó un WhatsApp, era de Armando.

Copia de llaves hechas, cuando quieras te las doy y puedes ir trayendo tus cosas.

Decidí contestarle.

No sabes cómo te lo agradezco, me voy a ir a un hotel estos días y me vendría fenomenal poder llevarlo ya.

De nuevo sentí el aviso de entrada de otro WhatsApp.

Pues nada, ¿te parece que nos veamos mañana y te las doy?

Perfecto, dime sitio y hora y allí estaré.

¿Comemos en el bar de al lado de mi casa a las 14:00?

Estupendo, nos vemos en la puerta. Besos

Seguí empaquetando los libros, me sentía rara, ahora parecía que no podía seguir en la casa por mucho tiempo. Me apremiaba dejar todo atrás.

Hacía un rato que no oía a Ricardo trasteando, bajé a la cocina y encontré una nota.

"Me he vuelto al laboratorio, luego me iré a dormir a casa de mis padres. Me quedaré allí estos días, no soy capaz de verte ir. Lo siento tanto."

Agradecí el gesto, empezábamos a encontrarnos violentos los dos. Sentí su cobardía, ya no quería luchar. Era el final de una etapa.

Me di una ducha en aquella casa, a la que no sentía mía, a la que ya no pertenecía, o quizás no pertenecí nunca. Miré todo con otros ojos, no había huella de mi paso por ella. Había de reconocer que, de eso, tenía tanta culpa como Ricardo. No hicimos nada por formar un hogar, fuimos posponiendo aquellas renovaciones que prometimos hacer el primer día que pusimos los pies en la entrada y que ya nunca se harían.

Me acosté recapacitando sobre ello, pero mis pensamientos fueron variando hasta pensar en la comida que tenía al día siguiente con Armando. Una sonrisa se fue dibujando en mi cara.

8

Me desperté con la tranquilidad de encontrarme sola en casa, me puse ropa cómoda y acabé de empaquetar todo lo que me quedaba antes de irme a la comida. Ya no era mucho, no me llevaba nada de nuestra vida en común. Había decidido comprar varios juegos de sábanas y de toallas nuevas, los que había tenido hasta ahora, allí se quedaban.

Cuando acabé fui acercando todo a la entrada, preparado para bajarlo al coche. Cuando Armando me diera permiso, lo llevaría. Aún no sabía si me entraría todo en mi viejo Ford, pero si no era así, haría varios viajes.

Ya no era necesario que me fuera al hotel si Ricardo no iba a estar. Aun así, el viernes como muy tarde dejaría la casa.

Me sobraba algo de tiempo y decidí escribir una carta para cuando él volviera. Seguro que también lo prefería así.

Querido Ricardo:

Dejo las llaves de la casa en la entrada, no creo haberme olvidado nada, pero si no es así, tienes mi teléfono.

Siento que todo acabe de esta forma, pero creo que es lo mejor que podemos hacer.

Cuando te parezca oportuno, empezamos con los trámites del divorcio. No lo retrases mucho, porque estoy pensando en hacer un viaje.

Solo me llevo mis pertenencias, no quiero nada más. Sobre la casa, como no hemos hablado de ello, no sé si te la quieres quedar tú, o prefieres que la vendamos. Con lo que decidas estaré de acuerdo.

Espero que todo te vaya bien, que con el tiempo puedas encontrar a alguien que te entienda y te complemente como mereces, es triste pasar por la vida solo.

Besos

Cerré la carta y la metí en mi bolso, hasta que llegara su momento. Seguía teniendo sentimientos encontrados, era difícil dar este paso.

Me vestí para ir a la comida y salí. Iría dando un paseo para despejarme. Andar siempre ayudaba y subiría mi ánimo. Caminaba despacio, fijándome en el que hasta ahora había sido mi barrio. Me daba cuenta de que nunca lo había visto de esa manera. Había sitios que ya habían cerrado, tiendas que reabrían sus puertas y ni tan siquiera recordaba qué es lo que había antes en ellas.

La vieja tintorería y el restaurante chino del señor Lee seguían en el mismo sitio, creo que son los únicos comercios a los que habíamos entrado. Las prisas de la vida que hasta ahora llevábamos ambos no nos habían permitido observar qué pasaba a nuestro alrededor. Qué gran tristeza pasar por esos años sin prestar atención a las pequeñas cosas, solían ser los mejores momentos. ¿Cuántos nos habríamos perdido?

Eso no me volvería a suceder, la vida podía ser efímera y sorprenderte cuando menos lo esperas, si no estaba atenta pasaría y no me daría cuenta.

No me reconocía, o tal vez sí. Siempre había sido una romántica, pero cuando convives con una persona que no lo es, alguno de los dos cambia. En este caso, había sido yo, ahora lo veía claramente, aunque para ello hubiera tenido que sufrir una de las peores experiencias en esta vida.

Había llegado a la puerta del restaurante donde habíamos quedado, comprobé si Armando estaba por allí, consulté el reloj. Faltaban diez minutos, aún era pronto.

Me asaltaron las dudas, a ver si él estaba dentro y yo esperaba fuera. Me aseguré de que era el sitio donde habíamos quedado. Me recoloqué la ropa fijándome si todo estaba bien. ¿Pero qué me estaba pasando?, ¿volvía a sentir las mismas inseguridades?

Armando iba a pensar que estaba loca, dudaría incluso a la hora de confiar en mí para cuidar de su casa si seguía comportándome así.

Estaba pensándolo, cuando oí mi nombre y volví la cabeza.

—Hola, Dalia —saludó alegre Armando—, te estaba llamando y no te has dado cuenta.

—Lo siento, estaba despistada y no te oí.

—¿Va todo bien? —preguntó solícito.

—Sí, sí, estaba distraída solamente.

—Vamos entrando si te parece —sugirió.

—Claro, no me lo tengas en cuenta, normalmente no soy así —reí.

—Así, ¿cómo?

—Despistada, incoherente, un desastre.

Armando ya reía sin reparo.

—No te disculpes, a mí me gusta la gente que no es tan cuadriculada.

—Pues es gracioso, hasta hace nada esa era mi descripción. Siempre tenía todo bajo control, hasta que la vida me sorprendió, me enseñó que todo podía cambiar en un minuto, que nadie tiene el futuro asegurado.

—Eso suena muy profundo. No sé de qué experiencia se

trata, pero la conclusión a la que te ha llevado me parece muy acertada.

—Me diagnosticaron cáncer —solté a bocajarro.

—Vaya.

Empecé a reír sin poder contenerme.

—Perdóname —respondí mientras me limpiaba las lágrimas, siempre que reía tanto, al final acababa llorando—, he sido muy brusca. Tenías que ver la cara que se te ha quedado.

Le conté lo de mi enfermedad y la separación inminente de mi matrimonio, Armando no decía nada. Habíamos pedido la comida y me escuchaba con atención mientras dábamos buena cuenta de ella. Cuando esperábamos el postre, que íbamos a compartir, el café y el té, me atreví a preguntarle:

—Ahora, dime tú, ¿qué estás pensando? Si cambias de opinión con respecto a lo de dejarme tu casa, lo entenderé. En este momento, debes de pensar que tampoco estoy muy bien de la cabeza. Te he hecho un resumen de mi biografía y de mis problemas en menos de una hora, cuando somos prácticamente desconocidos.

—No quiero que pienses eso, me pareces una persona muy valiente. No todo el mundo daría un cambio tan drástico en su vida. Te seré sincero, Manuel me dijo que estabas pasando por muchos cambios, no me mencionó más. Pero que eras buena gente, que me podía ir tranquilo. A veces, aunque no lo parezca, es más fácil hablar de nuestras preocupaciones con personas a las que no conocemos. No me preguntes el porqué, pero es cierto que cuesta menos sincerarse o desahogarse.

—Menos mal, si no a esta hora estaría diciendo adiós a tu estupenda casa —Sonreí.

—Ellos son grandes amigos míos y estaba seguro que si me recomendaban a alguien es porque era de total confianza.

—También estoy pensando en hacer un viaje, aún no sé cuándo, pero no lo quiero retrasar mucho. Iré al pueblo donde nacieron mis abuelos y mi padre, no he vuelto desde pequeña y ahora no sé por qué, siento una necesidad imperiosa de volver. Te cuento esto ya que estaré tiempo fuera, pero no tienes que preocuparte, no descuidaré tu casa, puedes estar seguro.

—En principio iba a estar cerrada durante todo el año, ahora al tenerte a ti en ella, aún con tu viaje, estará bien cuidada.

—Bueno, ha llegado el momento de hablar seriamente del precio del alquiler y demás gastos.

—Dalia, he pensado que solo te hagas cargo de los recibos de luz, agua y gas. Lo que tú consumas, sin ningún tipo de alquiler.

—No, no, ni hablar. ¿Cómo no te voy a pagar nada?

—Para mí es más importante que la casa tenga un

mantenimiento por estar habitada, que tenerla cerrada. También ha sido una suerte encontrarte. Otra cosa, ¿qué es eso de que te tienes que ir a un hotel? Mira no me quiero meter donde no me llaman, pero por favor, aunque aún esté yo esta semana, puedes venir a casa. Mi sofá cama es estupendo.

—En principio hasta el sábado no sería necesario, Ricardo no estará. ¿El sofá que vi en el salón es también cama? —pregunté sorprendida.

—Sí, lo es. De verdad que no me importa que vengas antes si lo necesitas.

—Te lo agradezco mucho. ¡Madre mía!, ya me parecía estupendo como sofá, si también es cama, ya es perfecto. Si tengo alguna visita, me vendrá genial. Por cierto, de eso no hemos hablado, ¿no te importará verdad?

—No, claro que no. El tiempo que yo no esté, considérate en tu casa, con total libertad.

—No se sí seré capaz de irme cuando vuelvas.

Armando se echó a reír, ante semejante ocurrencia.

—Si te parece, pagamos la cuenta y pasamos por mi casa, así puedes verla con tranquilidad. Esta tarde la tengo libre, no tengo prisa.

—Sería perfecto.

Me empeñé en pagar la cuenta, aunque era consciente que a Armando no le estaba haciendo ninguna gracia. Me parecía que era lo mínimo que podía hacer si no me iba a cobrar ningún alquiler. Salimos y fuimos paseando lentamente hasta su edificio. Al entrar de nuevo me dejó impactada, era increíble lo que me hacía sentir estar en esa casa, sin ser mía me parecía mucho más un hogar. Volví a ver las estancias del primer día, después pasamos a la cocina. Me dejó nuevamente sin habla, era pequeña, ocupaba solo un lateral de la pared, que acababa haciendo una pequeña ele, con una barra a la que acompañaban dos taburetes altos con respaldo. Era perfecto para sentarte en el desayuno o para una cena ligera. Toda ella era gris, con pequeñas tiras en amarillo. Estaba alucinada con el buen gusto que tenía este hombre para la decoración de toda la casa.

El baño era muy masculino y muy funcional. Dos de las cuatro paredes, incluida la del plato de ducha, eran de azulejos negros. Las otras, blancas. Un contraste que llamaba la atención. Varios armarios albergaban los productos de baño y un tercero que no estaba cerrado te dejaba ver las toallas, todas negras enrolladas y apiladas escrupulosamente.

Seguía sin poder creérmelo, era todo tan perfecto. Mi sonrisa iba en aumento a cada paso, es que no había nada que no me gustara.

—Solo nos falta la terraza —me dijo Armando—, sígueme.

Salimos por la puerta y ya mi sorpresa fue mayúscula. El suelo era de césped artificial, tenía una pequeña mesa baja, con dos butacones que invitaban a sentarse. Eran muebles de teka en color cerezo, lo acompañaban unos cojines enormes en color verde pistacho. Daba la sensación de que en esa terraza siempre era primavera. Una de las paredes tenía pequeñas macetas con todo tipo de hierbas y una tira de luces de carga solar se repartía a lo largo de toda la terraza de forma casual, aunque seguramente por la noche, cuando se encendiera, parecerían estrellas caídas del firmamento.

—Si quieres nos sentamos a tomar algo aquí.

—Sería estupendo —contesté—. Me negaba a abandonar aquel sitio. Me encontraba tan cómoda.

—¿Te has encargado tú solo de la decoración? Perdóname que sea tan directa, pero es que me encanta.

—He de confesarte que no —admitió risueño— Mi hermana es decoradora de interiores y cuando hice la reforma completa de la casa, fue la que tomó el mando. Es una de las personas que mejor me conoce, le tuve que ayudar poco.

—Hizo un trabajo estupendo. Si alguna vez tengo que renovar algo que sea mío, sin duda, te pediré su teléfono.

Estuvimos un rato callados, cada uno con su vaso en la mano, observando las calles a las que daba la terraza. Esa era otra de las cosas que más me gustaban. Por la altura a la que estaba, no había vecinos curiosos que pudieran observarte. Se podía ver una buena panorámica del barrio desde los tejados. Seguramente sería un sitio donde ambientaría más de una de mis historias juveniles.

—Dalia, si te parece, además de mi teléfono, te voy a dejar mi correo electrónico. Podremos estar en contacto por si ocurre algo.

—Me parece perfecto.

—Anótalo entonces antes que me olvide, tengo tantas cosas en la cabeza.

—Lo apunto y te dejo, que te estoy entreteniendo sin darme cuenta de que tú también tienes un viaje previsto y te quedarán muchas cosas por hacer.

—No te preocupes, no te lo digo para que te vayas. La tarde me la había tomado de descanso. Me gusta estar en tu compañía.

Me volví a mirarlo mientras sacaba mi libreta y apuntaba lo que me decía, me di cuenta de que a mí también me gustaba estar en la suya.

9

El resto de la semana pasó lenta, no tenía mucho que hacer. Estaba deseando que llegara el viernes para llevar a cabo la mudanza. Dediqué esos días a comprar las cosas que me faltaban, incluyendo algún que otro capricho. El piso estaba provisto de todo, pero aun así no me pude resistir. El color por fin entraba en mi vida y de qué manera.

No había visto a Armando, pero sí nos habíamos mandado algún que otro WhatsApp. Me estaba acostumbrando a hablar con él, parecía una idea ridícula, pero al final me iba a dar mucha pena que se fuera a Alemania. Ya habíamos quedado que incluso hablaríamos una vez al mes vía Skype. Era increíble la conexión que estábamos teniendo.

El viernes a primera hora estaba igual que cuando era niña y llegaba la noche de Reyes. Entusiasmada por dar ese cambio tan esperado, por romper con lo que no me hacía feliz y por él, por Armando. Me negaría a reconocerlo delante de los demás, pero en mi fuero interno sentía que era así.

Me había levantado muy temprano, metí de cualquier manera las tres cosas que me quedaban, dejé la carta para Ricardo en la mesa de la cocina y cuando tuve el coche cargado, subí. Contemplé la casa desde la entrada, dejé el juego de llaves en el aparador y cerré la puerta tras de mí. Ni siquiera desayuné, no quería que mi último recuerdo en la casa fuera ese. Había quedado con Luisa, nos daríamos las dos un homenaje de despedida de la vida que había llevado hasta ahora.

Pensaba que, llegado el día, estaría más triste, pero no era así. Sentía libertad, poco a poco desaparecía aquella opresión que llevaba tanto tiempo sintiendo. Me veía ágil, joven, vital, una mezcla de muchas cosas que no podía, no sabía explicar.

Miré de nuevo el coche, aparcado en la acera. Representaba el comienzo de mi nueva vida, me aseguré de que lo dejaba cerrado y me fui en busca de Luisa.

Era madrugadora, no la tuve que esperar. En cuanto toqué su portero, escuché esa cálida voz con la que siempre me sentía arropada.

—Estoy bajando, niña.

No me dio tiempo a contestar porque ya me había colgado. Ella nunca perdía el tiempo en cosas que no tenían importancia. Estaba sonriendo, cuando oí que se abría la puerta y de nuevo su

inconfundible voz.

—Apúrate, mi niña, que no todas estamos ociosas como tú.

—Ay, Luisa, no cambies nunca.

—Y ¿por qué habría de hacerlo? —me dijo toda seria, pero reflejando una enorme sonrisa en su mirada.

Siempre me dejaba sin palabras, me acerqué y la abracé, sintiendo el calor de sus brazos, oliendo ese aroma que podría identificarla entre mil…

—Te voy a echar mucho de menos —susurré en su oído.

—Ah, no —dijo soltándome de golpe—. No creas que va a ser tan fácil que te libres de mí. Ya me estás dejando la dirección apuntada ahora mismo. Como que me llamo Luisa, que no nos vamos a olvidar de nuestros jueves, esos están reservados para ponernos al día mientras comemos.

—Pues claro —respondí agradecida.

Afirmó con la cabeza, se agarró de mi brazo y echamos a andar hacia la cafetería. No hablamos en el camino, eso era señal de que ella también estaba emocionada, pero no lo reconocería.

Desayunamos pan tostado con aceite, tomate y jamón, un buen zumo de naranja y café. Mientras hablamos de todo un poco.

—¿Ya has recogido tus cosas?

—Sí, ya lo tengo cargado, dejé las llaves dentro y una carta para Ricardo.

—¿No has sabido nada de él?

—No, ya sabes como es. Para todo necesita mucho tiempo. Para procesarlo, como dice.

—De verdad que no me explico tanto procesamiento, mi niña. Lo que es, es un cobarde que no lucha por lo que tiene —contestó desesperada.

—Seguramente, pero ya no importa.

—Eso es, borrón y cuenta nueva. Él se lo pierde.

Luisa se quedó callada, mientras acabábamos el desayuno.

—Estaba todo muy bueno, pero he echado de menos mi gofio.

—Luisa, siempre con lo mismo.

—Es lo que me agarra a mi tierra, mi almuerzo, igualito al que mi abuela me preparaba todas las mañanas —comentó melancólica—. Voy a pagar y nos vamos, que tengo que ir a abrir.

Fuimos de nuevo cogidas del brazo hasta la puerta de su estanco. Sin decirme nada, se volvió y me achuchó de nuevo.

—¡¡Ay!! Lo que te voy a echar de menos. Ya sé que te lo había dicho y que no me quería emocionar, pero ahora, ya es un hecho.

—Escúchame Luisa, nos vamos a seguir viendo mucho, no creas que me voy a olvidar de ti. Además, me acabas de recordar nuestra cita semanal.

—Tienes razón, solo que me da pena que se vaya mi mejor vecina.

Volvió a darme otro abrazo.

—Anda, vete ya —soltó de sopetón— que al final acabo llorando.

—Te llamo en cuanto esté instalada. Tienes que venir a verme, aunque no sea jueves —respondí riendo.

Fui hasta el coche y puse rumbo al nuevo barrio, a mi nueva casa, a mi nueva vida.

Nada más llegar, aparqué en la plaza de garaje, era una suerte, porque allí lo de encontrar un sitio era una odisea. Armando obviamente no se llevaba su coche, pero lo había dejado en casa de sus padres. Ellos tenían espacio de sobra y así lo moverían de vez en cuando, para que no estuviera parado tanto tiempo.

A mí me había venido de lujo, era una suerte.

Pensé que lo mejor sería ir subiendo las cosas en varios viajes, así que metí las primeras cuatro cajas en el ascensor. Las coloqué todas a la puerta de casa para no tenerlo bloqueado y abrí.

Todo estaba recogido, Armando ya debía haber mandado lo que se llevaba para Alemania. Excepto un par de maletas que llevaría en el avión, lo demás iría con una empresa de transporte.

Tuve que hacer cinco viajes; lo que me había parecido poco, ahora no lo era.

Me senté un momento para coger aire, y me serví un vaso de agua. Mientras lo bebía, fui mirando todos los huecos vacíos que había dejado él. Ahí podía ir ubicando todas mis cosas. Empecé a abrir cajas y fui sacando todo.

Coloqué los libros en las estanterías que había al lado de las ventanas. A la vez iba mirando los libros de Armando, había dejado muchos y la idea de encontrar nuevas lecturas me parecía interesante.

Metí la ropa en los armarios que había libres, tan solo uno tenía cosas de él. Las había juntado en un mismo sitio para dejarme más espacio. No quería ser cotilla, pero no me pude resistir a abrir el suyo. Olía a su perfume, algo cítrico pero dulzón, me di cuenta que cuando le echara de menos, solo tendría que abrirlo de nuevo y ahí estaría su esencia.

¿De verdad estaba pensando eso? Me llevé las manos a la cara. ¿No me estaría encaprichando de alguien que se iba un año a Alemania? No, no, no, me decía a mí misma. Eso era una tontería, lo que pasa es que hacía mucho que nadie se había tomado la molestia de prestarme atención. Eso era lo que pasaba, estaba segura. Cerré la puerta más fuerte de lo que quería, reprendiéndome mentalmente por cotilla.

Decidí seguir colocando lo que había traído. En el baño las

nuevas toallas, que enrollé de la misma forma que él las tenía, hacían un bonito contraste. Puse en la cama las sábanas recién compradas.

Armando me había dicho que el viernes y el sábado lo pasaría en la casa de sus padres, que iba a despedirse y, de paso, me dejaba instalarme. Al principio me pareció fatal, sentía que le echaba antes de tiempo. Pero insistió que no tenía importancia, que a su madre le gustaría tenerle ese par de días allí. Ellos ya sabían que yo me quedaba en casa de su hijo, aunque no me conocían personalmente, el ser de confianza también los dejaba tranquilos.

Pasaban las cuatro de la tarde cuando miré el reloj, casi había terminado de colocar todo, pero me di cuenta de que no había comido. Ni siquiera había pensado en que no había hecho la compra. Cogí papel y lápiz y fui hasta la cocina para mirar qué necesitaba, bajaría parte de las cajas vacías al contenedor y entraría en la pequeña tienda que había a la vuelta de la calle a por las cosas esenciales, mañana ya iría a por lo demás.

Al abrir el frigorífico encontré una ensalada envasada y un par de tetra brick de zumos. Encima de la ensalada había un post-it:

"Abrir en caso de necesidad"

Rompí a reír, sin duda esto era cosa de Armando, luego le mandaría un WhatsApp agradeciéndoselo.

Pospuse la bajada de las cajas y me senté en la barra de la cocina con un zumo y la ensalada César. Me estaba preguntando cómo podría saber qué me gustaba, pero entonces recordé que el día que comimos con Sonia y Manuel mencioné que era uno de mis platos preferidos. Él parecía recordarlo, pensé embobada.

Terminé, recogí y me senté en el sofá a descansar un rato. Observaba como iba quedando todo y me gustaba. De pronto, sonó el teléfono.

—Hola, ¿quién es? —respondí.

—Hola, Dalia, soy Armando.

—No había conocido el número.

—Este es el teléfono de casa de mis padres, así se te queda grabado por si hubiera algún problema en casa estando yo fuera, ellos te ayudarán en lo que sea sin problema.

—Me parece perfecto, aunque espero no necesitarlo —musité.

—¿Ya estás instalada?

—Sí, justo te iba a mandar un WhatsApp para agradecerte el detalle de la ensalada, porque supongo que es cosa tuya.

—Ja, ja, ja, sí, espero que no te haya importado, pero ya se lo que son las mudanzas.

—¿Importarme? He comido gracias a ti.

—Me alegro haber sido de ayuda.

—¿Ya tienes todo listo?

—Sí, ya tengo todo. Me he dado cuenta de que me faltaba un libro que creí haber metido en la maleta, pero no lo encuentro. Te llamaba para pedirte que miraras si estaba ahí. De ser así, me pasaría en un rato a por él si a ti no te importa.

—No, claro que no. Dime dónde miro.

—En el estante izquierdo de la ventana que pega hacia la cama. El lomo es rojo y las portadas son verdes completamente. El título es…

—Lo tengo —respondí sin esperar el nombre.

—Perfecto, pues me paso sobre las ocho, si te va bien.

—Sí, sí, estás en tú casa. Sin problema.

Nos despedimos y, nerviosa, me puse a recoger lo que quedaba por medio. No quería que lo viera hecho un desastre.

Bajé corriendo las cajas y de paso fui a la tienda para coger algunas cosas.

A la vuelta, coloqué la compra, me cambié de ropa y estaba acabando de pasarme el cepillo por el pelo cuando sonó el timbre de la puerta. Era él.

10

Estaba nerviosa, ¿esto iba a ser siempre así?, pero ¿cómo que siempre?, si en dos días se iba a Alemania. Era oficial, estaba como una cabra.

El timbre volvió a sonar. Aún se iría y yo sin abrir la puerta. No podía ser más tonta.

—Un momento —logré decir, mientras corría a abrir— perdona la tardanza.

—Hola, creía que no estabas, que me había equivocado de hora.

—No, no, es que estaba en el baño colocando unas cosas y no sabía si había sonado el timbre aquí —mentí para no delatarme.

—Es normal, hasta que te acostumbres al sonido.

—Sí, eso debe ser. Pasa, por favor, es tu casa.

—¿Tienes planes esta noche? —planteó Armando sin rodeos.

—No, no tenía nada pensado.

—Creía que ibas a salir, estás muy guapa.

Me miré sonrojada y de nuevo inventé la respuesta.

—Es que estaba probándome ropa, al ir acomodando todo en los armarios, quería hacer limpieza de esas cosas que uno guarda, pero al final nunca usa.

—Es perfecto que estés ya arreglada, porque vengo a invitarte a cenar.

—¿Dónde? —pregunté extrañada.

—Estás invitada a cenar en casa de mis padres.

Me quedé mirándole sorprendida, tanto que enseguida dijo:

—Déjame que te explique. Mi madre ha pensado que sería buena idea saber quién se queda en mi casa.

—¿Les parece mal?

—No, por favor. En parte la culpa es mía. Les he hablado a mis padres tanto de ti que me han pedido que te invite esta noche. Así podrás contar con ellos para lo que necesites, pero no te preocupes que no son entrometidos.

—Sin conocerlos, ni se me habría ocurrido pensarlo.

—Espero que no te haya parecido mal la idea. La verdad es que creo que para los tres será mejor si antes de irme ya os conocéis. Después podría resultarte más incómodo si tienes que llamarlos para algo y ni siquiera les has visto.

—La verdad es que sí, tienes razón. ¿A qué hora es la cena?, lo digo por cambiarme y…

—Ni hablar, estás preciosa, vas perfecta.

—Dame al menos un minuto, voy a coger el bolso y las llaves.

—Claro, te espero el tiempo que necesites.

—Será un momento.

Salí corriendo hacía el baño, necesitaba pensar un momento. No sabía por qué le había dicho que sí. En parte tenía razón, era mejor conocerlos antes de que se fuera.

Pero bueno, ya me estaba montando una película yo sola. De nuevo pensaba cosas que no eran. No iba a conocer a mis futuros suegros, era una cosa práctica, sin más. En fin, sería mejor que saliera y me empezara a comportar como la persona adulta que se suponía que era.

Fui a por el bolso y cogí las llaves, porque era capaz de dejármelas dentro. Añadí un par de cosas más y le dije que estaba lista. Él seguía sentado en el sofá, hojeando el libro que se tenía que llevar. Yo ni me había acordado. Levantó la vista y sonrió.

¡Dios mío! No me iba a olvidar de esa imagen nunca. Estaba tan guapo.

—Dalia, ¿salimos?

—Sí, sí perdona. Pensaba si me dejaba algo —respondí, dándome cuenta de que me estaba volviendo una mentirosa compulsiva.

Bajamos en silencio.

—He venido andando, espero que no te importe que vayamos dando un paseo. Mis padres viven relativamente cerca.

—No, me parece perfecto —por suerte los zapatos que llevaba eran muy cómodos, pensé.

—Te enseñaré mis sitios preferidos del barrio. Dónde tomar uno de los más sublimes helados, dónde sirven uno de los mejores capuchinos que he tomado, y la tienda veinticuatro horas que siempre te saca de apuros.

Armando fue todo el camino contándome sus pequeños descubrimientos, que seguramente me serían de mucha ayuda. Yo me había propuesto encontrar los míos.

El paseo hasta la casa de sus padres se me hizo más corto de lo que esperaba, pero estaba convencida de que se debía a la buena compañía y la charla.

Antes de abrir el portal, se volvió a mirarme y me preguntó si estaba nerviosa. Le dije que no con la cabeza, pero creo que él se había dado cuenta de mi engaño.

—Estás más callada que otros días.

—Eso es porque te iba escuchando —respondí por decir algo. No tenía sentido, pero había acertado de pleno.

—No te preocupes, de verdad que tengo unos padres

estupendos, no te van a estar importunando.

—Bueno, igual tienes un poco de razón con lo de los nervios. Pero no hagas caso, enseguida se me pasa. Si son como tú, seguro que son encantadores.

Armando sonrió y me sujetó la puerta para que pasara, una voz en mi interior gritaba:

—*¿Por qué le has dicho eso?*

Hice caso omiso de la voz y miré a Armando, me había preguntado algo y no sabía que era.

—Perdona, ¿qué me decías?

—¿Ascensor o escalera?

—Ascensor —Solo me faltaba caerme por las escaleras, era mejor no tentar a la suerte.

Nada más abrir la puerta, apareció su padre. Eran iguales, salvando la edad, parecía más un hermano mayor.

—Ya estáis aquí. Hola, soy Íñigo, su padre. Tú eres Dalia, ¿no?

—Sí, encantada —dije acercándome a darle dos besos.

Detrás apareció una señora vestida de forma impecable, informal, pero rezumando elegancia. Rubia, media melena a la altura de los hombros, de ojos claros, alta y de semblante dulce. Verlos juntos era el sumun de la belleza, menuda pareja hacían. No sabía si tenía más hermanos a parte de la que era decoradora, que tampoco conocía, pero tenía curiosidad por saber cómo eran.

—Soy Elvira —dijo antes de darme dos besos.

—Hola —contesté tímidamente.

—Pasad, no os quedéis en la puerta —dijo y tomándome del brazo fuimos por un largo pasillo.

La decoración a mi paso era exquisita, ¿sería también cosa de la hermana? Mis pensamientos se vieron interrumpidos por la pregunta de su madre, menos mal que esta vez me había dado cuenta. Me decía que Armando les había hablado un poco de mí.

—¿A qué te dedicas, Dalia?

—Soy bibliotecaria y en mi tiempo libre escribo novelas juveniles.

—¡Qué casualidad! Ambas nos movemos en el mundo de las letras. Me tienes que dejar leer algo de lo que escribes.

—Claro, cuando tú quieras. ¿También escribes?

—No, ahora te explico.

Nos sentamos a la mesa, habían preparado un pequeño aperitivo antes de la cena. La conversación fluía con normalidad, se veía la buena relación que Armando tenía con sus padres. Verdaderamente, eran encantadores, me contaron que Íñigo era arquitecto, ya estaba jubilado, pero seguía asesorando a su antigua empresa cuando tenían complicaciones en las obras. Y Elvira había

trabajado en una de las editoriales más importantes del mercado. Me habló de su afición por la lectura y por todo lo que tuviera relación con los libros. Yo no podía dar crédito, si eso era lo que teníamos en común, no nos faltaría conversación. Seguía muy vinculada al mundo literario.

Del aperitivo pasamos a la cena, me encontraba muy a gusto. Enseguida me habían hecho sentir como en mi casa. No los había esperado así. La verdad es que tampoco había pensado cómo serían. Comparándolos con mis padres, no tenían nada que ver.

El tiempo pasó sin darme cuenta, después de una estupenda cena, con entrantes fríos y variados, habíamos pasado a un asado exquisito regado de buen vino tinto. Por último, un estupendo coulant de chocolate.

En el café, Elvira me preguntó discretamente cómo llevaba mi enfermedad, no quería parecer una entrometida, pero Sonia se lo había comentado. Sabía que yo no tenía allí familia y me brindó su apoyo si lo necesitaba en algún momento. Me pidió disculpas por el atrevimiento, pero ella sabía lo que era estar sola en un sitio y necesitar ayuda, me confesó. Yo se lo agradecí mucho después de explicarle cómo iba todo.

Al finalizar la velada me dio pena, no podía creer que en tan poco tiempo se pudiera conocer tanto a dos personas. Me habían hecho sentir como de la familia. Armando tenía razón. Sus padres eran estupendos.

Había descubierto que solo eran dos hermanos, todo lo que Armando se parecía a su padre, su hermana se parecía a su madre.

Armando se empeñó en acompañarme a casa, argumentando que debía bajar semejante cena. Eso si me apetecía ir caminando y me pareció una idea estupenda.

Me despedí agradeciéndoles la acogida. Ambos me brindaron su ayuda para lo que necesitase. Elvira se había quedado con mi número de teléfono, me llamaría para hablar con tranquilidad de mis libros.

Nos encaminamos hacia casa, la noche era estupenda y, ciertamente, nos vendría bien dar ese paseo. Hacía tiempo que no había cenado tanto.

Armando me fue contando cosas de sus padres y de la relación que tenía con ellos, que ya se veía que era muy cercana. Hablando, sin querer, habíamos hecho el camino de vuelta. Parece que disfrutábamos estando juntos.

Abrí el portal y llegó el momento de despedirse, no sabía si lo volvería a ver antes de que se fuera o ya no lo haría hasta que volviera de nuevo. Pensar eso me entristecía. No quería separarme de él todavía, pero no sabía si sería una osadía por mi parte invitarle a un último café.

Fui a decírselo, pero nos encontramos hablando a la vez, con lo que ninguno de los dos se había enterado de lo que había dicho el otro.

—Perdona, tú primero —solté nerviosa, recordando la adolescencia con esa frase.

—Perdóname tú, te iba a preguntar si te parecería mal invitarme a un último café.

—Vaya, te iba a proponer lo mismo.

—Entonces te acompaño, ya que hemos tenido la misma idea.

Subimos, le dije que preparara él los dos cafés mientras me cambiaba de ropa y dejaba las cosas.

Me puse un vaquero y una camisa azul que me gustaba mucho. Cambié los zapatos por unas bailarinas y salí, no sin antes mirarme en el espejo.

Los cafés estaban listos en la mesita que había junto al sofá y Armando me esperaba allí sentado. Seguimos hablando cómodamente mientras lo tomábamos, pero irremediablemente se nos pasó el tiempo volando.

—Es hora de que me vaya —dijo Armando— ya se ha hecho tarde.

Le acompañé hasta la puerta.

—Espero que te vaya muy bien en Alemania con ese nuevo proyecto.

—Te iré contando, esto no es una despedida definitiva.

—Sí, sí, claro. Vamos hablando.

Me acerqué a darle dos besos antes de abrir la puerta, él hizo lo mismo. Pero la fortuna quiso que los dos nos inclináramos hacia el mismo lado y acabó siendo un roce de labios. Ambos nos miramos como si nos hubiera dado corriente, iba a disculparme, cuando sentí como sus labios volvían a rozar los míos tímidamente, esperando mi invitación. Esta no se hizo de rogar, le rodee con mis brazos y nos fundimos en un beso voraz, esperado, que sabía que no disponía de tiempo. Fuimos andando hacía atrás, sin ser capaces de separarnos hasta que mis piernas dieron con el borde de la cama. En mi cabeza bullían mil pensamientos, que me decían si quería dar ese paso ahora que él se iba a ir.

Armando se separó y sin soltarme preguntó:

—¿Estás segura? No sé lo que me pasa, parece que no me puedo apartar de ti.

Entre palabra y palabra me iba dando pequeños besos, sus manos acariciaban mi espalda, mi camisa estaba fuera del pantalón, mi piel sentía esas caricias y desaparecían mis dudas.

—Estoy segura —respondí besándole con ansia, la que sabe que va contra reloj. Me dejé caer en la cama, mientras su cuerpo se

acoplaba al mío.

11

Abrí los ojos despacio, me inundaba una sensación de bienestar. Me moví perezosa en la cama, los recuerdos de la noche anterior rondaban por mi cabeza. La dulzura con la que hicimos el amor, esas sensaciones tanto tiempo olvidadas, despertaban de nuevo. Me estaba recreando en ello cuando noté el frío del otro lado de la cama, este hizo que se me erizara la piel y me incorporara de golpe. Armando no estaba, ¿se habría ido sin despedirse?

Me levanté buscando los restos de su paso por allí, pero no encontré nada. Solo mi ropa estaba esparcida por el suelo. Las buenas sensaciones al despertar se habían evaporado. No me podía haber equivocado tanto con alguien, ¿o sí?

Dalia, serénate, me dije a mi misma. Lo que pasó anoche fue estupendo, pero él se tiene que ir a Alemania y tú también tienes un viaje pendiente. No hay que hacer un mundo porque él se haya ido. Ni anteponer a los demás, esa lección ya tiene que estar aprendida.

Trataba de convencerme a mí misma, pero algo en mi interior se rebelaba.

Decidí levantarme y recoger la ropa del suelo, me daría una ducha rápida y bajaría a desayunar a algún sitio, eso me levantaría el ánimo. Me empeñaba en ocultarlo, pero me sentía dolida. Aún no sabía si con Armando por irse así o conmigo misma, por esperar algo más, aunque no sabía muy bien el qué…

En el fondo seguía siendo una romántica. Me veía reflejada en una de las protagonistas de las novelas.

Tras la ducha, me encontraba mucho mejor. Me puse ropa cómoda y eché una última mirada al espejo del baño, este me daba su aprobación, estaba lista. Salí mirando hacia atrás y choqué de golpe con el cuerpo de Armando.

—Pero ¿qué haces aquí? Casi me muero del susto.

—Creía que me habías oído entrar —respondió Armando.

—Pues ya ves que no.

—Espero que no te parezca mal que me llevara las llaves, quería volver sin llamar. No quería despertarte.

—Ni siquiera me había dado cuenta de que no estaban las llaves.

—¿No pensarías que me había ido sin más?

—La verdad es que sí.

—Dalia —pronunció de forma lastimera.

—Me desperté y no te vi.

—Pero dejé una nota en la cocina.

Volví la cabeza hacía allí y vi un papel reposando en la encimera. Mi cara debía estar cambiando de color.

—No la has visto, ya me doy cuenta —dijo apesadumbrado.

—No, me di una ducha y pensaba bajar a desayunar a algún sitio.

—Me fui muy temprano, quería dejar todo listo para pasar el día contigo. No soy de los que sale a escondidas sin despedirse.

—Yo no sabía qué pensar, hace mucho tiempo que no estaba con nadie, y ya no tengo muy claro cómo funcionan estas cosas. Somos adultos, tú ahora te vas durante bastante tiempo, yo tengo que acabar de cerrar un capítulo importante de mi vida. También tengo un viaje pendiente, en fin… se juntan muchas cosas.

—Tienes razón, ahora mismo tampoco te voy a jurar amor eterno. Pero no sé qué me pasa, no logro sacarte de mi cabeza. Me gustaría que nos conociéramos más y ver qué pasa, a pesar de la distancia. Puedo venir una vez al mes y también tú puedes venir a verme allí. ¿Qué me dices?

—No sé, no quiero precipitarme, ni que tú lo hagas tampoco. A mí también me gustas mucho, no te voy a engañar. Siento algo que era desconocido hasta ahora, que no sabía que se podía sentir, tanto, tan pronto… Quiero que te centres en el trabajo que vas a hacer allí, es importante para ti. Estaremos en contacto como habíamos quedado y vemos que va pasando, cómo nos sentimos.

—Tal vez tengas razón Dalia, vayamos despacio.

Mi ánimo estaba por las nubes, estaba feliz de que Armando hubiera vuelto y de que quisiera estar conmigo. Me hacía sentir querida como mujer. Era todo tan diferente de mi relación con Ricardo. Ni siquiera al principio fue así.

—Dalia, bajábamos a desayunar, ¿no?

—Sí, sí, perdona. De nuevo estaba abstraída.

Me sorprendió dándome un ligero beso y cogiéndome de la mano salimos hacía la calle.

Nos sentamos en una cafetería que me había enseñado el día anterior, me había encantado y le había comentado que vendría a desayunar más de una vez. Él de nuevo me impresionaba trayéndome precisamente a esta. Nadie había tenido tantos detalles conmigo nunca.

La cafetería era pequeña, olía deliciosamente a bollería recién hecha. Sus mesas eran de madera blanca y redondas, para dos personas, con pequeños manteles individuales en diferentes tonos pastel. Las sillas eran iguales y todas tenían cojines de distintos colores. El mostrador estaba repleto de bellas fuentes de cristal con campana, todas exhibiendo los bollos recién salidos del horno, de los

que emanaba un delicioso aroma. Miraba sin saber qué escoger, Armando se reía de mi indecisión.

—Sabes que no tenemos todo el día, ¿verdad?

—Lo sé, pero tiene todo tan buena pinta.

Finalmente pedimos, Armando lo tenía claro, capuchino y tarta de manzana, era su tarta preferida, según me dijo. Y no me extrañaba, rezumaba crema por debajo de la manzana caramelizada. Yo me había decantado por un té y un bollo relleno de esa estupenda crema.

—Como venga mucho a desayunar aquí, pronto tendré que cambiar la talla de ropa.

—Ja, ja, ja, no seas exagerada.

Desayunamos mientras hablamos de su partida. El avión salía a las diez de la mañana, debería estar dos horas antes en el aeropuerto para facturar las maletas.

—¿Quién te lleva? —pregunté curiosa.

—Me iban a llevar mis padres, pero he pensado que me gustaría más que me acompañaras tú, si no tienes ningún otro compromiso y sin que te sientas obligada.

—Claro, sin problema. ¿No les molestará a ellos que les quite el puesto de chofer?

—No, no te preocupes.

Armando me confesó que era él quien se lo había pedido. Me confió que ellos ya lo imaginaban, después de ver cómo se comportaba conmigo en la cena, cuando no volvió a dormir, solo había que sumar dos más dos. Me dijo que estaban entusiasmados porque nunca le habían visto tan pendiente de nadie. Que yo les había encantado a ambos, así que entendían a su hijo.

Me moría de vergüenza cuando me lo contó, no sabía si no era mejor que se lo hubiera guardado para él. Bueno no, me subía un poco mi maltratada autoestima. No estaba acostumbrada a tantos halagos.

Cuando acabamos el desayuno, dimos un largo paseo y volvimos a casa. De nuevo, los besos dejaron paso a las caricias, y estas nos llevaron a la cama, donde acabamos haciendo el amor de nuevo. A esta primera vez ansiosa, le sobrevino una segunda más sosegada, donde cada uno aprendimos lo que le gustaba al otro, descubriendo nuestros puntos débiles, aquellos que potenciaban nuestra ya descontrolada pasión. Nos dejamos llevar sin saber cuándo tendríamos una nueva oportunidad de estar tanto tiempo juntos. Nos olvidamos de todo, incluso de comer. Queríamos aprovechar el tiempo del que disponíamos.

A las siete de la mañana, la alarma de Armando sonaba, avisando que era hora de pasar a recoger sus cosas y salir hacia su nuevo destino.

Nos vestimos en silencio, cada uno observando al otro cuando

no se daba cuenta. Se notaba el halo de tristeza que rondaba por la habitación, aunque ninguno quisiéramos reconocerlo. Antes de salir por la puerta nos dimos un último beso que encerraba todos esos miedos y, a la vez, los deseos no expresados. Armando me abrazó con fuerza y me susurró al oído:

—No es un adiós, es un hasta pronto.

Le miré a los ojos, notando como se iban humedeciendo los míos. Eran muchas despedidas juntas y nunca me habían gustado.

Salimos cogidos de la mano, fuimos al garaje a por mi coche y de allí a casa de sus padres.

Preferí esperar abajo, puse como excusa que así no tenía que buscar aparcamiento. Pero la verdad es que quería dejarle privacidad para despedirse de los suyos. De paso yo me serenaba un poco, tenía los nervios a flor de piel.

En menos de quince minutos, Armando estaba de vuelta, iba acompañado de sus padres, que le ayudaron a bajar el voluminoso equipaje.

Me saludaron afectuosamente, nunca me había sentido tan querida por personas a las que acababa de conocer. No nos entretuvimos mucho, su madre me recordó que pronto me llamaría para tomar un café juntas. El padre hablaba con Armando mientras cargaban las maletas en el coche.

Llegamos al aeropuerto sin problema, Armando me dijo que en cuanto pusiera un pie en Alemania me mandaría un WhatsApp y más tarde hablaríamos por Skype.

Le sonreí, diciéndole que fuera tranquilo, que se centrara en sus cosas y que no se preocupara por mí, que estaríamos en contacto.

En el parking, cogimos un carro para transportar las maletas y fuimos hacia la terminal de la que salía su avión, facturó el equipaje y antes de pasar el control, se volvió para despedirse.

—Te voy a echar mucho de menos.

—No seas bobo, si vamos a hablar todos los días.

—Pero no estaré contigo.

—Anda, pasa ya, que al final perderás el avión.

Yo no quería alargarlo más o acabaría llorando delante de todo el mundo. Le abracé impregnándome de su aroma, para llevármelo de recuerdo.

Armando me hizo prometer que iría a verle allí, que no tardaría mucho. Y besándome una última vez, pasó hacia el control. Seguí allí hasta que ya no pudimos vernos. Volví a por mi coche dando rienda suelta a las lágrimas que ya mojaban mis mejillas. Recordé haber soñado con la misma mujer de los últimos días, ella también lloraba, lo hacía apoyada en una pared mientras miraba por una pequeña ventana enrejada. ¿Qué veía para llorar de esa manera?

12

No podía dejar de sollozar, así que permanecí en el coche sentada un rato más, ya que no podía conducir hasta no estar más calmada.

No me gustaba decir adiós, pero esta vez sentía una congoja de la que no me podía librar. Llegó un momento en que ya no tenía claro por qué lloraba. No había tenido tiempo de digerir todo.

Cuando por fin logré serenarme, salí camino a mi casa, bueno la de Armando. Ahora todo me recordaría a él.

Me dije a mí misma que ya era hora de comportarme como la persona adulta que era y encauzar la nueva vida.

El teléfono comenzó a sonar, pero no le presté atención. Ya vería quién era y qué quería cuando llegara a casa. No esperaba ninguna llamada, no sería importante.

Nada más llegar me puse a recoger un poco, no había hecho ni la cama en dos días, sonreí al pensar por qué. Tenía ropa para lavar, el frigorífico estaba vacío… sería mejor empezar. Tenía una llamada pendiente, a mi madre, pero lo haría más tarde.

Esto me recordó la que había recibido y no había atendido mientras conducía, así que fui a ver de quién se trataba. No conocía el número, pero llamé, no fuera del hospital con el cambio de alguna consulta, ya me había pasado otro día. Marqué y esperé que respondieran.

Me contestaron diciendo que llamaba al bufete de abogados Hinojosa e hijos.

—Hola, tenía una llamada de este número.

—Dígame su nombre si es tan amable —respondió la persona que me había cogido el teléfono.

En cuanto se lo facilité, me indicó que esperara un momento y me pasó con quien me había llamado.

—Buenas tardes, Dalia, soy Fernando — entonces caí en la cuenta, era el abogado amigo de Ricardo—. Te llamé en representación de Ricardo, es para acordar la firma de vuestro divorcio.

—Hola, pensé que sería él quien me llamaría.

—Ha preferido dejarlo en nuestras manos. Él está disponible el día que te venga bien a ti, pero nos hizo saber que no lo quería demorar mucho, que tenías un viaje pendiente.

—Sí, así es. —No supe qué decir, porque me había sorprendido que directamente me llamara su abogado. Aunque conociéndole,

estaba segura de que había preferido no tener que decírmelo personalmente. Esperaba la llamada, pero no creía que fuera a ser tan pronto…

—Dalia, ¿sigues ahí?

—Sí, sí, perdona.

—Pues tú dirás que día te viene bien. Podría ser mañana mismo a las once de la mañana.

Me quedé pensativa, siempre había oído lo que se tardaba en llevar a cabo estos trámites y en mi caso, todo transcurría rápido. Supongo que influía el que los dos estuviéramos de acuerdo y para ambos fuera importante acabar cuanto antes. Aparté mis pensamientos y respondí.

—Me va bien, sí. Si me recuerdas la dirección, allí estaré.

—Perfecto, pues toma nota.

Cogí el primer papel que tenía a mano, que no era otro que la misma nota que me había dejado esa misma mañana Armando. Las cosas que podían pasar en un mismo día. Anoté la dirección y me despedí agradeciéndole la pronta resolución.

Dejé el teléfono encima de la mesa y pensé que postergaría la llamada a mis padres para el día siguiente, así ya les contaba todo.

Busqué mi libreta para hacer la lista de la compra, pero no había parado ni dos minutos cuando el móvil volvió a sonar. Miré de quién se trataba esta vez y parece que el día me tenía guardadas más sorpresas porque era Ricardo.

—Hola, Ricardo, acabo de colgar con tu abogado.

—Hola, Dalia, no te llamaba por eso, yo también acabo de hablar con Fernando y ya me ha dicho que mañana nos veremos. Te llamo por la venta de la casa.

—¿La venta? —respondí estupefacta.

—Pues sí, he encontrado un comprador. Bueno siendo realistas me ha encontrado él a mí. Se trata de un compañero del trabajo, se enteró que la quería vender y se puso en contacto conmigo. Ya la ha visto y está muy interesado, incluso está de acuerdo con el precio. Me lo acaba de confirmar, por eso no te ha dicho nada Fernando.

—¿En serio? —pregunté no sabiendo qué decir. Me había cogido desprevenida.

—Mira, si te parece mañana después de la firma, nos tomamos un café y te comento lo que hemos hablado. Solamente esperamos tu conformidad para llevar a cabo la venta. Del papeleo, si estás de acuerdo, se ocuparía también Fernando.

—Pues bien, mañana me cuentas los detalles, pero si ya tienes todo arreglado por mí no hay problema.

—Entonces, hasta mañana, Dalia.

—Adiós, Ricardo.

Colgué de nuevo el teléfono, todo lo que me unía a mi anterior vida, iba a desaparecer en muy poco tiempo. Se iban cerrando todos los capítulos. Era mejor que no lo diera más vueltas, solo removería lo mismo una y otra vez. Yo había tomado la decisión de cambiar lo que había tenido hasta ahora, ya no había vuelta atrás, pero aun así me sorprendía lo rápido que iba.

El resto del día me mantuve ocupada, limpié y ordené todo, bajé a comer a un sitio tranquilo y cercano, cuando terminé cogí el coche y fui a hacer una compra copiosa. A la vuelta, decidí cocinar, me vendría bien dejar la comida del día siguiente hecha a la vez que me preparaba la cena. Después me pondría a escribir un poco, con todo lo que había pasado tenía a los personajes de mis libros un poco olvidados.

Cuando por fin me senté dispuesta a retomar la escritura, me llegó un mensaje de Armando, para ver si me podía conectar vía Skype con él. Le dije que sí y mientras esperaba a que se produjera la conexión, pensé que mis personajes deberían esperar un poco más.

El sonido de la videollamada me sobresaltó sacándome de mis pensamientos. Parece que me pasaba el día entre las nubes.

Descolgué, pero ni oía ni veía nada.

—Hola, ¿estás ahí? —le pregunté.

Pero nada, solo se oían los ruidos producidos por la mala conexión. Pasaron varios segundos hasta que por fin escuché su voz, aunque no le veía.

—Dalia, ¿me oyes?

—Sí, pero no te veo.

—Espera un momento, estoy tratando de arreglarlo.

Por fin vi su cara a través de la pantalla del ordenador.

—Ya te veo —le dije sonriendo.

—Yo también a ti —respiro aliviado.

—¿Qué tal has llegado? ¿Todo bien?

—El vuelo bien. El tiempo de llegada estimado eran dos horas y veintidós minutos, pero por no sé qué de unos vientos favorables, llegamos un poco antes. Ahí terminó mi buena suerte. No había nadie esperándome, cuando pude coger un taxi y llegué al hotel no tenían mi reserva. Tardé un montón en poder hablar con mi empresa en España y cuando lo conseguí resulta que se habían equivocado en el día de llegada. Me esperaban dos días más tarde, tenían todo completo por una convención médica y me han tenido que buscar otro hotel.

—Vaya, pues menudo día llevas. ¿Ya has podido solucionarlo?

—Sí, pero ha sido un lío. Me he puesto también en contacto con la delegación que tiene aquí la empresa, y como buenos alemanes, se han encargado de ir enmendando todo. He pasado el día de aquí para allá. Finalmente, mandaron un coche a recogerme y me llevaron al

hotel, donde puedo estar el tiempo que necesite hasta encontrar algo de mi agrado, y por último visité la empresa. Después me trajeron de nuevo y mañana tengo el día libre, para descansar del viaje, colocar mis cosas… En fin, poco a poco, al final no pude ni mandarte el WhatsApp diciéndote que había llegado. Por cierto, estoy en el München Palace.

Le estuve escuchando sin interrumpirle, tenía cara de cansado, pero aun así estaba muy guapo. Sonreí al ver su pelo revuelto, mientras hablaba sin parar. Le iba a echar de menos…

—Y a ti, ¿cómo te ha ido el día? Seguro que no ha sido tan movido.

Rompí a reír, él me miraba desconcertado, pero a medida que le iba comentando todos los cambios que se iban a producir al día siguiente, su sonrisa se iba ensanchando.

—Ya veo que tú también has tenido muchas sorpresas.

—Pues ya ves que sí, mañana será un día duro.

—Tómatelo con calma. Podías haber retrasado el abogado.

—Prefiero no postergarlo, en parte fue idea mía. Supongo que Ricardo también lo prefiere, nunca le gustaron las esperas. Después empezaré a programar mi viaje al pueblo de mis abuelos. Ya he mirado donde quedarme cuando llegue, luego dependiendo del tiempo que decida estar, veré cómo me organizo.

—Me gustaría poder haber ido contigo —me dijo Armando sorprendiéndome.

—Algo me dice que es un viaje que tengo que hacer sola, para pensar tranquilamente, para despedirme de todo lo que se va, para encontrar mi paz y desde ahí empezar mi nuevo camino reconciliándome con la vida.

—Es bonito eso que dices. Hay que cerrar las viejas etapas de la vida para abrir otras nuevas. Lo que dicen de “pasar página”.

—Quién sabe, igual volvemos alguna vez los dos —respondí pensativa, sin confesarle que sería estupendo contarle mis veranos pasados allí, mientras recorríamos sus calles.

Antes de despedirnos quedamos en que hablaríamos al día siguiente para contarle cómo había ido todo.

13

Dormí intranquila, los recuerdos se agolpaban en mi mente. Pensaba en aquellos primeros tiempos de relación con Ricardo. Me desperté con una sensación triste, recordando Shiver, aquella canción de Lucy Rose, y pensando en su estribillo me hice la misma pregunta que ella cantaba: si volviéramos en el tiempo ¿podríamos aprender a vivir …?

Miré el reloj, las seis, aún era demasiado pronto, pero ya no sería capaz de volver a dormirme. Me levanté y me duché tranquilamente dejando que el agua se llevara mi malestar, mi apatía. El día iba a ser duro, se equivocaban aquellos que pensaban que quien acababa la relación lo tenía más fácil, le dolía menos…

Mientras me cepillaba el pelo, solo recordaba los buenos momentos que tuvimos, yo agradecía que fuera así.

Observé mi armario sin saber qué ropa coger, no sabía qué se elegía para este tipo de ocasiones, pero tuve claro que no me pondría nada que me gustara especialmente, porque luego no tendría buenos recuerdos. Al final, me decidí por unos pantalones de vestir negros que siempre consideré demasiado formales. Estaba pensando en desprenderme de ellos, los acompañé de una camisa en un tono crema demasiado seria. Me calcé unos zapatos bajos negros y cogí un bolso pequeño del mismo tono. Lo dejé apoyado en uno de los taburetes de la cocina junto a la chaqueta hasta que fuera la hora de irme. Preparé un café y me senté a tomarlo con parsimonia, parecía que el tiempo no pasaba. Me frotaba las manos, me colocaba el pelo, me sentaba, volvía a levantarme. Por fin, a las diez salí de casa, tenía tiempo de sobra, pero prefería dar un paseo por la zona antes de entrar.

El caminar calmaría mi desasosiego. Cuando faltaba un cuarto de hora, fui acercándome al portal donde se encontraba el bufete de abogados. Vi llegar a Ricardo y me quedé mirándolo. También llegaba con tiempo, no advirtió mi presencia, pero yo sí pude darme cuenta de que estaba más delgado. Me pareció ver unas ojeras que antes no estaban, parecía que le estaba afectando más de lo que pensé que lo haría. Entró y yo fui detrás, despacio, postergando el encuentro. Dándole tiempo de hablar con Fernando a solas.

Me abrió la puerta una mujer joven, supuse que sería la secretaria del bufete.

—Buenos días —saludé — soy Dalia.

—Buenos días, pase, la están esperando. Sígame por favor, la acompaño —me dijo educadamente.

Y eso hice, caminar detrás de esa diligente señora. Abrió la puerta y allí estaban Fernando y Ricardo, ambos se levantaron a la vez. Fernando fue el primero en hablar.

—Hola, Dalia, pasa por favor.

—Hola, Fernando —me acerqué y le di dos besos. Seguidamente saludé a Ricardo.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien, gracias —susurró agachando la cabeza.

—Sentaos —nos dijo Fernando, al notar su incomodidad. Al igual que yo, lo conocía bien.

Mientras nos iba explicando a ambos las cláusulas del convenio de divorcio, yo pensaba en que parecíamos dos desconocidos que ya no sabían qué decirse.

Al acabar la lectura de las mismas, firmamos. Ahí terminaba nuestro matrimonio.

Antes de irnos también hablamos de la casa, el dinero que pedíamos por ella y qué día se podría emplazar al comprador.

Fernando se encargaría también del papeleo tras la venta y me haría la transferencia a mi cuenta de la parte que me correspondía, ese era el único bien material que teníamos.

Antes de irnos, le dejé un poder notarial a Fernando para que firmara en mi nombre el día que se llevara a cabo la venta, si yo no podía estar presente.

Una vez finalizado todo, nos despedimos de él y salimos los dos juntos. Entramos en la cafetería más cercana al despacho, nos sentamos y pedimos un café. Me di cuenta de que ninguno de los dos sabía muy bien cómo romper el hielo, así que me decidí a ser yo quien lo hiciera primero.

—¿Qué tal estás? —repetí sin saber que más decir.

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

—Menuda conversación —dijo Ricardo sonriente.

—Sí, solo nos falta hablar del tiempo. Cuéntame lo de la casa ¿cómo fue?

—Puse un anuncio en el tablón de la empresa, siempre hay gente que viene de fuera y busca casa, pero un compañero se enteró de que la vendía y se puso en contacto conmigo. Él tenía cierta urgencia también porque se le cumplía el contrato de alquiler y aún no había encontrado nada de su agrado. Vino a verla, le gustó la zona y el precio. Le dije que te lo tenía que comentar, pero no creía que hubiera ningún problema.

—Pues no, no lo hay. No pensé que se vendería tan pronto, eso es todo.

—Me estuve informando del precio de inmuebles parecidos al

nuestro en una agencia inmobiliaria, así fue como fijé la cantidad. Lo demás es lo mismo que hemos hablado con Fernando, sobre la forma de pago, el papeleo. En fin, lo que comentamos en el despacho.

—Bueno, pues entonces ya está.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro, Ricardo, tú dirás.

— ¿No estarás el día de la venta?

—Pues no lo sé, estoy mirando ya lo del viaje y no sé exactamente qué día me iré. Por eso le he dejado el poder notarial, para no retrasar la venta. Y dime ¿dónde vas a vivir tú?, si no te parece mal que te pregunte.

—De momento voy a seguir una temporada en la casa de mis padres. Quiero buscar con calma algo más pequeño para mí.

—Qué bien —respondí por no permanecer callada.

—Dalia, quiero que sepas que te he echado de menos. Que he pensado muchas veces en pedirte una segunda oportunidad, pero no me he atrevido. Sé que merezco lo que me pasa, por idiota.

—Ricardo —le interrumpí— ya no quiero dar más vueltas a esto.

—Tienes razón, no quiero hacerte sentir mal. Te había escrito una carta, pero por una vez, no quería ser cobarde y quería decirte en persona lo que sentía.

—No sé ya si quiero oírlo, o prefiero llevarme la carta y leerla cuando me parezca oportuno.

—Dalia, yo te quiero.

—Ricardo, por favor.

Este levantó la mano, pidiéndome que le dejara hablar.

—Te quiero y te he querido mucho, más de lo que nunca te demostré. Pero ya no deseo hacerte más daño —ambos mirábamos los cafés, que no habíamos siquiera probado, se iban enfriando.

—¿Nos vamos? —pregunté sintiendo que el tiempo se nos había acabado.

—Sí, es lo mejor.

Nos levantamos, él fue a pagar los dos cafés, rehusando que yo pagara mi parte y salimos callados.

—Ricardo, deseo que todo te vaya bien.

—Gracias Dalia, yo también lo deseo para ti.

Me acerqué a darle dos besos y él mientras sacó un pequeño sobre y me lo tendió para que lo cogiera. Así lo hice, giré sobre mi misma y emprendí el camino.

Ni siquiera sabía hacia dónde caminar, llevaba el sobre en la mano y me quemaba. Tenía que tomar una decisión, o lo abría y lo leía o lo arrojaba a la papelera más cercana y no volvía a pensar en él.

Levanté la vista y el cartel en la marquesina del autobús tomó

la decisión por mí.

AHORA O NUNCA…

Así comenzaba el enunciado, pero ni siquiera sé lo que venía a continuación, solo supe que debía leer la carta de Ricardo para permitirme pasar página.

Me senté en el primer banco que encontré un poco alejado para tener la privacidad que necesitaba y abrí el sobre. Era su letra, menuda y pulcra, bien ordenada. Y empecé a leer:

Querida Dalia:
Gracias a mí ya es tarde para todo.
Para volver a aquella vida que teníamos cuando comenzamos.
Para decir todos los Te quiero que te tenía guardados.
Para volver a oír tu risa, esa que yo solo fui apagando…
De poco sirve que me lamente ya. Sin ti, nada será lo mismo.
Te deseo una vida muy feliz.
Disfrútala por los dos.
Besos
Ricardo

Las lágrimas que anegaban mis ojos se desbordaban y caían al papel haciendo las letras cada vez más borrosas.

14

Arrebujé la carta, me levanté y decidí ir a casa. Llevé el papel apretado en la mano todo el camino, empezaba a doler, pero aun así seguía apretando.

Notaba cómo el enfado se iba gestando en mi interior, igual que se forman las tormentas, temía cómo sería de fuerte el golpe que me asestara. La rabia se iba abriendo paso y, lejos de pararla, sentí la necesidad de liberarla.

Sucedió nada más poner un pie dentro de casa, lancé la bola de papel al suelo con toda la fuerza de la que fui capaz.

¿Cómo se atrevía? ¿A qué había venido ahora esa declaración? ¿Por qué no había reaccionado antes?

—¡Cobarde! —grité con toda la saña de la que fui capaz—. Eso es lo que eres, un maldito cobarde —seguía increpando al aire— ¿Te crees que me puedes venir ahora con esto? ¿Algo va a cambiar? Estás equivocado. Ya no hay solución, tú arruinaste nuestra vida.

Caminaba por casa como si estuviera poseída, gritaba al fantasma de nuestra relación. Gritaba esperando que Ricardo me oyera, de qué servía ya su maldita carta. La recogí nuevamente del suelo y la hice mil pedazos, los lancé con furia y los vi caer ensimismada.

Me tumbé encima de la cama sin molestarme siquiera en quitarme la ropa. Estaba dolida por no haber sido suficiente para que Ricardo luchara antes por lo nuestro. Estaba furiosa por haber permitido que me anulara, por no haberme rebelado antes, por haberme sentido sola aún en su compañía. Estaba enfadada con él y conmigo.

Me tapé la cara con la almohada y grité tan alto como pude, los gritos dieron paso al llanto y no hice nada por pararlo, ya no lo podía contener.

Lloré hasta que no me quedaron lágrimas, hasta que la rabia que sentía se vio ahogada y arrastrada fuera de mí. Ya solo estaba cansada, agotada de mi lucha solitaria, de mis pensamientos recurrentes. Agotada mentalmente.

Me quedé tumbada, dejé caer los zapatos, me arropé con la colcha que tenía doblada a mis pies y dejé que Morfeo me envolviera en sus brazos y me sacara de allí.

Desperté a oscuras, pero no recordaba haber tocado las persianas, miré hacia la ventana y no estaban bajadas, pero ya no era de día. Busqué mi teléfono y me di cuenta de que no lo había sacado

del bolso. Me levanté sin ganas y rebusqué dentro hasta dar con él. Observé incrédula la hora que marcaba, eran las nueve de la noche, no podía creer que hubiera dormido tanto.

Me sentía más calmada y unos molestos ruidos procedentes de mi estómago me recordaron que lo último que había tomado fue el escueto desayuno de esa misma mañana. Puse a calentar la comida que la noche anterior había dejado preparada y mientras recogí los papeles esparcidos por el suelo.

Cambié mi ropa por el pijama y me senté a cenar, después llamaría a casa de mis padres para contarles todo.

Oír la voz de mi madre siempre me hacía sentir bien, me sentía protegida, amparada, como si nada me fuese a pasar, igual que cuando era niña.

Marqué el número y esperé a oír su voz.

—Mamá ¿cómo estáis?

—Bien, hija, como siempre. ¿Y tú? te oigo rara.

—Cómo me conoces.

Estuve hablando con ella cerca de una hora, le comenté todo. Lo primero, lo que me iban diciendo en las consultas, ya iban a ser mensuales. Según el hematólogo, de momento todo seguía controlado, eso era buena señal. Luego le conté cómo había ido la firma del divorcio, se sorprendió de que ya estuviera resuelto. Le hablé de la nueva casa y lo que ya tenía programado para el viaje, aunque aún no hubiera decidido qué día saldría.

—Ahora no tienes prisa, tómatelo con calma. Tu mundo está cambiando demasiado rápido. La tranquilidad de allí te hará mucho bien.

—Seguramente, mamá. Te quería hablar de otra cosa.

—Claro hija, dime. Se trata de Armando ¿verdad?

—Si mamá, te he ido hablando de lo que estaba sintiendo por él. Y quería tu consejo para no precipitarme. Tengo mis dudas, ahora que él se ha ido a Alemania ¿podrá funcionar lo nuestro?

—Verás, hija, mi consejo es que vayas despacio, el que él esté fuera os va a servir para iros conociendo mejor, os hará llevarlo con más calma. De todas formas, haz lo que tu corazón te dicte. Seguro que no te equivocas.

—Gracias, mamá, siempre aciertas con tus palabras.

Hablamos un ratito más, le pregunté por mis hermanos, luego se puso mi padre y finalmente colgué. Últimamente llamaba más a menudo, me sentaba tan bien.

Me volví a tumbar en la cama, estaba desvelada, algo normal si pensaba que me había despertado tan solo tres horas antes.

Sonó el tono del WhatsApp, vi que era Armando. Supuse que sería para ver si me podía conectar y hablar un rato, pero decidí

ignorarlo. Ahora no podía hablar, el día había sido demasiado intenso. Lo apagué y cogí uno de sus libros de lectura, hasta que el sueño me venció.

Por la mañana, cuando lo encendí de nuevo, tenía varios mensajes suyos. Estaba preocupado pensando si todo había ido bien en el abogado y me pedía que le dijera algo cuando pudiera.

Me sentí una egoísta y le respondí pidiéndole disculpas. Le aclaré que ya estaba todo solucionado, que andaba liada en ese momento y que por la noche hablaríamos. Seguí mirando mi plan de viaje.

Acababa de reservar la habitación para la primera semana, me parecía tiempo suficiente para empezar y luego ya vería.

Pensé en salir el lunes siguiente, hasta entonces tenía unos días por delante para organizar el equipaje, la ruta que quería hacer y despedirme de las chicas.

Las llamé para vernos antes de que fuera más tarde y ya tuvieran otros planes. Quedamos al día siguiente y, aunque era viernes, les venía bien a las dos. Cenaríamos juntas y ya les ponía al día, porque, entre unas cosas y otras, llevaba sin verlas desde que me había cambiado de casa. No había trascurrido mucho tiempo, pero con todo lo que había pasado, me parecía una eternidad.

Nos reunimos en el bar de Suso, un sitio cercano a la biblioteca donde trabajábamos Sonia y yo, allí íbamos todos los días a tomar café y habíamos comido o cenado allí tantas veces que ya nos trataba como si fuéramos de su familia.

Nada más entrar salió de detrás de la barra y vino derecho a darnos un abrazo.

Suso rondaba los sesenta años, era un gallego grandote, tierno y con un corazón enorme.

—Home, as miñas fillas. Cuánto tiempo sin veros.

—Suso, que a mí me ves todos los días —le dijo Sonia.

—Pero poco —rio Suso— y a mi canaria preferida ya hacía mucho que no la veía.

—Ay, niño, eres más exagerado que yo —contestó Luisa.

Tras los saludos nos sentamos y esperamos con una cerveza cada una a que nos trajera las raciones que le habíamos pedido.

—Cuéntanos mi niña, ¿qué piensas hacer?

—Por el momento irme un tiempo de viaje.

—Mujer —soltó Sonia— eso ya lo sabemos. Hablamos de lo que pasa con Armando.

—Eso, no te hagas la despistada —secundó Luisa.

—Aquí os traigo alguna cosiña para que vayáis abriendo boca —dijo Suso soltando los platos por la mesa— ¿Qué estoy oyendo? ¿Qué te vas de viaje?

— Suso, no pierdes comba, estás a todo —le sonrió Sonia.

—Para que veáis lo que me preocupáis filliñas mías.

—Sí Suso, un viaje al pueblo de mis abuelos paternos, hace mucho que no voy. Pero volveré, no te preocupes —contesté risueña

—Eso está mejor —respondió alejándose.

Mientras íbamos disfrutando de la cena, les resumí brevemente el encuentro con Ricardo en el abogado y les hablé de la carta sin dar mucho detalle.

—Qué más quisiera el gato que lamer el plato —soltó Luisa— que lo hubiera pensado antes y no tanta carta —espetó.

Les dije que ya no quería hablar más de ello, así que zanjamos el tema.

Del viaje tampoco podía decirles mucho, ya les iría contando vía WhatsApp cómo me iba todo, prometí mandar un montón de fotos.

—Ahora al grano, háblanos de Armando y de ti —pidió Sonia.

—Pero ¿qué queréis que os cuente?, si ya sabéis todo —reí divertida.

—Yo no lo dejaría escapar —aconsejó Luisa— de esos no se encuentran todos los días.

—Yo tampoco —secundó Sonia— y sabes que le conozco bien por mi hermano.

Ambas se echaron a reír, pasamos el resto de la noche igual. Me dieron todo tipo de consejos, desde que no lo dejara escapar, hasta que fuera a verlo a Alemania y de paso conocía la ciudad donde estaba. Al terminar, nos despedimos de Suso y salimos cogidas del brazo, fuimos a tomar la última a mi casa con la excusa de que así veían dónde vivía.

Acabamos a las tres de la mañana entre risas, por el buen cambio que había hecho “en todo”, y lágrimas, por la despedida.

Caí rendida, no habíamos parado un momento. Estaba tan cansada y era tan feliz.

El sábado, nada más levantarme, me di cuenta de que no había hablado con Armando y le mandé un mensaje enseguida. Esta vez fue él quien no dio señales de vida.

Me aseguré de que tenía todo listo y llamé a Rebeca, todavía no nos habíamos visto y quería decirle que ya me iba. Quedé a comer con ella y me llevé uno de los manuscritos que tenía de mi última novela, así podría darme su opinión cuando volviera.

Me podía ir tranquila, ellos se ocuparían de pasar por casa. No le quise preguntar por Armando, aunque ella me dijo que habían hablado con él el día anterior y estaba muy ocupado. Cuando estuve de vuelta, bajé las maletas al coche y lo dejé todo preparado para salir al día siguiente, cuando me levantara. Finalmente había adelantado el viaje un día.

15

Me desperté con energía, sabedora de que emprendía un viaje que me suponía una gran aventura.

Desayuné de forma pantagruélica, *por si las moscas*, me dije. No quería tener que parar por el camino para no entretenerme, y como no iba desde niña, tampoco quería tentar a la suerte y perderme. Llevaba en el móvil una de esas aplicaciones que te va indicando por dónde ir. Antes no las usaba porque casi siempre conducía Ricardo, pero había decidido ser valiente ante la vida. Se acabó el tener miedo a cruzar Madrid, se acabó no viajar, se acabó no tomar decisiones y no vivir la vida plenamente.

Recogí lo del desayuno y di una vuelta de nuevo por la casa, quería asegurarme de que todo estaba bien. Cogí mi bolso de mano, me aseguré de llevar mi documentación y las llaves, que últimamente, con el lío de vida que había llevado, estaba siendo muy despistada. Metí el cargador en el bolso y cogí el móvil, eché una última ojeada y justo iba a apagar el wifi cuando me sonó el teléfono. Otra vez a rebuscar por el bolso, logré sacarlo antes de que colgara y vi que era una videollamada a través de WhatsApp, era un número muy largo y me decidí a cogerlo por si era Armando. Su cara apareció en la pantalla.

—Dalia, ¿me ves? ¿me oyes?

—Sí, sí, no hace falta que grites.

—Por fin te encuentro. Estaba preocupado y no he querido esperar a la noche.

—Justo iba a salir, me voy de viaje. Ya te lo comenté.

—Pero no me habías dicho cuándo. No sabía que te ibas ya.

—Lo decidí el otro día y como no hemos hablado…

—¿Te ibas a ir sin decirme nada?

—Pensaba avisarte cuando estuviera allí. No sé cómo será la conexión.

—¿Tienes cinco minutos para hablar conmigo? —preguntó un poco molesto.

—Sí, claro.

—Hace varios días que no hemos hablado, cuéntame ¿cómo va todo?

—Tienes razón, perdona. He estado un poco alterada, pero ya está solucionado.

—¿Fue bien en el abogado?

—Sí, eso ya está resuelto y no quiero hablar más de ello.

—Te noto rara, ¿te pasa algo conmigo?

—No, tú no tienes la culpa. Han sido estos días, que no ha sido fácil. Por eso he decidido irme ya y alejarme un poco de todo.

—Me dejas más tranquilo.

—Dime, ¿qué tal en tu trabajo?

—Todo bien, de momento sigo en el hotel, en la empresa ya me manejo con cierta soltura. No quiero entretenerte más, yo también estoy muy ocupado. ¿Cuándo dispondrás de tiempo?

—Mira si te parece, esta noche intentó hablar contigo por Skype, si no pudiera te envío un WhatsApp.

—Me parece bien, quedamos en eso.

—Entonces hasta la noche.

Iba a colgar cuando oí mi nombre de nuevo.

—Dalia.

—¿Sí?

—Te echo de menos.

—Yo también a ti, estás muy guapo con esa barba de unos días.

Antes de colgar, me fijé en su bonita sonrisa tras el piropo.

Y ahora sí, apagué el wifi, cogí el bolso, lancé dentro el teléfono y bajé hacia el coche.

Nada más montar abrí la aplicación y puse el destino. Tenía por delante poco más de trescientos kilómetros, unas tres horas y algo. Puse la música y me dije a mí misma: Dalia, allá vamos. Esbocé una sonrisa enorme y de nuevo acudió a mi mente la expresión de la mujer de mis sueños. ¿Quién sería? ¿Por qué cada vez estaba más presente?

Aparté ese pensamiento de la cabeza y arranqué.

Es cierto que nunca me había gustado mucho conducir por el centro de Madrid: la gente va con prisa, se mete por cualquier lado, encuentras mil atascos… pero hoy los astros se habían confabulado a mi favor, o sería porque era domingo, pero casi iba sola por la carretera, qué gustazo.

Cogí la A3 sintiéndome más segura, más animada. Eso era obra de la conversación mantenida con Armando. Yo me había subestimado, como siempre, pensando que igual no era capaz. Disfruté del paisaje, ya que no había mucho tráfico.

Salí de la Comunidad de Madrid y entré en la de Castilla La Mancha. Siempre me había llamado la atención los cambios de las comunidades en medio de ninguna parte, en lo único que se notaba era en la carretera, siempre había una mejor que otra.

Cuando me quise dar cuenta, ante mis ojos había un cartel que anunciaba que había llegado a Albacete; para corroborarlo, la ciudad se erguía en todo su esplendor al lado derecho. Presté atención, tenía que coger la misma salida que si fuera al Parador de Turismo, pero sin entrar. Ya solamente me quedaban 50 kilómetros, iba a llegar a la

hora del aperitivo.

Recordé que en esa zona seguía haciendo el mismo viento, puesto que, en los últimos setenta kilómetros, los campos estaban sembrados de enormes molinos eólicos. Eso me hizo recordar a Don Quijote y sus famosos gigantes, Sancho no había sido capaz de hacerle ver que eran molinos. Quién le iba a decir a Cervantes que con el tiempo sí habría cientos de gigantes poblando aquellas tierras.

Desde la carretera también se observaba perfectamente la base aérea de "Los Llanos", del Ejército del Aire. Siempre que íbamos siendo niños, mi padre nos lo explicaba, aunque no le prestáramos atención.

Me di cuenta de lo que me estaba gustando el viaje. Había visto uno de los restaurantes de carretera, en el otro sentido, donde parábamos a desayunar cuando volvíamos de pasar unos días en el pueblo. La entrada tenía forma de molino y por eso habíamos parado aquella primera vez, porque nos habíamos empeñado mis hermanos y yo.

Al coger la carretera comarcal unas inmensas explanadas de campos de agricultura se extendían a ambos lados, en algunos se apreciaban pequeñas vides.

La aplicación me indicaba que fuera por la circunvalación, para no tener que pasar por el pueblo, pero decidí hacerlo a la antigua usanza, hacía años que no pasaba por allí y quería ver qué recordaba. Me parecía que estaba prácticamente igual, salvo pequeños cambios ¿O era mi memoria la que no quería registrar el paso del tiempo?

Ya solo quedaban veinticinco kilómetros y estaba deseando llegar a las curvas que anunciaba la proximidad del pueblo. Había otra entrada, una que no conocía, por donde me mandaba ir la señora del teléfono, pero yo no pensaba hacerle caso, llegar al pueblo sin pasar por las curvas de mi infancia no sería lo mismo.

El paisaje cambiaba de forma abismal, habíamos pasado de la planicie a estar entre montañas, era digno de observar. Se veía al tímido sol asomar entre los picos de las montañas. De pronto, recordé a mi padre diciéndonos: "Aquí hay que ir con cuidado, que mirad lo que puede pasar", y nos señalaba un coche, que ya estaba oxidado, en medio de esas verdes colinas, haciendo compañía a los atrevidos olivos. El coche que vimos durante años ya no estaba. Casi me dio pena.

Después de alguna curva más, ya se podía ver el pueblo. Vi un cartel con el nombre y un espacio donde se podía parar. Decidí hacerlo, estirar un poco las piernas y observarlo desde allí. Había también un banco, supongo que para quien decidía subir andando. Todo eso no estaba la última vez que vinimos, pero había sido una buena idea.

Me dispuse a sentarme un momento. Se veía el cementerio, ahí estaban enterrados mis abuelos. Debería ir un día, si es que era capaz de recordar donde descansaban. Observé un rato más sin reconocer todo lo que veía, hacía tanto de la última visita.

El sol se reflejó en una pequeña piedra que estaba a mi lado y de nuevo pensé en la chica de mis sueños. ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?, me pregunté.

El ruido de un coche me devolvió a la realidad, me levanté, me monté en el mío y me dije a mí misma: Dalia, ya estamos aquí.

Arranqué de nuevo, iba despacio observando las calles por las que pasaba. Obviamente muchas cosas habían cambiado, pero sentí que la esencia seguía siendo la misma. Volvía a un sitio conocido, con recuerdos de infancia feliz, sin preocupaciones.

Solamente iba a echar de menos a mis abuelos paternos, con aquellos recibimientos tan suyos. Mi abuela siempre nos tenía preparados los platos típicos que tanto nos gustaban y que hacía mil años que no había vuelto a comer, porque fuera del pueblo, ya no nos sabían igual y mi abuelo siempre nos bajaba todos los juegos que le pedíamos, esos que tenía guardados con mimo en la habitación de arriba.

Iba a ser un viaje bonito para reencontrarme conmigo misma, pero a la vez lleno de nostalgia y de recuerdos.

Llegué a la plaza de toros, allí solíamos aparcar cuando llegábamos siendo niños. Siempre que no fuera agosto, porque en las fiestas cumplía con su función. A la media plaza fija que permanecía todo el año, se le unía la otra mitad, que se ponía con postes de madera atados con cuerdas. Cuando las fiestas tocaban a su fin, esos postes se quitaban y eran guardados de nuevo hasta el año siguiente. Evocaba verlo montar como cuando era niña y luego jugar a subir por los palos y sentarnos allí a charlar con el grupo de amigas. Había cambiado, ahora estaba pintada de un bonito color mostaza, seguían estando las gradas con una amplia barandilla negra bordeándolas detrás.

Sabía que La Posada estaba más abajo, pero quería ver la plaza desde distintos sitios antes de bajar. Subí la cuesta que había a la izquierda y me volví a contemplar lo que veía. Desde donde estaba podía ver algunas de las casas de la plaza, con sus cornetas colgadas secándose o sus carteles ofertando las ventas de aceite de oliva o miel. Eso no había cambiado, seguramente había más que cuando era niña.

Detrás se veían las montañas que rodeaban el pueblo. Me senté en la parte alta de las gradas, al lado de los chiqueros donde se guardaban los toros después de los encierros, y me quedé mirando embobada. Lucía el sol y sus rayos rebotaban en las fachadas de las casas dándoles un color especial. Se sentía el calor de los mismos en la

piel. De nuevo vi a la muchacha de mis sueños, esta vez la veía correr entre las montañas, como si escapara de algo o de alguien. Una sensación de desasosiego se apoderó de mí. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué corría? No la quería perder de vista, pero de repente desapareció.

La busqué desesperadamente, pero ya no estaba. Ya no sabía si mi imaginación me jugaba una mala pasada, no sabía quién era, ni por qué la veía. Esta vez no había sido un sueño, me había parecido muy real, pero ya no sabía qué pensar. ¿Estaba perdiendo la cordura?

16

La charla de dos vecinas que pasaban a mi lado me hizo volver a la realidad. Me acerqué al coche, cogí mis maletas y fui calle abajo hacia La Posada. Había olvidado la estrechez de las calles, así que cada vez que venía un coche me tenía que subir al escalón de una puerta para que pudiera pasar.

Me quedé mirando la pared blanca que tenía justo enfrente. Recordaba que allí se reunía una peña en los días de fiestas, uno de los últimos años que habíamos bajado todos. Entonces freían patatas y recordar el olor al buen aceite, ese que salía de los muchos olivos con los que contaban los vecinos del pueblo, despertó mi apetito.

Seguí calle abajo, la tienda donde cada verano cogíamos las camisetas con el nombre del pueblo y algún dibujo gracioso ya no existía. Al lado había un estanco nuevo. La joyería de Pilar seguía en el mismo sitio, sin llegar, me aventuré a adivinar si su amiga Mara se encontraría en ella. Y… acerté. Desde fuera se oían las risas, estarían con sus chascarrillos. Yo la conocía bien porque Mara tenía su casa en la misma calle que la de mis abuelos, tres o cuatro puertas más abajo. No sabía si se acordaría de mí, solíamos jugar con sus hijos en la calle, aunque eran algo más pequeños que nosotros. Un día tenía que acercarme a su casa a saludarla, si es que vivía en el mismo sitio.

Llegué a La Posada, me quedé mirando su enorme portón de doble hoja, donde una puerta más comedida se abría a cada lado. Se encontraba en la Plaza Mayor, frente a la iglesia de Santiago Apóstol, a la que precedía una gran escalinata. En Semana Santa, siendo pequeños, veíamos subir los pasos en el lateral de la escalera. A la derecha se encontraba el Ayuntamiento, tampoco había cambiado mucho, o eso me pareció. Y en la fachada de enfrente, el famoso Pilar, una fuente rectangular de agua de manantial. Estaba decorada con azulejos de Manises, con representaciones del Quijote, bajo una doble balconada de balaustres torneados que antes no estaban. Seguía teniendo los dos caños por los que salía un buen chorro de esa agua al pilón o abrevadero, ya que antes allí paraban los animales a beber.

Dejé de observar todo con ojos curiosos, tiempo tendría más tarde de pasear tranquila. Ahora lo primero era subir el equipaje a la habitación.

Nada más entrar, esperé en el mostrador que hacía de recepción. Me llamó la atención el suelo, construido de cantos que de tanto pisar prácticamente ya eran planos. En ese momento no había nadie allí. Mientras esperaba, seguí mirando lo que me rodeaba. Los

techos eran altos y blancos, se dejaban ver las vigas de madera que lo atravesaban. Una escalera cubierta de floridas macetas conducía a la primera planta, donde supuse estarían las habitaciones. Nunca nos habíamos alojado aquí, siempre que veníamos nos quedábamos en la casa de los abuelos, pero ya no era nuestra.

Seguí mirando a mi alrededor, había varias mesas con sillas, y a la izquierda un comedor mucho más amplio, donde supuse comerían las personas que se hospedaban, los turistas o incluso la gente del pueblo.

—Hola, ¿llevas mucho esperando?

Volví la cabeza hacia quien me hablaba.

—Hola, no, no, justo acabo de entrar. Tenía una habitación reservada. Mi nombre es Dalia Valdivia.

—Ya me acuerdo de ti, sí. Yo soy Maruja, igual tú no me recuerdas, porque no te veía desde niña.

—Sí, sí, ahora que me fijo.

—Tú tienes la misma cara, aunque claro ya no eres aquella chiquilla que venía los domingos a tomar el aperitivo con sus padres. Dime, ¿cómo están ellos?

—Bien, están muy bien.

—Madre mía, llevo tantos años sin verlos. Desde que vendieron la casa de tus abuelos.

—Sí, así es.

—Bueno, no te entretengo más que estarás cansada del viaje. Vamos a subir a tu habitación y ya tendremos tiempo de hablar más tarde y ponernos al día. Me alegro mucho de verte.

—Gracias. Cuando saque el equipaje, bajaré para comer algo. Quería, si es posible, alguna de las comidas típicas que tampoco he vuelto a comer desde entonces.

—Claro, siempre tengo preparados platos de la tierra para la gente que viene de fuera, les gusta probarlos. Cada vez hay más turismo gastronómico. Ven conmigo, por aquí.

Subimos la escalera y nos encontramos varias puertas.

—Te he reservado la habitación que da a la calle delantera. Justo frente a la iglesia. En época de fiestas es la más ruidosa, pero ahora ya no hay problema, he hecho obra para insonorizarlas. Si te asomas, verás la gente que pasa por la calle.

—Perfecto, justo estaba pensando en ella.

Abrió la puerta y entré.

—Te dejo tranquila, si necesitas algo, no tienes más que decirlo.

—Muchas gracias.

La habitación era amplia, estaba compuesta de dos camas individuales, encima de una de ellas había un juego de toallas blancas. Entre las dos camas, una mesilla, con una lámpara pequeña, y a ambos

lados descansaban dos sillas. Había un armario amplio, donde podría meter el equipaje cómodamente. Una pequeña tele colgaba de la pared y al lado una puerta corredera daba al cuarto de baño. Este contaba con plato de ducha, lavabo y sanitario, todo ello en tonos azules y blancos. Muy limpio y cuidado, muy luminoso. Encima de la ducha observé que había un tragaluz que te permitía ver el estupendo cielo azul de ese día.

Una vez que hube colocado todo, llamé a mi madre, quería hablar con ella un momento y luego bajar a comer.

—Hola, mamá.

—Hija, ¿ya has llegado? ¿Cómo ha ido el viaje?

—Sí, mamá, ya estoy aquí. El viaje perfecto, lo disfruté mucho, no sabes lo que me gustaría que estuvieras aquí conmigo. Me trae todo tantos recuerdos…

—Eso es normal, hija, han pasado muchos años, pero entonces íbamos bastante. ¿Ya has visto a Maruja?

—Sí, ahora voy a bajar a comer. Le pedí algo típico.

—¡Madre mía! Seguro que está todo riquísimo, no lo he vuelto a probar desde que íbamos en verano. Dale muchos recuerdos, no la hagas esperar. Ya me llamas otro rato y me cuentas.

—Sí, mejor, que me ruge el estómago. Dales un beso a todos.

—Besos para ti también, disfruta mucho. No te olvides de saludarla de mi parte.

Bajé corriendo la escalera, no me gustaba retrasarme. Había entrado más gente, pasaban hacía el comedor. Justo de allí salía ella.

—Ya estás aquí. Mira, si te parece siéntate en esta mesa, que estarás más tranquila aquí que en el comedor. Yo estaré entrando y saliendo de la cocina, así te voy dejando los platos.

—Perfecto, no te preocupes.

—Te he preparado dos o tres cosas diferentes, así puedes ir probando un poco de todo. Mira para empezar te traigo atascaburras, otro platillo de zanguango y una ensalada de tomates, de los de aquí ¡ehhh! Seguro que no los has vuelto a probar con este sabor. ¿Qué quieres para beber?

—Agua, por favor. Todo tiene una pinta estupenda.

Estuve saboreando los platos tanto tiempo añorados. Estaba todo tan bueno, pero no podía más, aunque me lo había ofrecido. A lo único que no me pude resistir fue a comer una hojuela con miel, seguían siendo mi perdición. La tomé acompañada de un té. Maruja se vino a sentar conmigo un momento, le dije que mi madre le mandaba recuerdos.

—¿Qué planes tienes? ¿Una buena siesta?

—No, tendré que bajar un poco la comida, prefiero ir andando hasta los miradores para echar un vistazo desde allí.

—Muy bien, pues luego te veré, que estaremos más tranquilas. Los domingos después de comer se van los turistas y esto queda más vacío.

Me levanté agradeciéndole tan deliciosa comida y fui al primero de los miradores. Recordaba que había tres, se encontraban en lo que fue el barrio morisco. Caminé por aquellas calles tan estrechas que ni siquiera cabía un coche. No me encontré con nadie, la gente estaría en su casa reposando la comida. Cuando llegué al primer mirador, vi que habían hecho una pasarela para bajar a ver parte de la cueva, pero en ese momento estaba cerrado. Ya lo vería otro día, porque antes no existía ese acceso.

La vista que se contemplaba era preciosa, estaba como a cien metros de altura sobre el río Mundo, o eso me parecía a mí. Este serpenteaba a través de las montañas, se podía distinguir la presa donde tantas veces habíamos bajado a bañarnos. También se veía la carretera con sus interminables curvas.

Lo que llamó mi atención fueron los bancales, esos huertos dispuestos en forma de terraza a distintas alturas, heredados de los árabes que poblaron estas tierras.

Entonces me di cuenta de que la persona que yo veía, tanto en mis sueños como cuándo estaba despierta, tenía que ver con el pueblo. No sabía bien de qué manera, tendría que averiguarlo.

Giré la cabeza hacia el otro lado y ahí estaba, era ella de nuevo. Parece que la atraía con mis pensamientos. Esta vez no iba sola, la acompañaba un hombre que llevaba una especie de hatillo a su espalda. En una mano llevaba algo que no podía ver y con la otra mano la agarraba a ella, urgiéndola a seguir andando. No querían detenerse, aunque volvían la vista hacia atrás constantemente.

¿De qué estaban huyendo? ¿Se la estaría llevando a la fuerza? Agudicé la mirada, pero ya no estaban. De nuevo se habían escabullido de mi vista. Tenía un mal presentimiento, pero no sabía a qué se debía.

Escruté de nuevo el paraje, pero estaba a mucha distancia y ya no los veía. Levanté la cabeza y miré al frente, ante mis ojos se levantaba lo que parecía ser un Alcázar, pero tan pronto lo tuve delante, desapareció.

No sabía qué pensar, por más vueltas que le daba, no encontraba ninguna explicación. Las imágenes tan pronto eran muy nítidas como que desaparecían.

Volví tras mis pasos para ir hacia el otro mirador. Pero de pronto, sentí unas ganas enormes de ir a la calle donde vivieron mis abuelos, de ver su casa. Así que hacia allí encaminé mis pasos, pensando que debía dejarme llevar, aun no sabiendo bien por qué.

17

Regresé por donde había venido, ahora tocaba ir cuesta arriba. Lo de este pueblo no tenía remedio, había pocos tramos llanos. Seguí por las calles estrechas oyendo el rumor de mis pensamientos hasta llegar de nuevo a la plaza donde tenía el coche aparcado. Era cierto que según avanzaba el día se iba notando menos ajetreo de turistas, ahora había menos coches. Giré a la izquierda y me fijé en el cartel con el nombre de la calle, Albercones. Nunca me había parado a pensar que tuviera un nombre especial, pero ahora pensaba que en la visita que habíamos hecho a La Alhambra, nos habían explicado el sistema hidráulico que usaban los árabes para transportar el agua. Desde el río Darro se encauzaba hasta la parte alta del Generalife al que abastecía y desde allí, mediante un acueducto, entraba a La Alhambra. Ese sistema tenía el nombre de Albercones, era de la época nazarí.

Empezaba a pensar que lo que creía hasta el momento que eran un cúmulo de casualidades, ya no lo eran tanto. No sabía lo que me iba marcando la dirección, pero tenía que seguir adelante.

Recordé que al final, si seguías hacia la derecha, volvías a la plaza ya que la calle tenía forma de u alargada. Pero si girabas a la izquierda, ibas a parar a los lavaderos, y bajando llegabas hasta el río Mundo, anda que no había hecho veces ese camino. Me asomaría después a echar un vistazo.

Bajé despacio por la calle, seguía igual, habían cambiado el pavimento, pero seguían las mismas casas. Algunas con sus fachadas blancas, de un blanco que cuando daba el sol en aquellos tórridos veranos deslumbraba. Otras en tonos tierra, más apagadas, como si quisieran pasar desapercibidas, cediendo el protagonismo a la blancura de las otras. Descubrí alguna más atrevida, en un tono verde o azul, pero las menos. A medida que avanzaba lentamente, pensaba si los vecinos serían los mismos de mi niñez.

Miré de frente y vi al final de la calle la pared de la casa de los señoritos, así le llamaban, aunque nunca tuve claro a quién perteneció, a esa edad no prestabas atención a esas cosas. Siempre supuse que sería propiedad de una familia adinerada. Sabía que era una casa grande y que tenía un jardín más grande aún. No se veía desde la calle, pero siempre me fascinó ver las dos palmeras que asomaban tras la pared. Allí seguían. De niña siempre me parecieron muy altas, pero ahora que las observaba de nuevo, es que realmente lo eran. Subían más que los tejados, más incluso que las montañas que

tenían de fondo. ¿Quién las habría plantado? ¿Desde cuándo estarían allí?

Me quedé embobada mirándolas… De pronto apareció el fuego de una fragua, veía un hombre inclinado con un fuelle avivando ese fuego. A su lado, otro hombre más joven golpeaba una espada con un martillo.

La imagen desapareció al oír una voz a mi lado, me volví a ver quién me hablaba. Era una mujer desde la puerta de la que fue la casa de mis abuelos. Me había preguntado algo, pero no me había enterado.

—Discúlpeme, estaba distraída y no me he dado cuenta de lo que me decía.

—Le preguntaba si estaba perdida.

—No, no, me había parado a contemplar las palmeras, las de la casa de los señoritos.

—Ah sí, dice usted las de la casa de Don Rafael, el médico.

—Yo siempre la conocí por ese nombre ¿Es usted de aquí?

— Sí, no he vivido siempre aquí, pero sí. No me trates de usted. ¿Y tú?

—Yo no, pero venía de niña, este es el pueblo de mi padre y mis abuelos.

—¿Dónde tenían la casa?, igual yo los conozco.

—Puede ser, porque es la casa de la que has salido. Soy hija de Eduardo y Natalia. No había vuelto desde que se vendió la casa.

—Claro que los conozco, yo les compré esta casa. También conocía a tus abuelos. Pero pasa, pasa, mujer, no te quedes fuera. Tomamos un café y charlamos un rato.

—Si no molesto, no querría importunar.

—Nada, nada, pasa tranquila. Así ves la casa de nuevo, no he hecho muchos cambios.

Entré y volví a mi infancia. Se notaba el fresco que proporcionaban aquellas paredes. En verano se estaba de maravilla, el piso de arriba recuerdo que era más caluroso. Nada más entrar me fijé en el espejo que había colgado encima del mueble de entrada, tenía una forma curiosa, le había visto en algún otro sitio. Miré hacia la escalera que te llevaba al piso de arriba, por fin tenía barandilla. Estuvo tantos años sin ella, que nosotros para ir a la cama subíamos pegados a la pared, para no caernos. El aplique de luz de la escalera era otro. La última vez que estuvimos, mis hermanos lo habían roto con el balón. A la derecha se veía la puerta que daba a la cocina, a la izquierda la que daba al salón.

—Tú igual no te acuerdas de mí, yo soy Sacra. Nací aquí, pero cuando me casé, me fui, y luego al quedarme viuda es cuando volví y compré la casa de tus padres. Sube si quieres y da una vuelta, seguro

que guardas muchos recuerdos. Luego preparo un café.

—De verdad que no quisiera molestar, pero sí me haría mucha ilusión.

—Qué vas a molestar, mujer.

Subí detrás de ella, me fijé en su pelo castaño, en su baja estatura, delgada, de piernas torneadas, condiciones de los oriundos del pueblo, con esas cuestas. Sonreí al recordarlas.

La distribución de arriba seguía siendo la misma, tenía cuatro habitaciones y un baño más pequeño que el de abajo. Mis hermanos dormían juntos en la que tenía la terraza. Allí jugábamos en verano, durante la hora de la siesta, con un barreño de agua. La habitación grande la ocupaban mis padres. Al lado una más pequeña, que era la de mis abuelos, donde vi una cómoda con libros de hace años, entre ellos pude distinguir una edición de Las Mil y una Noches. Por último, la habitación que yo ocupaba, con un gran vestidor de puertas correderas. Entonces, era donde mis abuelos guardaban todos nuestros juguetes. La ventana daba al tragaluz de la cocina, era la única que no tenía vistas, por eso siempre que me levantaba iba a la de mis padres.

—Sacra, ¿te importa que me asome por la ventana de la habitación de matrimonio?

—No, hija, no. Asómate cuanto quieras.

Me sentía una intrusa curiosa en casa de esta mujer. Pero eran tantos los recuerdos que me resultaba extraño pedirla permiso. Siempre me gustó asomarme por allí cuando me levantaba, para ver cómo estaba el día.

Un sol deslumbrante destacaba en un inmenso cielo azul. Mirando por un amplio hueco entre dos casas, te sorprendían las montañas de la umbría. Si seguía con la vista hacia la derecha veía de nuevo las viejas palmeras, con sus gruesos troncos, que seguramente ya nadie cuidaba.

Recordé la fragua que había visto antes, no comprendía bien qué tendría que ver con lo que soñaba o veía, pero seguro que pronto lo descubriría.

Seguí mirando el paisaje, sentí un calor abrasador y oí un nombre que alguien susurraba cerca de mí. Me giré pensando que sería Sacra, pero estaba sola, no había nadie. El nombre era Ezequiel. Lo pronuncié en voz alta y eso hizo que se me erizara la piel.

Iba a bajar en busca de Sacra, cuando al volverme vi mi reflejo en el espejo. Se parecía mucho al que tuvieron mis padres.

Un brillo llamó mi atención: vi reflejadas unas monedas doradas, brillantes, que reposaban en la mano de la mujer de mis sueños. Ésta se las daba al hombre joven que había visto momentos antes en la fragua, y lo llamó por su nombre, el cual era Ezequiel.

Ella lloraba y él agarró la mano que le tendía. Le dijo: *Será*

pronto Azahara, no sufras.

Las imágenes se fueron de nuevo, me quedé pensativa un momento, sin reaccionar.

Bajé las escaleras y oí que Sacra me llamaba.

—Estoy aquí, en la cocina. Pasa —me apremió viéndome dubitativa— siéntete como en tu casa.

Entré y le sonreí, agradecía que me hubiera dejado arriba sola. A fin de cuentas, ella no me conocía, no sabía qué clase de persona podía ser yo. Olía a café recién hecho.

Mientras retiraba la cafetera del fuego, observé la cocina, era la parte que estaba más cambiada, era todo más moderno. Lo único que seguía igual era la mesa camilla, con sus sayas, donde había un lado levantado que dejaba entrever el brasero.

—Vayamos al salón a tomarnos el café tranquilas.

—¿Quieres que te lleve algo?

—No, tengo todo en la bandeja.

Nos sentamos cómodamente alrededor de otra mesa camilla, echando las sayas sobre nuestras piernas. El día no era frío, pero se agradecía el calor de la tela. Me fijé en el televisor, estaba en un gran aparador antiguo, lleno de cristaleras que mostraban lo que había en su interior. Observaba todo mientras hablábamos de las dos familias. Lo hacía con la mayor discreción que podía, no quería que creyera que era una cotilla. Al otro lado, tenía una gran mesa, con sus sillas alrededor, y a un lado una puerta, que correspondería si la memoria no me fallaba, al cuarto de baño grande. Estaba un poco abierta y me bastó echar una ojeada a los azulejos para darme cuenta de que no me había equivocado. No pude resistirme a entrar solamente para verle de nuevo.

—¿Te importa si uso el baño?

—No, pasa. Sigue igual.

—Gracias.

Entré y todo se encontraba como antes. Los muebles estaban empotrados en la pared y por eso no se los habían llevado. Me pareció oler de nuevo la colonia de mi padre, aquel bote de Andros. Siempre había un frasco encima del lavabo, era todo negro, con una banda fina dorada en el tapón. A su lado siempre dejaba su peine.

No sabía si mis pensamientos me habían entretenido mucho, así que decidí tirar de la cadena, aunque no hubiera usado el baño, y salí.

Al sentarme de nuevo en la mesa reparé en una foto, en la que antes no me había fijado. Sacra me miró y sonrió.

—Pensé que no te darías cuenta.

—¿Quiénes son?

—Acércate y mira bien, yo creo que hay alguien que sí conoces.

Fui a mirar y distinguí a mi abuela, pero no sabía quiénes eran

las demás.

—Pues sí, es tu abuela, la otra es mi madre, que eran vecinas y buenas amigas y la del otro lado es la chacha María. Tú ya no la conociste, pero tus padres seguro que te han contado muchas cosas de ella.

—Sí, sé quién es. Tía de mi padre.

—Eso es, aunque ya sabes que aquí se les da ese nombre.

Volví a mirar la foto para ver bien a la chacha María. Me apoyé en el mueble, pensando que no podía ser posible lo que estaba viendo. Lucía en su cuello un collar muy simple, donde resaltaban las tres monedas que había visto antes en manos de Azahara y Ezequiel.

18

Me había quedado helada, no podían ser las mismas, ¿o sí? No me atrevía a preguntar por ese collar. Sacra se debió de dar cuenta de que no podía quitar la vista de la foto porque me empezó a contar la historia.

—Iban muy guapas, ¿verdad?

—Pues sí —respondí fijándome en la ropa, puesto que hasta ahora lo único que había mirado era el collar que llevaba puesto la tía de mi padre.

—Estaban de boda, se casaba una de sus amigas, que también fue vecina de esta calle. Tu abuela las peinó, lo hacía siempre que había una celebración.

—No creía que mi abuela trabajara. Sabía que mi abuelo hacía tejas y ladrillos en la tejera para las casas del pueblo, pero nada más.

—No era un trabajo como tal, entonces ya sabes que las mujeres solo estaban en casa al cuidado de su familia, pero tu abuela siempre tuvo buena mano para arreglar el pelo, por eso venían aquí. A tu abuelo no le gustaba nada que ella peinara, por eso aprovechaban cuando él no estaba. No les cobraba, pero cada una traía algo de su casa. La que tenía abejas, venía con miel; la que tenía vacas, traía queso. Tu abuela al principio no se lo quería coger, pero tanto insistían que se convirtió en una costumbre.

—¿Iban de boda, entonces? —pregunté intrigada haciéndole volver al tema.

—Ya me había ido por las ramas— contestó divertida—. Sí, aunque los padres de la chica estaban muy disgustados; no les gustaba el novio, pero ella estaba embarazada. No se sabía, claro, porque hubiera sido un escándalo. La novia era muy amiga de las tres y se lo había confesado días antes.

—¿Quién hizo la foto?

—Pues venía un señor de fuera, que era el que hacía los retratos para esos eventos. Entonces no se hacían muchos, la gente no andaba sobrada de dinero.

—La tía de mi padre tiene puesto un collar muy bonito.

—Uy, hija, ese también tiene historia. ¿La quieres saber?

—Claro, cuéntamela.

—Pues verás, se remonta a mucho antes. Cuando los abuelos de tu abuela heredaron esta casa, hicieron unas modestas obras porque tenían muchos problemas con las aguas que pasaban por debajo y, al excavar, aparecieron las monedas que ves en la foto, unidas por lo que

parecía un hilo de metal. Las limpiaron bien y tu tatarabuelo las llevó a la fragua, para que las soldaran de nuevo. Ya entonces, eran monedas muy antiguas. El collar fue pasando de generación en generación por las mujeres de tu familia.

Me quedé pensativa, el tiempo había ido pasando sin darnos cuenta. Los rayos del sol habían dejado de filtrase por la ventana al caer la tarde. Ahora nos rodeaba un claro oscuro que pronto invitaría a encender la luz. Miré el café a medias de mi taza, ya frío y sin aroma. Mientras mi mente vagaba en mis recuerdos, intentaba encontrar ese collar en las mujeres de mi familia, sin hallarlo.

—Creo que es hora de irme —dije levantándome de la silla— se me ha pasado la tarde volando. Te he entretenido demasiado.

—No te preocupes, no tenía nada importante que hacer. Me ha gustado mucho la visita. He recordado historias de otros tiempos que hacía mucho que no relataba.

—¿Solo había esta foto, o cada una tenía la suya?

—No lo sé, pero no creo que hubiera más.

—¿Puedo hacerle una foto con el teléfono?

—Claro. No sé si se apreciará bien, porque ya está un poco deteriorada, pero por probar. Por eso la tengo ahí puesta, porque entre los cristales del aparador, ni se daña, ni coge polvo. Mi madre siempre la tuvo puesta en un mueble parecido, nunca la puso en un marco de fotos.

—Igual se puede llevar a un fotógrafo para que saque alguna copia más. Esta semana quería acercarme un día a Albacete, puedo preguntarlo.

—Sería estupendo. Así podrías llevarte una copia, seguro que a tu padre le haría ilusión.

—Claro, pues ya te avisaré cuando vaya a ir. Ahora te dejo, voy a irme a descansar.

—Ya sabes dónde estoy. Pásate cuando quieras.

Me despedí de ella dándole dos besos y salí a la calle de nuevo. Había sido una buena tarde.

Volvía a La Posada, Maruja iba a pensar que me había perdido por las intricadas calles del pueblo. El reloj marcaba las ocho y media, las calles estaban silenciosas, el bullicio del fin de semana había dado paso al descanso del final del mismo.

Entré y me senté en la mesa que había ocupado a mediodía, me gustaba ese sitio. Detrás de mí, una radio antigua dejaba salir su música tenue. De fondo, el ruido de cacharros en la cocina lo acompañaba. Miré los cuadros de las paredes, casi todos ellos de rincones del pueblo, que invitaban a ir a conocerlos.

—Ya estás aquí —me sorprendió Maruja.

—Sí, al final el paseo ha sido más largo de lo esperado.

—Tendrás hambre.

—Sí, pero tráeme cualquier cosa que tengas hecha. No quiero liarte mucho.

—Voy a ver, ahora vuelvo.

Al momento salía con un plato humeante, el olor que desprendía hizo rugir mis tripas. Hasta ese momento no había pensado que tuviera hambre, pero ese aroma estaba abriendo mi apetito.

—Te he traído un plato de sopa de boda. La hicimos para el mediodía, pero aún ha sobrado. Pruébala, veras qué rica.

Miré el plato, veía trocitos de huevo cocido, de carne, fideos, jamón. Inspiré.

—Con este olor ya te abre el apetito.

—¿Te traigo agua, o prefieres otra cosa?

—Sí, y una copa de vino.

—Enseguida vuelvo.

Empecé a dar vueltas a la sopa, contemplaba el humo, soplaba y observaba como iba y venía a merced de mis soplidos. Probé un poco, tenía un sabor delicioso. Volví a fijarme en el humo que desprendía, era algo hipnótico, como cuando miras el fuego.

Ante mis ojos de nuevo estaban Ezequiel y Azahara, los dos juntos alrededor de una pequeña hoguera, hecha de unos pocos palos finos y unas cañas. Sentados a la entrada de lo que parecía ser una cueva. Estaban intranquilos, observaban con miedo, como si de pronto se les fuera a aparecer el mismo demonio salido de los infiernos.

—Aquí tienes, ¿cómo está la sopa?

—Buenísima —respondí levantando la vista del plato, abandonándolos de nuevo.

—¿Te preparo algo de segundo?

—No, no, la sopa lleva de todo.

—¿Una hojuela de postre?

—A eso no puedo decirte que no —ya se me hacía la boca agua.

Cuando acabé, le di las buenas noches, le agradecí la cena tan rica que me había preparado y subí a la habitación. Quería hablar con Armando si era posible.

Me acomodé en la cama y encendí el ordenador, mientras esperaba para iniciar la conversación me fui cambiando de ropa. Me puse varios cojines en la espalda para estar más cómoda y, por fin, sonaba la videollamada. Enseguida apareció su cara.

—Hola, viajera —dijo sonriente.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, con muchas cosas que contarte. Te veo muy guapa, tienes hasta colorcillo en la cara.

—Estuve dando un largo paseo después de comer y debe ser por eso. A mí el sol me coge enseguida. Cuéntame tú.

—Yo también tengo novedades que contarte.

—¿Ah sí? pues dime.

—Tengo unos días libres y voy a ir a verte.

—¿Aquí?

—Pues claro.

—Pero el avión te deja en Madrid, luego tienes que venir hasta aquí con el coche, va a ser muy cansado para unos días.

—Lo tengo todo solucionado, no te vas a creer cómo ha surgido este viaje. Llego directamente a Los Llanos.

—¿A Albacete? Pero no hay vuelos comerciales.

—Unos conocidos de la empresa en la que estoy, todos los años organizan en estas fechas un viaje para ir de caza a los cotos de esa zona. Van en un avión privado que sí está permitido que aterrice allí; están una semana en la zona y vuelven.

—¿En serio? No tenía ni idea.

—Ya te lo contaré cuando vaya con calma. Lo curioso es que los conocí casualmente en una cena en casa de mi jefe. Hablamos sobre España, salió el tema y me ofrecieron una plaza en su avión. Cuadré fechas para poder irme esos días y el sábado que viene me tienes allí. Te has quedado muy callada, ¿no te gusta mi sorpresa?

—Claro, como no me va a gustar. Lo que pasa es que no me lo esperaba. ¿No pasarás a ver tus padres?

—En esta ocasión, no, pero no te preocupes, te puedo asegurar que ellos lo entenderán.

—Está bien, tengo muchas ganas de verte y enseñarte todo esto.

—¿Me dejarás un sitio en tu habitación?

—Se lo diré a Maruja. Total, tengo dos camas.

—¿Dos camas?, ya las juntaremos —dijo sonriendo con cara de pícaro.

—¿Cómo va todo por allí? — pregunté sin querer seguirle el juego.

—Bien, ya estoy totalmente adaptado. Por fin he encontrado una casa, pero hasta que no vuelva de España no me cambiaré.

—Echarás de menos la vida de señorito del hotel —reí divertida.

—A diario será para cenar y dormir básicamente. Como cerca de la oficina, a veces incluso en la cafetería que hay dentro.

—Pues menuda vida de ermitaño. No me digas que aún no has salido de fiesta.

—La verdad es que no. Todavía no he tenido tiempo. De todas formas, aquí a diario la gente no es tan fiestera como en España, los fines de semana son más de reunirse en las casas.

—Vaya, qué aburridos.

—Ja, ja, ja, dime, ¿cómo estás tú?

—Estupendamente, ahora muy cansada. Pero entre el viaje, los paseos y el buen comer, estoy disfrutando más de lo que esperaba.

Sopesé si contarle algo sobre mis sueños y lo que veía, pero decidí que, ya que iba a venir personalmente, esperaría.

—Dalia, aún tengo que acabar unos informes ¿Te importaría si lo dejamos por hoy y hablamos mañana?

—No, claro que no. No te preocupes. Aprovecharé para dormirme antes.

—De veras que lo siento, pero quiero adelantar todo lo que pueda antes de irme.

—No le des más vueltas, no pasa nada.

—Entonces hasta mañana. Dalia, te sigo echando de menos. Esta semana será larga esperando a que llegue el sábado.

—Yo también a ti. Ya me dirás a qué hora llegas para estar a tiempo de recogerte.

—Sí, no te preocupes, te confirmo todo pronto. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, besos.

19

Cerré el ordenador y me quedé pensando en la forma tan cariñosa en la que me trataba Armando. Me sorprendía, pero a la vez me hacía sentir tan querida. Estaba segura de que me habían subido los colores. Me metí bajo las sábanas acurrucándome junto al almohadón. Pensando en él, me sumergí en un dulce sueño (…)

Azahara miraba por la ventana, a través de una enrevesada verja, pensaba que había cosas que no cambiaban. Daba igual en qué tierras se hallaran, las normas siempre eran las mismas. Nunca podía elegir nada. Ella, al igual que el resto de mujeres de la casa, solamente tenían que cumplir con las órdenes de su padre, el Emir.

Él había venido con anterioridad para conquistar nuevas tierras y expandir el islam, siguiendo a su hermano Muhammad. Atrás habían dejado al resto de la familia. Muchos meses después, cuando todo estuvo preparado, emprendieron el viaje hasta llegar a estas nuevas tierras donde se encontraban ahora. En Xarq al-Andalus.

Al contrario que Azahara, Tareq, su hermano, tenía vía libre para entrar y salir a su antojo. Azahara sentía una envidia tremenda de esa libertad de la que él gozaba: podía estar en el patio con los otros hombres, asistía a las reuniones que su padre tenía con los miembros de su ejército, los acompañaba a la fragua para hacer los encargos de sus nuevas espadas y podía visitar a la gente que habitaba aquellas tierras.

El Emir estaba muy contento con el lugar elegido por su hermano para asentarse. Era un buen enclave, se encontraba en un valle cercano al río Narh Al-Abyad, de gran cauce; el Misunis, uno de sus mejores afluentes, pasaba directamente por allí. Contaban con abundantes recursos hídricos procedentes de los muchos cursos fluviales, torrentes y ramblas, lo que les facilitaría mucho el comercio de distintos productos. Estaban rodeados de montañas, por lo tanto, era un buen sitio fronterizo. Y un asentamiento de escasa población, lo que les permitiría seguir avanzando en su conquista hasta Madinat Al-Basit.

No hacían más que estudiar la zona y la tierra para sacar el mayor partido a todo de lo que disponían, que era mucho. Tareq iba siempre con él, participando de todas estas aventuras, y eso que solo era dos años mayor que ella. Pero claro, era varón y, además, el primogénito, por lo que su padre tenía muchos planes para él, para eso era su sucesor.

Azahara sentía una envidia tremenda hacia el tipo de vida que

él podía llevar. Ella solo podía salir acompañada de su séquito. La mayoría eran mujeres, salvo los hombres a los que su padre encargaba que las acompañaran por su seguridad. Eso sucedía en días puntuales, como las pocas salidas al pequeño zoco o la alcaicería en busca de sedas o algún otro capricho.

Para Azahara no era suficiente, no se conformaba con sus escasas excursiones. El resto del tiempo solo podía salir a los jardines, donde se aburría soberanamente. Estos estaban exentos de color, dada la poca variedad de plantas que tenían. Escuchó decir a su padre que iba a remodelarlo totalmente. Habían traído numerosos árboles frutales y plantas aromáticas, pero hasta que todo eso estuviera plantado, aún faltaba tiempo. Eso contando que agarrara bien en la nueva tierra, tan diferente a su Damasco natal. Sentía tanta añoranza de su hogar.

También podía leer algunos de los muchos libros que habían traído con ellos, u observar parapetada detrás de la ventana en la que se hallaba. Pero eso no era suficiente.

Estaba cansada de deambular por su parte de la casa, eso tampoco había cambiado. Las mujeres disponían del ala este, lo que eran las estancias privadas y familiares, ahí podían andar libremente y recibir a sus visitas femeninas. Por supuesto, siempre acompañadas de la inestimable compañía de los eunucos, que parecían su sombra.

Los hombres disponían del ala oeste, tenían totalmente prohibida la entrada a las estancias privadas. Solamente su padre y su hermano podía andar a sus anchas por cualquier parte de la casa que se le antojara.

Se había dispuesto un gran salón cerca de la entrada, como era costumbre, para las visitas masculinas que pudiera recibir el Emir.

Las mujeres disponían de amplias habitaciones, tanto para ellas como para las sirvientas que habían venido, que aquí tampoco eran muchas, pero sí las de más confianza. El resto vendrían con las demás mujeres del harem cuando su padre lo decidiera. Aún construían la parte donde se alojarían, por lo que no parecía que fuera a ser de forma inmediata.

Compartían una sala común, adornada de ricas y coloreadas telas traídas con ellos. Allí también podían recibir a sus visitas femeninas. Por el momento no conocían a nadie, como no viniera su tío Muhammad, acompañado de su primera esposa, no tendrían visitas a las que recibir.

Cansada de observar la vida de los demás, decidió bajar al jardín. Cogió uno de los libros y buscó el banco que había más escondido a la vista. No quería que la molestaran.

Miraba las plantas y las flores, eran tan diferentes a las de la tierra de donde provenían. Recordaba las palmeras cargadas de dátiles

que tenía en su antiguo hogar. Habían traído varias con ellos y esperaba que pronto empezaran a plantarlas. Añoraba cada día el jardín de su casa, donde también había pasado horas sentada o recorriendo los diferentes senderos, que le daban la posibilidad de estar en soledad. Aquel era tan inmenso.

La casa también era más pequeña, pero eso no le importaba tanto, ya que así le permitía enterarse de casi todo lo que pasaba, aunque ella no pudiera participar.

Abrió el libro, pero no podía leer, no se concentraba. Estaba molesta con todo y con todos, era una sensación que, con el paso de los días, se iba acrecentando.

Oyó pasos que se acercaban, no había forma de esconderse, siempre daban con ella. Esta vez, era su madre.

—Azahara, hija, no te encontraba.

—Pues no hay muchos sitios donde buscar, madre.

—Veo que sigues molesta.

—¿Qué esperabas?

—¡Qué te adaptaras!, como los demás.

—Pero a mí nadie me preguntó si quería emprender este viaje.

—Azahara, ¡basta ya! Si tu padre te oyera.

—Sí ya lo sé, me lo has repetido mil veces. Él solo mira por nuestro bien, tiene que cumplir con su cometido…

—Así es, deberías sentirte afortunada por ello. El que hayamos venido nosotras las primeras…

—Mamá, no sigas, me lo has dicho mil veces. Déjame sola, por favor.

—Esa actitud tiene que cambiar. Si llegara a oídos de tu padre…

—Me causaría problemas, lo sé.

—Gracias a Alá que tu abuela aún no está aquí.

—Sí, madre, también se disgustaría.

—Te dejo para que reflexiones sobre lo que te he dicho.

Azahara permaneció callada, mordiéndose la lengua. No quería contravenir a su madre, pero no le gustaba la vida que tenía que llevar. Envidiaba a su hermano, se habría cambiado por él sin pensarlo.

Su padre tampoco pasaba mucho tiempo pendiente de ellas, tenía otras prioridades, así que se podían haber quedado donde estaban. Sería la misma vida, pero al menos tenía más personas con las que hablar.

(…) Unos ruidos me despertaron, me levanté y abrí el balcón, los puestos del mercadillo empezaban a estar montados y una pequeña algarabía se concentraba en la plaza. Claro, era lunes. Me habían avisado el día anterior.

Pero ¿qué hora sería?, me volví a coger el reloj que había dejado encima de la mesilla antes de dormir. Cuando vi que eran las diez no podía creerlo, había dormido sumida en un profundo sueño donde Azahara había sido la protagonista absoluta.

Me senté en la cama, la historia parecía que empezaba a tomar forma, pero no sabía por qué era yo la elegida para descubrirla, no sabía qué tenía que ver conmigo, por qué me la enseñaba a mí. Mi cabeza daba mil vueltas a las mismas preguntas, sin hallar de momento, ninguna respuesta.

De nada me servía seguir pensando allí sentada. Me levanté, me di una larga ducha, me cambié y bajé lista para desayunar.

Los lunes eran días de mercado y me habían dicho que lo típico era tomar churros o fritillas acompañadas de chocolate o de café, al gusto de cada uno. Al llegar abajo, no me encontré a nadie, así que dejé una nota encima de la pequeña barra, que hacía las veces de recepción.

"*He salido a dar una vuelta, desayuno fuera. Volveré a comer sobre las dos.*"

Dejé mi número de teléfono anotado y mi nombre. Encima puse la llave de la habitación.

Desde dentro el bullicio era más tenue, pero nada más salir escuché el montón de voces que se mezclaban, saludos entre vecinos, conversaciones a medio oír. Una maraña de ecos resonaban desde la plaza del Ayuntamiento hasta el final de la calle, que es lo que yo alcanzaba a ver. Seguro que era el día más bullicioso de la semana.

Empecé a caminar viendo los puestos, mostraban una variedad inusitada de mercancías, a cada cual más variada y colorida. Igual encontrabas ropa que comida, que diferentes animales.

Paré a mitad de camino para desayunar, entré en un bar que no había visto aún y cuyo nombre llamó mi atención. Encontré una mesa por casualidad, ya que el resto estaban ocupadas por grupos de amigas, por madres e hijos, por cuadrillas de jubilados, parecía ser el día propicio para desayunar fuera. Me pedí una fritilla con chocolate, no sabía lo que me llenaría, preferí ser precavida.

Una vez acabado, volví para seguir recorriendo el mercado, que continuaba torciendo la calle. Un puesto de telas llamó mi atención. Había muchas piezas, de diversos colores, lisos o con distintos dibujos. Telas típicas de la zona, destinadas a ser trajes regionales manchegos u otros modelos de telas más gruesas que había visto en alguna casa, como cortinones, separando alguna estancia.

Pensé en Azahara recorriendo el zoco, mirando los puestos como yo lo había hecho. Ella tantos siglos atrás. Daba escalofríos solo

pensarlo. Como si hubiera acudido a mi llamada, allí estaba. La veía acompañada de una señora de porte extraordinario, de andares distinguidos, mirada penetrante y una belleza sin igual. Comprendí que debía ser su madre, no me extrañaba que fuera la esposa del Emir. Se veía como una gran señora. Azahara había heredado su hermosura, su mirada serena, de grandes ojos que miraban curiosos cuanto la rodeaban.

Me descubrí acariciando una suave tela de seda, de un verde precioso. El mismo color de la túnica que llevaba Azahara.

20

—¿Se lleva usted la tela?

—¿Perdone? —respondí confusa, volviendo de mis ensoñaciones.

—La tela. Solo queda ese retal que tiene entre manos. Si se lo lleva se lo dejo a buen precio. Le quedará un vestido precioso.

—Sí, me lo quedo —me oí responder. Ciertamente era muy bonita, pensé que había sido una suerte encontrarla.

El señor me tendió la bolsa.

—¡Qué la disfrute! —dijo sonriente.

—Gracias —respondí.

Allí acababa el mercado, pero decidí seguir andando, dando un paseo hasta el final del pueblo.

Esa zona estaba más tranquila, el jaleo desaparecía dando paso a otros tímidos ruidos.

Se oía el canto de unos pajarillos, que estaban posados en la rama de un granado, poblado de frutos medio abiertos. Eso seguramente era obra de esos pequeños inquilinos, que se hallaban tan contentos al estar rodeados de tan abundante comida.

Escuchaba el ruido del agua, me asomé a la barandilla y vi cómo un pequeño riachuelo discurría a los pies del granado. Descubrí una higuera, cuyas gruesas ramas soportaban el peso de los pocos higos que quedaban, un manzano y varios árboles más.

Me incliné por la barandilla del otro lado de la calle, se veía uno de los antiguos lavaderos. Estaban cerrados, pero se podían visitar. En la verja ponía los horarios. Volví a asomarme, me gustaba el ruido que hacía el agua. El riachuelo cruzaba por abajo desde el otro lado y seguía su camino hasta que chocaba con un muro de piedra, este hacía que se bifurcara en dos pequeños ríos. Ambos continuaban, aunque mi vista ya no los pudiera seguir. Estuve mirando un rato más. Escuchar esa música natural era muy relajante.

No sabía el tiempo que había pasado allí sentada cuando decidí seguir con el paseo. Desde que estaba allí me olvidaba del reloj. Si quería saber la hora tenía que mirar el móvil. Entonces recordé que tampoco lo llevaba encima, pero no me importó. Preguntaría la hora a la primera persona con la que me cruzara.

Al lado de los lavaderos estaba el convento, en ese momento también cerrado. Tendría que mirar los horarios para visitar todo lo que me iba quedando pendiente. Hacía mucho tiempo que no había entrado, pero seguía recordando el órgano que tenía. La fachada

estaba más deteriorada por el paso del tiempo. Imaginaba a los frailes carmelitas que vivieron allí tiempo atrás.

Levanté la vista hacía las campanas, nunca me había dado cuenta de que no miraban hacia el frente como solía ser lo normal, sino que estaban en el lateral izquierdo y de lado. Me resultaba curioso.

El color rojizo de sus ladrillos contrastaba con la blancura del muro adyacente. Varios naranjos adornaban las aceras. Daba igual la época que fuera, siempre los recuerdo con frutos.

Seguí andando mientras me preguntaba si esos naranjos serían unas de las variedades que trajeron los árabes en su afán por cultivar aquellas tierras, por introducir nuevos árboles frutales.

Llegué hasta el final del pueblo, a lo que se llamaba coloquialmente los primeros poyos, haciendo referencia a unos muros de metro y medio colocados al borde de la carretera, espaciados a pequeños intervalos. En fiestas aquí venían a esperar a los toros de los encierros, que bajaban por el collado. Lo hacían tranquilos, seguidos de los pastores que venían a caballo y de los mansos que dirigían la manada. Bajaban despacio por las curvas, como si ellos también admiraran el paisaje entre las montañas.

Eché un vistazo abajo, apoyada en la piedra. Veía un montón de huertos colocados en forma de pequeñas terrazas escalonadas, los llamados bancales. Otra innovación traída por los árabes. Habían dejado una huella muy onda aquellos conquistadores tan adelantados a los tiempos.

Distinguía las distintas hortalizas que seguían una línea recta perfecta. El huerto colindante tenía plantadas otras diferentes, lo que hacía parecer a la montaña un alegre mosaico de colores. Vi un vecino que, azadón en mano, removía la tierra. Observé durante largo rato el tedioso trabajo que suponía, dándome cuenta de que, allí, dada la orografía del terreno, no tenían cabida otras máquinas agrícolas más modernas. Era como si no hubiera pasado el tiempo. Lo hacía con mimo, con la sabiduría de quién sabe lo que hace.

El ruido de un pequeño motor me hizo volver la vista hacia la carretera. Era otro vecino que subía por la empinada calzada con su mula mecánica, donde traían lo recolectado en su huerto. Era como un mini tractor, que llamaba la atención a todo aquel que no lo hubiera visto antes.

Aunque no había que olvidar que otros agricultores aun hacían uso de otro medio más rural, si cabe, para subir su cosecha. No era otro que el burro, que subía con sus alforjas cargadas y su amo a cuestas. Su recompensa, una vez que llegaba al pueblo, era beber el agua fresca del Pilar.

—¡Qué hay! —oí a mis espaldas.

—Buenos días —contesté a voces al dueño de la mula mecánica, que finalmente había llegado arriba.

Él siguió su camino lento y ruidoso, montado en su pequeño "tractor". Me gustaba que saludaran, aunque no te conocieran. Los pueblos conservaban las buenas costumbres. En la ciudad ya no pasaba; si te apurabas, ni siquiera saludabas a los vecinos.

Observé una última vez los bancales, antes de emprender mi regreso.

El paisaje no era el mismo, había menos huertos. Empezaba a salir el sol. Había un hombre joven, de pelo castaño, doblado sobre el campo. Recogía en un capazo algunas hortalizas, le tendía la cesta a la mujer, cogía las pocas herramientas utilizadas, le daba la mano y se iban deprisa. Ella se volvió a mirarme, como si supiera que yo estaba allí, observándoles. Entonces me di cuenta de que eran Azahara y Ezequiel. Cerré los ojos un momento y cuando los abrí de nuevo, todo había vuelto a ser como antes. Habían desaparecido.

Di media vuelta pensando en ellos. No sabía porque estaban juntos, qué les unía, pero estaba segura de que ya me lo mostrarían.

Había llegado de nuevo al mercadillo, la algarabía de voces y sonidos me traían de vuelta de mis lejanos pensamientos.

Pasé de nuevo por el puesto de las telas, me fijé que llevaba la bolsa enganchada en mi muñeca, gracias a eso debía seguir conmigo, porque no me había vuelto a acordar de ella. No tenía ni idea de coser, tendría que encontrar a alguien que me hiciera algo con esa tela, que ni siquiera sabía cuándo me pondría. Era una tela fina, delicada, suave al tacto.

Algunos puestos ya comenzaban a recoger, yo casi había llegado a La Posada. Miré el reloj del Ayuntamiento, marcaba las dos en punto, no podía creer que se me hubiera pasado la mañana entera en un recorrido tan pequeño. ¿Cuánto tiempo me había quedado absorta mirando los bancales?

Choqué con alguien sin darme cuenta y me volví para disculparme.

—Perdone

—No es nada. Dalia, no me había dado cuenta que eras tú

—Hola Sacra, no te había visto. ¿Estás de compras?

—He bajado muy tarde, a coger un par de cosas, ya me volvía.

—Yo iba ya a comer.

—¿Has comprado algo? —dijo señalando mi bolsa.

—Sí, es un retal de tela. Lo compré en un impulso porque yo, la verdad, no tengo ni idea de coser. Cuando vuelva a Madrid veré que hago con ella.

—Yo te lo puedo confeccionar, si quieres. Tengo unas cuantas revistas de patrones, igual hay algo que te gusta. Pásate cuando

quieras y miramos.

—¿De veras?

—Claro mujer. No soy modista, pero tengo buena mano con la aguja.

—Pues te tomo la palabra. En esta semana te aviso y me paso una tarde.

—Cuando tú quieras.

—Muchas gracias. Tengo pensado visitar los lavaderos de allí, aprovecho y llevo la tela.

—Perfecto, ahora están cerrados, pero hay una vecina que tiene la llave, se la pedimos y te acompaño.

—Entonces, quedamos en eso. Muchas gracias.

—No hay de qué.

Entré en La Posada y ocupé mi mesa. No tenía ninguna prisa, esperaría a que saliera alguien de la cocina y advirtiera mi presencia.

—Hola, Dalia —me saludó una de las empleadas.

—Hola —respondí.

—Enseguida te tomo nota de lo que quieres comer.

—Tranquila, no tengo prisa. Voy a lavarme las manos un momento y vuelvo.

A mi vuelta, vi a Maruja.

—¿Qué tal la mañana?

—Bien, se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta.

—Hoy está muy animado todo. ¿Quieres comer algo en concreto?

—No, ¿qué habéis hecho para hoy?

—Chuletas con patatas al montón y una buena ensalada.

—Pues eso es perfecto. Se me hace la boca agua. ¿Me traes una Coca-Cola mientras?

—Enseguida.

Al momento tenía la bebida, acompañada de unas aceitunas “rajás” de los olivos del terreno. Seguidamente llegó un plato humeante, que nuevamente evidenciaba mi hambre. Cuando acabé lo acompañé de un té y la consabida hojuela.

Tras eso, subí a tumbarme un rato, mi cuerpo se acostumbraba rápido a la buena vida.

21

Azahara veía pasar los días con la misma monotonía que venía arrastrando desde que estaban allí. Le parecía que todos transcurrían de la misma manera. Había leído y releído todos libros que tenía. El Emir le había prometido más libros de la biblioteca que tenía su hermano Muhammad. Esperaba con ansia la llegada de las nuevas lecturas.

Su padre siempre cumplía lo que prometía. De hecho, el jardín ya tenía todas las plantas nuevas, un gran número de árboles frutales delimitaban los caminos y, en la zona central, habían construido una pequeña alberca que albergaba varios nenúfares. Le parecía curiosa esa nueva planta que no necesitaba ser plantada en tierra, sino que sobrevivía encima del agua. Rodeando la alberca había varios bancos, allí solían reunirse las mujeres de la casa, sin tener que preocuparse de ser vistas por nadie ajeno a la familia. Ese remanso de paz estaba destinado solamente para ellas.

En los laterales había distintas fuentes con pequeñas cascadas que emitían un ruido tranquilizador. Azahara siempre buscaba refugio cerca de una, para estar un tiempo en soledad. Le agobiaba estar todo el día acompañada. Argumentando que quería leer, tranquila se alejaba del resto.

Seguía envidiando la vida que llevaba su hermano. Cuando volvía, durante los almuerzos en familia, buscaba sentarse a su lado para que él le contara dónde había estado y qué había hecho.

—Azahara, no seas pesada con tanta pregunta. Eso es cosa de hombres —repetía él cansado.

—Por favor, Tareq, aquí me aburro mucho. Me gusta escuchar tus aventuras.

—Está bien, pero como se entere padre…

—Yo no diré nada, de verdad.

Así seguían entre cuchicheos el resto de la comida. A su madre no le pasaba desapercibido, pero no decía nada para que el Emir no se diera cuenta. Uno de los días, su madre la llamó después de la comida.

—Azahara ven, quiero hablar contigo antes de la llamada a la oración.

—Dime, madre, ¿qué pasa esta vez?

—Azahara, no seas irrespetuosa y escúchame atentamente. ¿Qué es lo que hablabas con tu hermano durante toda la comida?

—Nada, madre, solo me contaba lo que había hecho por la mañana.

—Sabes que eso no te incumbe.

—Madre, me aburro. Solo quiero que me cuente cosas de este nuevo sitio, cómo es la gente, qué hacen… Nosotros prácticamente no salimos fuera de estas paredes.

—Eres una ingrata, hija. Si tu padre te oyera.

Azahara calló, para no soliviantar más a su madre, estaba harta de escuchar siempre la misma frase. Solo pensaba la forma de poder salir pasando desapercibida. Igual podía convencer a su hermano para acompañarle en alguna tarea de las que tenía asignadas. Seguía pensando en ello, cuando la sorprendió la voz del almuhedano, convocándoles al adhan.

Siguió a su madre a la sala donde se llevaba a cabo el rezo. Aún no habían terminado la construcción de la mezquita, su padre la había mandado levantar al lado de la pequeña iglesia de la que disponían los cristianos. Así, ambos templos destinados a la oración, estarían cercanos. En el futuro, cuando practicaran la misma religión, podrían ampliar la mezquita derribando la iglesia.

Ahora todos estaban en una misma sala, separada casi totalmente por una pared mediadora, para que hombres y mujeres no compartieran el mismo espacio, pero si pudieran oír al encargado de dirigir el rezo.

Una vez acabaron, Azahara se dirigió a sus habitaciones. Le gustaba disfrutar de su tiempo en soledad. Allí tenía una pequeña ventana enrejada, desde la que podía mirar sin ser vista.

No había pasado mucho tiempo, cuando sintió unos golpes en la puerta.

—Adelante —ya imaginaba que sería Amina, con algún recado de su progenitora.

—Su madre me manda preguntarle ¿qué día prefiere para los baños?

—Pues no sé, me da igual. Que lo elija ella.

—Está bien, se lo comunicaré.

Amina se fue cerrando la puerta de nuevo, dejándola con sus pensamientos.

Los baños eran otro de los lugares de reunión de las mujeres de la casa. En su tierra había baños públicos. Aquí no existían, por lo tanto, su padre había mandado hacer unos baños privados en la planta inferior que, por fin, estaban terminados. Alternarían los días con los hombres, como ocurría en Damasco.

De nuevo, unos golpes en su puerta la sobresaltaron, esta vez pasaron sin esperar a que ella diera permiso. Se dio media vuelta y encontró a su madre mirándola.

—Madre, ¿ahora qué pasa?

—He venido personalmente para decirte que mañana

estrenaremos los baños. Estoy cansada de tener que asearme de cualquier manera en la habitación.

—Bien, madre, como tú digas.

—Te dejo entonces. Estaremos en el patio, por si quieres acompañarnos.

Ella no contestó nada, no quería compañía, quería pensar cómo podría llevar a cabo sus planes sin ser descubierta.

El resto de la tarde nadie la molestó. Se vieron de nuevo en la cena, donde su madre le recordó que a la mañana siguiente la esperaba a la entrada para ir a asearse.

Allí apareció puntualmente. Quería tenerla contenta, para que no la siguiera a todas partes, parecía que intuía los planes que poblaban su cabeza.

—Buenos días, madre —saludó Azahara afable nada más verla.

—No he querido entrar sin ti. Esperaba para hacerlo juntas y ver cómo han quedado.

—Está bien, entremos entonces.

—Adelante.

Pasaron al Hammam, primero por Al-bayt al masiaj. Estaba ricamente decorada, unas amplias columnas les daban la bienvenida, cubiertas de mosaicos hasta la mitad, el resto lo completaban unos extraordinarios dibujos. A cada lado, un ánfora de las que emanaban unos deliciosos perfumes. Allí depositaron sus ropas y se cubrieron con una sábana.

Después venía Al-bayt al-wastaní, la sala templada, ya que estaban prácticamente desnudas.

Tras esta, se encontraba Al-bayt al-sajún, esta disponía de un hipocausto subterráneo para calentar las pilas para el agua, además de la estancia. Por fin llegaron a la zona del baño, iluminada con velas, de forma muy tenue. Toda ella decorada con más mosaicos, representando intricados dibujos. Las sirvientas las ayudaron a bajar las escaleras, desprendiéndose de la sábana que las cubría. El agua estaba caliente, se sentaron y se dejaron lavar con jabones de ricos aromas.

Uno de los eunucos tocaba una melodía en uno de los rincones de la sala, fuera de su vista, lo que hacía que la música llegara suavemente. Estaban totalmente relajadas, en silencio, solo acompañadas de la sinfonía y el ruido tranquilizador del agua, que no dejaba de manar.

Una vez acabaron, pasaron a que las dieran unos suaves masajes con los aceites perfumados que hidrataban su piel.

Se escuchaba el susurro de voces del resto de mujeres que habían ido bajando a los baños.

Era uno de los pocos placeres que Azahara tenía que admitir

que le encantaban. En ese tiempo se dejaba mimar y se relajaba sin pensar en nada. Solía ser un día a la semana, el que destinaban a tan placentero menester.

Al terminar subieron a sus habitaciones a cambiarse para bajar a comer, su padre y su hermano las estarían esperando.

Los encontró hablando de trabajo, como era habitual en ellos. Azahara entró sigilosa prestando atención a todo lo que decían.

—Tareq, mañana quiero que pases por la alcazaba y acompañes a Omar a la fragua. El herrero tiene que afilar las espadas y algunas herramientas.

—Bien, padre, como usted diga.

—Hola, hija —saludó el Emir— ¿qué te han parecido los baños nuevos?

—Hola, padre, son muy bonitos, gracias.

—Me alegro de que te gusten.

—Hola a todos, siento el retraso —saludó la madre, entrando apresurada.

—No te preocupes querida, le preguntaba a Azahara por los baños nuevos.

—Son una delicia. Han quedado preciosos —contestó.

Azahara se había sentado al lado de su hermano, quería saber a qué hora iría a la fragua.

Su madre no les quitaba ojo. Tenía que ser más discreta o se daría cuenta de que lo que preguntaba era con algún fin. Pero a este paso se quedaría sin saberlo. Así que optó por la opción más arriesgada.

—Padre —interrumpió la conversación que estaba teniendo lugar— antes les oí comentar que irían mañana a la fragua.

—Así es hija. Irá tu hermano.

—¿Podría acompañarle alguna vez?

—Azahara, pero ¿qué estás diciendo? Ese no es sitio para una mujer —saltó la madre.

El Emir se quedó pensando, sabía que su hija se sentía sola y se aburría. Su mujer pondría el grito en el cielo si le dejaba acompañarle.

—Tu madre tiene razón, pero déjame que lo piense.

22

Nada más despertarme de la pequeña siesta, decidí que podía ir hasta el otro mirador que me había quedado pendiente de visitar.

Tenía varias llamadas que hacer, una a mis padres, otra a las chicas, con las que no había hablado desde que estaba aquí, y otra a Armando. Pero como él no habría terminado de trabajar todavía, pospondría las tres para mi vuelta del paseo.

Me calcé las zapatillas más cómodas que había traído y bajé resuelta. No me encontré con nadie, estaba todo tranquilo y solitario.

Salí de La Posada y fui caminando de nuevo por la zona del barrio morisco. Me seguía sorprendiendo el curioso entramado de calles, todas tan estrechas, formando un pequeño laberinto. Llegué hasta el mirador, me asomé a través de sus rejas, sabiendo que estaba suspendida en el aire. Corría una ligera brisa que movía las ramas de los olivos. Seguramente uno podría estar mirando el paisaje indefinidamente, las montañas, los bancales excavados en la dura tierra. Desde allí se veían parte de las casas que prácticamente quedaban colgadas contemplando el vacío a sus pies. Tenía que ser increíble tener estas vistas todos los días.

Tras estar allí más tiempo del que a mí me parecía, regresé por otro lado diferente al que había llegado. Cogí la calle que estaba a mi izquierda, subí su empinada cuesta y llegué a la plaza del Conde. Una pequeña plaza habitada por varias casas señoriales, donde unos carteles que estaban en sus puertas indicaban qué escenas de la película “Amanece que no es poco” se habían rodado. Encima de sus amplios portones, se distinguían los escudos de las familias a las que pertenecían. Me apoyé en la fuente mientras observaba las fachadas, el ruido del agua proveniente de sus cinco caños ponía la música. Me volví a contemplar aquellos chorros que subían con fuerza y caía de nuevo.

Al volver la vista de nuevo hacía las casas, estas no estaban. En su lugar había hileras de agujeros excavados en el suelo, cada uno contenía líquido de diferente color. Varios hombres sumergían madejas de lanas, las sacaban y las volvían a meter. Otros escurrían las madejas, ayudándose de varios palos que les permitían retorcerlas con mayor fuerza. Al lado de cada agujero, se veían unos cuencos que contenían polvos o una especie de pasta de los mismos tonos. Un caldero hervía encima de grandes troncos en llamas. Continuamente emanaba un vapor que ascendía en forma de nubes. Las manos de los hombres que estaban allí, se teñían de los colores que manejaban.

¡Eran tintoreros!

Parpadeé incrédula ante semejante espectáculo y como en ocasiones anteriores, todo volvió a la realidad. Estas visiones de aquel tiempo pasado me seguían sorprendiendo, a veces pensaba que me estaba volviendo loca. Los chorros de agua habían parado. De nuevo caminé hacia La Posada, observando cualquier detalle que estuviera al alcance de mi vista. Supongo que Azahara me seguía mostrando su mundo. Lo hacía de la misma forma que uno va encajando las piezas de un puzle, que hasta que no está acabado, no ves realmente la belleza de la imagen que te muestra. Por lo tanto, ya no me haría más preguntas, esperaría a que las partes que iba viendo formaran la historia.

Al llegar subí directamente a la habitación. No me crucé con nadie, parece que todo estaba muy tranquilo. Debería mirar alguna casa si me iba a quedar más tiempo, pero aquí estaba encantada, me trataban estupendamente. Deseché la idea de la cabeza por el momento y me puse con las llamadas, que al final se me olvidarían de nuevo.

Llamé primero a mi madre, le conté cómo iban las cosas por el pueblo. Ella me contó de mi padre y de los chicos, de las cosas de siempre. Yo evité hablarle de estos trozos de historia que me estaba encontrando. Pensaría que estaba majareta, si no lo había pensado ya. Me reí solo de imaginarlo, esperaría un poco más. Cuando nos despedimos dijo:

—Hija, me alegro mucho de que hayas hecho ese viaje. Te noto muy contenta.

—Sí, mamá, lo estoy.

—Cuídate, da muchos recuerdos.

—Claro, mamá —respondí— ya os llamo otro día. Besos a todos.

No me entretuve mucho. Seguro que las chicas me robarían más tiempo. Puse el reloj cerca, para que no me liaran, que después quería hablar con Armando.

Íbamos a hacer una videollamada, me habían dicho que estarían en el bar de Suso, que también quería saber de mí.

Mientras llamaba, busqué en el teléfono las fotos que había quedado en mandarles. De pronto, asomaron las tres caras sonrientes en la pantalla.

—Hola a los tres, ¿cómo estáis? —saludé.

—Muy bien —contestó Sonia.

—Rapaciña, tienes buena cara —respondió Suso.

—Ay, niña, cuéntanos ¿cómo va todo? —preguntó Luisa.

—Estoy muy bien, volviendo por todos los lugares que recordaba de niña.

—¿No te aburres tú sola? —dijo Sonia.

—Pues de momento no he tenido tiempo, de hecho, aún no he visitado todo lo que tenía pensado.

Les hablé de todos los sitios y de lo bien que me encontraba en La Posada. Decidí contarles lo que me estaba pasando, la historia de la foto que había visto de mi abuela con el collar en casa de Sacra…

Los tres me escuchaban atentos, sin interrumpir, veía las caras que iban poniendo. El primero en hablar fue Suso.

—Como dicen en mi tierra, eso es cosa de meigas, que haberlas, haylas.

—¡Qué cosas tienes! —dijo Sonia alzando la voz.

—Mi niña, ¿no te da miedo estar allí tú sola?

—Claro que no, Luisa —respondí—. Al principio no sabía lo que veía, pensaba que lo soñaba. Ahora creo que soy la escogida para conocer esa historia, aunque no se aún qué tiene que ver conmigo, suponiendo que tenga algo que ver.

—¿Has preguntado a tus padres sobre ese collar?

—No, no les he dicho nada, de momento voy a esperar. Mi madre es capaz de presentarse aquí pensando que se me ha ido la cabeza.

Los tres se echaron a reír.

—¿A Armando tampoco le has contado nada, niña? —preguntó Luisa.

—Tampoco, pero se lo voy a contar. Viene el sábado.

—¿Cómo? —soltó Luisa.

—¿Este sábado que viene? —preguntó Sonia atónita.

—Ese muchacho va en serio. Te lo dice Suso.

Los tres empezaron a hablar a la vez.

—Chicos, no entiendo nada de lo que decís.

Hablaban entre los tres, como si yo no estuviera. Sonia decía que ya sabía ella que esto iba a pasar.

Luisa respondía que ya no quedaban hombres así, que eso era una declaración en toda regla.

A Suso ni le entendía, con los tres hablando atropelladamente.

—Chicos, chicos, no me entero de nada. Todos a la vez es un guirigay.

Nada, no había manera. Parecían niños pequeños.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué os pasa? —dije en voz más alta acallándolos.

Me miraron en silencio.

—Verás —dijo Sonia—, antes de hablar contigo, yo decía que sería Armando quien primero fuera a verte. Luisa decía que aún era pronto y Suso que, si se presentaba allí, era porque esto iba por buen camino.

—Empiezo a pensar que estáis peor que yo. ¿En serio Armando y yo somos vuestro tema de conversación? No me lo puedo creer, menudos amigos.

—Mi niña, no te vayas a enfadar. Nosotros solo queremos que ahora te salga bien —explicó Luisa.

—Yo no le conozco, pero por lo que me han contado estas dos —dijo Suso señalándolas— veo futuro.

Sonia solo miraba la pantalla con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Seréis… conspirando a mis espaldas… ¡Cotillas! —grité con cara de pocos amigos.

—Rapaciña, dinos que no te molesta.

—No, Suso, no me molesta, pero se acabaron las elucubraciones sobre mi vida o no os cuento nada más.

—Ay, niña, eso sí que no. Queremos saber de ti y de tu Romeo. Este por lo menos parece más cálido que tu ex.

—Imposible, con vosotros no hay quien pueda. En fin, os mando las fotos que os prometí, el próximo día os cuento sobre ellas. Hoy ya os dejo, que quedé en hablar con Armando y al final se me pasa la hora.

—Hemos hablado muy poco —se quejó Sonia— ¿cuándo nos conectamos de nuevo?

—Pues no sé, el viernes si os va bien sobre esta hora.

—Bien, sí. Nos reunimos aquí los tres de nuevo.

—Te mandamos mil besos. ¡Cuídate mucho! ¡Te queremos!

De nuevo hablaban los tres a la vez, no tenían remedio, pero sabía que se preocupaban por mí. Era cierto que el tiempo se había pasado volando y casi no habíamos hablado de nada. Me sorprendía que hubieran prestado más atención al tema de Armando que a la historia que estaba descubriendo.

—Yo también os quiero. Besos a los tres.

Finalmente colgué. Antes de llamar a Armando, que ya vi que me había retrasado un poco, entré un momento al baño. Así después no tendría interrupciones. Ya de paso, me peiné un poco, me di un discreto brillo de labios y estiré la camiseta. Estaba hecha un gurruño de estar apoyada en la cama de cualquier manera. No sabía si cambiármela, pero después me di cuenta de que tampoco se vería tanto.

Marqué el número de Armando y esperé con la mejor de las sonrisas.

Se cortó la comunicación. Lo intenté de nuevo y tras un rato, se volvió a cortar.

Comprobé nerviosa la conexión, el wifi, pero todo estaba bien, funcionaba correctamente. Lo intenté de nuevo, esta vez colgaron.

Ya no probé más, estaría ocupado, le habría surgido un imprevisto. Cerré el ordenador mientras pensaba en todas las posibilidades. Me negaba a hacer caso a mi voz interior que me susurraba, puede estar ocupado con otra, ¿y si se ha cansado de ti?

Decidí ignorarla, me cambié y me acosté. Aún era pronto, pero de repente se me habían quitado las ganas de cenar. Mis inseguridades hacían acto de presencia a la menor oportunidad. Mandé un mensaje a Maruja diciéndole que no me preparara nada. Dejé el teléfono en silencio encima de la mesilla. Me quedé dormida enseguida, por lo que no oí la entrada de varios WhatsApps de forma insistente.

23

Azahara recorría nerviosa la habitación una y otra vez, su padre no le había dicho nada, ni había mandado a nadie para avisarla. No sabía exactamente a qué hora debían ir a la fragua, pero empezaba a pensar que solo le había dicho que lo consideraría para que ella no insistiera.

No quería preguntar a su madre porque ya sabía que ésta no estaba a favor de que su hija los acompañara. Pero no sabía qué hacer.

Llevaba lista desde la siete de la mañana para que no le tuvieran que esperar, pero nadie había venido.

Ya no aguantaba más, bajó al comedor en busca de quien fuera que le pudiera informar. Se encontró con Amina y la llamó.

—¿Has visto a mi madre?

—No, hace rato que no.

—¿Y a Tareq, o a mi padre?

—El Emir salió temprano, su hermano también se fue un rato después.

—¿Sabes dónde?

—Claro que no, eso no es asunto mío. Cómo cree que…

—Ya, ya, voy a buscar a mi madre —respondió airadamente dejándola con la palabra en la boca.

Subió a su habitación, la buscó en los baños, salió al jardín, pero ni rastro de ella, ni de nadie. Cada vez estaba más convencida, no podría acompañar a su hermano.

Su enfado iba en aumento. Se preguntaba cómo podía ser tan tonta, se había creído que iría con ellos. Estaba segura de que su madre andaría detrás de todo. Aunque su padre hubiera accedido, ella lo habría disuadido.

Ahora ya no sabía qué hacer, no lograba tranquilizarse. Decidió volver abajo y dar otra vuelta a ver si encontraba a alguno de los tres.

Justo cuando llegaba, vio salir a su hermano y salió corriendo tras él.

—Tareq, espera —gritó desesperada.

Este se giró asustado para ver qué pasaba.

—Azahara, ¿qué pasa? ¿Por qué chillas?

—Por nada, te buscaba.

—¿A mí?

—Si ¿ya has ido a la fragua?

—No, salía ahora.

—Pero no me has avisado.

—Tú no puedes venir.

—Papá me dijo anoche que se lo pensaría, pero…

—Entonces no puedes venir.

—¿Por qué?

—No te han dado el permiso.

—Pero no encuentro a padre, ni a madre tampoco. Aunque su respuesta ya sé cuál sería.

—El Emir salió muy temprano a la alcaicería, quería hablar con los tintoreros. Ya han llegado los gusanos de seda y tienen que tener mucho cuidado con ellos, no quiere que haya problemas con la producción. Aquí nadie sabe cómo deben cuidarlos. Están esperando que lleguen más en los próximos días.

—Entonces ¿cuándo va a volver?

—No lo sé. Azahara, me tengo que ir.

—Deja que te acompañe, por favor.

—No puede ser, sin su permiso, no.

Azahara se dio la vuelta enfurruñada, sin mediar palabra. Buscó de nuevo a su madre por toda la casa, pero no hubo manera de encontrarla.

Pues ella decidiría qué hacer. Subió a su habitación desolada, cuando de pronto se le ocurrió una idea. Debía apresurarse si no quería perderlos de vista. Pasó primero por la habitación de su hermano, cogió lo que necesitaba y volvió corriendo a la suya. Cuando tuvo todo dispuesto, bajó de nuevo y salió a la calle.

No quería pensar en el lío en que se estaba metiendo, pero estaba decidida a salirse con la suya, lo seguiría.

Al principio, iba muy nerviosa, procurando no llamar la atención. Intentaba no perderlos de vista, porque entonces no sabría llegar sola a la fragua, pero tampoco quería que la vieran.

Se dio cuenta de que nadie reparaba en ella y se fue tranquilizando. La ropa de su hermano le estaba un poco grande, pero lo había arreglado anudándola con un lazo del pelo.

Miraba todo con curiosidad, no ser el centro de las miradas lo hacía más fácil. De pronto se dio cuenta de que había perdido a su hermano, ¿por dónde había ido? Andaba deprisa, diciéndose a sí misma lo estúpida que podía ser. De pronto lo vio, se había parado al lado de una casa amplia, unas portadas estaban abiertas de par en par. De la chimenea del tejado salía un humo espeso. Desde allí podía ver el reflejo de un enorme fuego en tonos azules y anaranjados. En la pared de la casa estaban apilados innumerables troncos de madera para alimentar ese gran horno. Se oía un repicar de golpes acompasados. Salían desde dentro, pero no podía ver quiénes los daban.

Se fue acercando poco a poco, no quería ser vista, pero desde

allí no podía paliar su curiosidad. Veía como su hermano hablaba con un hombre grande y rudo, notó que los golpes habían cesado. Siguió acercándose, pero esta vez por un lateral, no le quedaba otro remedio si quería observar sin ser vista. Fue dando la vuelta hacía la parte de atrás, encontró más troncos apilados debajo de unas lonas que hacían de tejado improvisado. Se dio cuenta de que había un ventanuco por donde se podía asomar, pero no llegaba. Miró al suelo tratando de encontrar algo con lo que izarse. Si lograra poner dos troncos iguales, podría mirar el interior. Debía darse prisa, para volver de nuevo detrás de su hermano.

Se afanó en colocar los troncos, no sin gran esfuerzo, pesaban más de lo que ella suponía. Miró dentro, al principio sin asomarse en exceso. Tareq, ahora lo veía de cara, seguía hablando con ese hombre. Otro más joven, golpeaba una espada encima de un yunque. De repente paró, Azahara se agachó para que no la vieran cuando este se volvió hacia ella. Menos mal que no había notado su presencia. Tiraba con fuerza de una gran cadena, esta movía un inmenso fuelle que avivaba las llamas de ese gran horno.

Su hermano ya se estaba despidiendo, sería mejor que bajara para poder seguirlo de nuevo. Al hacerlo se le enganchó la ropa en la madera y se hizo un corte con una afilada astilla. Se puso la mano en la boca para ahogar el grito que pugnaba por salir. Observó el hilo de sangre que bajaba por su pierna, iba mojando la ropa y Azahara no sabía qué hacer. No se podía entretener o su hermano se iría y no sabría volver. Iba a dar la vuelta cuando una voz la sorprendió.

—¿Quién anda ahí?

Se giró y se dio de bruces con el fornido muchacho que había visto moviendo el fuelle.

—Contesta, muchacho, ¿no estarás robándonos la madera?

Azahara movía negativamente la cabeza. Si hablaba se delataría.

—Estás sangrando. Déjame ver que te has hecho.

—No es nada —contestó azorada.

—¿Eres una chica? —preguntó confuso.

—No, bueno, sí.

Ella lo observó, unos ojos oscuros le miraban sin pestañear, el pelo era negro igual que el peto delantero y las muñequeras de cuero que lucía en ambos brazos.

—Voy a avisar a mi padre.

—No lo hagas, por favor.

—Dime, entonces, te escucho. No te he visto antes por el pueblo.

—Soy Azahara, la hija del Emir.

—Si fueras la hija de quien dices ser, no llevarías semejante

pinta.

—Venía detrás de mi hermano, ahora se ha ido y no recuerdo bien cómo volver. Por favor, ayúdame.

—Déjame que hable con mi padre, yo te acompañaré de nuevo.

Azahara se quedó sola. Pensaba en los ojos de aquel chico, eran tan negros como el carbón. Tenía la barba espesa, pero parecía suave y unos brazos fornidos a fuerza del trabajo de herrero.

—Ya estoy de vuelta. Mi madre no está en este momento, por lo tanto, yo miraré la herida, pero esto ha de quedar entre nosotros. No quiero pensar lo que me haría tu padre si se enterara. Súbete un poco la ropa, déjame que vea el corte que te has hecho.

—¿Cómo te atreves?

—No seas tonta, solo lo voy a limpiar la herida y te anudaré un pañuelo.

Azahara sonrojada se subió lo justo la pata del pantalón. No quiso quejarse, aunque le dolía horrores mientras se lo curaba. Le anudó el pañuelo con fuerza y tendiéndole la mano, le ayudó a levantarse.

—Vamos, antes de que sea más tarde.

—De veras te lo agradezco, mis padres estarán preocupados.

—No es nada.

Azahara lo siguió. En la puerta estaba el herrero que miraba extrañado sin comprender qué hacía aquella muchacha allí. Esperaba que no les trajera problemas.

—Espérame muchacho, vas muy rápido —dijo Azahara.

—Hay que darse prisa, no quiero líos. Por cierto, me llamo Ezequiel.

24

El vibrar del teléfono me hizo abrir los ojos. Estaba cansada, tenía la sensación de haberlos cerrado un momento. Cogí el móvil, quitaría los datos. Miré la hora y me levanté de un salto. Volví la vista y el reloj de la mesilla marcaba la misma hora, pero ¿cómo era posible? …

Eran las once de la mañana, no podía ser, no podía haber pasado tanto tiempo. Últimamente parecía que me pasaba el día durmiendo.

Me senté un momento, la luz del sol entraba por el balcón. Fui a la ducha, me cambié y bajé a desayunar.

—Buenos días, hoy se te han pegado las sábanas.

—Es cierto, no creía que fuera tan tarde. Buenos días.

—No tengas prisa, así descansas, que para eso son las vacaciones.

—Eso es cierto, pero quería haber ido hasta Albacete, a un estudio fotográfico a consultar si me podría hacer una copia de una foto antigua.

—Pero para eso no hace falta que vayas hasta allí. Aquí al lado, en Hellín, hay un estudio que dicen que es bastante bueno. Puedes preguntar.

—Genial, eso está más cerca y no pierdo demasiado tiempo, no sé si me podrán hacer lo que quiero. Después de desayunar voy.

Pedí un café con leche y una tostada, no quería entretenerme mucho. Recordé que seguía teniendo el teléfono silenciado. Lo saqué del bolsillo mientras mordía el último trozo del pan.

Sorprendida vi que tenía varios WhatsApp de Armando, eran de la noche anterior, poco después de que yo intentara hablar con él. Los leí con atención.

Lo siento mucho, estaba reunido. No he podido coger el teléfono.

¿Sería cierto? Mi voz interior volvía a sembrar dudas. Y yo pensaba ¿por qué no habría de serlo? … Leí el segundo:

Dalia, supongo que ya estás dormida. Lo siento mucho. ¿Hablamos mañana por la noche? Te quiero.

Releí de nuevo ¿había puesto te quiero? No sabía qué hacer, ¿contestaba algo o me quedaba callada? Ya lo pensaría, ahora tenía cosas que hacer. Sería él quién tendría que esperar.

Terminé, me despedí y salí hacia el coche con la dirección que me habían dicho puesta en la aplicación del móvil. El GPS tardaría un poco en coger señal, pero no había otro camino, no me podía perder.

Llegué directa, sin problemas. Estaba orgullosa de mí, de mis pequeños logros.

La tienda estaba vacía, no sabía si eso era buena señal o no, pero decidí darle una oportunidad, si me lo habían recomendado... Salió un chico joven, con barba y unas gafas de pasta.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte?

—Hola, quería saber si me podrías hacer una copia de una foto antigua, está un poco deteriorada.

—Seguramente se podrá, tendría que verlo.

—Le hice una foto con mi móvil, pero supongo que de ahí poco podrás sacar.

—Enséñamela. Si es una imagen de calidad, limpiándola bien te puedo sorprender con el resultado.

Se la mostré y me pidió que le acompañara al interior con el teléfono. Conectó un cable y envió la foto a su ordenador. Fue pasando una serie de filtros y con ayuda del ratón marcaba los trozos que había de retocar. Me parecía que estaba quedando bastante bien.

—¿Tienes algo que hacer por aquí? Te lo digo porque si me das una hora, lo puedo tener listo.

—¿Tan pronto? Es genial —respondí entusiasmada— te dejo y vuelvo luego.

—Perfecto. No te olvides el móvil.

—No, no. Vuelvo en una hora.

—Estupendo.

No tenía nada que hacer, pero tampoco me importaba dar una vuelta si luego me podía llevar una copia de la foto. Anduve por las inmediaciones y llegué a la Rosaleda, donde me habían dicho que ponían los miércoles el mercado. Me senté en una de las cafeterías de la acera de enfrente y observé el discurrir de la gente. Pasada la hora volví al estudio de fotografía.

—Hola de nuevo.

—Hola, ya tengo tu foto. He de decirte que sale una sombra que no puedo quitar. No sé si se debe a que la foto original tiene alguna mancha o haya una mayor pérdida del color por el paso del tiempo.

—Pues no lo sé. Creo que no tenía ninguna mancha, pero ya no te lo puedo asegurar.

—Si quieres hoy te llevas una copia o varias de la que te he sacado. Otro día puedes venir con la original. Si es por culpa de alguna mancha, con una solución de agua y alcohol, podría intentar limpiarla si no está muy dañada y ver cómo queda. Voy a por ella y la

ves.

En un momento la tenía frente a mí, me sorprendió la calidad que tenía pese a haberla fotografiado con mi móvil y tener tantos años. Miré fijamente la sombra a la que se refería, parecía un perfil femenino situado al lado de mi abuela. Empecé a pensar que no se trataba de ninguna mancha. Estuve mirándola más de cerca, me llegó a parecer que incluso señalaba el collar que mi abuela llevaba puesto. No me podía creer lo que estaba viendo. Me daba cuenta de que solo yo tenía constancia de ello. A estas alturas, ya no me extrañaba nada, puesto que era a mí a quién Azahara le estaba descubriendo la historia.

—¿Qué te parece? ¿No te gusta cómo ha quedado?

—Sí, sí. No creía que se fuera a ver tan clara. Me parece increíble lo nítida que está.

—Me alegro de que te guste el resultado. ¿Te llevas la copia entonces?

—Claro, claro, si es posible querría dos más.

—Sí, sin problema. Espera un momento.

Mientras fue a por las dos copias seguí observando la foto, estaba convencida de que no me equivocaba en lo que veía. Aunque parece ser que solo yo sabía a qué se debía la supuesta mancha.

—Aquí las tienes. Es una suerte que tengas un móvil que haga unas fotos tan buenas. Ha sido un trabajo relativamente sencillo. Estoy acostumbrado a tratar con fotos antiguas y algunas ya casi no tienen arreglo aun empleándome a fondo.

—La suerte ha sido que me recomendaran tu estudio.

—Muchas gracias, ha sido un placer poder ayudarte. Si necesitas alguna otra cosa o quieres venir con la original, ya sabes dónde me tienes.

—Muchísimas gracias, de verdad. No sabes lo que supone para mi familia esta foto —comenté mientras le pagaba.

Me despedí y salí tan contenta. Había sido una mañana muy bien empleada.

De vuelta en el coche, emprendí el regreso a Liétor. Por el camino fui dándole vueltas de nuevo a la sombra que se veía.

Aparqué y fui caminando hasta La Posada, comería, descansaría un rato, e iría a casa de Sacra. Le llevaría una copia de la foto, otra me la iba a quedar yo y la tercera la guardaba para mis padres. Recordé que tenía que llevar la tela, a ver qué me podía confeccionar con ella.

Nada más entrar, vi a un grupo de gente que ocupaba prácticamente todo el comedor. Me senté en mi mesa, no tenía prisa. Mientras me traían la comida, habían hecho arroz con caracoles serranos y guíscanos del terreno, me comentaron que era un grupo que había venido a hacer una ruta de senderismo.

Yo odiaba los caracoles, me daban un asco tremendo, pero no me atreví a decirlo. Le pedí que me echara solo arroz, que no tenía mucha hambre. Y fui apartando los "tropezones" como cuando era niña. Tenía un sabor delicioso, como todo lo que hasta el momento había comido allí, pero no quería ni pensar en esos bichos, por eso lo comí un poco a disgusto. Los níscalos, o guíscanos como los llamaban en el pueblo, estaban muy ricos. Me resarcí con el postre, ese no cambiaba, ni me cansaba. Hacía tanto que no las había comido, que ahora hasta que no me hartara no iba a parar de comer hojuelas con miel.

Comía, observando el trasiego de platos. Era un ir y venir, había tanta gente. Se oía el bullicio, que llegaba a mi rinconcito algo más amortiguado.

Acabé y subí a la habitación, me tumbé un rato y estuve leyendo hasta las cinco. Después cogí las fotos, la tela y fui a la antigua casa de mis abuelos.

La puerta estaba entreabierta, parece que las costumbres no se habían perdido, sin atreverme a entrar.

—Pasa —escuché.

—Hola, soy Dalia — contesté sin alzar mucho la voz.

—Estoy en la cocina haciendo café. Tú preferías té, ¿verdad?

—Si tienes, sí. Muchas gracias.

Mientras disfrutábamos de unas deliciosas galletas, le di la foto. Estaba igual de asombrada que yo de lo bien que había quedado, incluso tenía más claridad. Ella también se dio cuenta de la sombra, no la identificó con nada ni nadie, lo achacó a la antigüedad de la foto.

Al acabar el café, la guardó primorosamente y sacó las revistas de patrones. Encontramos un vestido, ella insistió en que me quedaría estupendo y me fie de su instinto. A ojo, me dijo hasta la talla que me iría bien y me aseguró que dejaría margen en la tela, por si en algún momento necesitaba arreglarlo.

Poco después, recordó que quería visitar el lavadero, así que salió a pedir la llave a la vecina y bajamos hacia allí.

Yo iba delante y nada más llegar vi la imagen de Azahara, estaba agachada sobre una de las pilas grises, el agua corría por el carril de piedra del centro y desde allí salía a cada pila. Ella tapaba el desagüe de la suya con un pañuelo blanco, para que no se fuera el agua. A su lado tenía apoyado un trozo de jabón.

Nada más meter la llave en la cerradura, el sonido del agua cesó. Azahara, como venía siendo costumbre, desapareció.

Las pilas estaban vacías, sin agua, pero se notaba la huella de todas aquellas generaciones de mujeres que habían lavado allí su colada. Solo de pensarlo me invadió la nostalgia. Un olor agradable

flotaba en el ambiente, a lavanda y a jazmín, eso me hizo pensar en ella nuevamente.

25

Estaban llegando al Alcázar, Azahara estaba preocupada por si habían notado su ausencia. En todo el camino prácticamente no había cruzado palabra con Ezequiel. Le costaba seguirle, aunque lo intentaba, siempre iba un par de pasos por detrás. Se habían cruzado con alguna persona, que él había saludado al pasar, pero nadie prestó atención al muchacho que le seguía.

Le dolía la pierna donde se había hecho el arañazo y el pañuelo le molestaba, pero no se atrevía a quitárselo por si brotaba de nuevo la sangre.

—¿Puedes ir más despacio? No puedo ir a tu ritmo.

—Perdona, pero no estamos de paseo. Bastante tiempo estoy perdiendo acompañándote de nuevo a tu casa. Tenemos mucha tarea por hacer en la fragua, no puedo permitirme faltar.

—Lo siento, no quería causarte ningún inconveniente en tu trabajo.

—No es el trabajo lo que me preocupa, el dueño es Simón, mi padre. Es acompañarte a ti lo que espero que no me traiga problemas.

Siguió caminando al mismo paso, sin prestarle más atención. Según se acercaban, vieron que su aventura no había pasado desapercibida. A la puerta del Alcázar estaba su hermano Tareq, gesticulando mucho mientras hablaba con su padre, quien parecía estar bastante molesto. Alrededor había varias personas del personal de la guardia. De pronto, vio salir a su madre, se limpiaba los ojos con un pañuelo y decía que no con la cabeza.

—Disculpen —dijo Ezequiel entrometiéndose en la conversación entre padre e hijo.

—¿Qué quiere? —respondió el Emir volviéndose de malas maneras—. Ahora no es momento de…

—He venido a acompañar a su hija —contestó sin darle tiempo a acabar la frase.

—¿Mi hija? ¿Dónde está?

Azahara que había permanecido detrás de Ezequiel, salió temerosa.

—¿Azahara? —preguntó el padre— ¿De qué vas vestida?

—Esa es mi ropa ¿cómo te has atrevido? —preguntó Tareq molesto.

—Disculpen —interrumpió Ezequiel— yo tengo algo de prisa. La encontré detrás de la fragua, junto a la leñera. Ya no sabía volver de nuevo.

—¿Se puede saber qué hacías tu allí? —preguntó a su hija malhumorado.

—Padre, yo solo quería ir a ver la fragua.

—Se acabó, pasa dentro con tu madre, luego hablo contigo.

—Perdone —dijo de nuevo Ezequiel— tiene una fea herida en una pierna, mi madre se la curó —explicó levantando la mirada, para que ella encubriera esa mentira— y le anudó un pañuelo, para que no sangrara. Ahora he de irme.

—Muchas gracias joven, estoy en deuda con usted por traer a mi hija sana y salva a casa.

—No tiene importancia —respondió mientras emprendía su vuelta.

—Ezequiel, espera —llamó Tareq.

—Dígame —soltó volviéndose.

—Mi padre quiere que te quedes con estas monedas de oro, como agradecimiento.

—No es necesario, de verdad que no tiene importancia.

Ezequiel siguió su camino y Tareq volvió donde estaba su padre, le explicó que no había aceptado las monedas, mientras entraban a ver qué le había pasado a Azahara.

Su madre le estaba levantando el amplio pantalón y desanudaba el pañuelo. Había mandado a Amina a por agua caliente a la que debía echar caléndula y lavanda. La herida no revestía mucha gravedad, pero necesitaba una buena cura. Azahara esperaba la reprimenda, que no tardó en llegar.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —bramó su madre.

—Tenía curiosidad por ver cómo era la fragua. Esta mañana os estuve buscando para pediros permiso.

—Y como no nos encontraste, pues te fuiste por tu cuenta sin más.

—Pensaba ir detrás de Tareq y volver de igual forma.

—Pues ya ves que no ha sido posible, menos mal que te acompañó el hijo del herrero. En caso contrario, ¿qué hubieras hecho?

—No sé, pero ya estoy aquí y no me ha pasado nada.

—Veremos qué tiene que decir tu padre al respecto. Sabes que le has desobedecido.

—Él me dijo anoche que se iba a pensar el dejarme ir.

—Pero no has esperado a tener el permiso. Encima has salido con ropa de tu hermano, a escondidas. Es que ¿no sabes quién eres?

—Sí, madre, la hija del Emir.

—Pues no lo parece, todos se enterarán de lo que has hecho y pondrán en entredicho la autoridad de tu padre.

—Nadie me ha reconocido, solo el herrero y su hijo, Ezequiel.

—¿Te parece poco? Ellos se lo pueden contar a todo el que vaya a su fragua, no quiero ni pensarlo.

Azahara estaba callada, ¿y si su madre tenía razón? Por primera vez, se avergonzó de su actitud. No quería poner a su padre en esa situación. No había pensado en las consecuencias de su salida.

Su madre le iba lavando la herida con el agua que había traído Amina. Lo hacía con mimo, procurando no hacerle más daño. Se daba cuenta de que su hija no había sido consciente de lo que podía pasar. Esperaba que le hubiera servido de lección.

—Ya tienes la herida curada, déjate el pañuelo limpio que te he anudado. Lleva un emplasto de hierbas que hará que vaya bajando la inflamación. Ahora sube a cambiarte, seguramente tu padre querrá hablar contigo en cuanto estés lista.

Subió a su cuarto preocupada, su padre siempre era justo con ellos, no como alguno de sus tíos con sus hijos. Ellos no se podían quejar, siempre les escuchaba, razonaba y, en la medida de lo posible, les daba todo lo que pedían.

Ahora se daba cuenta de que había obrado mal poniendo a su padre en semejante compromiso. Su madre tenía razón.

Pero, por otro lado, pensaba mientras se iba cambiando, había merecido la pena. Había disfrutado viendo cómo se trabajaba en la fragua. Esos hombres que golpeaban el hierro a base de fuertes martillazos para darle forma. El fuego que hacía que el metal se ablandara. Sin darse cuenta se encontró pensando en Ezequiel. Esos ojos negros, esos brazos fornidos que seguramente la levantarían del suelo como si fuera una pluma.

Unos golpes en su puerta la hicieron reaccionar. Su madre entró sin esperar respuesta, como era su costumbre.

—Date prisa, tu padre te espera en el salón de abajo para hablar contigo.

—¿Abajo? ¿Por qué no ha subido aquí como otras veces?

—Eso te lo explicará él. Apúrate, he subido yo a buscarte en vez de Amina para avisarte de que te comportes como es debido. No le des más motivos para que el castigo sea mayor.

—¿Castigo?

—No preguntes y acompáñame.

Se dio prisa en calzarse y bajó tras su madre. Al llegar al salón, se encontró a su padre, a su hermano y a varios miembros de la guardia. Empezó a tener miedo.

Su padre alzó la mirada y con la mano le indicó que se sentara frente a él. Su madre salió del salón dejándola sola.

—Padre, yo…

—¡Calla! Hablarás cuando te lo indique. No entiendo qué te ha hecho pensar que podías salir sola y sin mi permiso.

Azahara iba a abrir la boca cuando su padre levanto la mano y siguió hablando.

—Lo primero que vas a hacer es venir conmigo a la fragua, pedirás disculpas por hacerles perder su tiempo y les darás las gracias por haberte vendado la herida y por acompañarte hasta aquí. Voy a hablar con Simón, le resarcirás el trabajo perdido de su hijo con tu trabajo.

—Padre, yo…

—Silencio, Azahara. Estarás toda la semana en tu habitación recluida, ni siquiera bajarás a comer con nosotros. Amina subirá los platos a tu habitación. De igual modo procederás para asearte. No acompañarás a tu madre a los baños, ni bajarás a los jardines. Eso es todo. Ahora irás a disculparte. Te acompañaremos tu hermano y yo.

—Sí, padre, como digáis.

Su madre había escuchado todo desde el pasillo que conducía al salón sin ser vista, no podía creer que su hija fuera a trabajar en la fragua. ¿Haciendo qué? Su marido no estaba en sus cabales. Antes de que salieran por la puerta, lo llamó un momento para preguntarle, por toda respuesta, recibió un silencio sepulcral.

El Emir acompañado de sus dos hijos salió camino de la fragua.

—Padre, estoy cansada y me duele la pierna.

—Eso deberías haberlo pensado esta mañana, igual que pensaste que podías salir a tus anchas sin nadie.

Siguió caminando sin quejarse, su padre nunca había sido tan duro con ella. Dos lagrimones surcaban su mejilla, por lo que agachó la cabeza para que nadie se diera cuenta. Un poco después vio de nuevo el portón de la fragua, Simón salió al verlos.

—Buenos días, Simón. Vengo a acompañar a mi hija para que se disculpe por su comportamiento.

—No era necesario. No tiene de qué preocuparse, nosotros haremos como si no hubiera pasado.

—Te agradezco el gesto Simón, pero los actos tienen consecuencias. Ella hizo perder el tiempo a tu hijo. Por ello, durante esta semana vendrá todos los días unas horas para hacer el trabajo que tú necesites.

Azahara seguía con la cabeza agachada, sentía vergüenza, ella trabajando en la fragua. Los golpes que hasta ahora se habían oído habían cesado. Ezequiel apareció, iba a llamar a su madre para que fuera apilando la leña recién cortada.

—¿Pero qué trabajo hará ella aquí? No tiene fuerza necesaria para…

—Puede traer los troncos que tu hijo corte y colocarlos. Por lo que oigo, lo hace tu mujer, pues ella le ayudará.

Azahara levantó la cabeza y abrió los ojos mirando a su padre y

a su hermano.

Por la mañana a primera hora vendrá su hermano a acompañarla y luego a buscarla.

—Se hará como usted dice —respondió Simón.

—Te lo agradezco —contestó el Emir, despidiéndose y volviendo sobre sus pasos.

Azahara le seguía detrás, iba mordiéndose la lengua para no sacar la rabia que le iba quemando por dentro.

26

Tras la visita a los lavaderos, dejé a Sacra en su casa. Habíamos estado hablando de las casas que se alquilaban, aún no sabía si mirar alguna para mí. Ella preguntaría a los que conocía, que eran de su confianza.

Estaba cansada, ya no daría más paseos, necesitaba reposo. Noté que me empezaba a doler la cabeza, me encontraba rara. Pensé si me había olvidado de tomar algo de la medicación que tenía prescrita, pero no, todo estaba correcto. Sería cansancio solamente. Llevaba unos días que siempre estaba de un lado para otro.

Nada más entrar en La Posada, me pedí un bocadillo y un refresco y lo subí a la habitación. Me relajaría hasta la hora que había quedado en hablar con Armando.

Fui a por el neceser donde tenía los medicamentos y saqué algo para el dolor de cabeza, que a mi pesar iba en aumento. Dentro también tenía anotadas las fechas en las que debía acudir al hematólogo para mis controles. Este mes lo tenía libre.

¡Por fin!

Después de tener que acudir casi todas las semanas hasta que todo estuvo controlado, de habituarme a la medicación, tenía un mes libre; aunque a finales debía hacerme una analítica genética, pero aún faltaban casi quince días para ello. Tenía las fechas en el calendario del móvil, para que este me avisara y no se me pasaran.

Hacía días que no había pensado en la leucemia, con todas las cosas que me estaban pasando, casi me había olvidado de ella. Aunque cada mañana, me tomaba la pastilla de forma mecánica, sin olvidarme ni uno, por la cuenta que me traía. No lo llevaba mal del todo, pero claro, la procesión, como se suele decir, se lleva por dentro. Ya empezaba a notar alguno de los efectos secundarios, unos se llevaban mejor que otros, pero no había otra opción que vivir con ellos. No podía elegir, pero no dejaba que llevaran la voz cantante, aunque esa tarde parece que querían salirse con la suya.

Fui comiendo y me tomé el ibuprofeno que había dejado encima de la mesita. Al acabar me senté en la cama, apoyándome en varios cojines, dispuesta a dejar pasar el tiempo. La luz que entraba en la habitación se iba apagando a medida que la tarde tocaba a su fin. Aún no quería encender la lámpara, no la necesitaba para lo que estaba haciendo.

El bocadillo me había sentado bien, el reposo había atenuado lentamente el dolor. Mi cabeza también necesitaba parar un poco,

llevaba un tiempo que era un hervidero.

Estaba tan relajada que por un momento me pareció que el tiempo se había parado. Me sobresaltó el ruido de una puerta. Eso me devolvió a la realidad y temí que de nuevo se me hubiera olvidado la llamada que tenía pendiente con Armando. Miré el reloj y me di cuenta de que no era así. Faltaba casi otra hora, por lo que me recosté en la cama y cogí el libro que tenía a medias de leer.

No pude pasar de la primera línea, mi cabeza volvía a dar vueltas. Primero pensado en la leucemia, que también me recordó a Ricardo, ¿qué sería de él? No había sabido nada, ni tampoco lo esperaba, pero me parecía mentira que después de los años que habíamos pasados juntos, todo se hubiera ido de un plumazo. Quizás también hubiera encontrado a alguien, aunque igual era pronto para él. Siempre fue tranquilo para todo, no le gustaba salir de su rutina, de su zona de confort. Eso le hizo volverse menos sociable, más introvertido y me arrastró con él, o me dejé arrastrar. Pensando desde la distancia que me daban los días, me dejé llevar. De eso, solo yo era la culpable. Menos mal que reaccioné a tiempo, que me negué a seguir con esa vida, que no me aportaba nada, que perdía luz y color.

Me levanté al baño, sentí la necesidad de lavarme la cara, como si con ello borrara esos pensamientos de un plumazo.

Volví a la cama y esta vez no me molesté ni en coger el libro, mi mente pensaba en Armando. Esperaba su llamada con cierta incertidumbre. Tenía ganas de que llegara el sábado para verle, le echaba de menos. Reconocía que él había puesto más de su parte que yo para que esto funcionara. En principio me daba miedo saltar de nuevo al vacío, aunque él no había hecho más que demostrarme que quería estar conmigo. Si no fuera así, ¿para qué se iba a molestar en venir hasta aquí? ¿Y si se había arrepentido?, me lo hubiera dicho, pensé.

Mi cabeza estaba hecha un lío, cuanto más pensaba, peor. Debía hacer caso a mi padre, me parecía estarle escuchando cuando decía aquello de: “No des más vueltas a esa cabecita tuya, que te armas más lío tú sola que el que realmente hay”.

En la mayoría de ocasiones, tenía razón.

No tenía sentido pensar así sobre Armando. Pero un año, cada uno en un país diferente, iba a ser duro. También podía ir yo a verle a él, pensé.

Encendí el ordenador, aún faltaba un rato para que llamara, pero por si se adelantaba, no quería que no me encontrara.

Estar con él era estupendo, los pocos días que habíamos estado juntos en Madrid me había hecho reír. Me sentía querida, guapa, deseada como mujer. Mi autoestima se había disparado.

A cambio, me daba la sensación de que yo no le había

demostrado lo bien que me sentía con él, lo mucho que me importaba, lo que le echaba de menos. Debía abrirme más. No podía olvidar que eso fue lo que llevó mi matrimonio a su fin, la poca comunicación.

Creí que cuando llamara debía decírselo. Había sido tonta, teniendo tantas dudas, si quería que funcionara tendría que poner todo de mi parte.

Sentía que ese ánimo gris que llevaba toda la tarde acompañándome desaparecía. Me encontré esperando ansiosa su llamada. Pero cuando el tiempo pasaba y Armando no daba señales de vida… mis pensamientos volvían sobre lo mismo. ¿Desde cuándo me comportaba de una forma tan insegura? ¿O había sido siempre así?

Comprobé el ordenador, la conexión … todo estaba bien. Me dije que tenía que ser paciente, que no había ninguna prisa. El tiempo corría y daba vueltas a las mismas cosas. No podía parar quieta, me sentaba, me levantaba, andaba por la habitación. Parecía un animal enjaulado, no me reconocía.

El ordenador empezó a emitir las señales de llamada entrante y me di un susto de muerte. Intenté tranquilizarme, miré que el pelo estuviera bien, estiré mi ropa y descolgué antes de que se cortara la llamada.

—Hola —respondí como si acabara de terminar un maratón.

—Hola, preciosa, siento de nuevo el retraso.

—No te preocupes, estaba entretenida leyendo —respondí esperando que no me creciera la nariz como a Pinocho.

—Vaya, pues hubiera jurado que venías corriendo de algún sitio.

—Bueno sí, justo acababa de bajar a coger un refresco cuando oí la llamada y subí corriendo —estaba claro que inventar no era lo mío, pensé poniendo cara de no haber roto un plato en la vida.

—Cuéntame, ¿cómo estás?

—Bien, estoy bien.

—Tienes cara de cansada. ¿Seguro qué todo va bien?

—Claro que sí.

—¿No estarás enfadada por no llamarte ayer?

—No, supuse que estarías ocupado, que ya hablaríamos.

—Yo esperaba que si estuvieras un poco molesta al menos —respondió con cara de desolación— eso sería buena señal.

—Está bien, me has pillado —confesé finalmente— estaba cabreada contigo y molesta. Esperé la llamada y cuando ésta no llegó, empecé a pensar cosas raras.

—¡Guau!

—Lo sé, soy una idiota desconfiada que no merece que le prestes atención —me tapé la cara avergonzada.

—Cariño —rio Armando— por fin veo que reaccionas. Ya no

sabía qué pensar. No me avisaste cuando te ibas de viaje, luego apenas he podido hablar contigo y cuando lo he hecho, no hemos tenido tiempo de nada.

—Lo siento mucho, Armando, tienes toda la razón. Tengo mucho que contarte, pero lo voy a hacer en cuanto llegues. Creo que estaba aterrada de embarcarme tan pronto en otra relación. Además, estando tan lejos, no sé cómo va a resultar. No te voy a negar que tengo mis dudas sobre cómo va a salir todo esto.

—Dalia, entiendo lo que me dices. Yo también estoy extrañado de lo rápido que ha ido todo, pero tengo claro que no quiero rendirme y dejar que esto pase sin más. Sentí algo desde el primer día que me crucé contigo. Pero tienes razón, esperaremos a estar juntos para hablar de ello.

—A mí me cuesta un poco abrirme al torrente de emociones que estoy sintiendo, ya sabes que mi experiencia anterior no terminó nada bien y me da miedo que se vuelva a repetir.

—Ahora no quiero que lo pienses más, en nada me tienes allí y te sacaré de dudas sobre lo que siento por ti. ¿De acuerdo?

—Sí —contesté con una sonrisa enorme.

—Esa cara me gusta más. Quiero que no te olvides de una cosa importante.

—¿De qué? —pregunté curiosa.

—De lo mucho que te quiero.

27

Azahara caminaba hacia la fragua, la acompañaba su hermano y se quedaría con ella uno de los eunucos que era como su sombra. Habían pasado dos días desde el castigo impuesto por su padre. Tregua que había tenido para que su herida, la que se hizo cuando se resbaló en los troncos, estuviera bien cerrada, aunque no curada del todo.

Su padre casi no había cruzado palabra con ella en ese tiempo, quería que notara lo enfadado que estaba por su comportamiento. La noche anterior había sido su madre quien le avisó que por la mañana empezaría con su trabajo.

Azahara no lo sabía, pero su madre había luchado hasta la saciedad para que no tuviera que ir a cumplir tal cometido, pero solo le había valido para enfadar más al Emir y hacer que también se enojara con ella.

Nada más llegar, Simón y Ezequiel salieron a la puerta a recibirlos.

—Buenos días —saludaron ambos.

—Buenos días —respondió Tareq— aquí os dejo a mi hermana, su nombre es Azahara, ya le indicaréis qué es lo que tiene que hacer. Omar, se quedará con ella hasta que yo vuelva a buscarla.

—Bien, llamaré a Rebeca, mi mujer, ella se encargará. Si no deseáis nada más, seguimos con el trabajo, tenemos mucho por hacer.

—No, no, no quiero quitaros más tiempo.

Tareq se despidió de su hermana entre susurros, indicándole que hiciera lo que le mandaran y se comportara como debía a ojos de todos. Omar estaría pendiente.

Ella no respondió nada, seguía enfadada. Parecía que todos la trataban como una niña, aunque, pensándolo bien, igual se lo merecía.

Miró a Omar con cara de pocos amigos, este bajó la cabeza. No era la única que no quería estar allí, pero tampoco tenía más opción.

Se sentó en una esquina desde la que podía ver todo el tiempo a Azahara, pero a su vez no molestaba, prácticamente nadie repararía en él.

Rebeca salió con cara de pocos amigos, tampoco estaba contenta. Ella consideraba que ya tenía bastante que hacer para encima tener que estar al cuidado de la niña mimada. No necesitaban a nadie que les ayudara a hacer el trabajo, pero tampoco habían tenido la posibilidad de rechazar esa ayuda. La curiosidad de la vida ociosa de Azahara les había llevado a todos a donde se encontraban

ahora. Pues iba a saber lo que era trabajar sin más.

—Niña, ponte esto sobre tu ropa, no la vayas a estropear —le dijo teniéndole un mandil— y sígueme, que no tenemos todo el día.

Dieron la vuelta por detrás de la fragua, allí había una montaña enorme de troncos cortados que tenían que ser colocados.

—Vete cogiendo los que puedas llevar y ven conmigo.

Rebeca cogió tres troncos grandes y Azahara solo pudo con dos, y eso por no pasar la vergüenza de ir con uno nada más, que es lo que había cogido en principio. Fue tras Rebeca, aunque apenas podía seguir su paso. Esta se había dado cuenta de lo poco que avanzarían y tuvo una idea. Después de enseñarle cómo debía apilar los troncos, la dejó sola y fue en busca de algo.

Azahara se quedó allí parada, agradeciendo haber soltado esos troncos ásperos que ya habían empezado a arañar sus cuidadas manos. De nuevo apareció Rebeca, acarreando una vieja carretilla.

—A ver si con esto consigues traer alguno más, hay que ir un poco más rápido, o se hará de noche.

Azahara no dijo nada, aunque su enfado iba en aumento. Cogió la carretilla y siguió de nuevo a Rebeca.

Colocó tres troncos, pero al levantarla, el peso la desequilibró y se le volcó de lado. Rebeca se volvió a mirarla, pero no dijo nada y siguió su camino para dejar de nuevo la leña colocada.

Azahara enderezó la carretilla y decidió colocar cuatro troncos, pesaría más, pero creía que el peso iría mejor distribuido y esta vez no se caería. Pero ahora ni siquiera fue capaz de levantarla, pesaba demasiado. Se dio cuenta de que Rebeca ya volvía a recoger más y ella ni siquiera se ha había movido del mismo sitio. Eso la hizo enfurecer y sentirse inútil.

Rebeca ya se había ido de nuevo con otro viaje de troncos. Azahara quitó uno de ellos y al coger la carretilla volcó de nuevo. Estaba claro que a ese paso no iba a ser capaz de llevar ninguno.

—Maldita sea — siseó sin darse cuenta que Ezequiel salía y al oírla rompió a reír.

—Deja que te diga cómo debes colocarlos.

—No necesito tu ayuda, ya me las apañaré —soltó desabrida.

—¿Estás segura? Yo no lo veo tan claro.

—Sí.

Pero seguía sin ser capaz de salir sin volcar la carretilla. Rebeca volvía de nuevo y no le gustó ver allí a Ezequiel, por lo que se apresuró.

—Ezequiel, seguro que tienes más que hacer que estar aquí de conversación.

Este se volvió tranquilo.

—Madre, si no le digo cómo ha de colocar los troncos se va a

pasar la mañana sin que se haya movido de donde está.

—Explícaselo rápido y vuelve a lo tuyo —soltó Rebeca cogiendo más troncos.

Ezequiel colocó la carga de forma que el peso estuviera repartido y la instó a levantar la carretilla. Se seguía ladeando, por lo que se colocó detrás de ella antes de que fuera al suelo de nuevo, y le indicó como debía equilibrar el peso con la única rueda de delante, que era lo que hacía que volcara.

Azahara notó detrás a Ezequiel y se puso rígida, notó la aspereza de las manos que ahora apretaban las suyas con fuerza, aguantando el peso que habían levantado. Su olor le llegaba de forma nítida, era una mezcla de jabón, de madera, de humo…

De pronto vieron que Omar se levantaba tenso y se encaminaba hacia ellos. Ezequiel dio varios pasos atrás dándose cuenta de que algo de lo que había hecho no estaba bien.

—Te dejo sola, equilibra el peso —dijo soltándola de pronto. Se dio cuenta de que estaba en lo cierto cuando vio que Omar se retiraba de nuevo a su sitio.

Azahara no se lo esperaba y volvió a perder el equilibrio, pero esta vez, para su alivio, logró mantener la carga. Echó a andar con cautela. Por fin fue capaz de llegar sin que se le cayeran. Volvió de nuevo a por más, orgullosa.

Omar seguía sentado en el mismo sitio, vigilándola como si fuera un ave de presa. Azahara no le prestó atención.

En las dos siguientes horas fue llevando más troncos, orgullosa de ser capaz de transportarlos sin necesitar más ayuda. Se cruzaba con Rebeca, que seguía siendo más rápida que ella, pero eso no creía que lo pudiera cambiar.

A media mañana pararon, y entraron en casa los cuatro. Encima de la mesa encontró pan, queso y una jarra de agua. Todos se sentaron alrededor, partieron un trozo que fueron comiendo sin perder tiempo, Azahara los imitó más por cortesía que porque sintiera hambre, aunque una vez hubo comido el primer bocado, se dio cuenta de que su estómago lo agradecía. Comieron en silencio. Azahara estaba sentada entre Ezequiel y Rebeca y no podía dejar de pensar en lo que estaba sintiendo. El padre de Ezequiel fue el primero en acabar, cogiendo otro vaso, pan y queso, salió a dárselo a Omar, quien lo agradeció profusamente. Detrás se fue Ezequiel, espabilado por su madre, a quien le parecía que hoy se demoraba más que de costumbre.

Cuando Azahara se iba a levantar, Rebeca se dio cuenta de que le habían salido varias ampollas y le dijo que ese día sería suficiente.

—Lávate en ese barreño, ahora te pondré una crema que hago yo misma y te envolveré las manos para que se filtre bien.

—Puedo seguir transportando troncos, no pasa nada.

—Te quedarás aquí conmigo hasta que vengan a buscarte.

A Azahara no le quedó otra opción que hacerle caso, aunque prefería estar fuera, incluso llevando los troncos, así podía ver en las idas y venidas cómo trabajaba Ezequiel en la fragua.

Allí sentada sin nada que hacer, el tiempo pasaba despacio. Miraba como Rebeca hacía la comida. Cuando terminó cogió ropa que tenía para lavar y salió fuera, acompañada de Azahara. Iban a la parte lateral de la casa, donde tenían una gran pila y una tabla de madera en la que restregar la ropa.

Omar se cambió de sitio, ya que desde el otro lado no la vería, pero intentaba pasar desapercibido porque sabía lo poco que le gustaba su presencia a Azahara. Esta miraba hacia la puerta de la fragua, esperaba ver salir o entrar a Ezequiel, pero no había manera. A lo lejos advirtió que venía su hermano, por lo que sería la hora de irse. Rebeca también se dio cuenta y suspiró susurrando:

—Gracias a Dios, ya está aquí —dijo más para sí misma que para el resto.

—Hola, ¿cómo ha ido la mañana? —preguntó directamente a Rebeca.

—Bien, señor, ya ha cumplido con su trabajo. Puede decírselo a su padre.

—No, no, ella vendrá hasta que mi padre lo crea preciso.

Rebeca no dijo nada, justo llegaba su marido para hablar con Tareq, al que había visto llegar.

Por su parte, Azahara, no podía pensar en otra cosa: al día siguiente volvería a ver a Ezequiel.

Tras unas palabras con Simón, al que no le hacía ninguna gracia que mañana volviera de nuevo, se despidieron y emprendieron el regreso a su casa. Fue entonces cuando Tareq preguntó a su hermana qué le pasaba en las manos.

—No es nada, de llevar la carretilla me han salido varias ampollas y Rebeca me ha puesto un remedio que hace ella, para que se me curen.

—Nunca creí ver las manos de mi hermana estropeadas por el trabajo —dijo Tareq de forma jocosa.

El resto del camino fueron en silencio, cada uno pensando en sus cosas. El pensamiento de Azahara solo lo ocupaba Ezequiel. Omar, silencioso, iba unos pasos por detrás, vigilando sus sombras.

28

Cogí el teléfono alarmada. Si sonaba tan pronto es que algo pasaba. No miré ni el número.

—Hola ¿quién es?

—Soy Sacra, perdona que te llame tan pronto. Ya tengo tu vestido acabado.

—¿Para eso me llamas a estas horas? —pregunté más brusca de lo que pretendía.

—Discúlpame de nuevo —dijo al notarme molesta—. También tengo una propuesta para ti. ¿Estás interesada en alquilar mi casa? —soltó de golpe.

—¿Tu casa?

—Verás, me tengo que ausentar durante un tiempo. Voy a casa de mi hermano Paco. Mi cuñada Irene ha sufrido un accidente y necesitan mi ayuda. Son mi única familia y viven en Gijón. Me avisaron anoche y ya no te quise molestar cuando recordé lo que habíamos hablado de las casas en alquiler.

—Ya —fue mi única respuesta.

—No quiero que te sientas obligada tampoco.

—Sí, no, quiero decir que me coges de improviso. ¿Me dejas un rato para pensarlo?

—Claro que sí. Tengo que solucionar varias cosas antes y no es lo mismo si te quedas tú en la casa, que cerrarla completamente. Piénsatelo y te pasas por aquí y lo hablamos. Así te pruebas el vestido, creo que te quedará bien, que no necesitará ningún retoque, te lo podrás llevar.

Colgué el teléfono extrañada. Me di una ducha, me vestí y salí hacía su casa pensando en su ofrecimiento, sin saber aún qué hacer.

Había pasado poco más de media hora cuando llamé a la puerta de la antigua casa de la familia. Sentí moverse la llave en la cerradura y la puerta se abrió.

—Pasa —dijo Sacra amablemente— ¿lo has pensado? —soltó a bocajarro nerviosa.

—Estoy en ello, ¿me puedes invitar a un café?

—Por supuesto. Mientras lo preparo, pruébate el vestido. ¿No prefieres té?

—No, necesito energía.

Fui hacia el salón y vi el vestido estirado sobre el sofá. Me quedé sin palabras, había quedado precioso. Le cogí y lo estiré frente a mí, era sencillo pero elegante a la vez. Un vestido de cóctel, recto, con

escote en V por delante y por detrás. En la cintura llevaba un trozo de la misma tela, cortado al bies y drapeado, al llegar al lateral, caía un poco. Ahí llevaba prendido un broche de plata con pequeñas piedras verdes que reflejaban la luz.

—¿Te gusta? —oí a mi espalda.

—¿Qué si me gusta? Es una maravilla. No sé cómo lo has podido hacer tan pronto.

Lo empecé ayer cuando te fuiste, corté la tela a medida del patrón e hilvané casi todo. Justo llamó mi hermano en ese momento y tardé mucho en irme a dormir pensando en el accidente, estaba mejor ocupada haciendo algo.

—Vaya, siento mucho lo de tu cuñada. ¿Cómo se encuentra? ¿Qué le pasó?

—Al ir a cruzar un paso de peatones, la han atropellado. Mi hermano me ha dicho que está bien, pero tengo la sensación de que me oculta algo. No sé.

—No te preocupes antes de tiempo, espera a llegar y lo ves por ti misma.

—¿Y qué me dices de lo de la casa? A fin de cuentas, quién mejor que tú para quedarte en ella.

—Pero es que no sé cuánto tiempo me voy a quedar finalmente.

—Por eso no te preocupes, el que sea está bien.

—Entonces, siendo así, acepto tu propuesta. Ahora tenemos que hablar del precio.

—Verás, creo que nos estamos haciendo un favor mutuamente, así que cien euros de alquiler, me parece suficiente. Y luego tienes que ocuparte de pagar los gastos de luz, agua y gas que consumas.

—No me parece un trato muy justo para ti.

—Mira, hija, yo con lo que tengo, cubro de sobra mis necesidades. Me voy mucho más tranquila dejándote aquí.

—Hay una cosa más que quiero decirte.

—Te escucho.

—Mañana viene un amigo a visitarme. Pensaba quedarse conmigo en La Posada, pero ahora se vendrá aquí. ¿Te supone algún problema?

—Para nada. A todos los efectos, esta casa la tienes en régimen de alquiler, de momento por un mes completo. Luego iremos viendo, según vaya mi cuñada. Te avisaré con tiempo cuando vuelva, por eso no tienes que preocuparte.

—Entonces, trato hecho —respondí sonriente— Ahora iré a hablar con Maruja, espero que no le parezca mal que deje la habitación sin avisar con más tiempo. Vuelvo antes de que te vayas.

—Perfecto, así te explico varias cosas y ya te dejo las llaves.

Volví a La Posada, y justo cuando entré, tuve la suerte de

toparme con Maruja y le conté lo de la casa, explicándole lo que había pasado, para que entendiera por qué todo era tan precipitado.

—No hay ningún problema, seguro que de cara al fin de semana hay algún interesado, puesto que coincide con el concierto de órgano.

—¿No suele ser en otras fechas?

—Sí, cierto. Pero ha surgido que en estos días podía venir uno de los organistas más apreciados, que no puede venir en otra fecha. De ahí el cambio de última hora.

—Pues me alegro mucho, pensé que iba a quedar fatal si me iba sin haberte avisado con más tiempo.

—No te preocupes mujer, no hay problema. Vendrás a vernos, ¿no?

—Claro que sí, ¿crees que voy a renunciar a tus hojuelas? —las dos rompimos a reír— y esta semana no vendré sola. Me acompañará un amigo que viene de visita.

—Uy, uy, uy, eso no me lo esperaba. Me puede la curiosidad.

—Supongo que te llegará el rumor, por eso me he adelantado yo a contártelo. Es lo que tienen los pueblos, para lo bueno y para lo malo.

—Sí, tienes razón.

—Pues nada, prepárame la cuenta de estos días, mientras voy recogiendo todo.

—Eso está hecho.

Subí y fui metiendo todo en la maleta de nuevo. Recogí lo del baño y cuando estuve segura de que no me dejaba nada, bajé buscando a Maruja para pagar.

—Aquí tienes tu cuenta —me dijo resuelta cuando me vio aparecer.

—Mañana vendré a comer pronto porque luego me voy a Albacete, a recoger al amigo del que te he hablado. Ya le conocerás.

—Perfecto, no te preocupes.

Pagué y dejé una suculenta propina que no me quería coger, pero aun así insistí por lo bien que se habían portado conmigo, acogiéndome como si fuera de su familia.

Salí con el equipaje hacia la casa. Llegué con tiempo de sobra para que me explicara todo antes de irse. La acompañé hasta la parada del autobús y la despedí con tristeza, me sentía como una usurpadora que se colaba en su casa, pero a la vez me alegraba que ella se quedara tranquila teniéndome allí.

Volví sobre mis pasos, entré en la casa y, de repente, me sentí muy sola. Para llenar esa soledad fui guardando mis cosas en la habitación que había elegido, la que en su día fue la de mis padres. Me di cuenta de que Sacra había dejado recogidas todas sus cosas

personales, para dejarme más sitio. Las descubrí todas en un amplio cajón de la cómoda, que volví a cerrar sin tocar. Ese sería su espacio.

Me había dejado varios juegos de sábanas y de toallas encima de la cama. No se había olvidado de ningún detalle.

Nada más abrir el armario, me encontré con el vestido verde colgado con mimo de una percha recubierta de tela acolchada, para que no le quedaran marcas.

Cuando acabé de ordenar todo, bajé a la cocina a prepararme algo de comer, mi estómago me avisaba de lo tarde que era. Con el lío del cambio, hoy no me había quedado a comer en La Posada.

El resto del día lo pasé sin salir, leí, me di una larga ducha y finalmente me quedé dormida con el libro sobre el regazo.

Al día siguiente desperté muy temprano, recordando que esa tarde venía Armando, los nervios ya no me dejaban parar. Bajé a prepararme el desayuno, me di cuenta que el frigorífico prácticamente no tenía nada porque yo no me había molestado en hacer la compra. Lo anoté mentalmente, para hacerlo esa misma mañana.

El teléfono acababa de sonar, vi que tenía un mensaje de Sacra diciéndome que ya estaba en Gijón, que ya hablaríamos y que si tenía algún problema la llamara. Le respondí y miré el que acababa de entrar.

Nos vemos en unas horas, lo estoy deseando.

Te quiero.

Armando

Le contesté mandándole un montón de emoticonos de esos que tienen corazones en los ojos. No lo admitiría delante de nadie, pero me sentía como una colegiala que espera a su primer amor.

Seguidamente me confirmó la hora de llegada a la base.

El resto de la mañana no recuerdo ni cómo transcurrió, estuve haciendo las cuatro cosas pendientes, con la cabeza en las nubes. Bajé a comer, aunque casi no tenía apetito, seguía nerviosa. Prácticamente no hablé con nadie, estaban atareadas con una excursión de senderistas. Terminé, pagué y les dije adiós con la mano. Subí donde tenía el coche, prefería ir tranquilamente a Albacete y llegar con tiempo. Le esperaba ansiosa.

29

Nada más llegar Azahara se encontró con su madre que la estaba esperando.

—Hija, ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido todo?

—Bien —respondió escuetamente.

—¿Qué te ha pasado en las manos? —preguntó escandalizada.

—No es nada. Solo unas ampollas.

—Le dije a tu padre que no era necesario que fueras, pero no me quiso hacer caso y ahora aquí tenemos las consecuencias. Ha permitido que bajes a comer con nosotros —le susurró nerviosa.

—Mamá, por un poco de trabajo no muere nadie. No seas tan dramática.

—Azahara —dijo sorprendida por su comentario.

—¿Puedo irme a la habitación a cambiarme para comer?

—Claro, claro, sube.

Jadidya, se quedó pensando en su hija. Había bastado una sola mañana para que se obrase semejante cambio. Se lo debía comentar a su marido, igual con eso era suficiente, ya había aprendido la lección. Fue en su busca poco antes de comer, para hablar con él antes de que bajaran sus hijos.

—Ni hablar —respondió ofuscado— estará los días que crea oportuno. Y no faltará ni uno.

—Abderramán, ¿te has vuelto loco?

—Jadidya, no volvamos sobre lo mismo. Se hará lo que yo diga y no se hable más.

—¿Cuántos días te parecen suficientes que vaya para aprender la lección? Hoy trae las manos vendadas.

—Ya que insistes —respondió haciéndola ver lo molesto que estaba—, quince días son los que irá para cumplir con el castigo y dar ejemplo. No te preocupes, el trabajo no la matará, le enseñará a apreciar los muchos privilegios que tiene, por ser hija de quien es. Aprenderá que los actos tienen consecuencias.

Jadidya iba a volver a hablar, pero su marido levantó la mano antes de que abriera la boca.

—No se hable más de ello, no lo repetiré. Bastante condescendiente he sido ya.

Sus hijos entraban en el comedor en ese momento. Los cuatro tomaron asiento y esperaron a que les sirvieran. Amina se movía diligente alrededor de ellos, después desapareció por donde había venido, hasta que fuera requerida de nuevo.

—Y bien, Azahara, ¿cómo ha ido tu primer día en la fragua? —preguntó el Emir.

—Bien, padre. Rebeca, la mujer de Simón, ha estado conmigo todo el tiempo.

—¿Te resultó duro?

—No, padre, me costó un poco al principio, pero fui capaz de cumplir con mi cometido.

—¿Por qué llevas las manos vendadas con esa tela?

—Me salieron unas ampollas de llevar la carretilla.

—¿Lo ves? te lo dije. No creo necesario que mi hija tenga que hacer más días ese trabajo —saltó molesta Jadidya.

El Emir se volvió a mirarla, lo hizo de una forma que la hizo empequeñecer.

—Creo haber dicho ya que en esta casa se hará mi voluntad. Azahara cumplirá dicho cometido durante catorce días más —bramó tan alto, que los sirvientes no se atrevieron a entrar para retirar los platos.

—Amina —gritó de repente— ¿a qué esperas para traer el resto?

Esta entró corriendo, sin levantar la cabeza, sin atreverse a mirar a nadie.

El resto de la comida fue en un tenso silencio. El Emir se levantó de la mesa sin esperar a tomar el postre. Su hijo Tareq salió momentos después, no sin mirar antes a ambas mujeres.

Azahara no tenía ganas de hablar con su madre, por lo que en cuanto pudo desapareció dejándola sola. Subió a su habitación donde pasaría el resto de la tarde encima de su cama, con uno de sus libros favoritos.

Jadidya se sintió sola y molesta. Era la primera vez que discutía así con su marido. Le quedaba claro que debía ser la última. Salió al jardín para sentarse y recuperar la compostura.

Al día siguiente a primera hora, se encaminaron de nuevo a la fragua. No vieron a nadie en el camino, por lo que no se encontraron con las miradas furtivas y curiosas de otros días.

Nada más llegar, vio a Ezequiel cortando más troncos, así que supuso que el trabajo sería el mismo que el día anterior. Pero se equivocaba.

—Buenos días —saludaron a la entrada de la fragua.

—Buenos días —contestaron los tres, sin dejar de hacer cada uno lo suyo.

Rebeca ya estaba acarreando troncos, Azahara se disponía a hacer lo mismo cuando Simón le dijo que la necesitaba dentro, avivando el fuego.

Omar se había sentado cerca de donde ella estaba y Tareq se

había ido enseguida.

—Usted dirá que tengo que hacer.

—Cuando yo te lo diga, tira de la cuerda, hará que el fuelle baje despacio y al soltar el aire, avivará el fuego.

Azahara iba a coger la cuerda cuando Simón le tendió unos guantes de cuero negro.

—Niña, póntelos o te despellejaras las manos.

Una vez puestos, esperó a que Simón le diera la orden. Mientras, miraba hipnotizada como él iba forjando el hierro al rojo vivo a fuerza de golpes, como si realmente modelara goma.

Ezequiel entró con un montón de leña y sus miradas se encontraron.

—Buenos días, Azahara —saludó educadamente.

—Buenos días —respondió azorada, agachando la cabeza.

Su primer intento de avivar el fuego no había salido muy bien, necesitaba más fuerza de la que creía. No se daría por vencida. Allí hacía mucho más calor, pero le gustaba estar cerca y ver cómo ellos domaban los metales.

Veía cómo Ezequiel salía y entraba acarreando madera, y cada vez que eso sucedía, sentía como una agitación en el pecho que se extendía por todo el cuerpo.

A Rebeca esas miradas no le pasaban desapercibidas y ya no sabía qué hacer. La noche anterior lo había hablado con su marido, pero este no le hizo caso, le dijo que serían cosas suyas. ¿Cómo iba a estar Ezequiel interesado en esa muchacha?

Pero a medida que avanzaba la mañana, hasta para Simón era evidente que algo pasaba. Las miradas entre ellos se sucedían a la mínima oportunidad. Tendrían que hablar con su hijo.

Ezequiel estaba como niño con zapatos nuevos. La llegada de Azahara había cambiado su rutina diaria. Sabía que a su madre no le hacía ninguna gracia, pero él no lo podía remediar. Le gustaba pillarla mirándole y ver cómo se azoraba cuando se veía descubierta. Su timidez le intrigaba, igual que esos rasgos, tan distintos a los que estaba acostumbrado. Su piel de ese tono aceitunado, sus grandes ojos verdes, como si fuera un felino. Y el pelo, por lo poco que se veía era de un color negro azabache, tan brillante. Tenía que ser tan sedoso al tacto. Un golpe seco le hizo reaccionar.

—¿Se puede saber qué estás pensando? —gritó su madre.

—Perdona, madre, no me había dado cuenta que estabas detrás.

—No me había dado cuenta, no me había dado cuenta, y casi me dejas sin pie si no llego a apartarlo a tiempo. ¡Espabila!

Ezequiel recogió el tronco que se había deslizado al chocar y reemprendió el camino enfadado. Ya no era un niño para que le tratara como tal.

El resto de la mañana transcurrió sin incidentes, pararon como era costumbre a media mañana para comer algo y reanudaron la marcha. Esta vez Azahara volvió a quedarse con Rebeca, iban a hacer un poco de conserva con los tomates que Tomás, otro de sus hijos, dejó a primera hora. Estaban recién cogidos.

Azahara prestaba atención y le ayudó sin replicar en todo lo que le pedía. Rebeca tenía que reconocer que no era mala chica, pero no podía ser. No era para su hijo. No sabía si ellos eran conscientes o estaban cegados por lo que empezaban a sentir, pero provenían de sitios distintos, de diferentes clases, no tenían nada que ver. Si ninguno lo remediaba, Ezequiel se enamoraría sin darse cuenta. Bien lo sabía ella que le había parido, y estos días le veía muy distraído con la muchacha.

Como el día anterior, vieron llegar a Tareq en busca de su hermana. Se despidieron y emprendieron el regreso a su casa. Omar les seguía unos pasos detrás sin hacerse notar, como era su costumbre.

Ezequiel, allí parado la vio alejarse, deseando que llegara el día siguiente. No lo quería reconocer, pero su madre igual tenía razón. Sentía un nudo en el estómago cuando la veía marchar y cuando aparecía por la mañana, le alegraba el día por mucho trabajo que tuvieran. Él sabía que eso no podía ser, pero tampoco sabía cómo había pasado, ni cómo podía remediarlo.

Entraría a comer, seguro que ya le estaban esperando, así que era mejor darse prisa. No se dio cuenta de que su madre le observaba desde la ventana de la cocina, sabiendo lo que estaba pasando mejor que él mismo. Eso le sumó otra nueva preocupación. De todo esto, alguno saldría herido, si no eran ambos.

30

Casi estaba en la base de Los Llanos cuando me di cuenta de que era demasiado pronto, me había pasado de previsora. Decidí aparcar el coche y entrar. Acostumbrada al aeropuerto de Madrid, este me parecía muy pequeño. Una vez franqueada la entrada, libre de los atascos de gente de los aeropuertos al uso, entré en una sala que tenía unas hileras de sillas marrones y grises, acabadas en unas gruesas columnas en el mismo tono. Hice un repaso rápido de la gente que estaba esperando, entre todos no llegábamos a seis. Me fijé que uno de ellos tenía un cartel con nombres escritos, pero no llegué a ver lo que ponía. No sabía si todos esperábamos el mismo avión, o es que llegarían varios. Cada uno estaba a lo suyo, así que me senté y, para pasar el rato, llamé a mi madre. Marqué el número, pero no contestaba nadie, justo iba a colgar cuando escuché…

—Dígame.

—Mamá, soy Dalia.

—Hola, hija, justo entraba por la puerta. Lo he cogido de milagro.

—¿Cómo estáis? —pregunté.

—Pues bien, y tú, ¿qué tal?

—Muy bien, mamá. He venido a recoger a Armando, pero aún es pronto y he aprovechado para llamaros.

—Vamos, que nos llamas porque te aburres.

—¡¡Mamáaaa!! —le dije riendo.

—No pasa nada, mejor eso a que no llames.

—Escúchame, que te llamo para darte una sorpresa.

— ¿Sí? ¿Buena o mala?

—Muy buena, he alquilado nuestra casa del pueblo.

—¿Cómo ha sido eso? —soltó mi madre sorprendida.

Le expliqué todo pacientemente, estaba entusiasmada por poder estar allí de nuevo. Además, tenía la suerte de pagar muy poco por ella.

—Mamá, ¿por qué no os venís un fin de semana papá y tú? —dije de repente.

—¿Tu padre y yo?, ¿pero cuánto tiempo te piensas quedar allí?

—No lo sé, por el momento hasta que tenga que volver a Madrid para mis revisiones, pero mientras Sacra no lo necesite… —callé pensativa— iré viendo.

—Uy, hija, lo tendría que hablar con tu padre, no sé qué decirte.

—Claro, este fin de semana estará Armando y el viernes siguiente iré yo a Madrid. Os puedo recoger y ya bajabais conmigo. Hace mucho que no venís, así recordáis aquellos años.

—A veces es mejor dejar el pasado tranquilo, hija.

—¿Por qué dices eso, mamá? —pregunté sorprendida, me pareció que no quería hablar.

—No me hagas caso, cosas de la edad.

—Si vosotros estáis muy bien, no digas eso.

—Ya, ya, pero los años van pasando.

—Háblalo con papá y lo pensáis. A mí me haría mucha ilusión. Luego pueden bajar también los chicos.

—¿No seremos muchos? Tus hermanos, los niños, nosotros…

—Aquí hay espacio, ya lo sabes. Sigue todo igual, hay las mismas habitaciones que cuando éramos niños.

—Bueno, bueno, ya veremos.

Me sorprendió el ruido de una puerta, volví la cabeza tan rápido que sentí que me mareaba.

—Dalia, ¿estás ahí?

—Sí, sí, perdona, mamá. Te voy a dejar, empieza a salir gente, creo que ya no tardará.

—Vale, hija, disfrutad mucho. A ver cuándo le conocemos. Un beso, hija.

—Sí, no te preocupes. Eres imposible. Os quiero mucho, besos.

—Un beso, hija —respondió incómoda, y colgó. No se acostumbraría nunca a nuestras muestras de emociones.

Guardé el móvil y permanecí atenta, ya solo estábamos el señor que esperaba con el cartel y yo.

Tenía muchas ganas de verle, me comían los nervios.

Por una de las cristaleras que había en la parte de arriba vi un avión que bajaba, seguro que eran ellos. Era como un pájaro gigante que planeaba sobre su presa.

Apretaba una mano contra otra, pasaban los minutos y no se abría la puerta, la impaciencia se estaba apoderando de mí.

Por fin vi aparecer a dos hombres, por su aspecto diría que eran alemanes, pero entre ellos no estaba Armando. Pude leer lo que el chofer tenía puesto en el cartel, Sr. Müller y Sr. Fischer.

Se acercaron al hombre que los esperaba y oí como le pedían que esperara cinco minutos mientras me miraban.

Volví la vista de nuevo, no quería ser indiscreta, pero dada la escasez de personas, era imposible no oír la conversación.

Entonces lo vi, me quedé sin respiración. Dios, qué guapo estaba. Entraba hablando con otro chico moreno y ambos reían, parecía que se llevaban bien.

Giró la cabeza y me vio, le dijo algo a su acompañante y salió

corriendo hacia mí.

—Dalia, cariño, no sabes las ganas que tenía de verte —me dijo mientras me envolvía en un abrazo que me cortaba la respiración.

Noté el calor en mi cara, seguro que mis colores estaban adquiriendo una tonalidad rojiza. Todos me miraban, me moría de vergüenza.

Levanté la cara y sin darme tiempo a decir nada, me dio un beso. Lo que pensé que sería un beso casto, dio lugar a uno más largo, mientras me pegaba a su cuerpo. El mío respondía revelando lo sola que me había encontrado. Me soltó cuando oímos unas toses fingidas.

—Perdonad, chicos, pero la he echado mucho de menos. Os presentó a mi chica: Dalia, estos son Klaus y Amadeus.

Ahora entendía por qué se habían quedado mirándome.

—Encantada —dije acercándome para darles dos besos muerta de vergüenza.

—Tenías razón, Armando, tu chica es muy guapa —dijo Amadeus.

—Muchas gracias, pero es un exagerado —respondí intuyendo que el rojo de mi cara haría sombra a los famosos tomates de Liétor.

—Y este es Óscar, el piloto. Es de aquí, de Albacete, pero trabaja de piloto allí —explicó Armando.

—Un placer conocerte, Óscar.

—El placer es mío, ya tenía ganas de saber quién le había vuelto loco —respondió entre carcajadas.

—Bueno, no os entretengo más, ya iremos hablando.

—De eso nada, no creas que te vas a librar de nosotros. Queremos ir el viernes a ver los conciertos de órgano de tu pueblo. Me he enterado en el viaje de que viene Klemens Schonoor a tocar a vuestros famosos conciertos. Así que espero veros ese día.

—Vaya, no tenía ni idea de eso. Dalia, ¿sabes de lo que habla? —preguntó mirándome.

—Sí, sí, no sé quiénes son las personas que vienen, pero sí lo de los conciertos.

—Perfecto, entonces, asistiremos con vosotros a verlo. Óscar, vente tú también y cenamos luego todos —dijo Armando animado.

—Nosotros hemos reservado habitación en La Posada —explicó Claus en perfecto español con su marcado acento—, igual hay sitio para ti también.

—Vale, me apunto. Si no hay hueco para dormir, igual tengo un sitio donde los tortolitos —sonrió mirándonos.

—Por eso no te preocupes, te quedas con nosotros —respondí —. Incluso vosotros os podíais haber quedado —ofrecí a los alemanes.

—No, no, por nosotros no te preocupes, ya está reservada la habitación, pero te lo agradecemos igualmente. Ahora sí os dejamos,

que este hombre tendrá otras obligaciones y le estamos reteniendo mucho tiempo —dijo volviéndose hacia el chófer.

—Bien, nos vemos entonces.

Tras las despedidas, vimos como un coche recogía a Óscar y los alemanes se iban en el que habían contratado.

Armando me volvió a dar un abrazo y me susurró.

—No sabes las ganas que tenía de estar contigo. Mira qué te he traído.

Me enseñó un ramo precioso de tulipanes, no podía creer que no lo hubiera visto. Eran una combinación de colores entre el blanco y el rosa palo, envueltos con una cinta de rafia.

—Son preciosos —respondí cohibida.

Me había dejado sin habla. Eran mis flores preferidas desde niña. Le abracé para que no pudiera ver como mis ojos se llenaban de agua. Le besé en la mejilla, en el cuello y seguí con una sucesión de besos precipitados mientras notaba como la pasión crecía entre nosotros. Me obligué a soltarle recordando que seguíamos en el aeropuerto, prácticamente solos, sí, pero no del todo. Notaba los ojos curiosos sobre mi espalda.

—Será mejor que vayamos al coche, seguro que estás cansado.

— No sabes las ganas que tengo de llegar —me susurró al oído.

Menos mal que iba un par de pasos por delante, notaba los colores que iban subiendo a mis mejillas. Armando me agarró de la mano y soltó de repente.

—Me moría por verte.

—Armando —sonreí mientras le miraba sin saber qué decir.

—Lo siento, pero no me he podido resistir —se me quedó mirando fijamente y preguntó curioso con aire socarrón— ¿te da vergüenza?

—Confieso que un poco, sí —respondí agachando la cabeza.

—No seas tonta, ven aquí —tiró de mi mano, volviéndome hacía él. Soltó la maleta y me cogió de la cintura—. Mírame y escúchame bien, nunca sientas vergüenza de tus sentimientos, ni de expresarlos. No me ocultes lo que sientes hacia mí —me sujetó por la barbilla y subió mi cabeza para mirarme a los ojos— nunca, te lo pido por favor.

—Armando, es que no estoy acostumbrada, no soy de mostrar mis emociones. Antes cuando yo…

Me silenció poniendo su dedo en mis labios.

—Conmigo quiero que todo sea diferente y no te avergüences por ello —me besó suavemente y yo le correspondí.

El beso se hizo más profundo, casi desesperado. Sentía la necesidad de que estuviéramos juntos. Para mí era como descubrir el amor por primera vez, todo era diferente, como si lo anterior no

hubiera existido. Me asombraba sentir por primera vez esas mariposas de las que tanto había oído hablar, pero no había experimentado. Nos separamos y, cogidos nuevamente de la mano, fuimos hacia el coche. Aceleramos el paso, sentimos la urgencia de estar solos. Conseguí serenarme un poco y me senté al volante.

Durante el trayecto fuimos hablando del paisaje que se extendía ante nosotros, de los recuerdos que me traía. Armando me dejaba hablar, eso me iba relajando, aunque teniéndolo a mi lado, era bastante difícil. Tan pronto me tocaba el brazo, como apoyaba una mano en mi pierna, o me colocaba un mechón de pelo que se había escapado tras la oreja.

Por fin veíamos el pueblo.

—Mira, ahí lo tienes ¿no me digas que no es bonito? —pregunté excitada parando en el mirador.

—Lo es —respondió muy serio— pero menos que tú. Nos miramos fijamente y esta vez fui yo la que se acercó, dándole un beso lento. Sus labios eran carnosos, sensuales, cálidos. Me arrimé todo lo que la situación me permitía, repetimos el beso mientras sentía sus caricias en mi mejilla. Recordé donde estábamos y paré de repente. No quería ser la comidilla de los vecinos si pasaba alguno mientras estábamos allí.

—Dalia, por favor, lleguemos a casa o no respondo de mis actos —ronroneó con una voz grave mientras un intenso calor se apoderaba de mi cuerpo. Sus ojos destilaban deseo, me hacía sentir poderosa.

Reanudé la marcha y rogué porque no nos encontrásemos a nadie al que tuviéramos que saludar. Yo tampoco me veía capaz de esperar para estar entre sus brazos.

31

El tiempo había pasado rápido, ya solo quedaban dos días para acabar el trabajo y no volver a la fragua. Azahara estuvo toda la tarde pensando en ello ¿qué iba a hacer sin ver cada día a Ezequiel? Daba vueltas alrededor de los jardines como si fuera un león enjaulado.

Su madre observaba desde el banco más alejado, nunca la había visto tan inquieta. Le parecía que su estado tenía que ver con el hijo del herrero, no recordaba el nombre de ese muchacho. Desde que cumplía el castigo que su padre le había impuesto, había notado muchos cambios en ella, como si de repente ya no fuera una niña. No sabía si acercarse o esperar. Las veces que había intentado hablar con ella siempre acababan discutiendo. En ese momento recordó las sabias palabras de su abuela Nur, cuando ella misma y su hermana habían puesto sus ojos en quién no debían. Hacía tantos años de aquello, pero lo recordaba con tanta claridad. Le había dicho: "Las mujeres musulmanas no deben dejarse llevar por lo que sienta su corazón, su destino está marcado."

—Mamá ¿me estás espiando? —la voz huraña de su hija la sacó de su ensimismamiento. Se volvió sobresaltada.

—Hija, me has asustado —respondió llevándose la mano al corazón. Podía sentir los acelerados latidos del mismo, que ya no sabía si se debía al susto o a los recuerdos en los que se encontraba.

Azahara se dio cuenta de que su madre no mentía y bajó el tono de voz.

—Perdona, pensé que me habías visto.

Su madre prefirió no revelarle la verdad y contestó.

—Estaba abstraída en mis pensamientos. ¿Qué te pasa, hija?

—Nada —respondió secamente, aunque se arrepintió al momento de ser tan brusca.

—Hija, soy tu madre, si no me quieres contar lo que te pasa, no lo hagas, pero no creas que me engañas.

—Lo siento, estoy cansada.

Jadidya no respondió, sabía que no hablaría hasta que no quisiera. Desde niña había sido muy terca. En eso se parecía a su padre.

—Aunque no lo creas —dijo Jadidya tras unos minutos en completo silencio—, sé mejor que tú lo que en este momento está pasando por tu cabeza. —Azahara la miró sorprendida, sin dar crédito a lo que pensaba que su madre le iba a desvelar—. Hace muchos años de aquello, pero yo también me enamoré de quién no debía.

—¡Mamá! —Azahara prestó más atención a lo que le decía.

—Verás, yo también puse mis ojos sobre un muchacho que trabajaba en mi casa y… —unas voces interrumpieron su conversación.

Azahara se volvió malhumorada, iba a mandar irse a quién fuera. Precisamente ahora, cuando su madre por primera vez, le iba a revelar algo interesante.

—Al final te encuentro, sobrina trabajadora.

—Tío, pero qué sorpresa —dijo emocionada, mientras se levantaba para darle un abrazo. Se alegraba sinceramente de verlo, había pasado demasiado tiempo desde la última vez que los había visitado—, ¿desde cuándo estás aquí?

—Tenía que hablar unos asuntos con tu padre antes de veros a tu madre y a ti. Ya me contarás después qué le has podido hacer a mi hermano para que te imponga semejante castigo.

—Desobedecer —respondió Azahara bajando la cabeza. Su tío la miró siendo conocedor del motivo. La estrechó un poco más y se volvió hacía Jadidya, esta se había levantado a saludarlo.

—Muhammad, ¿cómo estás? Cuánto tiempo sin vernos. ¿Cómo está tu esposa, mi querida cuñada?

—Hace mucho que no nos veíamos, es cierto, pero he estado muy ocupado. Tenía pendiente una reunión con mi hermano por trabajo y quería ver cómo os habíais adaptado en este tiempo. Habría querido venir antes, pero no ha podido ser. Amira está bien, os manda muchos recuerdos, esperamos venir ambos de nuevo a visitaros pronto. Esta vez no me puedo quedar.

—Es una pena, pero esperaremos con ansia vuestra visita — Jadidya era sincera con sus palabras. Ambas cuñadas siempre habían tenido una estrecha relación.

—He traído unos regalos, pero antes, pequeña, quiero hablar contigo.

—Os dejo a solas, voy a supervisar que todo esté en orden. Espero, al menos, que comas con nosotros.

—Por supuesto, será un placer acompañaros.

Jadidya abandonó los jardines de forma serena, sin prisa, como le habían enseñado desde niña. Muhammad se sentó al lado de su sobrina, que era también la niña de sus ojos, ya que él tenía dos hijos varones.

—Entonces, pequeña, ¿qué me tienes que contar?

Azahara le relató su pequeña aventura, la curiosidad siempre le había traído problemillas aun sin salir de la casa. Recordaba aquella vez que la encontró hecha un revoltijo entre unas zarzas. Se había metido persiguiendo a un animal, sin pararse a pensar en lo que los pinchos harían en su ropa y en su piel.

—Siempre has llevado a cabo lo que te proponías, sin pensar en las consecuencias —le estaba diciendo su tío, mientras su madre volvía al encuentro de ambos—, eres igual de terca que un camello.

Azahara rompió a reír recordando la conversación con su madre.

—Pero ¿qué he dicho? —preguntó.

—Nada, nada, cosas nuestras —respondió la sobrina.

—La comida estará lista enseguida —avisó Jadidya que había vuelto.

—Pues antes, los regalos —dijo el tío sorprendiéndolas a ambas.

Dentro de la casa, cuando todos estaban en los dominios familiares, no hacían uso del acostumbrado protocolo. Su tío siempre se mostraba sencillo y familiar.

—Empezaré por ti, Azahara, sé que no podrás esperar. Luego le daré a tu madre unas sedas que le envía Amira, una también es para ti, de un verde tan bonito como tus ojos.

—Dale las gracias a mi querida cuñada por tomarse tantas molestias con nosotros. Y gracias a ti, por supuesto —dijo Jadidya de corazón, sabiendo que siempre venía cargado de presentes para ellas.

—Tío —dijo Azahara con su nerviosismo habitual ante las sorpresas.

—Tienes que adivinar lo que es.

Su sonrisa ante el reto que su tío siempre le proponía, le iluminó la cara como hacía mucho tiempo que no veía.

—Lo primero es para tu jardín, tiene un color y un olor que te gustará mucho —Azahara pensaba en algún tipo de flor, pero iba diciendo nombres y no acertaba ninguno, por lo que su tío le dijo— no sigas, esta vez no lo acertarás.

—¿Y eso por qué?

—Es una flor nueva, la llaman cebolla macedonia ya que procede de allí. Me acaba de mandar los primeros ejemplares mi querido amigo Ibn Al´Awwan. Su flor es amarilla por dentro y rosa por fuera, con forma de cubo. Dentro se encuentra otra bella y aromática flor.

Azahara se quedó prendada de ella en cuanto la vio. Era una maravilla, desde ese momento esperó que creciera bien en su jardín, porque estaba convencida de que sería su flor preferida.

—Ahora vamos con el segundo regalo, que se nos hará tarde y tu madre nos llamará la atención porque no entramos a comer. Aquí tienes la pista, sirve para alumbrar.

—Tío, está vez las pistas han sido muy fáciles. Un candil.

—Así es —y le entregó el paquete envuelto con esmero—. Pero no uno cualquiera, recuerda que es tu primer candil, el que iluminará

tu vida. No lo olvides nunca.

Azahara lo desenvolvió con mucho cuidado y, efectivamente, era un candil, pero no esperaba que estuviera tan profusamente adornado. El orfebre que le hubiera creado era un verdadero artesano. Llevaba inscrito su nombre y lo había decorado con motivos geométricos triangulares junto al borde. La tapa estaba unida con una bisagra y rematada con una pequeña figura, era una cría de ciervo.

Su tío esperaba que le dijera algo mientras Azahara admiraba la pieza que le había traído. Verdaderamente era una obra de arte, hasta él se había sorprendido al verlo. De hecho, le había hecho varios encargos más. Por fin, su sobrina levantó la vista del candil.

—Tío, no sé qué decirte, es tan bonito. Me ha encantado, y la nueva flor, ten por seguro que será de mis preferidas. Muchas gracias —se levantó y lo abrazó.

—Toma —le dijo metiendo la mano en su bolsillo y sacando tres dinares de oro— esto guárdalo, para cuando quieras comprarte algo.

—Gracias de nuevo, me consientes demasiado.

—Sabía que sería de tu gusto en cuanto lo vi. Ahora pasemos a comer.

32

Tuvimos suerte y aparcamos en una plaza casi desierta, algo bastante inusual que tendríamos que agradecer a la hora que era. Sacamos su equipaje y enfilamos la calle. Armando agarró mi mano de nuevo, sabía que esos ojos curiosos, que observaban escondidos tras las cortinas, nos veían. Seríamos la comidilla del pueblo durante algunos días. Aparté ese pensamiento de mi cabeza, recriminándome por ello.

No tenía que esconderme de nadie ni de nada. Por ello, agarré con fuerza a Armando hasta la entrada de casa. Dejó la maleta en el salón y le enseñe la parte de abajo. Estaba tan nerviosa que no paraba de hablar. Subimos al piso de arriba.

—¿Vamos a dormir ahí?

—Sí, es la habitación más grande, la que yo utilizo.

Entró y se quedó mirando por la ventana ensimismado.

—A la derecha —le dije señalando— hay otra habitación.

—Dejemos para después la visita de la casa —dijo interrumpiendo mi explicación y besándome de nuevo.

Fuimos andando a ciegas, entre besos y susurros, hasta llegar a la cama. Los besos seguían siendo precipitados, mi timidez no me dejaba lanzarme. Armando era paciente, me iba transmitiendo su tranquilidad y eso fue dejando de lado mis inseguridades. Empezó a desabrocharme la blusa, paró un momento para observar mi reacción. Yo me había armado de valor y le sostuve la mirada mientras le besaba dando rienda suelta a mi pasión. Fui sacando su camisa del pantalón con pequeños tirones. Nos tumbamos y esos movimientos lentos, se volvieron feroces, urgentes. Nos seguimos desvistiendo con torpeza y, tras unos breves preliminares, hicimos el amor con desesperación. Tanta pasión contenida nos había dejado exhaustos. Estábamos el uno al lado del otro, la respiración aún entrecortada. Intenté abrir la cama para taparme, ahora me daba vergüenza estar tan expuesta. Armando se dio cuenta y me atrajo hacía él.

—¿Sabes que eres muy bonita? —me dijo mirándome a los ojos mientras recorría mi cuerpo con su mano. Eso me causaba escalofríos y, a la vez, sentía que podría estar así todo el día. Sin darme cuenta había abierto la cama.

—Ya puedes meterte dentro, no quiero que te quedes fría.

Mi piel erizada hizo que me echara la sábana por encima de forma despreocupada. Me di cuenta de que él estaba cómodo con su desnudez.

—Juego en desventaja —dijo—. Me había pillado desprevenida mirándole.

—Me he quedado destemplada —respondí esperando sonar convincente.

Armando se acercó despacio a mí como un felino que acecha a su presa. Nos besamos de nuevo, sentí ese calor que subía por mis entrañas, volvimos a acariciarnos de forma paciente. Él cogió mi mano y la guio, primero por su cuerpo y después por el mío. Los dos juntos exploramos nuestros rincones e hicimos el amor nuevamente, pero esta vez de forma lenta y pausada. Saboreamos el momento hasta que la pasión nos desbordó y llegamos al clímax.

—Dalia —susurró Armando.

—Umm —respondí somnolienta.

—Te quiero.

Abrí mucho los ojos, me quedé mirándolo. Estaba despeinado, su frente estaba llena de pequeñas gotas de sudor, sus ojos tenían un brillo desconocido para mí.

—No me mires así, no espero que contestes nada —y antes de que pudiera hablar, selló mi boca con un beso que contenía todo el amor que me profesaba. Ese beso dio paso a otros, primero lentos, después urgentes nuevamente. Parecía que no íbamos a poder estar separados.

Me di cuenta de la poca luz que entraba por la ventana, se nos había ido la tarde, pero no recordaba una tan sumamente placentera.

Armando seguía tumbado a mi lado, agarrado a mí, sumido en un sopor lleno de caricias. Me pegué a él —Armando, yo también te quiero— y lo besé largamente, expresando todo ese amor que sentía, pero que hasta ahora no había sabido manifestar con palabras. Fueron besos tiernos exentos de la pasión que nos había consumido durante toda la tarde, permanecimos abrazados hasta que al final nos venció el sueño.

Noté como me zarandeaban, abrí los ojos desubicada y miré fijamente a Armando que estaba a mi lado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Cariño, tenías una pesadilla.

—No recuerdo nada, perdóname —me disculpé aletargada— ¿Te he despertado?

—Sí, pero eso es lo de menos, me has asustado. Decías un nombre, Azahara, le pedías que corriera, que huyera. ¿Quién es Azahara?

—Puede ser que la llamara, sí —me quedé pensativa mirando hacia la ventana, ya era noche cubierta.

—Es un nombre curioso ¿me lo quieres explicar?

—Es una historia larga, ¿qué te parece si bajamos a comer algo

mientras te lo cuento todo?

—¿Sabes que son las dos de la madrugada?

—Pues ahora ya sí, ¿prefieres quedarte en la cama?

—No, claro que no. ¿Estás bien? —preguntó mientras cogía mi mano.

—Sí, no te preocupes, ahora lo entenderás —me volví a mirarle divertida, observando su cara de circunstancia— o pensarás que estoy mal de la cabeza. Todo es posible.

Nos pusimos algo de la ropa que había quedado tirada alrededor de la cama y bajamos a la cocina. Abrí el frigorífico y saqué embutido, de la despensa el pan de molde. A estas horas habría que conformarse con lo que había, no era momento de hacer algo más elaborado. Dispusimos todo en la mesa de forma silenciosa, cada uno pensando en lo suyo y empecé a hablar…

—Verás, todo esto empezó con unos sueños. Por la mañana, nunca recordaba lo que había soñado, pero sí que tenía que ver con lo que me parecía una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, déjame que te cuente todo, es difícil de explicar y de creer, puedes llegar a pensar que estoy loca, hasta yo misma lo he llegado a pensar. Me hubiera planteado incluso, si tendría que ver con la medicación que estoy tomando, si no fuera porque todo empezó antes. En el viaje que hicimos a Granada, ni siquiera sé por qué elegí esa ciudad. Allí empecé a verla, aunque no estuviera dormida, no sé si era por los lugares que visitamos. Luego comprendí que quería mostrarme su vida, pero aun no entiendo por qué soy la elegida.

—¿La elegida para qué? Me estás asustando ¿Quién es? ¿Os habéis visto?

—Armando, ella no es de este siglo. Me lleva a su época, a otro siglo. Y es algo que tiene que ver con este pueblo.

Armando miraba escéptico, Dalia lo notaba, pero decidió seguir confiando que al revelarle todo, él lo entendería. Por eso no le había dicho nada a nadie, iban a desconfiar de su cordura. De pronto recordó el tema del collar, tenía que preguntar a sus padres, algo tenían que saber. Su cabeza empezaba a ser un hervidero, mientras seguía contándole a Armando toda la historia, una idea se empeñaba en tomar forma en su cabeza. ¿Y si el tema del collar había tenido que ver con la venta de la casa? Al día siguiente llamaría a su madre sin falta, esta vez iba a conseguir respuestas. Le parecía que sus padres escondían algo, pero no se había dado cuenta hasta ahora. Casi nunca mencionaban la casa, cuando les había invitado a bajar, su madre se puso nerviosa, cuando le habló de la foto, cuando le preguntó por la venta de la casa ... ¿cómo no se había dado cuenta de todo eso?

—Dalia —llamó suavemente Armando.

—¿Sí?

—Llevas un rato callada ¿qué pasa? Me estabas contando todo esto y de repente has dejado de hablar.

—Perdona, me acabo de dar cuenta de algo en lo que no había reparado.

33

Desde que su tío se había ido, hacía cuatro días, Azahara tenía en la cabeza una idea a la que no dejaba de dar vueltas. No sabía cómo planteárselo a su padre, sin lugar a dudas, la traería problemas. No podía remediarlo, necesitaba ver a Ezequiel, quería volver a la fragua. Lo echaba de menos, necesitaba sentir su mirada, esa de ojos penetrantes, ver sus fornidos brazos mientras modelada los metales, oír su risa fresca y ligera.

Decidió esperar a la hora de la cena, lo diría cuando estuvieran los cuatro, así a lo mejor, su hermano podía echarle una mano, o eso esperaba. Aunque pensándolo bien, a su madre no le haría ninguna gracia, pensaría que se había vuelto loca. Pasó toda la tarde elucubrando su plan. Estuvo en la habitación, tan pronto se tumbaba, como se levantaba. Decidió bajar al jardín a pasear y se llevó su libro por si se sentaba un rato a leer. Estaba desierto, por fortuna no había nadie que la molestara. Caminó hacia la fuente, pasó por donde habían plantado el injerto que trajo su tío. Contempló los colores y se quedó embobada disfrutando, esa curiosa forma la tenía ensimismada. No había visto nunca nada parecido. Fue hacia el banco pensando en ello. Intentó leer, pero no pasaba de las primeras líneas y ni siquiera sabía lo que había leído. Así pasaron las horas y llegó el momento de cambiarse para la cena.

Subió a su cuarto, ya no sabía qué hacer para tranquilizarse, no quería que la notaran tan nerviosa, o su madre descubriría que algo le pasaba.

Entró en el comedor de forma serena saludando a todos. Ocupó su sitio y escuchó la conversación sin intervenir. Su padre y su hermano hablaban de un viaje que emprenderían pronto. No se enteró ni cuándo, ni dónde, su mente la ocupaba el mismo tema con el que llevaba todo el día.

—Azahara, ¿qué te preocupa? ¿Por qué estás tan callada? —Su padre esperaba paciente la respuesta de su hija, pensando que desde que había estado en la fragua había cambiado mucho, había madurado de golpe. Su mujer tenía razón.

Miró a su padre, era el momento de plantear su propuesta.

—Nada, padre, pensaba en qué invertir los tres dinares de oro que me ha regalado el tío.

—Sorpréndenos —dijo su hermano interviniendo en la conversación—. ¿Qué vas a comprar esta vez? —Sin saberlo le estaba allanando el terreno.

—Pues nada, no lo quiero emplear en mí —todos los ojos se volvieron a mirarla curiosos—. Se lo quiero regalar a Ezequiel y su familia.

—¿Cómo dices? —saltó su madre alterada.

El Emir, miraba a unos y otros sin decir nada. Decidió intervenir antes de que a su mujer le diera algo.

—¿Por qué habrías de dárselo a ellos? Ya has cumplido con tu trabajo.

Su madre seguía con su retahíla, Azahara solo la miraba, pensando lo difícil que iba a ser todo. En su madre no encontraría una aliada.

—Jadidya —llamó el Emir alzando la voz— deja que hable y explique sus razones.

Un tenso silencio se hizo en la mesa, se notaba el malestar materno y la curiosidad paterna. Su hermano simplemente la miraba sonriente, pensando cuál sería la loca idea de su hermana esta vez.

—Ellos se han portado muy bien conmigo.

—Es que eres la hija del Emir —soltó la madre alterada.

Su marido la miró y calló de nuevo. Azahara prosiguió.

—Lo sé, madre, no permites que me olvide de ello —se dio cuenta de que había sonado demasiado cortante—. Lo siento —se disculpó—. Han sido atentos, me han dado los trabajos menos pesados, y lo más importante, me han cuidado como si fuera de su familia.

—Hija, eso que dices solo son tonterías —interrumpió su madre de nuevo.

Azahara no prestó atención y siguió antes de que sus fuerzas flaquearan.

—He pensado, padre, si le parece bien, en llevarles los tres dinares personalmente.

Antes de que la madre volviera a protestar por la locura de su hija, el padre preguntó.

—¿Has pensado que les puede ofender tu gesto?

—Les dejaré claro que es un regalo de mi parte por el trato recibido. Lo haré de tal forma que no se sientan molestos.

—Si es tu deseo —sentenció el padre— tienes mi beneplácito, es un gesto que te honra.

—-Pero, hija, ¿cómo se te ocurre que…?

—Madre —interrumpió Azahara— lo he pensado mucho.

—Está bien —sentenció el Emir—, si es lo que quieres, enviaremos a alguien mañana para que se lo entregue.

—Padre, es que quiero ir yo.

—Pero, niña, ¿qué estás diciendo? —su madre había dejado de comer—. ¿Por qué sigues insistiendo en ello? No sé de dónde salen

esas ideas. No les debes nada.

—Escuchadme, por favor —pidió de forma amable—. Si es un regalo que yo les hago, debo llevárselo yo. Otra cosa sí haría que se sintieran ofendidos, ¿no lo cree padre?

—Tienes razón, pero es que mañana no te podemos acompañar, tenemos otros asuntos que atender.

—Omar me acompañará. No nos pasará nada, todos saben quiénes somos y además…

—Déjame pensarlo, Azahara. Veré quién te acompaña —sentenció el padre.

Decidió callar y esperar, aunque la incertidumbre le comiera viva. Había aprendido la lección, no debía insistir más o su plan se iría al traste.

—Está bien, padre.

Y ahí se zanjó la conversación mientras acababan de cenar en silencio.

A su madre no le hacía ninguna gracia, pero no quería tener otra discusión con su marido en tan poco tiempo. No pensaba que él diera el visto bueno a este último capricho de la niña, pero hasta que no dijera nada al respecto, no se quedaría tranquila.

Esa noche, ni madre ni hija pudieron pegar ojo, y por la mañana todo empeoró. Su padre le daba permiso para ir con el eunuco a la fragua. La madre se opuso, pero sabía que cuando una decisión estaba tomada, no había marcha atrás. Intentó hablar con su hija, pero ésta estuvo perdida durante buena parte de la mañana, esquivando el consabido enfrentamiento. A la hora de irse, salió acompañada del eunuco y, antes de que su madre pudiera hacerla ningún reproche, Azahara la sorprendió dándole un beso y diciéndole que no se preocupara, que estaría de vuelta antes de que se diera cuenta. Jadidya la vio marcharse. No entendía cómo este asunto se le había escapado de las manos.

Al llegar encontró a todos trabajando, no les habían oído llegar con tanto golpe de martillo. Azahara alzó la voz.

—Buenos días tengan todos.

Ezequiel, incrédulo, levantó la voz descuidando su tarea.

—Pero ¿qué narices haces? —Se oyó rugir a su padre, con otro martillo en alto.

—Perdón, padre, tenemos visita.

—Ya veo ya, si me hubiera despistado como tú, ahora tendría la mano aplastada bajo mi martillo. ¿Es que no te he enseñado nada?

Al oír voces, la madre había salido a ver qué pasaba, por qué había tanto alboroto.

—Perdonen la intromisión, es que venía a traerles algo —metió la mano en la bolsa de tela que traía y extrajo las tres monedas.

—¿Esto qué es? —preguntó el padre mirándola directamente.

—Tres dinares de oro.

—¿Y para qué los queremos nosotros?

—Déjala que se expliqué —ofreció la mujer, mirándola interesada mientras se secaba las manos en el ajado delantal

—Es un regalo.

—¿Por qué?

—Padre, está siendo un poco brusco con ella —susurró su hijo para que solo él pudiera oírlo.

—Niña, contesta, que no tenemos todo el día.

—Pues verá —se animó a hablar, sintiendo que le fallaba la voz, pero sin dejar que le amilanasen— se portaron muy bien cuando estuve aquí, sé que fue una imposición por parte de mi padre y que hubieran preferido no tener a nadie incordiando todo el tiempo. Sé que molesté más de lo que ayudé. Por ello, vengo a traerles estas monedas, que no son de parte de mi padre, ni son suyas. Mi tío me las regaló hace unos días.

Todos la miraban expectantes y fue la madre la que rompió ese tenso silencio. Sabía que su marido no las aceptaría, pero no sabía cómo rechazarlas sin parecer desagradecido.

—Pasa dentro conmigo, niña, dentro de poco pararán a comer y ya hablamos tranquilamente.

Azahara le agradeció el gesto y llamó al eunuco para que se acercara. Le mandó a casa para que avisara de que se demoraría. Debía decirle a su madre que estaba con la señora de la casa, que volviera después de comer a buscarla. El eunuco intentó hacerle comprender que eso no le gustaría a su madre, pero también sabía que caía en saco roto. Maldecía la hora en la que le había tocado venir a acompañarla, siempre se acababa metiendo en algún problema.

—Escúchame bien, no vengas antes de la hora que te he dicho, o van a pensar que no nos fiamos de ellos, explícaselo bien a mi madre —y repitiéndole eso de nuevo, le fue empujando suavemente para que se fuera.

Seguidamente entró en la casa detrás de la madre. Ésta había esperado paciente a que terminara de hablar con ese hombre tan raro que siempre le acompañaba como si fuera su sombra. Detrás, entraron Ezequiel y su padre. Habían parado antes la faena para no hacerlas esperar.

Comieron en silencio hasta que Azahara, armándose de valentía, les pidió que aceptaran su regalo como lo que era, una muestra de agradecimiento por su parte.

—Pues que así sea —agradeció Ezequiel.

Sus padres le miraban expectantes, su madre no entendía por qué lo había aceptado, cuando sabía que su padre no estaría de

acuerdo. Pero él, por debajo de la mesa, agarró la mano de su madre, ella entendió que luego se lo explicaría.

—Todo estaba muy bueno —reconoció Azahara.

—Gracias, niña, pero no era nada. Nosotros nos tenemos que ir, otro de nuestros hijos nos espera para que le ayudemos.

Azahara se dio cuenta de que la estaban invitando a irse, pero esto no hacía más que favorecer sus planes.

—¡Oh, vaya! Tengo que esperar a que vengan a recogerme, no sé por qué se habrá retrasado —respondió de forma inocente mirando solo a la madre.

Estaba apurada, no quería atreverse a echarla sin más. Pero tampoco podían retrasarse, tenían faena pendiente.

—Madre, no se apure, yo estaré en la fragua y ella se puede sentar fuera y esperar —dijo Ezequiel esperanzado.

Aunque ninguno de sus padres lo aprobara, prueba de ello era la mirada que el progenitor dedicó a su mujer, decidieron salir y como solía decir la madre, que fuera lo que Dios quisiera.

Y así ambos, por primera vez, se encontraron solos sin ninguna vigilancia.

34

Le acabé de explicar a Armando toda la historia, él estaba callado y me di cuenta de que no sabía qué decir. No me extrañaba, era difícil de creer para cualquiera.

—Sé que suena a locura, a mí me lo parecería si estuviera en tu lugar.

—Lo siento, Dalia, no es que no crea en tu palabra, pero suena tan raro.

—Ya lo sé, por eso no se lo he contado a nadie.

Nos quedamos en silencio, Armando notó mi tristeza.

—Cariño, escúchame —dijo Armando levantando mi barbilla con la mano— ¿por qué no vamos a dormir y mañana hablamos de todo esto? Déjame consultar con la almohada —soltó para destensar el ambiente.

—Sí, vayamos a la cama, mañana recogemos todo esto, ahora no me siento con fuerzas. A primera hora hablaré con mis padres, si ellos saben algo, esta vez no me lo van a ocultar.

Subimos y nos acostamos. Armando se durmió enseguida, se le notaba el cansancio. Por el contrario, yo, seguía dando vueltas a la llamada del día siguiente.

El amanecer me sorprendió en la cocina poniendo orden. Al rato bajó Armando, me pareció sobresaltado y, al preguntarle que le pasaba, me confesó que había soñado con Azahara. Eso le había hecho despertarse desorientado. Necesitó serenarse un poco para decirme lo que ella le pedía literalmente: “Cuídala, ella te necesita en su vida para encontrarme”. Él pensó que yo sabría que quería decir, pero no era así. Me pidió un analgésico que fui a buscar enseguida, tenía dolor de cabeza, por lo visto no había dormido nada bien. Desde que había llegado, apenas habíamos dormido ninguno de los dos por el ansia de estar juntos. Y para una noche que lo hacíamos, Azahara llenaba nuestros sueños.

—Dalia, he estado pensando antes de bajar en lo que ella ha dicho. Me he dado cuenta de lo que siento por ti. Eres una mujer inteligente, divertida y hermosa. Sé que estás llena de inseguridades, en parte debido a ese matrimonio infértil.

Me quedé mirándole sin saber que decir, me limité a abrazarlo esperando mostrarle mis sentimientos. Permanecimos un rato así, en silencio, mientras notaba sus caricias en mi espalda. Una lágrima silenciosa corría por mi mejilla, fruto de la felicidad. Armando me miró y me confesó que quería creer en toda esta historia y saber

dónde nos llevaba. Hablaría con su jefe, para quedarse unos días más, aunque fuera trabajando desde aquí, o quedándose más horas a la vuelta.

No le dije nada, pero me gustaba la idea. Mi cabeza estaba en otro sitio. Le di la mano y le dije que quería enseñarle algo. Salimos al pasillo y le mostré la pared.

—Dalia, cariño, ¿qué miramos?

—Ha salido una humedad enorme, hay trocitos de pared en el suelo ¿no lo ves? Ayer no estaba, al menos yo no vi nada cuando entramos.

—Déjame ver —pidió—. Habrá que avisar a algún fontanero y al vecino. El grifo se habrá quedado abierto o alguna tubería se habrá reventado, porque una fuga pequeña no produce semejante avería en la pared.

—Es lo primero que he hecho en cuanto he bajado y lo he visto. He ido a avisar al vecino que tiene la llave. Los dueños vienen en verano, en Semana Santa, puentes, no es su vivienda habitual. Pero resulta que tienen el agua cortada cuando no residen en la casa, así que no sé de dónde proviene esto, pero de la casa de al lado no es.

—¿En serio? ¿Cómo puede ser? —Ambos nos miramos pensando lo mismo, aunque no lo verbalizamos, ¿tendría Azahara algo que ver con esto? —. Desayunemos y luego avisamos al fontanero.

—Ya lo he llamado y hasta el lunes no puede venir.

—¿Cómo?

—Recuerdas que esta tarde es el concierto de órgano “Francisco Navarro”, ¿no?

—Sí, al que iremos con Klaus y Amadeus.

—Eso es, se realiza en el antiguo Convento de las Carmelitas, donde también se ha averiado una tubería y quieren que esté todo listo antes del comienzo.

—Vaya, qué casualidad, ¿no hay más fontaneros?

—Sí, me han dado otro teléfono, pero no contesta nadie.

—Bueno, no te preocupes, ya encontraremos una solución.

—Esperaremos hasta el lunes si no va a más.

—Y dime —cambió de tema Armando—, ¿a qué hora es? ¿Quién viene?

Intuí que lo hacía para que no me preocupara más.

—Es a las ocho de la tarde, viene un organista y compositor alemán llamado Jürgen Essl. Tengo un papel informativo por algún sitio, con las personas que vienen cada día. Tiene bastante fama, este año se celebra la trigésimo séptima edición.

—Suena interesante.

—Seguro que lo es.

—¿Qué es lo que te preocupa Dalia?

—No dejo de dar vueltas a toda esta historia. Esperaba un poco para llamar a mis padres. No quería asustarlos llamando demasiado pronto, pero…

—Hazlo ya y sal de dudas —me cogió la mano infundiéndome el apoyo que necesitaba—. Después saldremos a dar un paseo para que me enseñes el pueblo. Haremos tiempo hasta la hora de la comida ¿te parece?

—Buena idea. Van a pensar que te tengo secuestrado.

—Seguro que lo entienden —sonrió juguetón y se acercó para besarme.

—Sube a la ducha o no saldremos nunca, voy a por el teléfono —me levanté alborotándole el pelo y fui a por el móvil. Marqué el número y, mientras esperaba, oí el agua correr arriba. Tras tres tonos escuche la voz de su madre.

—Dalia, ¿cómo estás?

—Bien, mamá ¿y vosotros?

—Pues como ayer, hija. No esperaba tu llamada ¿Llegó bien tu amigo?

—Sí, mamá.

—Te noto algo rara, ¿qué pasa?

—No es nada, es que hoy cuando me he levantado había una humedad enorme en la pared.

—No me digas, pero qué fatalidad.

—¿Qué pasa? —oyó Dalia a su padre por detrás preguntando.

—Que la niña dice que tiene una humedad en la pared. Ya le iba a decir yo que llame a la dueña para informarle.

—¿En la pared de la entrada? —volvió a oír Dalia a su padre.

—No sé, Eduardo, la niña no ha dicho dónde.

—Mamá, —dijo Dalia cortando a su madre— pon el altavoz, por favor. ¿Me oís los dos?

—Claro, hija —respondieron al unísono.

—Papá, ¿me estás ocultando algo?

—Pero, Dalia, hija —oyó decir a su madre

—¿Papá? Yo no he dicho dónde estaba la humedad, ¿cómo lo has sabido? Llevo días queriendo hablar con vosotros, por algo que me está pasando.

—Hija, me estás asustando —dijo mi madre, mientras mi padre permanecía callado. Tras el embarazoso silencio, por fin, contestó.

—Verás, Dalia, es que en ese pasillo ya salían humedades desde que yo era niño. Ya sabes que allí el sistema de construcción es diferente y, por lo tanto, las tuberías a veces pasan por sitios por dónde ahora ya no pasarían.

—Papá, pero hay algo más, tú lo sabes —advertí.

—Eduardo, ¿qué está diciendo la niña? —gritó mi madre—.

¿De qué habláis?

—Nada, Natalia, ya sabes que tiene una imaginación muy viva.

—Entonces, papá, del collar de las monedas ¿no sabes nada?

—¿De qué collar habla Eduardo? —preguntó mi madre interesada.

—Del que lleva la abuela en la foto —respondió Dalia.

— Ese collar no traerá nada bueno. Déjame que te cuente la historia.

35

Estaban solos sin pretenderlo, por fin lo habían conseguido. No sabían qué hacer o decir, pero estaba claro que era el momento de ser valientes y confesar lo que sentían. No tendrían más oportunidades, de eso estaban seguros.

—Azahara, yo —Ezequiel se tocaba nervioso la barba.

—Ezequiel, me alegro tanto de que nos volvamos a ver. No te imaginas lo difícil que ha sido. No creí que me dejaran venir a traerte las monedas.

—Sé que no disponemos de mucho tiempo, pero yo quería decirte lo mucho que te he echado de menos. Verte todos los días aquí, con nosotros…ha sido… nunca pensé que en tan poco tiempo… no he podido dejar de pensar en ti —Ezequiel nervioso, se retorcía las manos sin parar— Es una osadía por mi parte, espero que no te lo tomes a mal, no podría imaginar que alguien cómo tú se fijara en mí, pero al menos te lo tenía que decir.

Azahara le observaba mientras hablaba, sabía que le estaba costando mucho decir aquello, pero a la vez se sentía feliz. Sus sentimientos eran los mismos, aunque ella todavía no se lo había confirmado.

—Ezequiel, yo también te he echado de menos.

—¿Lo dices por no hacerme quedar mal?

—No, ¿cómo se te ocurre? ¿Crees qué podría decir algo así si no lo sintiera? —Azahara miraba nerviosa hacia fuera, esperando en cualquier momento que llegaran a buscarla—. Yo tampoco puedo estar sin verte.

—Azahara, pero —le costaba pronunciar las palabras— ¿eres consciente de que esto no puede llegar a ningún sitio?

—Si no lo intentamos, no lo sabremos.

—¿Te has vuelto loca? ¿Sabes de quién eres hija?

—Sí, lo sé. Si no están de acuerdo, huiremos juntos.

—Azahara —Ezequiel no daba crédito a lo que ella decía— no lo permitirán. Yo no podré darte la vida a la que estás acostumbrada.

—A mí no me importa.

—¿No lo entiendes? Solo soy un herrero y tú la hija de un Emir. Por más que nosotros queramos que ocurra, no estamos destinados a estar juntos.

—No renunciaremos sin hablar con ellos. Al menos concédeme eso.

—Ni siquiera tenemos la misma religión, ni las mismas costumbres —Ezequiel se quedó callado. Dudaba si había hecho bien descubriendo sus sentimientos.

—¿Por qué me dices eso ahora? —Azahara estaba a punto de romper a llorar—. Si realmente me quisieras, estarías dispuesto a luchar por mí. No disponemos de mucho tiempo, volverán enseguida a buscarme. Eso si no se presenta mi madre en persona.

—Azahara, ¿crees que me arriesgaría a confesarte algo así si no lo sintiera? —Ezequiel le había cogido ambas manos y las acariciaba con suavidad, sabiéndose el hombre más afortunado—. ¿Sabes lo que me ha costado confesarlo? Llevo días pensándolo sin creer que pudiera tener nunca la oportunidad de decírtelo. Y hoy, cuando te he visto llegar… el quedarnos solos ha sido lo que me ha hecho lanzarme, pero al decirlo en voz alta, me doy cuenta de que es una locura. Y nunca, óyeme bien, nunca pensé que mi amor hacia ti pudiera ser correspondido —Azahara lo miraba sin articular palabra—. No había sentido algo tan fuerte por nadie.

—Ezequiel, intentémoslo —rogó Azahara.

—Es una locura —repitió—, no nos apoyarán en esto, pero si tú quieres, yo hablo con ellos —respondió con valentía.

Antes de poder arrepentirse vieron a lo lejos aparecer a su madre, venía acompañada del eunuco. Se levantaron, soltaron sus manos y salieron antes de que ella se acercara.

—Madre, ¿qué haces aquí? —Azahara preguntó dulcemente ya que veía el enfado reflejado en sus ojos.

—Buenas tardes, vengo a buscarte porque tú deberías haber vuelto antes a casa.

—Me invitaron a comer y no me pareció bien rechazar el ofrecimiento.

—Claro, hija —contestó su madre visiblemente ofuscada—, no querías ser descortés.

—Ezequiel es tu nombre, ¿no? —preguntó volviéndose hacía él.

—Sí, señora.

—¿Puedes decirles a tus padres que salgan? Quiero agradecerles en persona su amabilidad para con mi hija.

—Señora, ellos en este momento…

—Mamá, ahora no pueden salir porque están muy ocupados —cortó de golpe Azahara, no quería que su madre se enterara de que no estaban si podía evitarlo—. Es mejor que nos vayamos y que su hijo se lo diga de tu parte.

—Está bien, no queremos molestar más, confío en que les des las gracias.

—Claro, no se preocupe. Azahara, cuando tenga tu encargo te lo haré llegar.

—Gracias —volviéndose hacia su madre, la apremió para que esta no pudiera preguntar sobre el encargo—. Vamos mamá, que están muy atareados.

—Sí, sí.

Se encaminaron los tres de vuelta a su casa, Azahara pensando qué le habría querido decir Ezequiel, y su madre desconfiando desde el momento en el que Azahara no había ido a comer. No sabía si la estaba ocultando algo, pero tampoco quería preguntárselo para no empezar una nueva discusión. Fueron la mayor parte del camino en silencio. El eunuco las seguía el paso detrás, deseando ser invisible.

Al llegar, antes de que Azahara pudiera escaquearse, la madre, pillándola por sorpresa, le dijo:

—Quiero saber qué es lo que está pasando.

—¿Por qué?

—Ocultas algo y sé que tiene que ver con ese chico.

—Está bien, mamá, pero no te va a gustar lo que te voy a decir. Por eso te pido que me dejes contártelo todo.

—Te escucho —trató de serenarse, aunque tenía los nervios a flor de piel. Sabía que su intuición no le estaba fallando.

—Estoy enamorada de Ezequiel.

—¿Qué estás diciendo? Te has vuelto loca —se levantó frotándose las manos, no podía parar quieta—, no sabes de lo que hablas. No quiero que le vuelvas a ver, ¿me oyes? Eso ya te lo estás quitando de la cabeza.

—Escúchame al menos, me dijiste que lo harías.

—Pero es que no sabes lo que dices. Eso no es amor, es un capricho por el tiempo que habéis estado juntos. En cuanto dejes de verlo un par de días, se te pasará.

—Yo sé que no es así. Él siente lo mismo.

—No puede ser, venís de mundos distintos, ¿es que no os dais cuenta?

—Sí, pero…

—No, Azahara. No quiero ni pensar lo que diría tu padre. Eso es imposible. Vete a tu cuarto y no quiero hablar más de este asunto, te lo advierto.

—Eso es injusto, mamá.

—No insistas, no voy a hablar más de ello —dijo muy alterada — no me hagas tomar otras medidas. No puede ser, no estáis hechos para estar juntos, no tenéis nada en común, no procedéis del mismo sitio, no sois de la misma cultura, ni de la misma religión. Eres la hija del Emir, pero ¿no te das cuenta?

Azahara decidió irse, no iban a llegar a ninguna parte, pero ella no pensaba olvidarlo. Si no podían estar juntos porque ellos no lo aprobaban, se escaparía con él. Se alegraba de que su madre se

hubiera olvidado de preguntarle del encargo que él había mencionado.

El resto del día no salió de su cuarto, ni su madre vino a buscarla. Al no estar su padre y su hermano, cada una cenó en su habitación. La madre daba vueltas al mismo tema y pensaba que la debía tener vigilada, para que no volvieran a verse. Confiaba en que se le pasaría. Ella tenía a su hija por una niña inteligente, aunque era cierto que siempre había sido muy caprichosa. Buscaría cosas que pudieran hacer juntas, para que se olvidara.

Lo que no sabía era que Azahara hacía precisamente lo contrario, pensaba la forma de volver a estar juntos.

Al día siguiente, su madre le propuso ir a por unas telas para hacerse unos vestidos nuevos. Fueron hasta el zoco, Azahara no se había opuesto, no quería volver a la conversación del día anterior. Compró varias cosas entre los distintos puestos por los que pasaba. En el de las telas, eligió una de su color favorito, el verde. Su madre escogió otros colores para ella, en azul, granate…

Volvieron a casa comentando por el camino los nuevos puestos que habían encontrado. Esperaban a su padre y a su hermano para la hora de comer.

36

Estaba perpleja, apoyada en el brazo del sofá, con el teléfono en la mano. Escuchaba los pasos de Armando, seguro que estaba saliendo de la ducha. Dejé el móvil y subí. Lo encontré con la toalla atada a la cintura, a medio secar, por lo que me quedé mirando las gotas de agua que descendían por su torso. Trazaban unas curvas sinuosas y provocativas. Tenía un cuerpo fibroso, cuidado, pero sin excesos. Sentí un tirón en mi interior, notando como afloraba el deseo. Se secaba el pelo con otra toalla por lo que aún no se había dado cuenta de que tenía una admiradora. Me puse detrás de él y le besé la espalda mojada.

—Cariño, no te había oído subir —se dio la vuelta y me besó, fue un beso ligero y dulce.

—Será mejor que me duche ahora mismo o llegaremos tarde.

—¿Qué te dijeron en tu casa? ¿Descubriste algo nuevo?

—No mucho, por la noche te lo cuento —dije pasando al baño sin esperar más. Quería olvidarme un poco del tema.

Armando me notó rara, pero no insistió. Entré en la ducha y abrí el agua, me situé debajo dejando que cayera sobre mí. Estaba ensimismada hasta que noté su cuerpo detrás.

—Armando —grité— qué susto me has dado.

—Quería cambiarte ese rictus de preocupación.

Antes de que pudiera decir nada, me silenció con un beso, mientras sus manos descendían por mi cuerpo lentamente. No tuve tiempo de pensar en su desnudez total a pleno día, algo que me habría subido los colores. Las caricias fueron aumentando el deseo, los preliminares, aunque breves, estaban poniendo a prueba muestro aguante. Me agarré a su cuello y enrosqué las piernas alrededor de su cadera. Él aprovechó el movimiento para introducirse en mi interior entre lentos gemidos que acallamos con besos.

Al acabar sentí flaquear mis piernas al posarlas en el suelo. Era la primera vez que había disfrutado tanto en la ducha. Nunca antes lo había experimentado. Con Armando todo había sido tan distinto. Él se aclaró y yo lo eché de allí entre risas, o no saldríamos nunca.

—Está bien, te dejo. Por mí podríamos posponer la comida —dijo entre risas.

—Ni se te ocurra pensarlo, ¿qué pensarían de mí tus amigos?

—Que también me has echado mucho de menos —respondió socarrón.

Me hice la sorda, extendí el champú sobre mi pelo y dejé que el

agua me lo fuera aclarando poco a poco.

Cerré el grifo, me enrollé la toalla y salí restregándome con prisa. Me sentía feliz, más que nunca. Podría vivir siempre así, con él todo era tan fácil. Me extrañé de las ideas que cruzaban mi mente.

Armando me estaba mirando. Me cogió de la mano y me dijo que tenía un cuerpo precioso del que no era consciente, no quería que me avergonzara de mi desnudez delante de él. Yo seguía cubierta con la toalla, que aferraba como si la vida me fuera en ello, tratando de disimular sin conseguirlo. Me dio un beso y salió para dejarme una intimidad que sabía que necesitaba para secarme y arreglarme.

Me puse un vestido informal que me gustaba mucho, me maquillé con ligereza y me peiné levantando un poco las puntas. No podía creer que estuviera lista en tan poco tiempo, con tan buenos resultados.

Armando esperaba. Me fijé en lo guapo que estaba con esos pantalones chinos en azul marino, a juego con los mocasines y la camisa en azul cielo. Aún tenía el pelo ligeramente mojado y lo había peinado con las manos, lo que le daba un toque travieso. Estaba para comérselo, pensé mientras le sonreía.

—¿Qué es tan divertido? —se aventuró a preguntarme.

—Nada, no sé qué estaba pensando —contesté, haciéndome la despistada mientras buscaba mi bolso. Lo encontré y salimos juntos a la calle.

Al llegar a La Posada, nos encontramos a Maruja, nos saludó nada más vernos y le presenté a Armando. Los demás aún no habían llegado.

—Me alegro de conocerte, ¿queréis algo en lo que esperáis a los que faltan?

—Claro, ¿una cerveza, Dalia? ¿O te apetece otra cosa?

—Eso está bien. Vamos a sentarnos ahí —indiqué, comprobando que la mesa que tanto me gustaba estaba vacía.

—Qué sitio tan bonito — dijo mientras observaba las vigas del techo.

La puerta se abrió y entraron Klaus y Amadeus.

—Estamos aquí —dijo Armando.

—Amigos, ¿cómo estáis? —respondió Klaus.

—Muy bien, ya nos ves. Sentaos, que nos tomamos algo antes de comer —ofreció Armando.

Me había levantado a saludarlos, estaba un poco cohibida porque no les conocía, pero tenían pinta de ser buena gente. Me fijé en que ambos eran altos, muy rubios y más corpulentos que Armando. Recordé a mi amiga canaria, ya que siempre que se encontraba con alguien así decía “Ay, mi niña, este hombre es lo que nosotros llamamos un armario ropero en toda regla”.

Mientras tomábamos la cerveza comentamos cómo les había ido en el coto de caza. Al día siguiente, estaban invitados a un cóctel.

—Veníos —nos propuso Klaus—. Será divertido. Os podéis quedar en el mismo hotel que estamos nosotros a pasar la noche.

—Me parece buena idea. ¿Tú que dices, Dalia?

—Sí, como tú quieras. Parece un buen plan —no estaba muy convencida, me costaba hacer planes con gente a la que apenas conocía, pero si eran amigos de Armando, no podía ser descortés. Además, eran muy atentos y se comportaban de forma totalmente natural, como si todos fuéramos viejos conocidos.

Pasamos al comedor, pensé que debía relajarme y disfrutar de la buena compañía. Recordé que el día que decidí emprender esa nueva vida, prometí ser una persona más sociable, más aventurera y conocer a más gente. Esta era mi oportunidad.

La pregunta de Klaus me sacó de mis pensamientos.

—Perdona, ¿qué me decías? —respondí solícita.

—Te decía que ¿desde cuándo vienes a este pueblo?

Les fui contando lo que me unía a Liétor. Mientras, nos sentamos y empezaron a servirnos los platos típicos, que es lo que habíamos pedido. Ellos querían probar la gastronomía de la zona.

—Todo está muy rico —alabó Amadeus, que era el menos hablador de los dos— y qué diferentes de las comidas a las que estamos acostumbrados en nuestro país.

—Es cierto —confirmó Klaus—, somos afortunados de poder probar tantas cosas diferentes dependiendo de dónde nos encontremos. Qué interesante todo lo que nos has contado, es una suerte entonces que justo hayas decidido volver ahora. Si viviera mi abuela, que era española, hubiera dicho, “por algo ha de ser”. Ella siempre decía que todo pasa por algo.

—¿Tu abuela era española? —preguntó asombrado Armando—. Nunca me lo habías comentado.

—Pues sí, de un pueblo de Huelva, llamado Moguer.

—El pueblo de Juan Ramón Jiménez —soltó Dalia sin pensarlo.

—¿De quién? —preguntó Klaus curioso.

—Perdonad, era un escritor que nació allí. Su libro Platero y yo, me ha acompañado desde mi infancia.

—Dalia es escritora de novelas juveniles —aclaró Armando.

—Qué interesante, eres una caja de sorpresas.

Seguimos hablando, les expliqué un poco a lo que me dedicaba. Luego ellos hablaron del trabajo de su empresa. Así llegamos al café, después de una estupenda comida y una charla entrañable, donde perdí mis miedos y me encontré tan cómoda como si les conociera hace años. Maruja llegó acompañada de un buen plato de hojuelas con miel. Todos las disfrutamos con deleite. Así se lo hicieron saber al

acabar.

—Maruja, estaba todo delicioso —alabó Dalia.

—Me alegro que os haya gustado, supongo que será muy diferente a lo que acostumbráis a comer.

—Realmente, sí —confirmó Amadeus con ese acento tan marcado—, pero estaba delicioso.

—Veréis el concierto ¿no?

—Sí, señora. Uno de los organistas es alemán y nosotros somos fieles seguidores. Siempre que tenemos oportunidad lo vamos a ver. Pero antes de que empiece, queremos que Dalia nos enseñe el pueblo. Daremos un paseo y así bajamos la comida.

—¿No queréis dejar la maleta antes?

—No, no se preocupe, solo hemos traído una pequeña bolsa cada uno. Antes del concierto vamos a recogerla al coche y la traemos.

—Cuando queráis, ya tenéis las habitaciones listas.

Dicho esto, nos despedimos y salimos los cuatro camino de los miradores, que era una de las zonas que más me gustaban. Óscar al final no había podido venir, pero sí asistiría al cóctel que ofrecía el anfitrión del coto.

Les gustó mucho todo lo que vieron, admiraron que un pueblo pequeño contara con tanto patrimonio. Y tras dejar su pequeño equipaje en la habitación, fuimos al convento para disfrutar del concierto.

Salieron entusiasmados, nos dijeron que Jürgen no defraudaba nunca. Le habían felicitado personalmente, en su propia lengua. Y habían tenido la oportunidad de conocer quién vendría en los siguientes fines de semana, sintiendo no poder estar para escucharlos.

Siguieron comentándolo mientras íbamos a cenar. Yo me disculpé un momento, quería acercarme a casa, pero les aseguré que no tardaría. Armando me preguntó si me acompañaba, al decirle que no era necesario, aprovechó para decirles que pensaba quedarse unos días más. Según me alejaba, seguía oyendo su conversación, por lo que también escuche como les explicaba lo de la avería de la casa.

37

Ezequiel no pensaba quedarse con los dinares que Azahara le había regalado y así se lo hizo saber a sus padres. Les dijo que los iba a unir para hacer un collar y se lo llevaría.

Ellos estaban de acuerdo en no quedárselos, no así, con presentarse en casa del Emir con el regalo.

—Hijo, ¿qué es lo que está pasando? —Rebeca esperaba una explicación que ella intuía, como ya le había dicho a su marido.

Ezequiel ya no podía, ni quería obviar más la conversación con sus padres.

—Sentaos un momento —pidió.

Su madre se dio cuenta de que era peor de lo que imaginaba, de que esto iba más en serio de lo que ella creía. No le gustaba, sabía que no acabaría bien.

—Estamos enamorados —soltó sin rodeos.

—Pero ¿qué dices, muchacho? —Su padre le miraba sin comprender lo que estaba pasando.

—Padre, Azahara y yo estamos enamorados, queremos decírselo a sus padres. Lo hemos estado hablando, sabemos que es difícil, pero al menos queremos intentarlo.

Simón miraba a Rebeca, no entendía como habían llegado a esto. A él le gustaba la vida tranquila que llevaban, en su fragua, con su trabajo, sin tener conflictos con nadie. Y ahora, se encontraba en esta situación.

—No sabes lo que dices —amonestó Simón a su hijo—, eso no es posible, no sois iguales. Es que ¿no podías haberte fijado en alguna de las muchachas de aquí? El Emir no consentirá vuestra unión, es su hija. Piénsalo bien —aconsejó Simón derrotado—, esto no va a traerte más que problemas.

—Padre, hemos de intentarlo al menos —repitió Simón.

Su padre se levantó tirando la silla, se iba a trabajar, no podía hacer nada para convencerle. Ya era adulto para tomar sus propias decisiones, si pensaba que tenía alguna oportunidad, estaba equivocado, pero él no podía sacarlo de su error. Pensó en hablar con sus otros dos hijos ya casados, para que aconsejaran a su hermano, pero se dio cuenta de que no serviría de nada. Conocía a Ezequiel y había visto en sus ojos su determinación. Que Dios los ayudara.

Rebeca agarró a su hijo del brazo pidiéndole prudencia, pero descubrió lo mismo que su marido. La decisión estaba tomada, tenía miedo de lo que estaba por venir, pero no se atrevió a decirlo.

Ezequiel salió tras su padre a trabajar. Toda la mañana transcurrió en un silencio sombrío, la comida no mejoró el ambiente. Ezequiel aprovechó parte de ese tiempo para ensamblar las monedas. Le quedó un trabajo precioso, más fino de lo que ninguno hubiera pensado. En la fragua, todo lo que se hacía eran cosas grandes, que no requerían de la precisión del orfebre, pero su hijo siempre había sido muy perfeccionista. No era la primera vez que había hecho este tipo de trabajos, puesto que, para el cumpleaños de su madre, le regaló una especie de alianza sencilla, pero muy bonita, aun exenta de materiales preciosos.

Por la tarde, cuando hubo acabado el trabajo, les comunicó a sus padres que se iba a casa de Azahara, le entregaría el regalo e intentaría hablar con sus padres. Simón y Rebeca no dijeron nada, ya le habían dicho su parecer.

En casa de Azahara, las cosas no iban mucho mejor, pero eso Ezequiel no podía saberlo. Se puso en camino antes de que se le hiciera más tarde. Llevaba el regalo envuelto en un trozo de papel del que su madre usaba para envolver las sábanas. Iba nervioso, pero quería hacer las cosas bien, no quería que Azahara, que era más impulsiva, fuera a irse, porque entonces ya no tendrían más opción que la de escapar.

Caminó a buen paso, por lo que no tardó mucho en llegar, dijo en la entrada quién era y que venía a hacer una entrega, por lo que no tuvo problema para pasar, ya que era de sobra conocido.

En el comedor, se encontraban los cuatro miembros de la familia, que se volvieron al oírlo. Azahara se fue a levantar de la mesa, pero su madre la retuvo agarrándole del brazo.

—Buenas tardes —saludó Ezequiel.

—¿Qué te trae por aquí? Que yo sepa, no teníamos ningún encargo pendiente —dijo el Emir.

—No se equivoca, no lo tenía. Azahara vino a mi casa a traernos tres dinares de oro como regalo, pero ni mis padres ni yo queremos aceptarlo —vio las miradas inquisidoras, pero ahora no podía echarse atrás. Sabía que no tendría más oportunidad de explicar lo que había venido a decir—. Ella ya cumplió con su trabajo, por lo tanto, no nos debe nada. Me he tomado el atrevimiento de hacer algo para su hija.

—Y ¿qué es eso que has hecho? —preguntó el padre.

Ezequiel metió la mano al bolsillo y estiró con mimo el delicado papel azul. Se acercó con la mano extendida hasta donde estaba Azahara. Esta lo cogió y lo desenvolvió con ternura. Sus ojos contemplaron el tosco collar y se anegaron en lágrimas. Levantó la vista hacia él y le dio las gracias.

—Es muy bonito.

—¿Tienes algo más que decir? —preguntó el padre.

Azahara movió negativamente la cabeza, mientras dos lágrimas bajaban por las mejillas.

—Sí, señor, vengo a pedirle la mano de su hija.

El Emir prorrumpió en carcajadas, tenía que concederle valor al chico para presentarse en su casa y proponer semejante disparate.

La madre miraba a su marido, tenía miedo de lo que vendría a continuación.

—¿Tú? ¿Un insignificante herrero que pretende la mano de la hija del Emir?

—Padre, yo también le quiero —se pronunció Azahara.

—Tú no tienes nada que decir. Y tú —dijo retando con la mirada a Ezequiel—, ya estás saliendo de mi casa si no quieres que te saquen mis guardias a patadas.

—Señor, yo no pretendo insultarlo, pero…

—¿No lo pretendes? Solo con venir a proponerlo ya lo estás haciendo. Mi hija no está destinada a estar con alguien como tú. Nunca, óyeme bien, nunca más te atrevas a poner los pies en mi casa. ¡Fuera! —gritó amenazante.

Azahara se soltó de su madre y fue a los brazos de Ezequiel. Su padre y Tareq se levantaron al unísono.

—Suéltala ahora mismo o haré que te arrepientas —gritó el Emir.

La madre lloraba en silencio con el corazón roto. Sabía que esto iba a marcar un antes y un después en su familia. Ella no podía hacer nada. Sufriría por su hija, sabía lo que significaba amar a una persona con la que no puedes estar, pero ella tampoco la ayudaría a estar con Ezequiel. Algún día se lo agradecería, no era vida para ella. Era un enamoramiento pasajero por las horas compartidas mientras había cumplido con el castigo impuesto por su padre. Él tenía la culpa de todo esto, pensó Jadidya, si no se hubiera obstinado en que trabajara allí.

Ezequiel miró a Azahara, la separó de él y la dio un beso en la frente, antes de oír como el Emir llamaba a sus guardias para que lo echaran.

No hizo falta que lo sacaran, él ya salía. El Emir iba a salir detrás, su hija lo paró. Este la empujó tan bruscamente que Azahara cayó al suelo, pero se aferró a su pierna truncando la salida.

—¡Suéltame! —vociferó—. Es que ¿te has vuelto loca?

—Padre, escúchame, te lo pido por favor.

—Ya te he escuchado bastante, no quiero oírte más. No sé en qué momento confíe en ti, porque no eres merecedora de esa confianza.

—Yo le quiero, queremos estar juntos. Él me dijo que no sería

posible, que no lo permitiríais y yo le dije que sí, que vosotros sois diferentes.

—No, Azahara, él tenía razón, no lo voy a permitir. Esto no es más que un nuevo capricho tuyo, que pasará con el tiempo.

El Emir daba vueltas mientras gritaba a su hija, su madre lloraba en silencio y Tareq no se atrevía a mover un dedo. Nunca había visto a su padre tan enfadado.

—Jadidya, —increpó—, me voy dos días y ¿esto es lo que me encuentro cuando vuelvo?

—A mí no me eches la culpa, te recuerdo que fuiste tú el que se empeñó en aquel castigo ridículo. Fuiste tú quien la metiste allí.

—¿Tan difícil es que estemos enamorados? —insistió Azahara.

—Vete a tu cuarto —chilló el Emir—, por si no tenía bastante con lo que está pasando, ahora vienes tú con esto.

—¿A qué te refieres? —quiso saber su mujer.

—Da igual, tú ocúpate de que tu hija no salga de casa. Y prepara el equipaje, en breve partiréis ambas de nuevo hacia Damasco.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Acaso te has vuelto loco?

—Obedece a lo que te digo. Tenlo todo preparado, igualmente ibais a volver, esto solo hace que el viaje se adelante.

Dicho esto, salió y estuvo encerrado en el despacho toda la tarde. Tareq fue a cumplir con lo que tenía encomendado, y Azahara se quedó sola con su madre. Esta la acompañó a la habitación, donde estuvo llorando toda la tarde. Jadidya solo le acariciaba el pelo hasta que logró que se durmiera. No hablaron, solo la dejó desahogarse mientras ella sollozaba por no saber qué pasaba. El castigo parecía destinado a las dos. Debían volver a su tierra, quizá fuera lo mejor. Al salir, cerró la puerta con la llave, le partía el alma, pero no podía enfrentarse de nuevo a la ira de su marido. Llamó a Amina y le dio órdenes para que fuera haciendo los equipajes. No pudo decir más.

Azahara se despertó con el sonido de la llave, se dio cuenta de que era su puerta la que se cerraba. No se lo podía creer, estaba confinada en su habitación, como si fuera una prisionera.

Nunca pensó que eso pudiera ocurrir en su propia casa. Se levantó, buscó el candil que le había regalado su tío, el collar que le había traído Ezequiel, el resto de monedas que guardaba y lo envolvió todo en una de las telas que habían comprado el día anterior. No sabía qué iba a hacer, pero no quería volver a su tierra, debía pensar. Miró entre su ropa y decidió coger las pocas cosas que le pudieran ser útiles fuera de allí. Debía buscar la manera de ir con Ezequiel. Pensó en lo que le había dicho de escapar juntos. En su momento no lo decía en serio, no pensó que tuviera que hacerlo. Su padre mandaría que los buscasen. No había considerado tampoco lo que pasaría con la familia

de Ezequiel, también los habían puesto en un serio aprieto. Ya no había marcha atrás, tenía que tomar una decisión, y estaba claro que no sería volver a su casa.

38

Volvíamos hacia casa tras la cena, comentábamos lo mucho que habíamos disfrutado de la compañía de Klaus y Amadeus. Aceptamos la invitación para asistir al cóctel y, durante la cena, hicimos la reserva en el mismo hotel en el que alojaban ellos, así ninguno tendría que conducir de vuelta a casa.

Subimos a la habitación y mientras nos quitábamos la ropa, decidí darme una ducha. Después, Armando siguió mis pasos, mientras yo le esperaba metida en la cama.

—Armando, estaba pensando en la conversación que tuve esta mañana con mis padres.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas que te dije que me parecía que escondían algo?

—Sí —dijo algo confuso, tumbándose a mi lado

—Pues no sé qué es, pero mi padre sabe más de lo que me cuenta. Van a venir el lunes.

—¿Aquí?

—Sí, le he dicho lo de la avería y se ha puesto nervioso. Cuando me he acercado a casa esta tarde, me ha llamado mi madre diciendo que llegaban el lunes por la tarde. Me ha dicho que mi padre se había empeñado y que no le ha podido convencer para no venir. Mi madre dice que él quiere contarnos algo en persona.

—Bueno, pues no le des más vueltas hasta que lleguen. No vas a adelantar nada, solo vas a preocuparte.

Me acurruqué en sus brazos, con él siempre era todo tan fácil. Seguía pensando en ello, mientras escuchaba lo que me decía, hasta que, sin darme cuenta, me dormí.

Nos despertamos tarde, hacía mucho que no había dormido tan bien. Vagueamos un rato en la cama, hablando de todo y de nada, dejando silencios perdidos entre medias sin que nos resultará incómodo.

—Un penique por tus pensamientos —dijo divertido.

Rompí a reír y contesté.

—Sería tirar el dinero, porque no estaba pensando en nada importante. Recordaba mi infancia de aquellos veranos que pasé aquí, en esta misma casa. Me gustaría volver de nuevo y que la casa siguiera siendo nuestra. ¡Bah! Tonterías, no me hagas caso.

—Dalia, cuéntamelo. Me gusta saber de ti.

—No soy nada interesante —quise sonar graciosa—, pero si te empeñas.

Así, se nos fue la mañana, conociendo todo el uno del otro. A mí me daba la sensación que sabía más de Armando en ese poco tiempo, que de mi marido a pesar de los años que habíamos pasado juntos.

A mediodía bajamos a la cocina y entre los dos hicimos una ensalada y unos filetes a la plancha. Comimos tranquilos y recogimos. Teníamos que preparar lo que íbamos a llevarnos a Albacete y no queríamos salir tarde, pero el entrar en la ducha juntos truncó nuestros planes y nos retrasó más de lo esperado. No nos importó, le estábamos cogiendo el gusto a ducharnos juntos, y a lo que no era la ducha.

Llegamos al hotel a las siete, Armando avisó a Klaus de que estábamos allí y quedamos directamente en recepción cuarenta y cinco minutos después, que es cuando venían a recogernos.

Sacamos la ropa de la maleta y entré al baño a maquillarme, aproveché y me ricé un poco las puntas de la melena. Salí un momento a por la funda que contenía mi vestido y volví al baño, quería sorprender a Armando. Me enfundé el vestido verde, que todavía me gustó más. Me lo probé con los zapatos y el bolso que había llevado a juego, el resultado me sorprendió. El contraste era espectacular. Por último, abrí un estuche que contenía un collar de oro blanco con esmeraldas y unos pendientes a juego. Casi nunca me los ponía, a pesar de que eran preciosos y nada ostentosos. Habían sido un regalo de mi abuela materna, en mi veinticinco cumpleaños. Ni siquiera sabía por qué los había llevado conmigo a Liétor, fue un impulso de última hora.

Contemplé el conjunto completo, me gustó lo que vi. Igual se debía a que cada día sentía una mayor seguridad en mí misma. En buena parte, eso se lo debía a Armando, él me lo transmitía.

Miré el móvil antes de guardarlo en el bolso y me di cuenta de que eran las siete y media. No quería hacerle esperar, eché un último vistazo y contenta con la imagen que me devolvía el espejo, salí.

Armando se puso de pie y me miró embobado sin saber qué decir.

—¿No te gusta? —pregunté rompiendo el silencio.

—Estás preciosa. Me has dejado sin palabras.

—¿No será demasiado? —volvía a hablar mi inseguridad—. Aunque yo me veo bien, pero puedo ponerme otra cosa.

—Ni hablar, seré el hombre más envidiado de la fiesta, ya que tengo el honor de que seas mi acompañante.

Me acerqué a darle un beso. Él estaba imponente, con su traje negro y su camisa blanca, sin corbata. Elegante, pero sin ser demasiado formal. Armando me abrazó con cuidado, para no arrugarme el vestido. Le quedaba como un guante. La luz le hacía

espectacular. Se nos echaba el tiempo encima, así que nos fuimos separando a nuestro pesar.

—Será mejor que bajemos ya. Hemos quedado en cinco minutos.

—Sí, dame un momento —pidió Armando recolocándose el pantalón.

Noté como el rubor se adueñaba de mis mejillas. Parecía una chiquilla.

—Vámonos ya —susurró Armando— o no respondo de mí. Esta es una de las cosas que más me gusta de ti, siempre me sorprendes con tus reacciones.

En el vestíbulo nos esperaban los dos amigos. Ambos muy guapos. Me alabaron nada más verme, haciendo que los colores volvieran de nuevo.

—Amigo, no la pierdas de vista esta noche —advirtió Klaus.

Y los cuatro comenzamos a reír.

El coche estaba en la puerta a la hora prevista, luego también nos traería de vuelta.

Llegamos en pleno apogeo a la fiesta. Klaus y Amadeus nos fueron presentando al resto de sus amigos. Eran un grupo bastante variopinto y de varias nacionalidades. Algunos, entre ellos sus amigos, ya se conocían de años anteriores. El anfitrión era encantador. La fiesta era todo un éxito y el sitio una maravilla. Esta noche, me sentía igual que alguna de las protagonistas de mis novelas. Disfrutaba del lugar y de las interesantes conversaciones.

Buscando un poco de aire, descubrí un hermoso jardín que rodeaba el recinto, este estaba plagado de luces tenues que creaban un ambiente íntimo. Albergaba varios bancos y elegí uno para sentarme a observar las estrellas. Estando allí, vi a Azahara, a la que llevaba varios días sin ver. Ella contemplaba un bonito cielo estrellado. Entonces recordé lo bonito que se veía en Liétor, lejos de la polución de las grandes ciudades. Pronto celebrarían la Noche de Astronomía, la organizaba la Asociación Cultural Grupo Museo y habría una ruta nocturna, una charla y las observaciones en los telescopios que instalaban. Debería apuntarme, tenía que ser una maravilla poder observar el firmamento a través de esas lentes. Seguí embelesada mirando ese cielo de azul tan intenso cuajado de brillantes estrellas. De vez en cuando veía pasar un avión al que le delataba ese piloto rojo que llevaba encendido. Desde niña siempre me preguntaba qué ruta seguirían.

—Dalia —oí que me llamaban— te estaba buscando.

—Perdóname —se disculpó—, no quería ser descortés, pero salí un momento a tomar el aire y me quedé ensimismada con este cielo.

—Sí que es bonito, sí —respondió mirando hacia arriba—

¿entramos?

—Claro —me levanté y cogí la mano que Armando me ofrecía.

Estuvimos un rato más disfrutando de la velada y después nos fuimos al hotel. Estábamos cansados, pero al acostarnos nuestros cuerpos se buscaron atraídos como si estuvieran imantados. Al final, ya rendidos, caímos en un profundo sueño.

Escuché cerrarse la puerta del baño y me desperté buscando a tientas el teléfono para ver la hora. ¿Ya era tan tarde? Últimamente, esto se estaba volviendo una costumbre. Salí de la cama y fui a la ventana a ver los transeúntes de la calle. Armando me sorprendió pensando en lo que había soñado.

—¿En qué piensas cariño?

—No te lo vas a creer. Anoche soñé de nuevo con Azahara, ella me ha explicado lo de la avería de la casa.

—¿Cómo? —preguntó Armando sorprendido.

—Ya entiendo que mis padres vengan el lunes. Azahara me ha desvelado que ahí encontraremos el collar de las tres monedas.

—¿El de tus sueños?

—Ese mismo. Me ha dicho que me lo quede, que fue suyo. Debía pertenecer a todas las mujeres de la familia, pasar de generación en generación. Fue su regalo más querido, el que representaba el gran amor que se profesaban —respiré agitada—. ¿Sabes lo que significa? —Armando negaba con la cabeza y yo seguí emocionada con la explicación—. Es mi antepasada, por eso quería mostrarme todo esto. Me ha enseñado el sitio donde está antes de desaparecer. No sé si quiere que vayamos allí, pero yo no sé cómo encontrarlo.

—Solo es un sueño, Dalia, ¿qué esperas encontrar allí?

—No lo sé, pero siento que debo ir.

—Dalia.

—Armando, esperaremos a mañana, a ver qué tiene que decir mi padre. Sospecho que él sabe más sobre todo esto.

—¿Alguna vez ha dicho algo?

—Nunca, ni siquiera estoy segura de que mi madre lo sepa.

—Entonces, ¿por qué piensas eso?

—¿No te parece raro que quieran venir de repente? Además, sabía dónde estaba la humedad.

—Pues no sé —dijo pensativo— pero tú los conoces mejor que yo.

—Ya no estoy tan segura.

—No le demos más vueltas ahora. Esperemos a que lleguen. Por cierto, ¿qué pensarán de que esté yo aquí?

—No sé si los verás. Vosotros volvéis mañana por la tarde ¿no?

— Te dije que me iba a quedar unos días más. No quería irme y

dejarte sola. Entre lo de la avería y todo esto que está pasando… Espero que no te importe, se me había olvidado comentártelo. Lo hablé ayer con Klaus y Amadeus.

—¿Importarme? Me encanta la idea. Me había olvidado de que lo hablamos. Por mis padres no te preocupes, están deseando conocerte, ¿hasta cuándo te quedas?

—Hasta el viernes, casualmente Óscar tiene un vuelo ese día hasta Madrid. A última hora de la tarde me vuelvo con él.

—Gracias Armando.

—No seas tonta, por mí me quedaría más, pero no puede ser. Vamos a recoger todo esto, salimos a dar un paseo y picamos algo antes de hacer el check-out a las tres, ¿te parece?

—Sí, es buena idea.

39

Azahara sentía que se le acababa el tiempo. Aún no sabía cómo podría escapar, pero tenía que pensarlo rápido.

No sabía qué estaba pasando, pero llevaba varios días muy ajetreados. Su padre estaba siempre de mal humor. Su madre no andaba mucho mejor y su hermano solo le echaba miradas llenas de reproches. Azahara no creía ser la culpable de todo ese alboroto, lo veía excesivo. Sabía que le ocultaban algo, desde la visita de su tío, todo había ido cambiando. Llevaba tres días recluida en su habitación, los mismos que habían pasado desde que Ezequiel se presentó en su casa. Nadie la había obligado, pero prefería estar sola y no empeorar el clima que se respiraba en la casa.

En estos días, su tío había mandado varias misivas que había hecho llegar a su padre a través de sus guardias, pero a ella nadie le decía nada. Ya no era merecedora de esa confianza, ni de ser tenida en cuenta. Había desafiado las ordenes de su padre, por eso se encontraba en esa situación. Su estatus había bajado, parecía una prisionera.

Ella no se sentía capaz de renunciar al amor que sentía por Ezequiel. No lo había planeado, de hecho, nunca antes estuvo interesada siquiera en mirar a ningún hombre. Por más vueltas que le daba, no había solución. Recordaba las duras palabras de su madre cuando subió tras ella a la habitación: “Ni tu padre ni yo lo aceptaremos”.

—Mamá, no lo entiendes.

—¿Qué no lo entiendo? Qué sabrás tú de la vida. Ya he visto esto antes ¿sabes? Y vi la situación que se creó después de su elección. Nunca más la volvimos a ver, nunca más se volvió a hablar de ella. Murió para todos ese día —dijo sollozando.

—¿De qué estás hablando?

—De mi hermana.

—¿Tenías más hermanos? —preguntó Azahara confundida—. Siempre pensé que eras hija única.

—Sí, la tuve. Una hermana gemela —contestó llorando—, se llamaba, se llama, Aasiyah.

—¿Qué pasó, mamá?

—Es una historia larga, te bastará saber que se fue con un mercader. Mi padre la desterró de nuestra familia y de nuestra vida.

—Mamá, lo siento, lo siento mucho.

—Fue hace mucho tiempo. No hablemos más de ello.

—¿Nunca supiste de su vida?

—Al principio, le hizo llegar varias cartas a mi madre, pero mi padre lo descubrió y cesó el correo —su rostro denotaba el dolor al rememorar aquello—. Azahara, dejemos el tema. En dos días salimos de vuelta a nuestra casa, a nuestro país. Tengo mucho que hacer. Voy a ver cómo van los preparativos.

Se quedó pensando el resto del día consciente de que se acababa el tiempo. Entonces era eso, se irían todos para siempre. Mandó llamar al eunuco y, cuando llegó, le dio una nota para que la llevara a la fragua y se la diera Ezequiel en persona. Le obligó a mantener el secreto, nadie debía enterarse.

—Omar, ¿te ha quedado claro?

—Si me descubren, sé la suerte que correré.

—Eso te hará ser más cauto.

—No quiero hacerlo —se atrevió a decir.

—Lo siento, pero no tengo otra opción. Si no me ayudas, te delataré, diré que me estabas ayudando igualmente.

—Se lo pido por Alá, será mi fin.

—Deja de lamentarte y vete ya, no disponemos de mucho tiempo. A tu vuelta, pasa a verme.

Casi había pasado la hora de la cena cuando regresó. Azahara ya pensaba que no lo había conseguido. Iba a reprochárselo cuando vio que detrás de él entraba Amira, la sirvienta.

—Aquí traigo su encargo —dijo mostrándole varios peines muy ornamentados.

Amira pasó con la bandeja de la cena y se quedó mirando.

—Son preciosos —se atrevió a decir.

—Sí, le mandé a por ellos antes del viaje.

—Lo sé —respondió—, estaba con su madre cuando salió a por el encargo.

El eunuco seguía allí de pie sin abrir la boca.

—¿Me acompañas? —preguntó Amira a Omar.

—Ahora mismo va, Amira, quiero ver si necesito algo más.

—Bien señora.

Este le dio los peines y la nota de vuelta y salió corriendo detrás de Amira. No quería levantar sospechas. Ya era inusual que hubiera ido él, le salvaba que todo el mundo estaba muy ocupado con el inminente viaje. Por lo que obtuvo permiso, tras inventarse él mismo el encargo. Dio una vuelta importante, asegurándose de que nadie seguía sus pasos. Llegó a la fragua, curiosamente encontró a Ezequiel solo. Este leyó la nota y le dio otra de vuelta, poniéndolo de nuevo en un grave aprieto. Omar pensaba que estaba arriesgando demasiado, esperaba no tener que volver o llegaría el fin de sus días.

Azahara abrió la nota y la leyó. Ezequiel estaría todo el día esperándola en una zona de la que ya habían hablado. Adjuntaba un

pequeño dibujo de un plano, que intentó memorizar. Volvió a comprobar los pocos enseres que había reunido y se aseguró de que no abultaran, ni pesaran mucho.

Pensaba escapar antes que despuntara el alba. Aunque su primera idea había sido hacerlo durante el viaje, concluyó que tendría menos posibilidades de llevarlo a cabo. Los guardias que las acompañarían iban a caballo, ella a pie no llegaría muy lejos.

Ezequiel, por su parte, esa misma noche, se dedicó a reunir cuanto pudo y consideró necesario que pudieran precisar. Lo escondería en la misma cueva donde se habían citado. Allí podrían estar durante un tiempo sin ser descubiertos. Reunió herramientas, vajilla, aperos de agricultura para poder cultivar la tierra y algún utensilio más. Ya lo tenía todo listo. La nota de Azahara le había hecho tomar la decisión. Solo tendrían esa oportunidad para estar juntos.

Rebeca, que tenía el sueño ligero, estuvo oyendo el trasiego de su hijo toda la noche. No sabía a qué venían tantas idas y venidas, ni qué se traía entre manos. Prefería seguir en la ignorancia. Tanto Simón como ella habían tratado de quitarle a Azahara de la cabeza, incluso sus hermanos, informados por su madre, le habían querido aconsejar. Le pedían que recapacitara, pero de nada servía.

Al despertarse al alba, Azahara comprobó que no habían cerrado su puerta con llave y logró llegar a la calle sin que los guardias la vieran. Giró rápido por el lateral y se internó en el monte. Esperó agazapada escuchando si alguien había advertido su presencia. Tras varios minutos de silencio, aligeró el paso todo los que sus piernas se lo permitieron. Debía fijarse bien donde pisaba, ya que desconocía el terreno y le daba miedo caerse o perderse. Todos andaban tan ocupados ayudando a cargar las cosas del viaje que aún no se habían dado cuenta. Apenas había dos guardias en el exterior cuando ella había salido. Estaría pérdida si no llegaba antes de que notaran su ausencia.

Tras lo que le pareció una eternidad caminando monte a través, le pareció que llegaba al paraje que venía descrito en la nota, en el que debían encontrarse. No vio a nadie, pero no sabía si eso era buena señal. Pensó si sería el sitio correcto, el miedo empezaba a adueñarse de ella. Esperó un rato más, atenta a cualquier sonido, los nervios iban ganando terreno. ¿La habrían echado en falta? ¿habrían mandado a alguien en su busca? De pronto oyó ruidos y casi dejó de respirar.

—Azahara, soy yo, ¿estás ahí? —susurró Ezequiel.

— Sí —contestó saliendo del escondite corriendo hacia él.

Se abrazaron y por primera vez se besaron. Un beso tierno, dulce, puro y tembloroso, pero que recordaría siempre.

Ezequiel la apremió para que le siguiera por una senda sinuosa

hasta llegar a una cueva bastante escondida por la que entraron. No estaba totalmente a oscuras, Ezequiel tenía un fuego encendido, lo que permitió ver lo que él había reunido.

Rebeca se levantó y encontró la nota de Ezequiel, entonces comprendió las salidas nocturnas. Se la enseñó a su marido, este solo pudo echarse las manos a la cabeza.

—Este hijo nuestro se ha buscado la ruina, la ruina, la ruina —repetía continuamente.

Por más que Rebeca intentó serenarle no hubo manera. Pasó la mañana en la fragua desatando su ira contra los metales a fuerza de golpes. Rebeca, por su parte, guardó la nota en el bolsillo de su delantal y esperó sentada, sabía que más pronto que tarde la familia de Azahara iría allí.

Jadidya llevaba un rato buscando a su hija, no sabía dónde se había metido. A su marido no le gustaba esperar, por eso ella había querido anticiparse y avisar a Azahara. Tras buscarla por todos los sitios en los que creía que podía estar y no dar con ella, empezó a sospechar que la historia se volvía a repetir. Sollozó en silencio, no quería pasar por ello de nuevo y menos tratándose de su hija. Sabía que, llegados a este punto, debería renunciar a ella, que no tendría una nueva oportunidad. Sentía un dolor inmenso. ¿Y si la encontraban? Entonces sería su hija la que nunca les perdonaría. Todos iban a sufrir, de una manera u otra, todos saldrían perdiendo. Lloró largo rato en la habitación de su querida niña, miraba el relleno que ocupaba la cama dónde debería haber estado ella. Su marido irrumpió en la alcoba.

—Os estaba buscando —miró a su mujer— ¿qué pasa? ¿y Azahara?

—No está.

—¿Cómo qué no está? —gritó fuera de sí— ¿ha huido?

—No lo sé.

—¡Guardias! —vociferó.

Todos salieron en su busca, tras dar varias vueltas se presentaron en la fragua, donde los esperaba Rebeca. Les enseñó la nota que ella había encontrado. Aun así, la acusaron de estar ayudándolos, no importó que ellos aseguraran no saber nada. Salieron de allí y siguieron buscando durante toda la mañana y buena parte de la tarde. El Emir estaba tan enfadado que nadie se atrevía a hablar con él. Jadidya no se había movido en todo el día de la habitación de su hija. Allí la encontró su marido.

—Jadidya.

—¿Se sabe algo? —preguntó esperanzada.

—No —respondió malhumorado—, mañana partimos.

—¿Y la niña?

—Ella ha tomado su decisión —su malhumor cobraba fuerza—, ya no es de la familia. Reniego de ella —sentenció.

—No, otra vez no. Por Alá te lo pido —rogó tirándose a sus pies.

—No perderé más tiempo, hay muchas cosas en juego. Ella no ha respetado a la familia, con esta decisión nos deshonra a todos. Si quiere unir su vida a un infiel, para nosotros ya no existe, es la hija del pasado —zanjó la conversación saliendo de la estancia.

Jadidya ya no reconocía a su marido, le había visto desencajado, parecía haber envejecido de repente. Su cara le había mostrado la vergüenza que sentía por la desaparición de su hija. Reflejaba la desilusión, la responsabilidad y un sinfín de sentimientos encontrados.

El Emir había salido de la habitación dejando a su esposa desolada, pero no podía seguir en el mismo sitio que ella. En cierta medida, le hacía responsable. Ella tenía que haberlo visto, debía haberlo sospechado, debía haberle avisado de lo que estaba pasando. Se encerró en su cuarto llorando como un niño, veía destrozada a su familia. Sentía que el viaje que iniciaron con tanta ilusión a este nuevo mundo tan diferente, se había truncado. Nada volvería a ser igual, NUNCA.

Al día siguiente sin tener noticias, en un último intento, sus hombres habían recorrido todo el pueblo. Habían andado por el monte, cabalgado por todos los parajes y no había servido de nada, nadie conocía su paradero. Con todo el dolor de su corazón, el Emir dio por finalizada su búsqueda y dio orden de emprender el gran viaje de vuelta.

40

Mis padres llegarían a media mañana, ya venían en el autobús que hacía el trayecto Albacete-Liétor. No habían querido que fuéramos a recogerlos a la estación de trenes. Un poco antes de la hora de llegada fuimos hasta la parada del desvío y nos sentamos en la piedra a esperar. Al final estarían allí antes de que llegara el fontanero a primera hora de la tarde. Lo que nos daría tiempo para hablar y que mi padre me contara lo que sabía.

—Dalia, llega un autobús, ¿será ese?

—Sí, no hay otro.

Vimos como bajaban los pocos viajeros que venían.

—Mamá, estamos aquí —saludé levantando la mano.

Armando se acercó enseguida para ayudarles con el equipaje.

—Hola, soy Armando. Es un placer conocerlos.

—Hola, hijo —respondió mi madre dándole dos besos, como si se conocieran de toda la vida.

—Mucho gusto, soy Eduardo —dijo mi padre extendiendo la mano a modo de saludo.

Yo les di dos besos y un abrazo, me gustaba tenerlos allí.

—Anda hijo, vamos bajando —soltó mi madre agarrándose del brazo de Armando— que estas cuestas no han cambiado.

Agarré a mi padre y fuimos detrás.

—Qué bonito está —escuché decir a mi madre.

Ambos iban mirando todo a su paso. En esencia era lo mismo, alterado solo por el paso de los años. Mi madre le iba contando a Armando cómo era cuando ellos venían. Mi padre y yo la escuchábamos desde atrás. Al llegar a nuestra calle, vi un brillo especial en sus ojos.

—La casa está como siempre —miraba la fachada emocionado —. Quién lo iba a decir.

Abrimos y al entrar mi padre se quedó mirando la humedad.

—En el mismo sitio —confirmó para sí mismo moviendo la cabeza.

—Pasad, que estáis en vuestra casa —les dije— si os parece luego veis todo. Hablemos primero de lo que está pasando.

—¿Qué sucede? —preguntó mi madre.

—Es una historia relacionada con la casa, con el pueblo. Seguro que papá —dije mirándolo— también sabe de qué hablo.

—Dalia, os dejo solos para que habléis ¿os traigo algo? —ofreció Armando.

—A mí no me apetece nada, pero no hace falta que te vayas. Ya conoces lo que está sucediendo.

—No te preocupes, siéntate —solventó mi madre.

—Dalia, verás —comenzó mi padre— siendo yo niño salió esta misma humedad, por eso me imaginé que era en el mismo sitio.

—Papá, sé que conoces lo que se esconde ahí —dije esperando su reacción. Mi madre nos miraba perpleja—. Saldrá el collar de las tres monedas.

—¿Lo sabes? —preguntó mi padre, viendo su secreto descubierto.

—¿De qué collar habláis? —soltó mi madre.

—Mamá, ¿recuerdas que te dije que soñaba con una mujer?

—Sí, pero ¿eso qué tiene que ver?

—Pues es el comienzo de todo. Verás…

Fui contando la historia desde el principio, lo que había soñado, visto, aparecido, ya hasta dudaba. He conocido la vida de Azahara y Ezequiel, ayer por la noche ella me mostró lo que íbamos a encontrar. Es nuestra antepasada, quiere que el collar permanezca conmigo. Pertenece a las mujeres de la familia.

—No te lo puedes quedar, hija —interrumpió mi padre.

—¿Por qué?

—Está maldito —dijo ante la atenta mirada de mi madre, que claramente no sabía qué estaba pasando.

—No puede ser —señaló Armando entrando en la conversación.

—¿Cómo lo sabes tú? —pregunté atónita.

—También ha aparecido en mis sueños. Por eso decidí quedarme, no quería dejarte sola.

—Me estáis dejando helada —dijo mi madre— no doy crédito a lo que estoy oyendo.

—Papá, cuéntanos lo que sabes.

—Tengo entendido que a mi bisabuela le pasaba como a ti hasta que lo encontró. Mi bisabuelo pensó que, a cuenta de ese collar, se estaba volviendo loca y se deshizo de él. Pero nadie supo más. Mi bisabuela siguió con esa historia y reclamaba que su marido se lo devolviera. Acabó recluida en una casa de reposo hasta el final de sus días. Tenía una hija, mi abuela, la que está en la foto del aparador —todos levantamos la vista hacia ella.

—¿Ese es el collar al que os referís? —quiso saber mi madre.

—El mismo. Apareció la humedad en la pared y allí lo encontraron. Mis abuelos ya habían oído la historia y cuando mi abuela empezó a decir que había que buscar el origen, que también tenía sueños, mi abuelo hizo que desapareciera de nuevo. No quería que su mujer corriera la misma suerte que su madre.

—¿Lo metió en el mismo sitio? —pregunté.

—No, él lo enterró en el huerto, por lo que me contó mi padre hace años.

—Sigue, papá —animé. Todos queríamos oír el resto de la historia.

—Mis abuelos murieron y no se volvió a saber más hasta que nos quedamos nosotros la casa.

—¿Apareció de nuevo? —saltó mi madre.

—Pues sí, en el mismo sitio donde está ahora la humedad. Yo ya no recordaba la historia, pero cuando nos mojaron los vecinos, fui picando y apareció. Recordé de golpe todo lo que había escuchado. La mala suerte que traía, las muertes que se le achacaban, y las locuras de mis antepasados.

—Papá, ¿en serio crees que es el causante de tantas desgracias? —quise saber.

—Mira, hija, no lo sé. Pero fue verlo y querer que desapareciera. No se lo dije ni a tu madre.

—Por eso vuelve —sentenció Armando.

—¿Cómo dices? —le miró mi padre extrañado.

—Ella quiere que esté en la familia, que averigüéis algo.

—Lo mejor será que esperemos a la tarde, luego ya veremos.

Dimos una vuelta por la casa y tras deshacer el equipaje bajamos a comer a La Posada.

En el camino fueron saludando a los vecinos que se encontraban, se les veía contentos. Me fueron explicando dónde vivía cada uno entonces, quiénes eran mis amigas, lo que fue de unos y otros…

Al entrar vimos a Maruja, que al principio no los reconoció, pero enseguida vino a darles un abrazo.

—Madre mía, muchacha, cuánto tiempo —le dijo mi madre.

—Mucho, pero te veo igual. No has cambiado nada.

—Uy, con los años que han pasado, tú sí que estás bien, entonces eras una zagalucha.

Siguieron hablando mientras nos sentábamos en una mesa. Entre plato y plato, a cada cuál más rico, se pusieron al día. Al irnos, le hizo prometer a mi madre que bajaría a tomarse un café otro “ratico” con más tiempo.

Llegamos a casa poco antes que el fontanero. Este después de mirar la mancha, empezó a picar. Todos estábamos expectantes por ver lo que había. A mi padre le cambió la cara al reconocer la bolsa verde donde él mismo lo había escondido. Estaba destrozada y asomaba lo que parecía un trapo viejo. Obviamos el comentario del fontanero, que no sabía qué hacía eso ahí, lo recogimos y lo llevamos a la cocina.

Abrimos lo que quedaba de la bolsa y desenvolvimos el viejo y

ajado trapo. Ahí estaba lo que todos esperábamos. A mí me pareció tan bonito, que no podía dejar de mirarlo.

—Señora —oí llamar al fontanero.

—¿Sí?

—No veo por donde se ha filtrado el agua. La tubería no está rota y no encuentro ninguna fisura. Lo voy a dejar abierto un par de días para observar si sale más agua.

—Muy bien, pues estaré atenta. Le veo el miércoles, si le parece.

—Sí, vendré sobre esta hora.

Al quedarnos solos, recogimos los restos del suelo y contemplamos el collar.

—Mañana lo llevo a la joyería para que lo limpien bien y le cambien la cadena.

—Hija, yo no sé si deberías quedártelo —opinó mi padre.

—Papá, no seas supersticioso.

—Eduardo, es muy bonito —observó mi madre—, no sé por qué no me lo enseñaste en su momento —le recriminó.

—Natalia, mira lo que pasó con mis antepasados.

—Papá, yo también he visto a la misma mujer que ellas. Quiere mostrarnos algo, lleva mucho tiempo queriéndolo hacer.

Armando examinaba las monedas. Solo llevaban símbolos, lo que parecía una leyenda. Buscó por internet durante un rato y encontró la respuesta en un artículo llamado Las monedas en el Al Ándalus. Decía que se correspondía con el nombre de un califa y la leyenda debía decir “Allah es único eterno indivisible no ha engendrado ni ha sido engendrado ni tiene igual”. Estuvo investigando un rato más y a pesar de no ser un experto en el tema, parece que las monedas se correspondían con los primeros años del siglo XI.

Sabía que Azahara era de otro siglo, ahora todo me iba cuadrando.

Seguimos hablando de ello toda la tarde e incluso durante la cena, en la que mi padre nos confesó que él había escondido el collar en el monte, durante uno de sus paseos.

—Bueno, ya está bien por hoy con este tema —zanjó mi madre —. Armando, cuéntanos algo de ti, que no nos conocemos. Ya sabemos que estás con mi hija, y a ella la veo muy contenta, pero poco más.

—Mamá, por favor — rogué, no queriendo ser el centro de atención.

Armando sonrió, seguro que sabía la vergüenza que estaba pasando. Pero mis protestas no sirvieron de nada. Hablaron de nosotros hasta que fue la hora de irse a la cama.

Esa noche no quise tener relaciones, solo pensar que mis padres pudieran oírnos ya me moría de vergüenza. Por la mañana Armando

fue el primero en levantarse, bajé y lo encontré tomando ya el primer café.

—No te lo vas a creer, pero he vuelto a soñar con ella —solté mientras le daba un beso—. Buenos días cariño.

—Buenos días, preciosa. ¿Con Azahara? ¿estaba en una cueva?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté curiosa.

—He soñado lo mismo. Me muestra un paraje muy bonito y luego la veo entrar en una cueva que está bastante escondida.

—Sí, eso mismo. Pero yo no sé dónde es ese sitio.

—Igual tu padre lo sabe explicándole lo que se ve alrededor.

—Buenos días —nos sorprendió mi madre— ¿cómo habéis dormido? —preguntó picarona.

—Pues no muy bien y parece ser que hemos soñado lo mismo.

—¿Qué es eso que habéis soñado? —preguntó Eduardo entrando en la cocina—. ¿No será con Azahara llevándoos hacia una cueva?

—Papá, ¿tú también lo has soñado?

—Eso parece.

—Nosotros no sabemos dónde se encuentra ese sitio.

—Pero yo sí, solía ir hasta allí con Manolo, el vecino, cuando salíamos a caminar. Es en la zona del Peñascal de los Infiernos, a unos tres kilómetros del pueblo. Por la vertiente de la Solana, a la izquierda del río Mundo.

—Vaya, papá, no esperaba que recordaras con tanta precisión el sitio.

—Hija, fui muchas veces por entonces. Ya hace mucho, pero lo recuerdo porque esa es la zona donde enterré yo el collar —Todos nos quedamos sorprendidos.

—¿Os parece si vamos hasta allí a ver que encontramos? —propuse esperando saber algo más.

—No sé qué más esperáis encontrar, pero si os empeñáis —dijo mi madre no muy convencida.

Una hora más tarde, todos salíamos preparados para caminar un buen rato. Hacía buen día por lo que era un gusto pasear por aquellas tierras. En una mochila habíamos echado agua, unos frutos secos y un pequeño botiquín, por si acaso. Llegamos a la zona sin problema, pero nos dimos cuenta de que allí podría haber miles de cuevas escondidas en las montañas. Oímos un ruido, como si fuera una pequeña explosión, y andamos hacía esa zona, que no parecía estar muy lejos. Pero eran unos chavales, que jugaban con unos petardos.

—Chicos, no deberíais jugar con esas cosas, son peligrosas —advirtió mi padre, pero no le oyeron. Todos hablaban a la vez, parecían muy excitados.

Nos acercamos un poco más y vimos cómo salían de una especie de grieta que había en la ladera. Llevaban algo en las manos. Me acerqué corriendo, algo me decía que habíamos dado con el sitio que buscábamos.

—¿Qué tenéis? —pregunté sobresaltando a los chicos.

—Un tesoro, hemos encontrado un tesoro.

—¿Me dejáis verlo?

—Sí, pero lo hemos encontrado nosotros y se lo vamos a llevar al cura. Él sabe mucho de estas cosas.

—No os preocupéis, yo solo quiero verlo —Supe enseguida que ese era el candil que su tío le había regalado—. ¿Hay más cosas?

—No sabemos, no queremos entrar por si se cae y nos pilla.

—Habéis hecho bien. Id si queréis a avisar a alguien, nosotros nos quedamos aquí esperando.

Se fueron corriendo, no sé si por las prisas de contarlo, por la desconfianza hacia nosotros, o por las dos cosas. Yo no daba crédito a lo que había sucedido, no esperaba encontrar esos objetos que habían aparecido tantas veces en mis sueños.

—Ay, hija —dijo mi madre acercándose—, no me puedo creer que ella nos haya traído hasta aquí.

Armando y mi padre se asomaban por la rendija abierta alumbrando con una linterna. Movieron un poco varias piedras que estaban a punto de caer y el hueco se hizo más grande.

—Creo que puedo asomarme un poco más dentro —oí que decía Armando.

—Ten cuidado, igual es peligroso —advertí.

—Parece que no se mueven más piedras, pero no te adentres mucho —aconsejó mi padre.

Entró agachado mientras alumbrábamos con las luces del móvil. Él llevaba la linterna. Yo estaba nerviosa, me daba miedo que dentro se golpeara o se le cayera alguna piedra encima. Veíamos su sombra, por lo que no estaba demasiado dentro. Tras unos minutos que a mí se me hicieron interminables, salió de nuevo.

—He encontrado varias cosas —anunció— esto parece parte de una vajilla de madera. Y esto son una especie de peines.

Los cuatro observábamos lo que había sacado. Nos parecía imposible que eso llevara allí todos estos años. Oímos voces a lo lejos y vimos que volvían los chicos acompañados de algunos adultos. Al llegar les enseñamos las nuevas piezas y fue el párroco quien se ocupó de organizar para el día siguiente una segunda visita, dada la importancia del hallazgo. Nosotros quisimos estar presentes y no tuvo inconveniente.

Llegamos más nerviosos que el día anterior y contemplamos incrédulos como sacaban aperos agrícolas, objetos de uso doméstico,

varios candiles más, aunque no tan adornados… y así hasta un total de más de cien piezas. En un primer depósito, el más alejado de la entrada, los objetos de menor volumen, aunque de mayor valía, por ello estaban más escondidos. Y en el segundo las piezas más pesadas, de menor valor, como accesorios de molino, de telar… piezas más impersonales.

Fueron unos días de muchos nervios, pensando en todo lo que iban encontrando. Se hizo un inventario y llamaron a unos expertos que irían comprobando el origen de todas las piezas, según nos informaron. El párroco aseguró que una vez acabaran las pruebas, todo estaría expuesto en el Museo. Quería que todos los letuarios tuvieran la oportunidad de verlo y conocer a aquellos moradores a cuyo origen debían el pueblo.

Esa misma noche bajamos a cenar a La Posada como despedida, Armando se iba al día siguiente. Mis padres decidieron volverse con él, habían dejado varias cosas pendientes al ser un viaje tan precipitado. Yo había decidido quedarme hasta el lunes, que es lo que podía retrasar la consulta médica. Quería dejar arreglada la avería de la humedad, que, inexplicablemente, se iba secando sola, arreglada.

Durante la cena, todo el mundo hablaba del hallazgo encontrado. El pueblo entero lo comentaba, pero no era para menos.

41

Esa misma noche soñé con ellos, con Azahara y Ezequiel. Y no solo aparecieron en mis sueños, hablé con ambos. Me mostró la cueva en la que habían vivido durante meses. Ellos me explicaron lo que me faltaba por saber.

—El día de mi huida pasé mucho miedo hasta que encontré a Ezequiel. Después sentí una pena inmensa, me quedaba con el que para mí fue el amor de mi vida, pero tenía el corazón desgarrado al saber que perdía a mi familia. Imaginé el dolor de mi madre al dejar a su única hija aquí, al volver a vivir otra vez una historia parecida a la de su hermana.

—Yo prácticamente también me vi obligado a dejar a mi familia —decía Ezequiel—, no quería ponerlos en peligro y no sabíamos si su padre había dejado a alguien aquí para que nos buscara. Estuvimos sin salir muchos meses. Nos alimentábamos de lo que había caído en las trampas que ponía por la noche y de lo poco que robaba en los huertos para que pareciera que habían sido los animales los que habían pasado por allí. Conozco bien la zona y me orientaba bien.

Azahara volvió a tomar la palabra.

—Pasado lo que nos pareció un tiempo prudencial, Ezequiel se acercó a la fragua sin que nadie le viera y trajo provisiones de su casa. Les dijo a sus padres que estábamos bien, pero que era mejor que no supieran nuestro paradero. Su madre le aseguró que, si les necesitábamos, allí estarían. Por ellos supo que, efectivamente, mi padre dejó aquí a varios de sus guardias con la orden de que me cogieran si me veían, ya fuera viva o muerta. Varios meses más tarde, abandonaron el pueblo, ya que desde hacía tiempo habían perdido parte de los territorios conquistados. Eso me hizo recordar la última reunión de mi padre y mi tío.

—¿Por qué yo? —me atreví a preguntar dentro de ese sueño tan real.

—Tenías que ser tú. Tú también eres la hija que ha sufrido por amor, por eso has encontrado las señales. Necesitábamos que se encontraran todas nuestras pertenencias, para que se tuviera constancia de nuestro paso por aquí. Queríamos que perduraran nuestras raíces, nuestra forma de vida. Y quién mejor que alguien de nuestra familia. Ya sabes que lo intenté antes, pero no fue posible. La casa en la que encontraste el collar siempre nos perteneció, fue parte de nuestras tierras, ha ido pasando de generación en generación, hasta

llegar a tu padre, que es quien la vendió.

—¿Vivisteis allí? —quise saber.

—No como tú lo conoces, pero sí. Entonces los terrenos estaban más alejados unos de otros.

—¿Cuándo abandonasteis la cueva?

—Al año y medio de estar en ella, yo estaba embarazada y Ezequiel no quiso que diera a luz allí. Dejamos todo con idea de volver a buscarlo, pero fueron unos años duros donde hubo muchos cambios. Tuvimos ayuda de sus padres, pero nuestra relación nunca fue bien vista.

—Nos tuvimos que ir por unos años —continuó Ezequiel, viendo emocionarse a Azahara— y volvimos cuando nuestros tres hijos fueron mayores.

—Dalia, debes conservar el collar. Fue mi bien más preciado, el mayor símbolo de nuestro amor. A ti te traerá suerte, lo sé. Búscame en la cueva, yo sigo allí. Nunca quise abandonar el sitio donde fui tan feliz. Fui la hija del Emir, la que le hirió profundamente, la hija del pasado.

—¿Sigues en la cueva? —pregunté incrédula.

—Allí me dejó Ezequiel cuándo fallecí. Yo no podía ser enterrada en un cementerio cristiano. Por suerte —Azahara miró a Ezequiel, que tenía los ojos velados por las lágrimas—, me fui antes que él y pudo cumplir con mi último deseo.

—¿Dónde te encontraré? —pregunté, pero ya no hubo respuestas. Me había despertado.

Miré a mi lado y vi a Armando que seguía dormido. Quería recordar todo lo soñado, me había parecido tan real. De momento no les contaría nada a ninguno, no quería que se fueran intranquilos.

Tras el desayuno, los tres emprendieron el viaje hacia Madrid. Me dio mucha pena despedirme de ellos, pero prometí visitar a Armando al mes siguiente. Y a mis padres les vería un poco antes, cuando subiera a mi revisión médica.

Nada más irse, me puse las zapatillas de deporte y me fui a la cueva de nuevo. No sabía si sería una imprudencia por mi parte ir sola. Pero no había querido perder tiempo, ni desvelar su secreto.

Tardé poco más de una hora en llegar y entré por el hueco que estaba abierto. No sabía dónde buscar, pero de nuevo Azahara ponía de su parte y fui hacía un lateral donde me pareció ver una luz. Iluminé con la linterna que llevaba las paredes por las que pasaba, caminé despacio, fijándome bien, no quería perderme. Mi pie chocó con una piedra grande, tuve que reprimir un grito, en parte por el susto, en parte por el daño. Enfoqué la linterna hacía abajo y vi una tela que sobresalía. Me agaché sin tocarlo, parecía que había habido un desprendimiento y esas piedras ocultaban algo. Avancé por el lado

quitando las que podía, algunas eran demasiado pesadas para mí. Al enfocar de nuevo la luz, la vi. Fue una imagen impactante, era ella. Estaba momificada. Me parecía increíble lo bien conservada que estaba. Suponía que la poca humedad y la baja temperatura habían ayudado. No sabía qué hacer, ¿debía decírselo a alguien? Su última voluntad había sido quedarse allí, pero… La volví a mirar y lloré al hacerlo, me parecía conocerla de siempre. Sentí que éramos familia. Decidí salir afuera, me estaba agobiando un poco. Me senté unos metros más allá de la entrada, en una roca que sobresalía, necesitaba pensar. Pero no tuve mucho tiempo, un estruendo me sorprendió, noté el movimiento. Me levanté asustada y vi cómo un desprendimiento había cerrado la entrada a la cueva por completo. ¡Dios mío! Estaba allí un momento antes. ¿Habría sido cosa de ella para que se respetara su deseo? Me sentí fatal por haber pensado siquiera en descubrirla. Decidí volver a casa. Al llegar al pueblo, me encontré con una vecina que me preguntó si había sentido el temblor, al decirle que no, me explicó que había habido un pequeño corrimiento de tierra cuyo epicentro se situaba en la provincia de Murcia. Por eso se había sentido aquí. Le dije que no me había enterado, que venía de caminar un poco y seguí mi camino.

Entré en casa, me di una ducha y me fui preparando algo para comer en lo que esperaba a que llamaran los viajeros. De momento no les diría nada, o tal vez me lo guardara siempre para mí, debía pensarlo. Lo que sí quería hacer, era una videollamada a las chicas esa misma tarde contándoles todo lo que me había sucedido desde que no nos veíamos.

EPÍLOGO

Tras pasar allí esos días y dejar todo organizado me fui a Madrid. Volví a la casa de Armando, mi casa, que seguía guardando su aroma. Visité a sus padres y Elvira me dio una grata sorpresa. La editorial para la que ella había trabajado iba a publicar mi novela juvenil.

Estuve con las chicas en el bar Suso, querían que les contara todo de nuevo, sin dejarme un detalle y que les enseñara el collar, pero no lo llevaba. Estaba en la joyería, ya que en Liétor tuve que probar que no lo había robado en la cueva, sino que siempre había pertenecido a nuestra familia, la foto de mi abuela lo corroboraba.

Varias semanas después viajé hasta Alemania. Armando me esperaba en el aeropuerto, de nuevo con un precioso ramo de tulipanes o, como Azahara los habría llamado, de flores cubo. Pasamos unos días inolvidables, me enseñó todos los sitios que había conocido, incluso visité su empresa.

Ese primer año estuvimos viajando entre España y Alemania, unas veces venía él, otras, era yo la que iba. Armando estaba contento en la empresa y yo me centré en la escritura, renunciando con todo el dolor de mi corazón a mi puesto de bibliotecaria.

Mi enfermedad seguía controlada, por lo que mis revisiones se espaciaron un poco, pero me temía que nunca podría renunciar ni a ellas, ni a la medicación.

Volvimos a comprar la que había sido nuestra casa de Liétor. Sacra había decidido quedarse cerca de su hermano y su cuñada, ya recuperada, no quería que se fuera. En verano bajamos un mes, el que tenía Armando de vacaciones, y una de las noches volví a soñar con Azahara. Se despedía de mí, su círculo se había cerrado y me lo agradecía. Escuché sus últimas palabras muy emocionada.

—Dalia, soy inmensamente feliz de que hayas recuperado la casa. No dejéis nunca que se pierdan las raíces, el origen de la familia, eso es lo importante. Sé feliz, ahora que has encontrado al verdadero amor de tu vida. El que te hace sonreír, que te hace ser mejor persona y que saca lo mejor de ti. Que no te dice que te quiere, sino que te lo demuestra.

Con esta última frase, me desperté. Miré a Armando. Dormía plácidamente a mi lado. Como si lo presintiera, abrió los ojos. Le besé en la comisura de los labios para darle los buenos días. Y sin pensarlo, pregunté:

—¿Quieres casarte conmigo?

Dio un salto en la cama, incorporándose de golpe. No sabía si había metido la pata al soltarlo a bocajarro. Se levantó sin decir nada, fue al armario, rebuscó entre su ropa y volvió por mi lado de la cama. Me mostró un pequeño cofre abierto y respondió.

—Sí, quiero. Llevo meses pensando en este momento.

Miré el anillo, una alianza con una moneda pequeña engarzada, réplica exacta de las del collar. Me lo puso en el dedo anular y me quedé mirándolo embobada, era tan bonito.

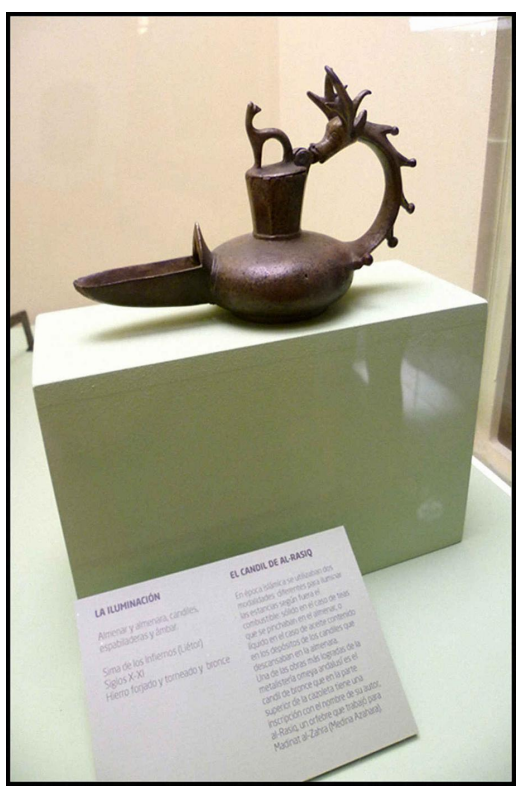
Esa misma mañana, dimos la noticia a todos, fijando la fecha seis meses más adelante, allí mismo.

No fuimos muchos, la familia y nuestros amigos más íntimos. Celebramos una sencilla ceremonia en el Ayuntamiento. Por expreso deseo del novio, volví a llevar mi vestido verde, acompañado tan solo del collar de Azahara y la alianza nueva. Al pronunciar nuestros votos, los vi junto a nosotros. Ella portaba un ramo de sus flores cubo y Ezequiel tenía en sus manos el candil. Símbolo de la luz de nuestro matrimonio y el suyo. Se les veía felices, tanto como nosotros mismos. Después, como no podía ser de otro modo, lo celebramos con una comida en La Posada. Maruja nos tenía preparado un regalo que nos emocionó, una réplica a tamaño real del candil. No podíamos ser más afortunados.

NOTA DEL AUTOR

En el año 1985, unos muchachos encontraron una serie de piezas de forma casual. Aparecieron en una ocultación o depósito sellado en una grieta de una cueva natural, situada en el Peñascal de los Infiernos, a las afueras de la localidad. Los niños llevaron las piezas al párroco de la localidad, Francisco Navarro, quien dirigía un Museo Parroquial con objetos litúrgicos y etnografía. Al observar la importancia del hallazgo, organizó una segunda visita, donde salieron a la luz aperos agrícolas, objetos de uso doméstico y otras piezas que fueron expuestas en dicho Museo bajo el título “Ajuar de Alamín”. Una de las piezas más famosas es el candil de Liétor. Destaca por la firma de su autor, Al Rasiq, y por la belleza y precisión de su ejecución.

Actualmente este ajuar se encuentra en el Museo Provincial de Albacete.



Este candil siempre llamó mi atención. Fue la inspiración para escribir esta novela. He leído infinidad de artículos y datos sobre el

hallazgo de estos restos, procurando ser lo más fiel posible a ellos. Aun así, seguramente haya múltiples errores de los que me declaro única culpable, ya que no soy historiadora. En esta novela, no hay mayor pretensión que la de dar a conocer este hallazgo acaecido hace tantos años, la existencia de este bonito pueblo de la serranía de Albacete y su importante patrimonio. Fruto como en tantos otros, del paso de las múltiples culturas que han ido dejando su huella.

AGRADECIMIENTOS

La escritura es un proceso solitario, pero siempre es importante poder contar con personas a lo largo del camino, que estén ahí cuando lo necesitas.

Por ello, empezaré dando las gracias a mis primeras lectoras cero, por sus consejos y sus ánimos para seguir adelante. A las Álamo, mis primas, Noelia y Sandra Bravo Álamo y Rocío de Lucas Álamo, por hacerme creer que esto sería posible.

A mis amigas, Rosa García, Irene Esparcia, Esmeralda Santa Engracia y a su madre, Ángela García, a Mayte González, Natalia Diéguez y Chelo Benzal. Gracias a todas por escucharme cuando mis ideas se cruzan, por leer lo que os envío y por darme vuestra sincera opinión. Eso siempre mejora mis escritos.

A mis imprescindibles, Daniel Blanco, por estar siempre ahí y ser la voz de mi conciencia, mi Pepito Grillo particular. A Javier Caró, por sus estupendos diseños y sus buenas ideas. Tener amigos así es tener un tesoro. Sin vosotros, no sé si esto hubiera visto el final.

Al pueblo de Liétor, por ser mi fuente de inspiración y por acogerme siempre tan bien.

Por último, pero no menos importante, a mis hijas Ariadna y Rosana, sin lugar a dudas mi mejor legado. Como bien dice una viñeta de René Merino “Un día cuando no estés, serás lo que sembraste”. Y a Juan, mi marido, por ser mi compañero de vida y facilitármela tanto. Ellos son los que día a día me sufren. Sabéis que os quiero.

A ti, lector, que tienes mi libro en tus manos, gracias por elegir mi historia. ¡Disfrútala!

BIOGRAFÍA

Rosana Hernández Álamo

Nació en Segovia en 1973. Desde niña encontró en la lectura una eterna fuente de diversión. Creció devorando libros y escribiendo pequeñas historias que nunca vieron la luz.

En sus años de instituto, animada por sus profesores de lengua y literatura presentó algunos relatos a nivel local, ganando algún premio simbólico. Con los años dejó aparcada la escritura, pero no la lectura, recomendando libros a través de sus redes sociales.

Participar en un taller de escritura, desempolvó sus ganas de escribir. Fue ganadora del primer premio en el I Certamen Carmen Alborch de literartura. En uno de sus viajes al pueblo de su marido, Liétor, una idea empezó a tomar forma en su cabeza. Siempre le había intrigado la huella árabe escondida en cada rincón del pueblo y los increíbles restos hallados años atrás. Desde ahí surge el libro que tenéis delante, su primera novela publicada.

Animada por amigos y familia, pensó que nunca es tarde para perseguir tus sueños y se lanzó de lleno con la historia.